









# Juego (im)perfecto

Javier Vargas de Luna

FONDO   
EDITORIAL  
TAMAULIPAS

*Juego (im)perfecto*  
© Javier Vargas de Luna  
Primera edición 2025

ISBN: 978-607-8452-79-8

*Gobierno del Estado de Tamaulipas*

Dr. Américo Villarreal Anaya  
*Gobernador Constitucional del Estado de Tamaulipas*

Dra. Silvia Lucero Casas González  
*Secretaria de Bienestar Social*

Mtro. Héctor Romero Lecanda  
*Director general del*  
*Instituto Tamaulipeco para la Cultura y las Artes*

Mtro. Julio Andrés García Pesina  
*Director de Publicaciones y Fomento Literario*

Encargada de la colección: Patricia Guzmán Rosiles  
Cuidado de diseño editorial: José Ángel Lumbreras Tristán  
Edición y corrección: Catalina Ma. Trujillo-Urrego y  
Patricia Guzmán Rosiles  
Diseño de forros e ilustración: Manuel Tovar Campos

La colección *Altas Llamas* debe su nombre a la novela *Casa de altas llamas*, de Juan José Amador. Esta colección reúne obras narrativas y ensayísticas de escritores tamaulipecos, seleccionadas mediante convocatoria abierta del Programa Editorial Tamaulipas 2025.

Instituto Tamaulipeco para la Cultura y las Artes (ITCA)  
Calle Guerrero entre Emiliano P. Nafarrete y  
Gaspar de la Garza 421, zona Centro  
Ciudad Victoria, Tamaulipas, México, C. P. 87000  
Tel. 834 315 2977

Derechos reservados conforme a la ley.

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio, sin la anuencia por escrito del titular de los derechos.

Con enorme orgullo celebro la publicación de esta obra que forma parte de **Altas llamas**, una colección que nace al amparo del **Programa Editorial Tamaulipas 2025**, impulsado por el Gobierno del Estado a través de la Secretaría de Bienestar Social y el Instituto Tamaulipeco para la Cultura y las Artes, con el propósito de fortalecer y difundir la creación literaria de autoras y autores tamaulipecos.

Cada uno de estos libros es testimonio del talento y la mirada crítica de nuestras comunidades. La literatura es un medio poderoso para contar quiénes somos, qué soñamos y qué defendemos, y en Tamaulipas creemos firmemente que el acceso a la cultura es un derecho que enriquece la vida colectiva y fortalece los lazos sociales.

La creación literaria es también un ejercicio profundo de libertad. Escribir es habitar la palabra propia y compartirla con los demás; es abrir espacios de diálogo y resistencia. Por eso, defendemos la libertad de expresión no solo como un principio democrático, sino como una condición para que las voces de nuestras escritoras y escritores florezcan con dignidad.

A quienes hoy publican sus obras gracias a esta convocatoria, les extiendo mi más sincera felicitación. Que estos libros circulen, se lean, se quieran y, sobre todo, se discutan. Sigamos construyendo con su palabra un Tamaulipas más unido y contribuyan a preservar la esperanza como fuente de grandeza del espíritu humano a través de su expresión cultural.

**Dr. Américo Villarreal Anaya**

Gobernador Constitucional del Estado de Tamaulipas



Desde el Gobierno del Estado de Tamaulipas, la Secretaría de Bienestar Social y el Instituto Tamaulipeco para la Cultura y las Artes, se convocó a las escritoras y escritores de nuestro estado a participar en el Programa Editorial Tamaulipas 2025. Celebramos este espacio como una oportunidad para visibilizar el talento literario y fortalecer la presencia de nuestras voces en el ámbito editorial.

Una de nuestras prioridades ha sido construir una política cultural cercana, incluyente y sensible al contexto de nuestras comunidades. Sabemos que la literatura, más allá de su dimensión estética, es también una herramienta poderosa para la reflexión, la conservación de la memoria y construcción de identidad. Apostar por ella es, en muchos sentidos, apostar por el bienestar colectivo.

Por eso este programa no se limita a publicar libros, sino que busca ofrecer una plataforma constante para el ejercicio libre y digno de la escritura, reconociendo el valor de la literatura como una forma activa de participación cultural.

Quienes publican gracias a esta convocatoria demuestran un compromiso tanto con su obra como con la generosidad de compartirla con otros. En estas obras, las lectoras y los lectores podrán reconocer elementos que conforman un estilo y una identidad literaria propia de Tamaulipas; ahí reside buena parte de su valor.

**Mtro. Héctor Romero Lecanda**

Director General del Instituto Tamaulipeco  
para la Cultura y las Artes



*para Arturo Castillo Alva,  
ciudadano distinguido del Parque Alijadores  
(y también para Oli, por supuesto)...*



No nos une el amor sino el espanto;  
será por eso que la quiero tanto...

JORGE LUIS BORGES

Cuando llegues a una encrucijada en la carretera,  
sigue recto...

YOGI BERRA



## Parte alta

Tanta nieve y apenas octubre...

Camino con dificultad hacia la clínica. Un suplicio, casi las tres de la tarde, una tortura lenta, mejor darse prisa, algo que hace sufrir despacio, como si Dios, el sistema de salud, los nueve meses de frío en el Montreal repetido de mis años, sí, como si alguien quisiese aniquilarme a cuentagotas, dos calles más, solo dos calles más, ánimo, así se viven los consultorios en este invierno inacabable. Me disgusta la espera de las malas noticias, vivir en la inminencia de las sombras (¿por qué tiene que ser así?), y luego, claro, están los otros condenados, puntuales en la desesperación de sus alientos, como yo desabrigados de angustia, frágiles en la víspera del diagnóstico, las tres en punto, desconcertados frente a las enfermeras de ceño sucio, y al final siempre un doctor disfrazado de imparcialidad detrás de su bata blanca, parapetado de convicciones. No, él nada tuvo que ver con las palabras que pronunciará (*do not blame the messenger*, se dice por aquí). Sobre el brillo del estetoscopio, qué duda cabe, se pueden observar los destellos de su indolencia profesional, estoy seguro, estoy tan seguro de todo: en la ética de los malos augurios habita una indiferencia clínica, sin compasión por nadie, ni siquiera por una madre que morirá

antes de dar a luz, nunca por un hijo de tumores sin solución, tampoco por un marido ejemplar que no merecía irse porque lo suyo se anunciaba fulminante. Extinción sin respiro, final sin objeciones. A veces he llegado a imaginar que sus años de estudio son una farsa, y que cada libro de medicina, cada curso, cada término científico, y aun cada latinajo, los ha preparado para el oficio de la insensibilidad, y lo mismo los diplomas en la pared, salen sobrando, son testigos de sus vacíos, y en unos minutos se convertirán en lo que siempre han sido, papel sin consecuencias, vanidad impresa con letras góticas.

Son tan miedosos, los doctores. Tal vez más que nosotros, o tal vez no, y uno debe agradecerles la franqueza, el colmo, poner esta cara que nunca sabré si es la correcta cuando la tarde de mi cuerpo comience a derramarse de confusiones sobre la avenida De Lorimier. Las tres y media, casi las cuatro, y al llegar comprendo que mi médico ha dejado de parecerse a Einstein (al que nunca conocí), y en uno de los sillones hago memoria de todas mis visitas, los últimos fríos, los padecimientos de ocasión, las carrasperas eternas, la hernia discal, mientras entiendo que el Dr. Gagnon (así se llamaba) no será nunca un calvo feliz sino todo lo contrario en este día de octubre, helado de aquí hasta mayo, así son las cosas por aquí al hojear la revista de arquitectura que tomo al azar en la sala de espera. Otra vez, la impaciencia, y entonces repaso el francés de sus páginas, envidiables, muy elegantes, diseños en caoba, muebles en conjunción perfecta con ventanas idílicas, bosques nórdicos como telón de fondo de una vida feliz, puertas estilo Mondrian en el momento en que la secretaria de raza negra ha interrumpido las hojas para decirme con la mano que ya era mi turno, que me apresurara, que qué estaba esperando; me gritaba con los ojos, otra vez, se parece tanto a Celia Cruz, lo había olvidado,

¡azúcar!, cuando ya me levanto, y dejo el asiento, y comienzo a pensar en las posibilidades de mi mala salud. ¿Anemia?, solo eso..., ¿descompensación hormonal?, quizás..., ¿un poco de hipertensión o acaso la próstata de todos nosotros?

Después fue la sorpresa de mis certidumbres. Es más, me sorprendió sorprenderme porque sospechar catástrofes me acompaña desde siempre, y al abrir la puerta de su cubículo, abrigo en mano, lo saludé con tristeza, y él, quizás convencido de mis intuiciones, suspiraba tranquilo, melancolía sin fatiga, compasión profesional, así era el doctor Gagnon, y guardamos silencio, un minuto de silencio culpable antes de comenzar a hablar, él desde la buena costumbre de su francés definitivo, yo a través de mis acentos, estos mismos que nunca he sabido esconder cuando ataca la incredulidad o el pesimismo, como si la memoria más triste de mi lengua materna decidiera empañar aquellas clases de gramática, el *Bescherelle* de los ocho mil verbos conjugados en todos los tiempos del indicativo y del subjuntivo, también un apartado para el imperativo y los trucos de fonética que nos enseñaba aquel profesor nacido en Montreal, ironías aparte, y muerto en Cabo de Dios a la mitad del semestre en la Facultad de Letras. Era un buen hombre, *Monsieur Mercier*, confiaba en la transparencia de la gente, creía que México aún tenía Esperanza, y muy a menudo se dejaba cobrar de más en los cafés que compartíamos. Es en serio, al pagar el café, *Monsieur Mercier*, así es como lo decía,

Solo es calderilla,

y aunque su español no era perfecto, solía regalarnos voces y palabras que casi nadie conocía. Hablaba del espacio sideral para nombrar las cosas del cielo y conjugaba en cualquier tiempo del pasado verbos como *errar* y *yacer* y *regurgitar*. Bajito de estatura, no pasaba del uno sesenta, y caminaba con la ternura de una

barriga inapropiada que terminaba (o que comenzaba, según se quisiera entender su aspecto de viejo luminoso), entre las guedejas de aquella barba, larga y blanquísima. Cabo de Dios, atiborrado de piel morena los trescientos sesenta y cinco soles de cada minuto, hacía más clara su piel extranjera, y cuánto le gustaba repetir que después de medio siglo de calor ya sudaba como nosotros, allá en el puerto, *Monsieur* Mercier. Sonrisa infantil en su cara de anciano sin complejos, al entrar al aula, y fue el primer *quebeco* de mis aprendizajes, cuando me matriculé en sus clases para completar el descargo de materias, durante los últimos semestres en la universidad.

Con aspecto a prueba de arrugas, el Dr. Gagnon parecía inmune a los sentimientos. Los puños de su camisa impecable siguieron recordándome tantas, tantísimas cosas de mi vida anterior al desarraigo, y ya de regreso de todo lo que su apariencia podía devolverme de un tiempo que tal vez nunca fue como lo recuerdo, allá en Cabo de Dios, aquí en Montreal, me pareció ridículo pensar en los pacientes del otro lado de la puerta, sentir el escrúpulo de respetar los nerviosismos paralelos en la sala de espera, ponderar en silencio las tareas de la negra mal encarada, ¡azúcar!: mire usted, no era cosa de aburrir a nadie allá afuera, doctor, quise decirle pero no me atreví, ni en las buenas ni en las malas, ni en las duras ni en las maduras, a las cuatro y cuarto de una fría tarde de octubre. Y ya cae nieve, ¡cuánta nieve!, ir al grano, saber de una vez lo que pasaba conmigo, doctor, y no pude hablarle a las claras, al doctor Gagnon, y qué más daba.

Tomó el borde de la pantalla para revelarme el contenido de la radiografía,

Son bellísimas,

(juro que así lo dijo). Y aunque me pareció de mal gusto, ese rostro suyo, ya tan escaso de cabello, cubrió el comentario con un movimiento de cuello, primero hacia un lado, luego hacia el otro, varias veces. Anunciaba *desEsperanzas* (me gusta escribirlo así, siempre, entre las notas de cada día) con toda la solemnidad de que era capaz mientras volvía a preguntarle por los resultados de mis exámenes, la sangre, las resonancias magnéticas, los orines al amanecer, el ayuno, las radiografías en las que me buscaba a tientas por los recovecos de la pantalla, entre claroscuros, arrastrando mis angustias de hijo de pueblo chico, tropezando con el más provinciano de mis miedos. Qué se le va a hacer, yo no tuve la culpa de no nacer en ningún otro sitio, y entonces la mencionó por primera vez, a la enfermedad, con una precisión sin extrañeza, porque así era su voz, exacta, rotunda, plena, ahora mismo cayendo con puntualidad sobre las desavenencias de mi cuerpo,

Esclerosis lateral amiotrófica,

y supe que llegaba la hora de algo mayor, tal vez cambiar de aires, hacer que todos mis años queriendo salir de Montreal pasaran de un solo golpe. Regresar a México, volver al puerto, a ese puerto de vidrio que tantas veces he reinventado en la nostalgia, comprar una casa en la playa de Cabo de Dios, un Jeep para ir al mercado, un *setter* rojo que ladrara desde su pelaje más festivo, un gran aparato de aire acondicionado para triunfar sobre el calor de las olas, mis libreros arrullados por el mar, una cocina mexicana inspirada en los catálogos Ikea, el olor a espuma en las madrugadas, cuando lo invade la luna llena: para los condenados a muerte, y para los condenados a vida, no hay mejor estimulante que la luna, Sabines *dixit*. Sí, regresar al puerto junto a mi mujer que de tan nórdica decidirá quedarse entre la nieve, porque lo sé, claro que lo sé (¿o solo

lo supongo?), mi enfermedad es cosa mía como solo mío es el sueño del retorno después de tantos años,

Perdón. ¿Me escuchó? Esclerosis lateral amiotrófica..., aunque hoy el Dr. Gagnon, que nunca será un calvo feliz, hablaba con acento delicado. Sus explicaciones adelgazaban el trance. Poco a poco entendí que su dictamen estaba desnudo de Esperanza, y era eso, la falta de Esperanza, lo que hacía de su francés más clínico algo inalcanzable a pesar de la amabilidad de sus ojos. Él también parecía a punto de llorar en la inminencia de mi propio llanto, y aun lo creí capaz de levantarse del escritorio, de venir a ofrecerme un abrazo terapéutico, gesto de sacerdote bendiciendo al guillotinado, reacción de quien maldice sus mejores heroísmos ante la fatalidad de descubrir a un hermano del otro lado de las trincheras o de los uniformes o de las guerras mundiales (como en las tristes novelas de Blasco Ibáñez, creo...), y de inmediato pasó a las estadísticas,

Solo siete de cada cien mil individuos desarrollan la enfermedad. Los números son así. Pero son solo números, señor. Datos que buscan aclarar la enfermedad. Nada más que eso, señor,

me decía, y ya iba otra vez a dorarme la píldora con las sumas y las restas de lo que podía esperar de mi propia vida de ahora en adelante,

Perdón, ¿puede repetir el nombre, doctor?...,

Esclerosis lateral amiotrófica, señor,

y solo entonces lo comprendí. Aquella nieve de octubre, del otro lado de las cortinas, a las cuatro y veinticuatro de la tarde, sobre la avenida De Lorimier, era el preámbulo de una antesala, el signo anticipado de un mal augurio, el pronóstico de una amenaza, o, peor aún, el prólogo más frío de una muerte

sin Dios como respuesta, muerte que me alejaba de mi mujer, muerte sin lugar a dudas hecha de una muerte siempre a solas.

Para fortuna mía (y de los otros seis o siete infelices que viven vaya uno a saber de qué lado de las estadísticas), decía el Dr. Gagnon, hay un especialista en la ciudad,

Un médico joven. Trabaja con pacientes locales. Investiga desde hace años. Causas y curas posibles. Es una enfermedad nueva, señor. Muy reciente. Hoy podemos darle nombre, aplicar protocolos. Y está internet. Millones de páginas. Foros de consulta en muchas lenguas, señor,

comenzó a hablar así, con frases cortas, el Dr. Gagnon de la avenida De Lorimier, dándose el tiempo para no desbordar las malas noticias. Movía la cabeza, quería ocultar esas entradas sobre la frente y anduvo un poco pesado al insistir en las bases de datos: él podía realizar una búsqueda, referirme sitios, indagar en blogs y también en *facebooks*, redes de la seriedad médica y demás trucos de la realidad virtual que tenían por objeto, quizás, acaso, tal vez, apaciguar el destino de mi destino. Las pantallas como simulacro de buena compañía y los teclados como asilo espiritual, y después no pudo contenerse, atacó con frases enormes, sin tomar aire, no era algo que supiese hacer con soltura, hablar largo y tendido en su consultorio, el Dr. Gagnon, sino todo lo contrario,

También hay terapias grupos de apoyo servicios de acompañamiento organismos especializados cuidados paliativos institutos del desahucio todos ellos subvencionados por el Estado señor,

y no, por supuesto que no, yo nunca formaría parte del Quebec más institucional ni de la organizada limpieza de los salones casi vacíos en centros comunitarios o en sanatorios públicos.

¿Hacerme acompañar por otros como yo, enfermos en estado terminal, puntuales en la ironía de no tener tiempo para el pudor al hablar del desamparo? A quién se le ocurría. No. Por supuesto que desde luego que para nada, primero muerto (es un decir), mientras ya iba otra vez a imaginar esta nueva forma de mirar la vida (o de presentir la muerte), y yo jamás asistiré a una sesión de autómatas de la necrofilia, para nada entre los pornógrafos de la abnegación que poco tienen que ver con mi anhelo de seguir vivo a cualquier precio,

Hola, me llamo *Juampérez*, estoy muriendo de a poquitos...,

Hola, me llamo *Hijodemivecino* y los pocos latidos que le quedan a mi cuerpo no los desperdiciaré ocultando que amo la vida que me queda, porque ayer los pajaritos de mi ventana cantaron como ángeles enviados por el cielo...,

Hola, yo también voy camino al carajo, aunque ahora, claro, saco provecho de cada instante para que nadie se llame a compasión al mirar cómo se me despelleja el aliento..., y otras cosas así que dejé de suponer cuando el Dr. Gagnon mencionó las ecuaciones de un porvenir sin Esperanza,

Tres. Tal vez cuatro años. No puede saberse. Cada caso es distinto, y emprendió un nuevo viaje a las estadísticas, ida y vuelta a los números y a los porcentajes, y lo que las tendencias musculares indican, y lo que las generalizaciones óseas dejan suponer.

Lo cierto es que estoy muriendo en la mitad de mi cuerpo. Solo la mitad de mí se gastará para siempre, quizás primero el lado izquierdo de mi nombre, o todo empezará en la calle poniente de mis angustias, o en el polo opuesto de mis silencios (estos mismos silencios que ahora me ayudan a tomar nota de todo). Qué puede importar. La luz terminará por apagarse después de haber deambulado un buen rato por la mirada de todos

en calidad de Quasimodo, de contrahecho, de parapléjico con un cuerpo de aquí vengo yo, señoras y señores, con el permiso de ustedes, señoras y señores, porque a mí la desgracia me hace los mandados. Tres o cuatro años de vida, no puede saberse, y abordar los autobuses con un bastón irremediable, llegar al banco para reconocer que jamás volveré a ser un cliente cotidiano en ninguna de las cajas, y, eso sí, supongo, solicitaré el treinta y tres por ciento de descuento para discapacitados en las óperas y conciertos a los que jamás asistí en el Centre Desjardins,

No hay seguridad. De nada, señor. Cada caso es distinto, y volvió a las frases cortas, el Dr. Gagnon de la avenida De Lorimier. Quizás para ofrecerme la libertad de abandonar la mala noticia, salir del consultorio, regresar a la nieve de octubre cuando lo decidiese, huir sin prisa de todo aquello, sin estrechones de manos ni fórmulas de cortesía, guardó silencio. Y al recorrer en sentido contrario los preámbulos de la antesala de mis impacencias, tampoco me despedí de Celia Cruz, sentada en la recepción, mirándome con curiosidad, ¡azúcar!, agitando su mano hacia mí, por compasión o tal vez solo por costumbre, vaya uno a saber.



## Parte baja

Salimos muy temprano y la primera jornada fue una especie de técnicas de ensayo. Antes que nada, familiarizarnos con los mapas virtuales, los señalamientos en la pantalla, medir intervalos entre una estación de servicio y la siguiente, calcular el tiempo de los cafés, preguntar por sitios turísticos a la gente más amable del lugar sin detenernos demasiado en ciudades menores, camino a Toronto, esas que muy pronto comenzaron a parecernos anticipos de lo conocido en la repetición de las marcas comerciales y de los acentos, de los rostros y también de las autopistas. Buscábamos algo más al pasar por Kingston, queríamos el entusiasmo de un viaje hacia una forma distinta del *nosotros* en Peterborough o en Oshawa, anisábamos sentirnos únicos y que el mundo recibiera el mensaje de nuestras diferencias a noventa kilómetros por hora, porque tampoco era prudente subir mucho la velocidad en un auto nuevo. Y aunque no hablásemos casi nunca de sus dimensiones reales, estábamos de acuerdo en que lo mejor era acostumbrarnos a la fuerza del motor antes de volver a bromear con los volantes diminutos o los suicidios románticos.

Sobre todo, queríamos estar en paz (ella más que yo). Y, al llegar a nuestro primer hotel, nos instalamos en una siesta

interminable que después se hizo noche, y así seguimos, dormidos hasta la mañana siguiente en que se abría la temporada en el Skydome, Azulejos contra Piratas, y aquello fue una especie de decepción, casi un viacrucis; llegamos tarde al parque de pelota, perdidos entre una multitud hecha de ascensores y escaleras, y nadie a quién preguntar, y los boletos en la mano, y cuánta gente, siempre más gente, buen Dios, y nuestras gorras del orgullo, los dos enfundados en sendas cachuchas de los Expos que algo debían informar de nuestros extravíos. Al final, nos hemos quedado en uno de los bares del segundo nivel, bebiendo cerveza, sonriéndonos de vez en cuando, levantando la vista hacia la pantalla en que seguimos los himnos nacionales cantados a nuestras espaldas. Un poco más allá: la presentación de los equipos, lleno a reventar, fuegos de artificio en el estadio, aplausos y solo hasta la parte baja de la primera entrada sentimos la necesidad de instalarnos en nuestras butacas de privilegio, junto al pelotero japonés de la primera base. Alguien le gritaba que estabas muy amarillo, *chinochino*, lo provocaba a voz en cuello, que tenías la piel como de limonada sucia, y el insulto llegaba con nitidez al sector de nuestros asientos, y la gente lo recibía muy mal, *chinochino*. Guardamos silencio, uno a uno callábamos mientras el majadero seguía en lo suyo,

Hey, amarillo, ¿de qué hospital saliste... tan pálido...?, y a cada insulto el pelotero se quedaba menos sordo. Comenzó a voltear, estiraba el brazo en dirección nuestra. Después vino una tanda memorable, par de cuadrangulares con casa llena, ¡dos veces en un abrir y cerrar de ojos! Aplaudíamos, un poco al principio, queríamos parecernos a la buena memoria de otro tiempo, y me atreví a una última cerveza cuando le tocó el turno al amarillo de marras, y, antes que nada, bien enfundado en su casco, los guantes abrochados, ajustándose los protectores

del tobillo izquierdo, se dirigió hacia nosotros, nos señaló con el bate, miró con la gravedad de sus ojos rasgados en dirección al montículo, clavó los pies en el plato y chocó el primer lanzamiento con una puntería de relojero porque la pelota era una piedra que impactó muy cerca de nuestras butacas a la velocidad de la luz, quizás dos o tres hileras más allá. Los paramédicos, toda la gente de pie, las cámaras nos enfocaban, los reproches del silencio, el juego suspendido un cuarto de hora, y no, yo nunca supe si el lesionado era el majadero culpable cuando quisimos salir de allí, caminar por el centro de la ciudad, mirar Toronto, suceder en Toronto, presentir esta ciudad con nuestros cuerpos para convencernos de haber iniciado una nueva vida. Queríamos descubrirnos libres de todo, también eso, y aquel primer estadio fue una tristeza desconocida cuando los gritos del malherido nos invitaron a dejar nuestros asientos y por la noche caminamos por el lago Ontario, admiramos la torre inalcanzable con punta de platillo volador y nos sentamos en este restaurante indio, Kumar, donde nos atiborrábamos de berenjenas y de lentejas y ahora unas salsas y unos curris de dar envidia, homéricos, y, a pesar del cansancio, nos daba gusto estar aquí, descubrir que las zonas más ocultas de nuestra ternura seguían intactas. Después resucité mis viejos torneos ortográficos, la memoria de un sosiego gramatical sin posibilidad de fastidios, y entre una copa de vino y otro poco de arroz la retaba en mi propia lengua, a descubrir, a reinventar, a desenterrar el español de las cosas escondidas en la última sílaba de cualquier palabra,

Parque,  
Quehacer,  
Cervical,  
Calentamiento,

y esta valía dos puntos: *miento*. La regla de oro era no pensar, escupirlas como fueran llegando a los labios, darles la corrección de nuestro aliento en cuanto el otro suspirase la última sílaba del mundo,

Torneo,

...,

y fue necesario abrir un paréntesis, tardé un poco más de lo permitido, porque *torneo* es de las voces que no regresan pronto a la semilla final de sus derivaciones. Y así seguimos, aquí seguiríamos, celebrando el lenguaje ocasional con que hemos tejido una cadena de ciento veintidós palabras,

Golpeteo,

Teocracia,

tuve un momento de inspiración, gracias al alcohol o a las alegrías del instante,

Cianuro,

Romero,

Rodrigo,

Gotera..., Radiografía..., Fianza..., Zarzuela..., Laboratorio...,

y el último día en Toronto, cuando ya teníamos hechas las maletas y ella verificaba los pagos, las cuentas, nuestros itinerarios y los pasaportes, la encontré escribiendo. Ahora era ella, concentrada en una libreta, sentada sobre la tapa del escusado, ignorando mis explicaciones sobre los riesgos de la escritura, porque ese *tal vez* de lo manuscrito es la única forma de porvenir que nos pertenece, el único camino para desempolvar el día siguiente. Pero yo no sabría explicárselo como Dios manda, ni a ella ni a nadie, y tampoco debía entrometerme, invalidarla, cuestionar ese nuevo ejercicio de profecías en el que ella se inicia sin saberlo. No, nadie que sepa leer lo entendería, ni siquiera yo

mismo he sabido allanar la convicción de que dejar de escribir es ensayar la espontaneidad de la muerte, de cualquier muerte, y al subir al auto, cuando había imaginado varios caminos posibles para hablar del tema, la vi llorar. Guardé silencio durante muchos kilómetros, casi hasta la frontera americana.

Puede ser que ella escriba para contradecirse mejor.

También es posible refutarse a la mitad de cualquier renglón, ¿no es cierto?

Yo no lo sé de cierto, yo solo lo supongo (como decía el poeta).

Fue ella quien decidió que todo empezara de verdad en el estadio de Detroit. Atravesar la frontera fue más amable de lo esperado, aunque compartíamos un presentimiento criminal, este que yo conozco muy bien gracias a mis años de destierro. Mis papeles siempre han estado en regla y yo nunca quise cambiar de nacionalidad, nací mexicano, moriría mexicano, y a ella ni la miraron, y al alejarnos del puente internacional algo de nieve sobrevivía en los paisajes de nuestro camino al estadio donde los Tigres recibirían su primera blanqueada del año, un tres a cero apretado y emocionante que disfrutamos muchísimo, llevando la cuenta, señalando los turnos, calculando los porcentajes, cantando la velocidad en cada lanzamiento de aquel brazo intratable, entre buena cerveza y nuestras manos juntas, y todo empezó a descomponerse la segunda mañana, cuando me pidió que la llevase al centro de la ciudad.

Era un lugar hecho de abandonos. Edificios condenados al olvido, ventanas clausuradas, tablones y grafitis que todo lo decían o que todo lo callaban, habitantes cuyas obscenas caligrafías sobre las fachadas se habían despedido de la ciudad prometiendo no regresar jamás. La desolación hacía imprudentes

las caminatas o los paseos, aunque la dirección en los mapas de nuestra pantalla diminuta no podía estar equivocada, habíamos llegado, estábamos aquí, frente a una construcción digna de algún episodio de suciedad apocalíptica en las nuevas (y también en las no tanto) películas sobre el fin del mundo,

¿Adónde vamos?,

No tienes que esperarme si no quieres. Seguro encontraré la forma de pedir un taxi para regresar al hotel. No sé cuánto me tomará, lo mejor es que comas solo,

Creo que, además de todo, los medicamentos te han cambiado el color de las rosas. Mira bien el lugar, míralo bien y dime si tú te sentirías tranquila al saberme perdido en alguna de estas calles,

Es el centro, ¿qué me puede pasar? Además, me deben estar esperando,

¿Quién, adónde vas?,

Puedes venir, si tanto te inquieta, y buscamos un buen sitio para estacionar el auto, no muy lejos de allí. Lamenté no haber dejado el equipaje en el hotel, automatismos de una vida pasada, renegar de cada una de mis decisiones, aunque la verdad era que habíamos emprendido el viaje con poco o casi nada mientras me aferraba a la justificación mínima de creer que un par de días en esta ciudad no nos exigiría mucho, y lo mejor fue hacer lo que hice: no exagerar los esfuerzos donde no era necesario, y ni subir ni bajar maletines en cada parada. Reflejaba miedo en la voz, estoy seguro, cuando volví a sentir nuevas precauciones por nuestro auto, podían llevárselo, y tuve que esforzarme para recobrar mi espíritu de inmunidad, recuperar esa forma de atreverme a todo que me habitó durante las horas que siguieron al diagnóstico, y en ella nada de esto estaba sucediendo, era obvio. A partir de hoy, lo

mejor sería rescatarme, revivir las osadías de mis primeras reacciones para estar en condiciones de seguir el ritmo de nuestra vida cuando ya estábamos frente al edificio, de pie, del otro lado de la acera y también del otro lado de nuestras soledades.

Entramos con una prudencia innecesaria. Nadie nos reclamaría al abrir la puerta, al invadir el vestíbulo de lo que parecía una antigua fábrica, al subir los cuatro pisos, al cruzar por los rellanos, mirar los descansillos y sentir el desamparo de los barandales antes de timbrar en un número único que de inmediato respondió. Nos recibió una mujer joven, piel blanquísima, vestida para una fiesta en salones de gran prestigio, sedas color turquesa y una mascada que no le venía bien a las escaleras que dejábamos atrás, y nos sonreía con un gesto de familiaridad que no entendí, porque no, no era posible que se conocieran, por muchas razones, sobre todo por la diferencia de edades y de orígenes. Venía de Rumania, arrastraba voces inglesas donde no debía, muy limpia y de ojos buenos, es cierto, y entramos juntos, ella entre nosotros, los tres del brazo, y nos sentamos en silencio en un salón muy al estilo de una época que ya solo se veía en los cuadros de otro siglo o en los catálogos de los anticuarios: muebles de madera, taraceados y relucientes, alfombras orientales, ese juego de té tan delicado de otro modo, frágil aunque siempre listo para el servicio, quizás heredado de una historia familiar que ahora nos contaba Ioanna, hija de Ioanna, nieta de otra igual, todas nacidas en Craiova, cerca de una catedral histórica. Nos hablaba de regiones que yo no conocía, de Valaquia, de Moldavia, de la ciudad de Sibiu donde un museo recoge la verdadera historia de un puente en el que se comprueba la honestidad de los amantes con un beso sin lugar a dudas, un beso cierto, un beso capaz de construir destinos o de

provocar catástrofes urbanas, porque la mentira entre los labios derribaría el puente de los enamorados, y reía con amabilidad,

Si el amor del beso no es verdadero, el puente se vendría abajo,

y yo seguía mirando las pinturas, los retratos, té verde, mi mujer sin azúcar y también sin escrúpulos al abrir su libreta y tomar la pluma. Después, fuimos a Transilvania donde Ioanna, como su madre, como su abuela, como todas ellas antes del tiempo, nos prometía la verdadera historia de Vlad Tepes (el empalador) en las visitas por venir cuando me pidió salir del cuarto, esperarlas afuera, en el pasillo o en la calle, donde yo quisiera,

Sería mejor que usted regresara en unas tres o cuatro horas,

y sentí un tirón en el alma, un desgarró conocido, por las muchas veces que mi mujer me ha mantenido al margen de su vida,

¿Qué van a hacer?, ¿de qué se trata?,

¿No lo han hablado?,

No, él no sabe nada. No lo creí necesario...,

Es importante que lo sepa, de lo contrario yo no podría llevarte a ningún sitio,

¿Adónde?,

fue lo último que alcancé a preguntar antes de bajar, juntos otra vez, por la desolación de las escaleras. Nuestros pasos reconocieron sus ecos, y nuestras voces rebotaron en el primer disgusto de este viaje. Nos gritábamos como en otro tiempo, cuando el amor se había convertido en una catarata de cuentas pendientes. Nos ofendíamos, ahora, con reproches de conocidos, en español y también en su propia lengua, y, después del portazo, los cigarrillos, la calle, el silencio, el auto, el centro de una ciudad glacial, las vidrieras rotas, aquí y allá, los basurales acumulados bajo los bandos municipales que hacían saber, en

letreros inútiles y con colores llamativos, los muchos dólares de multa a quien infringiera el reglamento de limpieza. Parecía una broma, una broma muy mala, como si alguien quisiera legalizar el vacío, organizar las ausencias, y soplaban un viento helado en el Detroit más sórdido de aquel momento.

El segundo partido de la serie lo vi solo, distraído en la conjunción de los estadios. Un lanzamiento aquí terminaba en el jardín central de mi memoria, en Cabo de Dios, y me sentía como el habitante de un asiento imposible, aunque la jugada también podía seguir el camino inverso, cuando se llenaba la cuenta allá en el puerto y el bateador designado volvía a fallar en Detroit en el momento más dramático del juego. Me distraje mirando las cosas del parque, los anuncios espectaculares, la perfección del arquitecto para que nadie perdiera el detalle de nada, y veía la vida sin aspavientos, a mi derecha y luego del otro lado. La gente, tanta gente, miles de rostros junto a mí parecían felices, tranquilos, sonrientes en la eternidad de las nueve entradas de cada partido. Por un momento he sentido que era otro el bullicio en el estadio, porque no, ese público no podía ser verdadero en una ciudad como Detroit, sin alma, ahíta de vientos polares en sus calles abandonadas.

Volví a pensar en mi mujer, recostada en el cuarto del hotel. Dejé caer la cerveza en el espasmo de mi mano izquierda. Ella me sabía aquí, aquí mismo, solo, mirando el juego, y entonces recordé que juntos habíamos emprendido el regreso hacia una república destrozada por la corrupción, un país de miles de muertos al año, decenas de miles de asesinados en una geografía sin justicia ni ley. Y aunque la ilusión de la *ciudad* siempre me ha parecido más fuerte que la idea de *pais* (y aquí estaba yo, en Detroit, comprobando que una calle deshabitada

duele más que todo México en guerra), desde la memoria de mi puerto natal me deslicé al absurdo de un viaje así, jornada de regreso a los espejismos, excursión al vertedero de mi propia nacionalidad.

Sí, ella me sabía aquí, solo. Viendo pasar esa pelota que ahora se iba a terreno de *faul*, recordé mis últimos correos, los amigos de infancia, sobre todo Otto, fiel como ninguno en los mensajes electrónicos que ya casi nunca leo hasta la última gota de lo que dicen. El hábito de la pantalla construye ausencias distintas, algo que ya no soy, y me escribía tan a menudo, Otto, ahora es la conexión o la vida, y él siempre ha sido mi agencia de noticias sobre los crímenes en el puerto mientras yo seguía pensando en los días por venir y en la extraña urgencia de derrotar la dureza del tiempo y la distancia con teclados. Y aquel mensaje de Otto, hijo de alemanes con un pasado más bien confuso en Cabo de Dios, hablaba de venganzas, se carcajeaba con palabras a medias y se lamentaba con ingeniosos emoticonos. Mencionó ajustes de cuentas entre bromas que no entendí en la pantalla, chascarrillos de nuevo cuño, supuse, y hace tanto que no estoy allá que quizás el humor también se me ha movido de lugar,

Puedes matar a quien sea, y no pasa nada =S ... Si alguna vez quisiste asesinar a tu peor enemigo, hoy México todo lo permite =( ... No hay ley, la policía es una extensión del narco. Los políticos, ya sabes, disolvieron los límites. Hoy todo se vale, todo se puede, y, tan buenos como somos para fotocopiarlos en lo peor, a veces quisiéramos ser como ellos, quizás no lo dije así, de seguro he tenido que meter tijera en sus palabras. Así sucede siempre que se habla de memoria. Sin embargo, me sorprendían sus análisis, sobre todo porque en la secundaria siempre fue, antes que nada, el silencio de una gran

timidez, acaso por su aire de vikingo desnaturalizado, como si el azul de sus ojos lejanos lo hubiese convertido en alguien ajeno a cualquiera de nuestras adolescencias, y en la parte baja del primer rollo, durante el segundo partido de los Tigres de Detroit, por culpa de Otto comencé a recordar aquella película en la que cada personaje poseía el derecho a consumir tres asesinatos a lo largo de su vida. Evocaba fragmentos, pedazos, episodios: estoy tirado en el suelo, televisión en blanco y negro junto a mi padre, su cigarrillo encendido y un viejo abanico de cielo refrescando la noche del puerto mientras unos huían y otros escapaban, todos con un permiso que acreditaba la legalidad del homicidio. La policía intervenía, claro está, y el perseguidor tanto como la víctima eran sometidos a inspección antes de seguir adelante, íntegros, respetuosos de las reglas de una muerte cuyo control y promoción eran necesarios en aquel mundo, y el último bateador había pegado un doblete que casi termina en triple de terreno de no ser por el brazo kilométrico del jardinero derecho. Y en la soledad colectiva de la butaca, frente a la memoria incompleta de una película sin nombre, no supe integrarme al aplauso tras la genialidad de aquella jugada.

Yo estaba solo, aquí, y ella lo sabía.



## Parte alta

Todavía más citas, nuevas entrevistas, muchos exámenes.

Todo un régimen de vigilancia una vez que la burocracia médica aprobara el papeleo y se me inscribiera en la lista de los muertos por mitades de cada año.

Tal vez al salir a la rue Papineau, entre la nieve más limpia de octubre, me iría sin prisas al café. Sobre la Mont-Royal, miraría de reojo hacia los callejones, me resbalaría un poco en las escarchas de las cinco de la tarde, conservaría el equilibrio y luego volvería a pensar que Montreal solo tiene dos estaciones: el invierno y el mes de julio. Cuántas ocasiones he sentido el frío irremediable en estos bulevares, como si el hielo lo pintase todo de un color a muchos grados bajo cero, y seguiría adelante queriendo no pensar en nada (¿esclerosis lateral amiotrófica?). Al entrar, saludaría a las meseras allá en la caja,

Buenas tardes,

y buscaría a Eme, la gerente,

Buenas tardes,

y reconocería la nariz más árabe de todas, siempre tan amable, Eme, casi le llega hasta la nuca. Con la ternura de siempre, miraría ese Winnie the Pooh tatuado sobre su hombro,

¿Dónde te lo hiciste? Yo siempre quise uno parecido,

algo que contradijese tantos tatuajes del horror que se ven en las calles de cualquier día. Algo así le diría a Eme para que no sospechase nada sobre mi muerte recién anunciada mientras pedía un expreso largo, lo de costumbre, y esa sonrisa suya me lanzaba siempre a pensar en todas las hijas que nunca tuvimos, mi mujer y yo,

Y agua sin hielo, por favor,  
sí, su alegría a toda prueba me consolaría un poco, no sé por qué. Así es Eme. Y me sentaría en el sillón del fondo, en línea recta hacia la puerta principal, a unos diez metros de la entrada donde vería pasar la gente, los copos irremediables del otro lado del cristal, también los abrigos, las bufandas, en fin, los requiebros del mundo sacudiéndose los excesos del frío entre las botas. Al verlo llegar, al sentir que abría la puerta, que ahora se limpiaba la nieve de su cazadora, que se sentaba cerca de mí, hoy sí le diría a ese hijo de puta que dejase de dibujar mi rostro sin mi permiso. A ese negro cambujo le diría unas cuantas, porque al salir de la clínica quise no volver a sentir miedo de nadie, de nada ni de nadie. Es la impunidad del fin (supuse), y le arrebataría los papeles y su carpeta y esos crayones, a ver qué me decía, a ver si era capaz de ponerse rojo de coraje aunque también puede ser que días más días menos hubiese terminado por hacer lo mismo, insultarlo por sus acosos, cobrarle con la voz más alta de mis desprecios todos los cafés en los que no pude pensar en otra cosa más allá de aquellos papeles suyos que me contenían: era a mí a quien dibujaba, qué duda cabe, porque no paraba de mirarme para luego concentrarse en la cartulina, volver a mi rostro, regresar a sus papeles y así hasta que yo cambiaba de mesa, desgraciado, infeliz, pensando en silencio que aquella sería la última vez que se lo aguantaba, sí o sí, que la próxima me le abalanzaría, qué se creía. Encima de

todo, el muy idiota hedía a lo peor que uno pueda imaginar, a falta de baño o a sudor antiguo... En fin.

Al entrar estaba allí, ocupando mi sillón. Nos reconocimos con cara de póquer. Tuve que ir a sentarme del otro lado de sus ojos, cerca, muy cerca de los baños. Saqué mi cuadernillo, quería escribir, al menos lo intenté, recuperar algo de mi día, qué va, imposible. Comencé a levantar la mirada antes de regresar al papel, otra vez, y luego retiraba la página de mi rostro, como los viejos directores de cine cuando miden el ángulo y el cuadro y la luz de la siguiente toma (tal vez solo quería constatar mis propios abismos). Volví a la escritura, y no, no valía la pena, para qué desperdiciar el odio que nunca he sentido de verdad por este Mandela del mal olor, y, era evidente, ella me dejaría, porque aquí lo que domina es un *yo* a toda prueba, un *YO mayusculeado*, antes que nada y después de todo, la institución del *yo*, y en nombre de su derecho a ser feliz, me abandonaría apelando a la importancia de su *yo*, estoy seguro.

Por el momento, mejor no decir nada y darme un par de días para no pensar. Necesitaba certezas, muchas, antes de poder reaccionar. De repente, allí mismo, frente a la mirada del negro de los dibujos del mal olor, comprendí que no sabía nada del asunto y que lo único cierto eran las palabras escuchadas en el consultorio, y volví a odiarme por mi credulidad. Bien pude interrogarlo un poco, preguntar por medicinas alternativas, al doctor Gagnon, chamanes prohibidos, viajes al corazón de los milagros inesperados, dar con alguna otra salida, algo que me llevase más allá de Montreal y de las enfermedades recién catalogadas. Pero no había dicho nada, nada fuera de la seguridad de mi silencio, un silencio de confusión o de rabia, un silencio que nadie me había escuchado, nunca, ni siquiera yo mismo, ¿cómo

decirlo?, un silencio que jamás había sentido tan lleno de mí. Y decidí esperar, un poco más, antes de hablar con mi mujer, por lo menos hasta el primer lunes de noviembre, esperar la cita con el especialista, y ahora levantaba los ojos hacia el negro de los bocetos para descubrirme llorando, frente a él, sin mover el rostro, sin torcer la respiración, sin otro gesto que mis ojos deshaciéndose. Llanto vacío de espavientos, y, al levantarme de la silla, aceptó vigilar mis cosas, y que, por favor, nadie se sentara en mi lugar, supliqué, porque debía ir al baño, lavarme el rostro, enjuagarme de mi condena a muerte. Al regresar, me sentí en la obligación de agradecerle, y me invitó a su mesa, y tuve que escuchar con seriedad el absurdo de sus historias sobre las mentiras de la realidad: nada era cierto, estaba como poseído, nada sucedía como sucedía, lo explicaba así, el negro del mal olor, todo era falso, el 11 de septiembre, las bombas de Oklahoma, Columbine lo mismo que Virginia Tech, qué mal olía, por Dios, incluso los huracanes en Luisiana y los tornados en el Medio Este, y me hablaba en inglés, nativo de Jamaica, podía ser, de Ghana o de Misisipi, nunca se sabe, porque aquí todos los países son posibles más allá de la piel,

Se lo inventan los políticos. Busca en YouTube y reconocerás los actores, las caras se repiten en cada noticia, son siempre los mismos policías y los mismos bomberos. Sobre todo, los paramédicos, yo localicé a uno de ellos en tres atentados diferentes, es una farsa que cambia los escenarios de sus mentiras,

y entonces lo miré de otra manera.

Recogí el abrigo, cerré este cuadernillo y caminé hasta la rue Mont-Royal. Quería llegar a casa, comer algo, ver la televisión, mirar mis correos electrónicos, jugar a la rutina, ser un poco el ritual de lo que siempre he sido y esperarla con una

cena mexicana: pollo al cilantro, arroz con elote, frijol negro, una buena botella, y cuando ella quisiese saber de mi cita con el médico, le diría cualquier cosa,

Al parecer no es nada grave, mujer. Tengo que ver al especialista la semana próxima, y volveré a creer que la enfermedad de los cojones, el negro tan amable, las calles con nieve y la cena recién concluida, otra vez pensaré que todo esto ya lo había vivido. Nunca he podido dejar de predecirme en el recuerdo más nítido de mis callejones sin salida, incluso antes de haber entrado en ellos.

Después de cenar hablamos de sus malestares. Ella también un poco enferma, y le ofrecí mi compañía, mañana, presentarnos juntos en el hospital para las pruebas de sangre. Más tarde, ver a la doctora, esa que tantas patologías del miedo le ha sembrado en el espíritu. Le dio mucho gusto, así es ella, y abrió hasta el infinito los ojos verdes de una dulzura ya muy escasa, y al día siguiente salimos a la calle después de otra noche de camas ajenas. Hace tanto tiempo que no sigo el ritmo de sus sueños, y tanto y tanto y tanto que ese desprecio suyo por mi cercanía física me ha hecho creer que tiene razón... Después de veinticuatro años de matrimonio, ni yo mismo puedo dormir con mis ronquidos de pescador.

Temprano, lo primero fue llamar al trabajo para reportarme indispuerto. Mañana, tal vez, se lo explicaré todo a Jean-Marie, porque a esta hora del día se imponen los *croissants* a unas cuantas calles de distancia,

Desayunemos con el portugués, y después nos vamos juntos al hospital, ¿te parece?, y ella, paciencia, por favor, tenme paciencia. Se vestirá pronto, se arreglará a toda prisa antes de salir a la calle con sus guantes

de piel, y en el oscuro amanecer del otoño ordenará lo mismo de siempre. En la caja, con un poco de mi portugués mal *falado* (la fuerza de la costumbre: *obrigado*), recogeremos el periódico del día y cada uno se dirigirá a su refugio de silencio sabiendo que estamos al alcance, siempre al alcance de la mano, uno del otro, y la nota principal viene de México, otra vez, los cuarenta y tres estudiantes desaparecidos sin dejar rastro y el Gobierno que no suelta mientras construyo una lista de genocidios mexicanos en mi cuadernillo: Acteal, Aguas Blancas, Chiapas, Tlatelolco, y así seguí, un buen rato, nombrándome entre las masacres nacionales, subrayándome con el nombre de Ayotzinapa que solo es un nuevo doblez del 68, del 71, de Lucio Cabañas o del Subcomandante Marcos, un eco más del 88, cuando tuve que salir del país y comencé a explicarlo todo con frustraciones de desarraigado. Es cierto que las militancias envejecen, uno se hace sabio por cansancio, nunca por la fuerza de una causa, y hoy, en este primer día del resto de mi cuerpo, tampoco sé si debo negociar con el tiempo o con el destino, quizás ni siquiera valga la pena negociar con Dios o con la enfermedad la urgencia de volver a México, y ha sido una mañana casi feliz (debo reconocerlo), cuando esa bufanda de lana le venía tan bien a su mirada verde, y caminamos del brazo, prudencia del hielo bajo los zapatos, y ahora mismo subimos al metro para iniciar rutinas de hospital, puntualidades de costumbre en el centro médico cuando comienzo a recordar el día de ayer y el instante me impulsa a no decir nada hasta no saber por dónde debo respirar los meses que vienen (los meses que me quedan de una sola pieza entre las líneas de mi cuadernillo, eso fue lo que quise decir).

Me quedé solo. Con la rapidez de sus pasos, me exigió respetar el secreto de sus enfermedades. Ni siquiera mostré

molestia cuando ella me ha expulsado, otra vez, de su vida al entrar al consultorio. Son tantos los años de haber querido ser parte de su historia en otra lengua, que al final apenas quedan algunos pedazos, las virtudes de aquel sentimiento que creímos eterno, vagos recuerdos de bromas bilingües, los besos en francés con mi lengua original, la traducción de nuestros abrazos, las carcajadas que le producían mis confusiones de recién llegado a la mitad de un frío atroz, cuando la única duda entre amarla hasta el final o entregarme a cuentagotas se podía explicar en mi voluntad de regresar pronto a casa, a esa playa de Cabo de Dios que comenzó a quedarse sin mí al morir mi padre, sin mí al paso del olvido (real o imaginario) de los pocos amigos que siguieron atrapados en el fraude electoral, cuando lo de Cuauhtémoc Cárdenas nos despertó a la certeza de que en México la eternidad era más larga por culpa del PRI. Resulta tan rara la impunidad que me habita desde ayer, siento que me atrevo a todo y aun soy capaz de dejar de lado el cuadernillo para charlar con esta mujer, muy amable, un poco avejentada, otra de las pacientes, y por un momento he creído reconocerla. ¿Dónde la he visto? Figuraciones mías, cuando me explica la causa de sus malestares en la sala de espera,

No son los setenta años,

decía, tocándose la coronilla con un gesto de abuela profesional,

Ni los achaques de aquel accidente que regresan cuando duermo. Las palpitaciones del sueño, terribles, señor. También es cierto que el cigarro debilita, pero mejor tabaco que mal acompañada,

y reí, un poco, tratando de no adivinar las resonancias de sus palabras en mi propia lengua. Hace mucho tiempo que dejé de traducir los días por los que deambulo. Descreo, incluso, de la posibilidad de poder explicar lo que significa estar aquí en

francés, o de soñar en español, o de amar en inglés, o de vivir cualquier instante en las voces paralelas de cualquiera de las lenguas que inundan el ambiente. Simple y al mismo tiempo tan complicado de aclarar porque Montreal es así, una torre de Babel que aplica los prismas de muchos acentos a los colores de un encuentro, y mejor dar ejemplos, al fin y al cabo tan abundantes en la ciudad, citar la forma en que uno respeta hasta la muerte el idioma del otro, sea que se le haya conocido en inglés o en francés (por estos rumbos a veces es posible conocer mujeres bonitas en español), y así sucede con todo lo demás hasta terminar el día de cada día con el sentimiento de recordar lo vivido con dos o tres antifaces gramaticales. Lo ameno que Freud caminaría por estos andurriales: ¿en qué lengua sueña usted su jornada?, ¿en qué lengua sufre usted cuando duerme?, ¿en qué lengua idealiza las memorias ancladas en aquel bar irlandés donde conocí a mi mujer hace muchos años? Tal vez siempre supe que era ella, que junto a ella tendría que adivinar lo venidero, y también tal vez debería escribir un poco más sobre todo esto para adivinar que ya lo sabía o para seguir corrigiendo las cosas de mi memoria. Pero qué se gana, qué se avanza con las certezas vistas hacia atrás por un cuerpo que se desconecta de las avenidas, poco a poco insuficiente en los paseos, incompleto en las manos estrechadas cuando la señora me habló de su hijo único, ¿dónde la he visto?

Un hombre ya maduro. Vive en Arabia Saudita hace tres años,

profesional de la soldadura, cosas de armar refinerías y hacerse rico a la mitad de un desierto hecho de petróleo. Me reí tanto de la forma en que contaba sus cosas, esta mujer tan entrada en carnes, de apariencia tan amable, papada con escalones, poco elegante, porque sí, este es el tiempo de atreverse incluso a las

alegrías pasajeras frente a quienes me miran y me oyen por primera y última vez. Acaso siempre ha sido así y todo esto solo me restituye las ansias de impunidad, mis anhelos de hacerlo y de decirlo todo más allá de mí y ahora le aconsejo que tome el primer avión para Riad, señora mía, con o sin velo, con o sin visa, siempre más allá del dinero, le digo, me río un poco, le insisto, seguro que la he visto en algún lado, ¿dónde fue? Y se lo hago saber, y ella me oye, atenta y tierna, y por un momento ha sabido tomar distancia del dolor que la trajo hasta aquí, ella también,

Si lo que quiere es estar cerca de él, instálese en un buen hotel y vávalo de cerca, una semana, diez días, y hágale prometer presencias. No importa el dinero, fírmelo, pida prestado, haga ese viaje, váyase, hágame caso, y al escucharme me siento trasnochado, como un libro de superación personal que se adquiere por fastidio en una terminal de autobuses (o en un hospital). Paulo Coelho, Carlos Cuauhtémoc Sánchez, tonterías del género «sea usted feliz a toda costa», *Caldo de pollo para el alma*, vaya título, aunque sus ojos de mar cansando, de azul triste o de oleaje que se quedó sin aventuras, sus ojos me miran así, tan así (¿y si fuera una más entre la siete almas de la esclerosis en Montreal?... No, no lo creo). Después, perderé el interés por sus asuntos, hasta luego, señora mía, porque tal vez todo se trate de una ironía en esta nueva edad del valor y del coraje que vive mi cuerpo para distraerse de su propia destrucción.

Impunidad no es la palabra para hablar de todo esto...

Quizás debiese intentar voces menos culpables: ¿inmunidad?

Mi esposa ya tendría que haber salido de su cita.

DETALLE: junto a la *im(p)unidad*, me habita la urgencia de no pensar en el tiempo, de no sentirme atado a las horas de nadie ni a los calendarios de nada.

## Parte baja

Por supuesto que yo siempre he odiado a alguien. Y construí una lista mental sobre mis tres homicidios posibles cuando el partido entre Pittsburgh y Detroit seguía resucitando en Cabo de Dios, y porque ella sabía dónde estaba yo, ahora mismo, aquí, solo, en el estadio repetido de ayer, sin aplaudir, sujetándome el codo izquierdo con la mano derecha para que mis músculos cediesen un poco, se relajen, sufro espasmos de dolor, ahora ya no, y la gente, mucha gente feliz, la última gente feliz que queda en esta ciudad, apoyaba al lanzador de los Tigres, pedía el ponche desde sus matracas de reventar el tímpano, ajustaba sus gritos al ritmo de un órgano cuyos teclados imitaban la llamada de guerra de una corneta militar.

Primero, mataría a la señora Muscio, la vieja cubana que insultó a todos los hijos del primer cuadro en Cabo de Dios. Era increíble su capacidad para las tristezas, su energía para provocar podredumbre. Hablaba a la policía cuando nos descubría con un cigarro en la mano, queríamos crecer un poco con humo de tabaco, solo eso, sentirnos capaces de salir del golfo de México en alguno de nuestros sueños, y al llegar la patrulla pegábamos la carrera, enfilábamos a ninguna parte, siempre en la contravía de la persecución para darles el trabajo

de capturarnos y supongo que los golpes recibidos eran más bien amables, en Cabo de Dios aún se sentía respeto por nuestra edad, por esos años de vida adulta que no teníamos, y cuánto se reían de nuestra cara de miedo mientras nos zarandeaban, los policías, nos zamarreaban, y era una desgraciada la señora Muscio, capaz de arrojar pan mojado desde las ventanas del primer piso de su casa,

Allí les va mierda en migajón,  
y después mataría al Chepe Giménes, el capataz que me maltrató en las refinerías del otro lado del río. Un verdadero hijo de puta (en sentido estricto, porque todos sabíamos que su madre había sido estrellita marinera en *El Cairo*, allá, en el sector más bravo de los muelles), y se protegía tanto después de lanzar sus dardos de maldiciones, se ocultaba detrás de una voz tranquila, como de padre amorosísimo, durante las maniobras en los patios de trabajo, y yo nunca supe desafiarlo, cantarle un tiritito (así se decía), porque su cara recordaba a los malditos en las páginas de *El Heraldito*, y, además, eran muchos sus años de ventaja sobre mí durante los meses de mi primer trabajo, allá en el puerto. Un verdadero hijo de puta, el Chepe Giménes (en sentido estricto y sin juzgar a nadie), y días hubo en que él mismo se sinceraba con la cuadrilla, en especial los jueves de paga, cuando imperaba un espíritu de fraternidad, cuando el salario en la bolsa de la camisola lo arreglaba todo y nos lanzábamos en palomilla a los bares aledaños, para beber lo que fuera, cantinas de puerto, antros del mal olor, tugurios para el olvido, frente a la playa. Brindábamos por la amistad recuperada y el compañerismo universal mientras el Chepe Giménes confesaba lo inconfesable, lo que todos sabíamos, porque él nunca conoció a su padre y lo más seguro, lo más seguro, lo más seguro era que su vida solo tuviese sentido en todo lo que su madre tuvo que hacer

para sobrevivir. Al día siguiente, durante el viernes de todas las crudas, se me ocurrió saludarlo, sonreírle después de aquellas confesiones, y él, que descifró en mis *buenos días* el acento de un secreto compartido, fue a rajar en la administración, que yo era de los que fumaban en la refinería, que muchas veces me lo advirtió, que además se trataba de un taimado a la hora del trabajo, así debió decirlo, y me despidieron, y qué iba a hacer, y a quién acudir, yo no tenía pruebas de nada (él tampoco) y el partido agonizaba y sentía miedo, mucho miedo, de no poder ponerme de pie y que alguien tuviese que recogerme en calidad de bulto, levantarme oxidado después del juego, y ahora sentía pavor, no podía ser, terminar convertido en estatua de sal en una ciudad como Detroit.

Era una angustia innombrable y cien veces me repetí que no era nada. No había nada de qué preocuparse, ánimo, aún faltaban tres *outs* que durarían una eternidad en el parque de los Tigres porque seguían los arribeños en el orden de bateo y el juego se empataría y ella sabía dónde estaba yo, solo, claro que lo sabía, y, en el peor de los casos, vendría a recogerme y no tendría más remedio que abrirme de capa: yo también, enfermo por culpa de Lou Gehrig, mujer, y luego me tranquilicé imaginando sus muestras de afecto, el reconocimiento final de mis heroísmos, su admiración hacia el sacrificio de mis secretos, y desde entonces viviríamos en la semejanza de nuestros desahucios.

Gracias a Dios, el juego se alargó un par de entradas. El regreso hacia mi pie, que ya se arrastra demasiado, fue complicado, y ahora lo entendía: el poder de cada lanzamiento, el montículo, la pelota, la prehistoria de los miles de ojos que la seguíamos, porque el estadio de los Tigres de Detroit estaba sucediendo en veinte, treinta, cuarenta mil sitios distintos y

también en Cabo de Dios, y, qué duda cabe, mi tercer homicidio permitido sería Salinas de Gortari. Por culpa suya tuve que dejarlo todo el año del fraude, cuando Cuauhtémoc Cárdenas ganó las elecciones (lo sabemos: ¡ganó!, y tanto lo sabemos que ya nadie lo discute, quizás porque veintiocho años es todo el tiempo del mundo). Y fue allí donde México ensució mis transparencias, ¿cómo decirlo?, fue allí cuando el país se convirtió en algo más mío justo porque tenía que dejarlo, abandonarlo todo, olvidar mi desprecio por la señora Muscio y también las primeras borracheras escuchando las confesiones de hombre a hombre con un hijo de puta (sin metáforas de por medio) que al día siguiente tiraba a matar y escondía la mano. Quizás, si hubiera tenido tiempo y cuerpo y buena memoria, o si no hubiera dejado en Montreal mi cuaderno de apuntes, ahora mismo me pondría a escribir el día, el mes, el año en que me convertí en un espejo ajeno, y lo mataría despacito entre mis páginas, a Salinas de Gortari, saboreando mi triunfo sobre los otros miles, cientos de miles, quizás millones que lo hubieran elegido para completar su lista de desahogo en aquella película que vi cuando era niño, junto a mi padre, en las primeras horas de nuestro televisor en blanco y negro, tirado en el suelo, bajo el abanico de cielo, en el centro de Cabo de Dios que por fin regresaba al pelotazo final con que los Tigres y mi mujer, refugiada en el hotel de sus propias tristezas, me exigieron deambular la soledad de los bulevares en una ciudad vacía.

Lo que hubiera dado yo por que aquellas películas se cumplieran de vez en cuando en la vida real.

Y lo que hubiera dado también por estar aquí, en este mismo estadio, durante alguno de los inmortales juegos de Billy Chapel. Pelotero de otra época y de otro linaje, desapareció sin dejar rastro después del retiro.

Camino al estacionamiento pensaría que mis tres muertos escogidos tenían que ver con el mundo al que ya iba de regreso, y que a Montreal se lo había perdonado todo. Por allá también hay gente de mala entraña, qué duda cabe, pero mis homicidios más naturales habitaban el otro lado de la memoria, y no sabía qué sentir, cómo pensar, cuál sería una conclusión lógica y posible para cualquiera de estas ideas. Mejor llegar al hotel, instalarme algunos minutos en el bar donde vería un resumen con lo mejor de los otros partidos de la noche, compartir con el cantinero algún comentario sobre las rubias que nos levantaban el alma del otro lado de la barra, y después subiría a mi cuarto, tranquilo, pausado, con suficiente alcohol en el cuerpo como para retar a Sansón si la circunstancia lo exigía, y abriría la puerta con mi tarjeta electrónica sin fingir prisas al entrar al baño, y de seguro me llamaría la atención verla despierta, sentada en el escritorio, la misma ropa de la mañana, escribiendo, concentradísima en sus renglones. Entonces levantaría la cara y a media voz respondería irónico al silencio de sus preguntas,

Yo bien, gracias, ¿y tú?,

y no hablaríamos más hasta la madrugada, cuando ella pasaría largos minutos en el baño. El hilo dental, las cremas, sus medicinas. A la mitad de mis somnolencias, lo aceptaría todo, sí, aceptaría que mi mujer regresase donde Ioanna, la hija repetida de su nombre, y en un último momento de lucidez le preguntaría por su libreta,

¿Qué tanto escribes, mujer?,

Cosas mías, es una sorpresa, no quieras saberlo todo. Las mujeres estamos hechas de secretos. Cosas nuestras. Además, tú siempre cargabas tus apuntes, hasta en el baño era la hora de escribir, y nunca he dicho nada,

Lo hacía por mi trabajo, para que ninguna idea se me fuera de los ojos,  
y le mentiría con profesionalismo, porque mis papeles eran escudos, simples escapatorias para defenderme de sus silencios. Ella lo sabía tan bien como yo: aquellas páginas eran una fuga, y qué cierto nos parecería, en las primeras horas de la madrugada, en una de las primeras escalas del viaje, que las explicaciones eran innecesarias, todas las explicaciones, y del otro lado de la noche y de la mesita del teléfono, más muerto que vivo, escucharía sus pasos, sentiría una caricia, un beso fulminante en el cuello,

Hasta mañana. Te quiero,  
y en mis sueños recordaría su ternura más añeja, y sentiría hambre, también, mucha hambre. Recordaría a cada una de las quince hermanas que mi madre no tuvo, todas ellas preparándome algo diferente en esta noche en que volvía a la lengua de mis antojos: arroz rojo, enfrijoladas sin par, las milanesas preparadas por una tía cualquiera, el puré de papa es cierto, me había ido a la cama sin cenar, la ensalada de atún que despertaba sabores anteriores al invierno, las croquetas de pollo, la sopa de verduras con olor a cilantro y a buena memoria, gracias, tía. Al abrir los ojos, la escucharía en la regadera y me levantaría con miedo a que la resaca hubiera provocado nuevas desconexiones en mis músculos. Uno, dos, pasaron tres minutos antes de ponerme de pie, y me estiraría un poco mientras ella salía del baño,  
¡Apresúrate!,

y todo estaría claro, le había prometido llevarla, dejarla y esperarla entre los edificios arrasados, en el centro de Detroit. Y al dar con ese sector tan deshabitado, me atrevería a suplicarle que lo siguiente fuese Boston, por favor,

Y que todo te salga bien con la *chozna-tataranieta* de Drácula, así le diría, entre risas y guiños que recordarían el tiempo de nuestros primeros encuentros, cuando le hablé en un castellano de otro siglo durante aquel *pub* irlandés. Regentado por dos indostanos, Amandjee y Padda, rebuenas gentes, casi amigos, nunca supimos si venían de Bangladesh o del Punyab. La ciudad de Montreal es el mejor sitio para ser feliz sin pasaportes, decían, qué risa, a pesar del invierno, y allí la conocí en español, y todo había empezado queriendo hacerme entender, porque su español aún era tan quebradizo. Para que recibiera el mensaje completo de mis palabras, me acompañaba de sinónimos, unas veces con sentido claro, *carrera-velocidad*, *ansia-anhelo*, *fobia-miedo*, y otras con una sombra imaginada que la invitaba a pensar más allá de lo dicho, *mesa-sabor*, *calle-paseo*, *energía-decisión*, *amor-eternidad*, y allá venía, por fin, y subió al auto con acento pausado, firme, muy concentrada, qué va, concentradísima, tres horas más tarde, diciéndome que todo estaba bien, que podíamos salir mañana mismo si así lo deseaba. A Boston o adonde yo decidiese.

Después, regresaríamos con hambre al hotel, sin repetir que Detroit era una ciudad deprimente,

¡Ya son casi las dos de la tarde!,

dije, exagerando la nota. Y porque anoche había soñado comida mexicana, y porque ayer me fui a la cama sin cenar, comeríamos lo que fuese, aun en ese Taco Bell al día siguiente de haber caído en la cuenta de que mis tres homicidios posibles sumarían sus muertes a las decenas de miles de desaparecidos de cada año.

Lo que daría (otra vez) por encontrar verbos que pudiesen alejarnos del dolor cotidiano de los que se quedan sin fantasías. Sobre todo, de los que han perdido el anhelo de matar a alguien.

Su libreta, por cierto, había dejado de molestarme.

También me ha dicho que Ioanna, última en la línea familiar de un nombre fotocopiado, ha sido amiga suya desde hace muchos correos electrónicos.

Ese fue mi único pendiente con Jean-Marie, el artículo sobre Ayotzinapa que nunca escribí. Supongo que supo disculparme, fue culpa de mis cansancios, solo por eso, y con esta última certeza me iría a la cama en nuestro cuarto de hotel.

A mí tampoco me molestaba la idea de Chicago. El problema: la ciudad tenía dos equipos de béisbol, los Medias Blancas y los Cachorros, y no quería estar en el trance de elegir nada porque lo mío es el camino, esta carretera en la que aún sobreviven manchas de nieve, árboles desnudos, un cielo tardío al amanecer y un sol más bien bisiesto a cualquier hora. Resulta muy agradable detenernos en las áreas de descanso, estacionamientos al abrigo del mal tiempo, y yo no sé cómo, cómo fue que llegó hasta sus ojos ese letrero. Hacía horas que no se despegaba de sus caligrafías, y, es verdad, fue ella quien reconoció el nombre repetido de Cabo de Dios en las autopistas de Illinois,

Cape of God,

cuna de un antiguo gobernador local, yo ni siquiera lo vi. Apenas a setenta millas de nuestro destino. Me propuso un desvío que, además, no lo era tanto, pues llegaríamos sobrados de luz a la ciudad de Chicago. Habíamos acordado no comprar entradas para el partido de hoy, tal vez mañana, o, mejor aún, pasado mañana, así tendríamos tiempo para recorrer una ciudad cuyo nombre resucita en los programas de otra época, las series de pandilleros, Elliot Ness, los *gánsters* (*gánsteres* se oye tan mal) que tanto fascinaban a mi madre. Frank Nitti, Rocco DeGrazia, su Al Capone tan querido. Nunca se arrimaba a la pantalla

salvo en la recurrente mención del nombre, y eso la enfurecía, la ponía como una bala perdida de coraje, a mi madre, y era su hora mejor gastada, maldiciendo que Al Capone fuese tan malo en los dichos, nunca en los hechos, porque jamás se le vio la cara en el blanco y negro de aquellos programas de televisión.

Cape of God, diez millas más adelante. Y cruzamos un puente de madera protegido por un techo rojizo, columnas de ladrillo limpio que atravesaban la seriedad de un río de piedras blancas, cubiertas aquí y allá por pedazos de hielo, aguas con camino rumbo al sur, en la misma dirección del viento, y me parecía tan mágico saber que mis ejercicios de memoria aún floreciesen en este país, aquí mismo, a menos de una hora del Chicago de *Los intocables*. Por si fuera poco, después de tantos años de nostalgia, México aparecía entre los nombres de una ciudad gringa, y la carretera, y el auto a casi cien kilómetros por hora, y el horizonte de la bruma, y el inglés de los límites de velocidad, y ella con su mirada perdida en su libreta... Todo parecía conspirar a mi favor, a nuestro favor, para llegar antes de tiempo a las sonrisas,

Cabo de Dios es cierto en cualquier lengua. ¿Te imaginas encontrándonos a nosotros mismos por aquí, en las bancas de algún parque?,

así lo dijo, ella, quizás queriendo habitar mundos gemelos, universos paralelos (ahora se usa demasiado la expresión, no sé por qué) en los que todo fuese posible. Era extraordinario que mi mujer propusiera este pueblo traducido como la intersección inversa de nuestro destino, y así siguió, envolviendo sus comentarios con carcajadas salidas de un espejo que yo no le conocía,

Tal vez encontraremos a dos como nosotros, a un él y a una ella en viaje de regreso a Montreal. En su camino, ellos habrán

pasado por Cabo de Dios allá en Tamaulipas, y nosotros pareceremos un accidente de sus propios reflejos, un viaje idéntico y distinto a su Cape of God aquí en Illinois,

Sí, y esa pareja, de seguro tan parecida a nosotros, no habrá perdido el tiempo queriendo llegar a su destino, y retomarán el camino después de saludarnos por accidente. Llegar y echarse sobre una cama frente al Saint-Laurent, eso es lo que quisieran, y alquilarán un chalet con todo lo necesario para sentirse cómodos en su propia idea del amor,

¿Has pensado dónde viviremos?,

ignoré la pregunta. Siempre me ha molestado muchísimo su manía de realidad en cualquier ensoñación. A veces sospecho que la divagación es una práctica prohibida entre nosotros porque siempre me interrumpe, así, con ese mismo acento matriarcal, y entonces hay que emprender el regreso a las cosas concretas, a las cuentas y a los gastos y a los presupuestos,

Quiero decir, ¿has decidido dónde viviremos en México?,

Frente a la playa, eso es lo que había pensado, así como los otros dos que son y no son como nosotros vivirán frente al río Saint-Laurent. ¿No te gusta la idea, mujer?,

Claro, pero el problema de vivir en el mar debe plantearse con más responsabilidad. ¿Dónde?, ¿cuánto?, ¿cómo?,

Poco a poco. Además, algo nos inspirará Cape of God. Abre bien el ojo,

porque estábamos entrando a un pueblo que anunciaba con orgullo a sus ochocientos veintidós habitantes, el mejor asado de ciervo en el estado y unos arándanos dulcísimos, únicos, deliciosos. Reconocimos la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, sus letreros apocalípticos en rayos láser, el escudo de un club rotario, este pequeño comercio con un área de descanso para estirar las piernas después de tres horas de

un viaje como el nuestro, hacia esta nada tan memorable. Era tan solo un pueblo ajeno, un mundo sin maravillas y desnudo de la evidencia de nuestros destinos paralelos, aunque también es cierto que el aire fresco del mediodía, este olor a hielo y primavera, a hojarasca y tierra que amanece, le daban un aspecto amable al momento, idílico, casi encantador.

Allí estábamos, café en la mano, mirando a dos hombres que se acercaban. Salidos de ninguna parte, bien vestidos, corbatas precisas, abrigos de ciudad, un par de mormones rubios y bien alimentados nos ofrecían su ayuda. Por hablar, decíamos cualquier cosa, preguntábamos por los trabajos en la región, las comidas típicas, explicábamos nuestra vida en la isla de Montreal (supongo que la matrícula de Quebec los intrigaba) y luego pasamos al tópico del invierno que también por estos andurriales había golpeado muchísimo. Cierta aire de familia se había instalado cuando llegaron más hombres, limpios, amables, risueños, con esa mirada que unas veces parecía ingenuidad y otras una versión insólita de la estupidez, y siguieron saliendo, de aquí o de allá, cada con el orgullo de su nombre en la solapa, proyectando sus abrigos oscuros y bien planchados en un paisaje de cielo gris y árboles desnudos. Caminaban en parejas, siempre de dos en dos, y quise sentir miedo, salir corriendo sin mirar atrás, y ella también quería temer, buscaba en sus angustias cotidianas una reacción lógica, pero tampoco encontró la voz de alarma que pudiera sacarnos de allí. Sobre todo, fuimos la sorpresa de nuestras reacciones enlazadas frente al fastidio de treinta y seis mormones (hacía rato que no aparecía nadie más entre las pérgolas del estacionamiento) que nunca hablaron de Dios sino de hacernos compañía. Solo querían estar cerca de nosotros para lo que se ofreciese.

Aceptamos la invitación a comer. Sin querer, volví a pensar que quizás para ella yo me había convertido en la suma de todos los milagros o de todas las generosidades. En mi lugar, cualquier otro ya se habría pegado un tiro, o ya se habría largado, así es como ella lo vería desde que decidimos vivir esto y yo aún no sé cómo explicar las cosas que ese vaivén de corbatas me trajo a la mente en un pueblo cuyo nombre traducido reproduce las coordenadas de mi nacimiento. Quizás Cape of God solo sea un reflejo incompleto de lo mío, una reverberación que aún no posee la puntualidad para ser reconocida, y entonces decidimos que no, aquel lugar no quería parecérse nos, y subimos al auto, pasamos revista con la mirada a un regimiento de abrigo que nos saludaba desde una simetría por fin ya sin nosotros: levantaban las manos para despedirse, algunos usaban sombrero, todos perfectos en sus propias palabras y sin romper el orden de sus cortesías, todos fieles a los rituales de la caridad. Y los dejamos así, satisfechos de vaya uno a saber qué.

En el camino a Chicago fuimos un silencio nuevo mientras ella no dejaba de escribir o de mirar la tableta del mapa electrónico. Puede ser que lo esté recuperando todo, que nos esté describiendo, rescatándonos para que Cape of God llegue, alguna vez, a ser algo más que una estación de servicio, los comedores, esas caras vacías, las mesas de madera en el subsuelo de la iglesia, una pasta sin ilusiones, salsa de tomate a punto de turrón, empalagosa, glucosa en estado puro, colesterol directo a la vena, y nunca vimos mujeres, no sé, alguna cara femenina que nos regresara un poco a la normalidad de un almuerzo entre aquellos monigotes que se disputaban la cortesía de proponernos un poco más de su espagueti, siempre un poco más, en nuestros platos,

No, gracias,

Estuvo delicioso,  
mientras los campos de Illinois seguían fieles a una tristeza gris  
en la que a veces salía el sol. Era una primavera en ciernes y algo  
de nuestras conversaciones permanecerá en esa libreta suya,

¿Qué tanto escribes, mujer?,  
y me habló con ese acento tan propio de quien quiere tener la  
última palabra en cualquier diálogo (conozco el sentimiento:  
estar solo junto a alguien, ser tus abismos durante un papel  
acompañado),

Nada, que estos deben llevar varias generaciones sin ejer-  
cer el amor al prójimo. Ya lo ves, parece que les caímos del cielo,

¿Piensas que pueden pasar por gente normal?,

Aquí sí, mañana quién sabe. Ser normal es cuestión de  
oportunidad y de calendarios,

Y si el mundo fuese a explotar en un minuto y no tuvieras  
tiempo para elaborar respuestas, ¿seguirías pensando que Cape  
of God es algo normal?,

No, no pensaría en nada. Solo me ocuparía de cerrar los  
ojos y de convertirme en piedra. La mente en blanco, sin pensar  
en nada, eso hasta que tú hicieras explotar la realidad en los  
minutos que nos quedan de vida,

y volví a dejarlo por la paz y a no tener curiosidad de nada, ni  
del pueblo dejado atrás ni de su libreta. Es más, ya ni siquiera me  
inquietaba el futuro. Que me aseguraran solo veinticuatro horas  
para seguir manejando, una jornada venidera para sobrevivir  
este día con la impresión de que aún me quedan algunas cosas  
por arreglar y tiempo para solucionarlas, con eso me basta.

Vivir como si fuera este el penúltimo respiro, eso es lo  
que desearía para que la sangre no dejase de acudir a las heridas  
del tiempo.



## Parte alta

¿Qué te dijo?,

Nada,

¿Nada?,

Nada importante...,

¿Por eso vas llorando, mujer? Si a pesar de todo, aún huelo tus dolores. Anda, ¿qué te dijo?,

Nada...,

Como quieras, y al final será siempre como tú quieras, ¿verdad?, y yo, a dormir en otro cuarto, ¿verdad?, y hemos vuelto a discutir como en nuestros mejores tiempos, con toda la energía que se acomodaba al inicio de nuestra historia. Presentíamos no poder dejarnos y no sabíamos si celebrarlo con un abrazo feliz o consultar especialistas de la dependencia emocional. Y ya va, otra vez, ya está aquí, queriendo hacerme sentir responsable de no sé qué, cosas de ella, de ella que nunca ha querido convertirme en la explicación de sus regocijos, solo de los momentos umbrosos, para lo que duela y lo que fastidie soy argumento, claro que sí, germen y desenlace conocidos cuando nos dirigimos a la salida del sanatorio, ocultos en la impertinencia del español de nuestra discusión en voz alta,

¿Qué tienes, mujer?, ¿qué pasa?...,

he insistido mientras ella pagaba las radiografías y no sabía yo que podían llegar a costar tanto, buen Dios. La vuelvo a mirar en el silencio de la nieve sobre las aceras, el pavimento crepitando bajo nuestros pasos, y con la blancura del frío es imposible pensar que alguna vez fuimos una ciudad distinta. Lo mismo sucede hacia abril o mayo, cuando el sol está de regreso y la vida se despeja de hielo: aunque sepa que por aquí habrá una calle distinta en unos meses, no la puedo predecir más allá del momento en que vuelvo a enfrentar a mi mujer camino al metro, exigiéndole que me lo diga,

Corre el riesgo de confiar en mí. Verás que puedo ayudarte. Se te olvida que ya no me parezco a tus miedos. ¿Qué te dijo la doctora, mujer?,

y de nueva cuenta trato de convencerla con mis historias de Cabo de Dios. A menudo le contaba cosas de aquella vida, cuando el edificio de mi calle natal se convertía en un carnaval de presencias a la menor provocación del dolor ajeno, y la gente lo hacía todo por un vecino en desgracia: se le prestaba dinero, se le velaban los muertos, se ofrecía como de paño de lágrimas, y después le recordé los años, las Esperanzas (la seguiré escribiendo así, supongo, con la mayúscula más incorrecta de mis urgencias. Nunca he sabido pronunciarla frente a ella, exaltarla en esta voz mía que se pierde cuando vivo en la lengua de mi mujer), las Esperanzas tanto como las promesas,

Si seguimos juntos es por algo, mujer. Si no nos debemos un poco de confianza, nos hemos equivocado de camino durante casi veinticinco años, y no, yo no quiero creer que sea así, y en el tumulto de los pasajeros me acerqué a su pecho (ahora en español). La abracé con el cuerpo más firme de que aún soy posible, en aquel vagón del metro. Pasaron un par de estaciones, o varias eternidades, antes de bajarnos en el centro, sin plan,

sin ideas fijas, sin más afán que salir a la calle, respirar el aire frío del otoño, mirar el mundo de las bufandas de moda y DE los cuellos precavidos sobre la rue Sainte-Catherine, cumplir el silencioso ritual de tomar un cafecito en Chapter's, descubrir algún libro en inglés, a lo mejor la nueva edición de Foster Wallace, regresar a Lee Masters o buscar a esa poeta americana que estaba causando sensación (¿cómo se llamaba?) antes de regresar a casa.

Sospeché lo mucho que nos parecíamos. Éramos iguales aunque de manera distinta, el reflejo cambiado de dos antifaces, y caminábamos del brazo, los ecos paralelos de una voz que se reconoce en la extrañeza de sus correspondencias, siempre nos sentimos así, ella y yo, y hacía viento, los hijos de una época que nos igualó a pesar de los años luz que separan mi memoria del golfo de México de la isla de Montreal, vaya mezcla, el caos del trópico diluido entre las filosofías del orden boreal, la entropía de un sol cotidiano explicado con la rigidez del hielo. Quizás ella era como yo en la necesidad de huir de los sistemas y de las reglas y de las cuadraturas del invierno, o tal vez era yo quien quería reflejarse en la transparencia del mundo canadiense donde nadie parece estar fuera de la ley (esto creo haberlo dicho en otro lado, no recuerdo dónde). Nunca como hoy puedo decirlo así porque ya soy otro, lleno de una lucidez inesperada durante los pasillos de la librería en que al azar hojeo unos versos que son como polichinelas, páginas donde su autor se dirige al titerista para explicarle que un beso es escenario que se improvisa: los silencios a cuatro labios son las tramoyas de Dios, leí, la boca se hace cierta en los hilos del aliento, traduje, los amantes improvisan la maestría del marionetista, seguí adelante, y al regresar de los guiñoles de aquel poemario miré a mi mujer, la había olvidado, allí estaba, sentada en las mesas

de Chapter's, ausente frente a la pantalla de su teléfono celular, la tisana intacta y su espíritu fuera de lugar.

Al principio, no entendí. ¿Por qué me dejaba mirar sus cosas? Columbré que su momento de triunfar sobre la costumbre de sus costumbres también había llegado, que algo distinto se instalaba en ella, así como yo era otro desde ayer. Debe haber sido entonces que comencé a intuirlo, que nos habíamos convertido en el único destino posible, que ya nunca podríamos abandonar la historia que nos unía, que estábamos caminando hacia un tiempo sin vuelta de hoja, hacia este momento en esta librería en que veíamos pasar el mundo sin el aspaviento de las miradas nuevas en nuestros rostros. Tanto miedo tuvimos de dar el paso hacia la soledad, que nos hicimos miedo y soledad al mismo tiempo, y hoy, cuando reuníamos algo de valor para comenzar un *yo-sin-ti* con música de supermercado en los altoparlantes (¡quién les dijo que los ritmos comerciales ayudan a leer!), lo mejor era desnudarse de las osadías, calcarnos en la memoria de un temor conocido, un temor con nuestro sello de origen. Y si algo de todo esto hubiera llegado a la escritura en aquel momento, si yo hubiese sabido tomar nota del primer día vivido junto a ella con la conciencia de mi enfermedad, tal vez me habría ahorrado la decisión de guardar el secreto de mi muerte a cuentagotas, incluso habría podido adivinar lo que vino después de pagar la cuenta, mientras le hablaba de aquel libro de poesía, cuánto me había gustado, mujer, y entramos tranquilos a casa y me refugié en los correos electrónicos y mis hermanos preguntaban por mí y los amigos de la adolescencia, Nené, Mandiles, Pinedovski, todos ellos otra vez soñando con visitar la isla de Montreal en Año Nuevo, y a mi jefe le urgía el artículo atrasado, y no pasaría de mañana, iría a las oficinas,

le explicaría a Jean-Marie la situación cuando le redacté un lacónico, aunque amabilísimo,

Nos vemos mañana sin falta. Saludos cordiales.

La descubrí con la mirada fija en el té verde del desayuno, allí y a muchos kilómetros de distancia. Terminé de arreglarme y ahora me preparo un expreso y no sé cómo hablarle, qué le digo, hacia dónde le hago ver que sea lo que sea estamos juntos. Suena tan banal: sea lo que sea, mujer, y tengo frío esta mañana, estaremos siempre juntos, así es como me gustaría decírselo cuando repaso el elenco de las cosas que me hubiese gustado escuchar al revelarle el secreto de mi propia enfermedad, y no importa, ya no importa, desde antier ya siempre estaré mintiendo, ya solo soy una impaciencia sin nombre, una desesperación vacía del otro lado de las horas,

¿Cómo sigues?...

guarda silencio y levanta sus ojos y sé que su mundo, ese ámbito tan calculado de suspiros, ha pasado una noche para el olvido,

No te preocupes, mujer, siempre se camina mejor por el lado del sol,

y algo he empujado hacia el vacío, algo que la reduce a las lágrimas. Ahora somos un abrazo, fuerte, interminable, uno lejos de nosotros, tengo frío esta mañana, tan extraño a los abrazos que no hemos sido desde hace tiempo. Miro su silencio, escudriño sus lágrimas, me desprendo de las caricias que hoy no buscan las noches de pasión que dejamos atrás a fuerza de acostumbrarnos a estar sin estar, a ver sin luz, a ser la oscuridad de una sombra que nos persigue con el rostro cambiado... ¿Cómo decirlo? Eran, tal vez, las únicas caricias posibles hechas de una certeza que no necesita palabras para triunfar sobre la confusión. Tantas cosas salen de mí hacia ella con una ternura nueva, soy el rostro

de una paz inusitada que algo tiene de golpe de Estado y otro tanto de revolución (y aun de paraíso proletario),

Esclerosis lateral amiotrófica,  
me lo ha dicho así, a quemarropa, aferrada a mi abrazo, buscando recuperar mis ojos distraídos que salen por la ventana, los copos, la calle allá afuera, el sexto piso de nuestros paisajes cotidianos. Me lo ha dicho así, queriendo hacer de mí el lugar más seguro en su mundo de té verde a las siete de la mañana, fría como pocas mañanas de octubre desde que llegué a Montreal hace tantos, tantísimos años ya,

¿Perdón?,

y entre los cristales de la nieve que no deja de caer, mi voz regresa y ya no está, viene y se va, otra vez, mil veces más. Vengo y ya no estoy en el silencio que me ahoga,

¿Perdón?, ¿qué dices?, ¿de qué hablas, mujer?,

y me he sentido desnudo, insuficiente, desentrañado en la plaza más pública de mi muerte inexplicable,

Esclerosis lateral amiotrófica,  
y repitió las palabras, como si el nombre me fuera ajeno. Tengo frío esta mañana, como si en el amanecer del último viernes de octubre una cosa así pudiera llegar hasta mí en medio de la sorpresa o del extravío, no podía ser, tengo tanto frío, mi camisa limpia en su abrazo, quién era ella para venir a descifrarme las condenas, ella y su bata color malva, ella y esos lagrimones de Magdalena incontrolable. Y quise alejarla de mí, entrar a saco en su taza de té, ocultarme entre las indecisiones del sol que pierde varios minutos de luz cada día rumbo a diciembre, cuando las mañanas de Montreal significan la penumbra de algo que no quiere llegar a su destino, la fugacidad de una transparencia que no sabe permanecer entre nosotros, y yo hace tanto tiempo que solo pienso en salir de aquí. Y guardo silencio, abrazados,

como en una sinfonía de amaneceres que han equivocado la nota central del concierto, así, estrechados por error en el reflejo de una enfermedad que se argumenta con una vida reducida a movimientos mínimos, una especie de destino que se contrae, una historia que encoge sus músculos porque los calendarios de mi cuerpo han decidido ser las abreviaturas de un espasmo, fragmentos de un indicio, virtutas de cualquier exabrupto,

¿No tienes nada qué decirme?,

me dice, me exige, me desafía, y yo sigo sin entender que no está hablando de mí, que ella aún ignora mis pasos por venir. No, no está pensando en mí sino en ella, en ella misma, y nos sentamos en la mesa, poco a poco, malabarismos en un nuevo abrazo, llora por ella, tengo frío esta mañana, se compadece de su mala suerte, más silencio, mucho, no sé cuánto, un minuto o una hora o un siglo mientras sigue haciéndose daño con palabras que se me parecen,

Me harán nuevos exámenes, esclerosis lateral amiotrófica, pero no hay que esperar nada bueno. La doctora cree que el diagnóstico es definitivo,

y todo es tan cierto, tan cierto como el frío de la fecha precisa en que no sé creerlo, no puedo creerlo. Quizás en un par de años hubiese aprendido a decir que solo podía ser así, que esta era la única forma en que podríamos seguir juntos, muriendo de una vida repetida, calculando las pérdidas en un mundo intercambiado, gozando con la extrañeza de nuestros secretos idénticos.

Ella también, muerte a cuentagotas...

Ella también: eco de una enfermedad irreverente y muy pronto inalcanzable...

Ella también...

Y fue allí, entonces, en el abrazo más limpio de la primera hora de aquel día, sin soltarla del llanto y sin pensar en

el futuro, que decidí nunca decirle nada. Tal vez sea lo mejor, que nadie (mucho menos ella) descubra los pleonasmos de nuestras agonías.

DETALLE: la convicción del final nos acerca a los otros, se parece a lo que nunca pudimos dejar de ser. Nos permite reconocernos en un miedo idéntico, ser un plagio de certezas, convertirnos en un buen remedo de angustias porque la muerte solo puede escribirse sobre papel carbón, y yo tengo tanto frío esta mañana.

En la puerta de la estación acepté el periódico que se reparte a diario. Aunque conservo intacta mi necesidad de seguir al día con las noticias, lo hacía por ellos, por los repartidores que gastan su destino a mil grados bajo cero. El obsequio del diario justifica su jornada de trabajo, y siempre he querido preguntarles tantas cosas, la historia completa que los obliga al reparto de un papel entre los primeros hielos del día, y, claro que no, ellos nunca me dirían la verdad, argumentarían las ventajas sociales y un buen sueldo allí donde yo solo puedo sentir compasión. Tal vez todos somos así, y a la menor provocación hacemos creer que vale más la falsa trascendencia de nuestras rutinas que la certeza de venir a este cuadernillo, a la mitad de mis mañanas, para decir, palabras más palabras menos, que solo la lucidez de nuestros vacíos puede recuperarnos para la vida. No, nada está claro sino el enojo que ahora siento camino al trabajo cuando abro el periódico, sigo de pie, gente en los vagones, mucha gente, y en la primera plana leo al mexicano que interrumpió la ceremonia del Nobel de la Paz, la bandera nacional ensangrentada, Malala que lo mira desde su cara de Paquistán y los guardias de seguridad, traje y corbata, inmovilizados en Oslo por una fotografía mientras lo toman del cuello, a ese joven,

tan familiar y al mismo tiempo tan ajeno, y lo arrestaron, ya se lo llevaban, de seguro lo deportarán, y los muertos de México aún son la *mejor-peor* noticia de cada mañana. Transbordo en Berri-UQÀM e imagino a la Poniatowska declarándose a favor del gesto, y está muy bien que así sea, y tendré que perseguir la información del asunto, aunque algo se ha movido de su lugar, no sé qué, algo ya no se parece al sitio donde guardaba las frustraciones, mis desarraigos están mudando de piel, mis exigencias de un México distinto gritan de otra manera cuando un estudiante casi me arrolla en la línea verde, y a veces el metro es un anticipo del infierno.

Al salir a la calle construyo los argumentos de mi ausencia. Frente a Jean-Marie, motivos de salud, estaré de baja un buen tiempo, prometeré el envío por correo electrónico de mis columnas, y no pienso decirle nada más. Tampoco creo que los detalles de la enfermedad resulten interesantes para mi jefe cuando entro al café de costumbre, sobre la Maisonneuve, y Cris el armenio está en la caja, serio, agrio con todo mundo y siempre tan amable conmigo desde hace catorce años de amistad. Otro café antes de subir a la oficina, solo eso le diré a Jean-Marie, y nada más, quizás una rebanada de queso suizo y mantequilla en pan integral mientras a mi lado, en la misma fila, rumbo a la caja, hay un hombre que no esconde la voz de sus cuentas bancarias: hace años que decidió vivir en Ecuador, la vida es tan barata en Cuenca o en Otavalo o en Ibarra, dice, las cosas por allá cuestan nada (así lo explica en su inglés de imbécil autosuficiente) mientras entiendo que no conoce a nadie, en Montreal está más solo que la una el estúpido de los millones, y Cris el armenio lo escucha por cortesía, me desliza una mirada cómplice, descubro su fastidio, sus ganas de mandarlo a la remierda, pero es tan temprano, y es viernes, y es la primera hora del día, y no vale la pena,

¿Cómo te va?,

Ya lo ves. Ocupado, como siempre, y gracias a Dios, ya el fin de semana. Esta noche viajo a Kitchener y el lunes estaré de vuelta. Tantas cosas,

¿Vas solo?... Deberías aprovechar la escapada,

¿A quién se le ocurre?, voy con toda la tribu, hombre, y entiendo que debo darme prisa, pagar el café, gracias, Cris, ir a ocupar mi costumbre frente a las vidrieras donde me gusta observar los autos congelados y los abrigos huyendo del frío. Se ha sentado junto a mí el imbécil de los millones y he tenido que cambiar de sitio, ese tono suyo, malnacido, la cosa no promete nada bueno, me impone una conversación a la distancia y él hace tantos años que dejó Montreal. Después, ha vuelto a sentarse en una mesa contigua, habrase visto, ha venido a realizar trámites consulares en el mismo edificio donde yo trabajo, es cierto, allí está el Consulado del Ecuador, y me interroga el acento, el imbécil de los millones, me indaga la cara, esta cara que hoy ha querido disfrazarse de voces inglesas, nunca lo logro, siempre queda un suspiro de lengua materna bajo la piel y él me lo pregunta, desde su *café au lait*, no creí que se atreviera a tanto, venir hasta mi lugar, por tercera vez, habrase visto,

¿Español?,

Hispánico, en todo caso. De México, aunque yo no tuve la culpa... Mexicano, pero ya no ejerzo, y cuánto me gusta reírme de mis propias bromas, sentirme a mis anchas en estas carcajadas que le bajan la guardia. Sin embargo, no creo que haya entendido ni la mitad de lo dicho, el muy idiota,

¿México?... No... No me gustaría estar allí en este momento,

A mí tampoco, aunque por otras razones. Quiero decir, que si estoy aquí es porque he comprendido que el invierno me explica mejor las cosas. A veces el sol suele ignorarnos a las claras, o, en todo caso, supongo que aquí soy una mejor sombra, a pesar de todo, así es como le respondo, y arruga la frente. Más de sesenta años, me mira, no sabe qué pensar, pelo canoso, guarda silencio y ya vuelve al Ecuador, al dinero que él invierte por allá en cada uno de sus viajes: los taxis, las rentas, las compras aquí y acullá, las comidas, ¡las sirvientas! (es él quien levanta la voz, no sé por qué), los jardineros, los veladores, en fin,

Nada cuesta nada en Ecuador,

Y usted ha decidido sacar provecho de la pobreza ajena, lo interrumpo, así, sin darle tiempo a verme venir,

¿Qué dijo?,

Si usted vive en Ecuador es porque la pobreza del mundo le conviene,

No lo creo. Por el contrario, mi presencia allí es muy necesaria,

Mire usted, ¿se lo explico con manzanas?,

le he dicho sin levantar la mirada. Cris el armenio me ha sospechado del otro lado de la caja, y me sonrío en silencio. Ahora, me lanza ese gesto tan suyo de *acábatelo-de-una-puta-vez*, a ver si se le caen los dientes por hablador, y entonces lo envuelvo en esa realidad de simplezas que nadie observa desde hace tanto, y sus canas, escondidas detrás de un gorro que se pretende boina vasca, me hacen sentir como el francotirador que dispara sobre la vejez de los egoísmos (otra vez, inercias de una vida pasada donde las cosas se decían así, supongo), esos mismos egoísmos que aún permiten creer que repartir dinero hace más justa la pobreza de los demás,

No le entiendo,

Yo sé que no lo entiende, o que no quiere usted entenderme. Cuando entró a este café, los tres dólares de una taza no le parecieron exagerados, ¿verdad que no? Pagó y a otra cosa. Y lo mismo yo: ordeno, miro, pago y vengo a esta mesa con la seguridad de no haber explotado a nadie. Los meseros de cualquier bar de Montreal no patrocinan ni mis cafés ni mis cervezas porque los tres dólares que usted y yo pagamos aseguran cierta igualdad, o al menos la tranquilidad de llegar al final del día sabiendo que casi no hemos abusado de nadie. El costo de una taza de café hace que la justicia social siga vigente entre nosotros, ¿no lo cree?,

y me reservé algunos dardos para el final mientras el rostro del desconocido me decía que había encajado ya los mejores golpes. Estaba contra las cuerdas, véanme, muchachos, ahorita me lo despacho (me sentía como en una pelea de barrio, allá en el puerto), solo era cuestión de rematarlo, un último recto a la mandíbula, y ya me preparaba para un buen gancho al hígado cuando dio la última de sus patadas de ahogado,

Yo soy un capitalista liberal,  
así lo dijo, mientras yo le ponía punto final a su frase,

Lo que usted parece es un imbécil, un ciego de los que prefieren nunca preguntarse por el precio de un café en el Ecuador. No espero que alguien así quería preguntarse por el costo de la vida en nuestros países, pero si ha decidido vivir por allá se debe a que la realidad canadiense le permite sus gestos de patriarca de utilería, cuando la verdad es que usted representa una de las formas más grotescas del egoísmo: la que deja escurrir unas monedas en las manos de otro para inmortalizar sus agonías,

Vete al infierno, cochino comunista,

y entonces imité lo mejor que pude a Robert de Niro mirándose al espejo en aquella película de boxeadores (¿cómo se llamaba?), y le arrojé al cuerpo mi taza de café. Le recordé a la reputa que lo había parido, y la pelirroja de más allá me seguía con la mirada, boquiabierta, y el inglés de mis insultos era tan nítido a esa hora de la mañana, estoy seguro, y varios clientes me abrieron el camino hacia la puerta y al final he dejado el lugar con la elegancia de una disculpa en voz alta (previo guiño) hacia Cris el armenio,

Me voy antes de que la sociedad protectora de animales te levante una multa por el maltrato a las sabandijas, estaba lanzado, y me sentí orgulloso...

Nunca he sido tan pernicioso con la verdad, y me sentó bien la calle, la humedad del día. Después, ya un poco menos, sobre la rue Peel, intransitable de nieve rumbo al trabajo. Y una última vez, pensé, una última vez recorro un octubre en estas aceras, aunque el viento, como siempre, sacudió mis ideas, se las llevó para siempre porque unos pasos después había decidido que no importa, hacía mucho viento, nada importaba ya: ni Cris el armenio, ni mi pan negro, ni el queso suizo, ni el imbécil de los dólares más oscuros, y apresuré el paso hacia el edificio, ni yo ni mi mujer ni el invierno que por primera vez me encontró con la cara de mi desahucio muy en alto, y casi muerto de frío.



## Parte baja

En Chicago, ella tropezó en el vestíbulo del hotel.

Sufrió un esguince, fue cosa de ambulancia, y los paramédicos de la eficacia nos llenaron de atenciones. Abandonamos los equipajes en la recepción y nos dirigimos a un centro médico que abusaba de las líneas rectas en el decorado: rayas, más rayas, paralelogramos en los tapices, trazos perpendiculares en el tapiz de los muros, también en los cuadros, flechas azules en el techo, vectores en el linóleo del suelo. Psicología de la distracción para cambiar el pulso de cualquier tragedia (sospeché), y hubo enfermeras eficaces, una camilla, mis datos, la compañía de seguros, el diagnóstico, las radiografías y daban las once de la noche cuando pude volver a verla, atenta a la voz de un doctor que ahora se enteraba de todo,

Esclerosis lateral amiotrófica,  
hacía tanto que no escuchaba esa condena. Los kilómetros recorridos habían dilatado mi experiencia del tiempo y la explicación regresó a mí desde el fin del mundo. Siguieron las presentaciones, los saludos, sus consejos, el reposo necesario, y las cápsulas desinflamantes (¿o desinflamatorias?) harían efecto en un par de días,

Lo mejor será no moverse demasiado, señora, quedarse tranquila,  
nos hablaba a ambos, ese médico de Chicago, sin saberlo o quizás sabiéndolo de otro modo. El accidente me preocupó un poco, se veía venir, ese pie suyo se levanta con dificultad, como pedal que ha perdido sus últimos resortes, y ya no le alcanza el cuerpo para llevar una vida lógica, y era comprensible que el botones del hotel, con su carriola hasta el tope, hubiese calculado mal la velocidad de sus pasos. Ella no sostiene el ritmo de nada en el camino de nadie, y de regreso a nuestra habitación me sorprendió su caja de medicamentos, cada uno con una advertencia inusitada, cada paquete y cada frasco, y sentí un desamparo enorme ante todas las cosas que yo he decidido no necesitar. Claro que también me presentí irresponsable, por primera vez injusto frente a ella que se aferraba a mis fuerzas con la seguridad de una respuesta eterna de mi parte, y tenía sueño, mucho sueño. ¿Dónde estaba yo cuando el maletero la golpeó? Y sin querer vinieron a mi memoria unos versos que no quería recordar en ese momento: y compartir el pan, el sol, la muerte, el olvidado asombro de estar vivos. Todo me parecía tan ilegible..., mi cansancio, la cara de resignación del médico al nombrar una enfermedad que sonaba de otro modo en el inglés de Chicago, el taxi de regreso al hotel, la evidente fragilidad de mi mujer,

El hotel tiene sillas de ruedas. Si te apetece, podemos ordenar algo para cenar en el cuarto y mañana salimos a pasear, tranquilos, por los alrededores,  
y la verdad es que dormí mal, muy mal, aunque al día siguiente tuvimos la curiosidad suficiente para preguntar por un buen restaurante italiano, en la recepción. Y qué pizzas las de Giordano's, había valido el esfuerzo, empujarnos en el ánimo,

solicitar una silla de ruedas, el taxi adaptado, saltar por encima de una fila interminable al llegar al lugar (pensé en Yogui Berra, tan parecido al filósofo de Güemes: ya nadie va a ese restaurante porque siempre está lleno de gente, algo así decía). Como dos ancianos que recién vuelven de una edad que nunca termina, entramos, como dos ciegos que reclaman no ser vistos cuando cada escalón nos tomó tres horas de esfuerzo (es un decir) hasta ocupar la mejor mesa del lugar y sentarnos en un sabor de hacer historia, pizzas con cuerpo de lasaña, ingredientes sin el artificio de las conservas o edulcorantes, e incluso nos atrevimos a beber un poco y pagamos con una tarjeta que me permitió bromear con el mesero,

Aquí está, aunque es robada,

Por supuesto,

Apresúrese antes de que la reporten, señor,

y todo siguió su curso de amabilidades en cámara lenta: las bromas en el taxi, el regreso al hotel, el hilo dental frente al espejo, la noche tranquila de Chicago.

En la televisión, el juego de los Medias Blancas había registrado una bronca de colección. El bateador se fajó como los buenos, con otro y otro y otro, con otro y otro y otro, una montaña humana, nadie gana nunca en esas *rebambarambas* (parece que la palabra no existe, pero me gusta mucho), y era cosa de ver los leñazos, esos insultos sin consecuencias. Una y otra vez repetían el rostro del *fuck you* que había destapado la olla de los golpes, y ya casi no estábamos aquí, compartiendo la cama mientras ella se dormía y el noticiero volvía a ofrecer los detalles del insulto que le abría los ojos a mi mujer, esos ojos suyos educados en la corrección más verde de todas las palabras, iguales a tantos otros momentos que le conocí en Montreal,

*impreparados* para las groserías, sorprendidos ante las cosas que ella no se atrevería a pronunciar, jamás,

Lo mejor sería descansar. Mañana veremos qué hacer y hacia dónde ir... ¿Puedo apagar?,

No, déjala encendida. Me ayuda mucho a dormir, por favor,

Bueno, pero bajaré un poco el volumen, si no te molesta, y pasaron otras tres veces aquel *fuck you* susurrado por el mismo jugador. Y la sentí, por fin, dormida, el pie vendado fuera de las sábanas, su libreta abierta sin aspavientos.

En las ventanas de una ciudad que vivimos sin estadios, Chicago seguía el ritmo de sus luces nocturnas. Los edificios y las avenidas eran un paisaje de orden, la ecuación perfecta de la distancia y de la soledad. Si alguna vez tuviese la energía para recordar todas y cada una de las escalas de mi regreso a Cabo de Dios, creo que Chicago sería memorable por los días gastados en su recuperación, las palabras de aliento, las horas suficientes y relajadas, el ritual de la silla de ruedas y de las aprensivas ternuras más allá de los partidos que no vimos. Por supuesto, pensaría en Giordano's y en la lentitud de nuestros primeros paseos por el lago Michigan, aunque, sobre todas las cosas, recordaría haber celebrado Navidad en este mayo, porque necesitaba una locura de nuevo cuño, el pretexto para hacerle el regalo de algo, a todas luces, urgente.

Nunca olvidaré el esfuerzo para encontrar envolturas navideñas en una ciudad de primaveras renuentes. Hacía un clima rarísimo, vientos fríos que se apagaban al amanecer, sol titubeante entre la primera mañana y la hora del almuerzo, paseos con bufandas cuando el cuerpo nos exigía salir a tomar un poco de noche. Por la mañana del último día reservé nuestra mesa repetida con el mismo anhelo de ayer, en Giordano's, mientras

revivía las armonías de otra época, cuando le compraba siete regalos distintos, uno por cada día de la semana que viviríamos entre la Navidad y el Año Nuevo, y siempre fueron siete y no sé cuándo perdimos la costumbre de planear con tantos obsequios la vida que nos esperaba del otro lado de enero. Si tuviese hoy el tiempo de recordar los instantes más certeros de nuestro viaje, me sentiría obligado a pensar con ternura que fue en Chicago donde le regalé su primer bastón, envuelto en celofán, moño rojo, papel dorado, cintas que produjeron el efecto de resucitar diciembre en un mes equivocado mientras las otras mesas celebraban con aplausos nuestra capacidad para reírnos de nosotros mismos. Todo lo había preparado para que el mesero nos condujese a la salida, nos entregara los abrigos, abriera la puerta y me deslizara otro bastón, claro, uno más para mí,

No quiero que te sientas sola en la vergüenza. Así seremos seis pies con cuatro manos, mujer, le susurré. Y reímos un buen rato porque, estaba seguro, llegado el día de recordar el momento en que comenzamos a caminar con aquellos bastones, me prohibiría hablar de la hipocresía que sentí al mentir con la verdad de mi cuerpo en ese gesto de solidaridad. Es esta estúpida herencia cristiana que mancha de remordimientos cualquier armonía (mejor evitar aquí la palabra *felicidad*), como si fuese cierto que a este mundo se vino a sufrir, y caminamos juntos, tomados del brazo, reconociendo en silencio lo que ya nunca dejaríamos de ser: un par de cuerpos desvencijados en la sexta década de sus vidas, dos historias aventurándose en el porvenir de los caminos y los juegos de pelota.

La realidad es que uno asiste a un estadio con la esperanza de lo irrepitable. Cada uno de los dos mil quinientos partidos

de la temporada contiene la posibilidad de algo mayor, ¿no es cierto?, como una triple matanza, esa jugada que necesita de tantos azares para completar el escenario del milagro. Primero (*obviously*), se imponen las casillas vacías, cero retirados, corredores en los senderos, uno en la primera y el otro en la segunda base, por ejemplo, y aunque una línea podría empujar una carrera, o quizás dos, el verdadero espectáculo llega con un elevadito por el rumbo de la tercera, cerca de las paradas cortas: al vuelo se saca el primer *out*, se lanza la pelota a la segunda base y de allí a la primera cuando todos nos levantamos de nuestros asientos, detrás del plato, para celebrar la triple hazaña de haber concluido una entrada sin daños para el equipo de casa, los Cervecedores de Milwaukee, recorriendo la noche con una defensiva de fierro ante los Marlins de Florida.

El estadio era precioso, tendencia de arquitectura envejecida. El techo flotante parecía de otro siglo, y la ciudad también era muy bella, con un clima fresco que nos exigía las mangas largas mientras discutíamos, en uno de los parques cercanos al hotel, los días por venir,

Chicago no fue tan malo, a pesar de todo, y yo insistía en bajar por Cincinnati mientras ella sugería aprovechar el envión (en francés dijo *élan*). En la costa oeste, me insistía, veríamos a los Marineros de Seattle, luego bajaríamos por Colorado hasta California, y había un lago artificial cerca de nuestro hotel, durante aquella medianoche de lunas ligeras en Milwaukee,

Mejor sería Cincinnati, mujer, y luego regresar sobre nuestros pasos hasta Boston, pasar por Washington o visitar Filadelfia, y se hizo de madrugada queriendo llegar a Cabo de Dios por otro camino,

Si nos vamos a California de un solo golpe, podríamos  
atravesar todo el país de regreso antes de llegar a Texas,  
añadí en el brillo del lago, y me levanté para encender el cigarro  
del punto final de mis palabras,

¿Cómo se llama este sitio?,

No sé, y qué importa. ¿Viste cómo brilla?, dan ganas de  
tocarlo,

Cuidado, no te vayas a caer en la fosforescencia,

Andas poética esta noche, mujer. Tropezar con el brillo,  
mira tú,

y estiré la mano hasta la suya, el bastón en el piso, el aliento  
fumador, la sutileza de la luna en mi acento. Quería deslizarme  
junto a ella en la noche americana, retirarme el zapato izquier-  
do, sin miedo reescribir en la memoria que la oscuridad fue  
cediendo gracias a la intensidad de aquel resplandor, gracias  
al agua de artificio que ondeaba minutos como destellos, y me  
descalcé por completo, y también me retiré los calcetines. Ella  
seguía allí, sentada en su prudencia cotidiana, mirando cómo  
llegar al Pacífico, ver a los Atléticos, a los Dodgers, quizás a los  
Padres de San Diego,

Es increíble, ¡mira! Mis pies brillan,

Cuidado,

No importa, mujer, mírame,

sacaba mis pies del agua, brillantes, impregnados de luz, la piel  
húmeda y fosforescente. Quizás eran las algas del momento, o la  
luna junto a las algas, o mi piel conjugada como ninguna entre  
las algas de la luna cuando también me quité el pantalón, ahora  
la camisa, la camiseta, calzoncillos a la rodilla, sumergido ya  
de cuerpo entero, qué risa, y hay que considerar la posibilidad  
de algún químico añadido en el agua de aquel lago (los ameri-  
canos son capaces de envenenar cualquier sueño, lo sabemos),

¿Cómo se llama este lugar?,  
ella, otra vez, insistiendo, buscando, distraída del momento.  
La verdadera magia consistía en salir del agua cubierto de luz  
líquida, y yo era un hombre de fuego húmedo, así me sentía,  
y había que aprovechar los quince, veinte segundos, el medio  
minuto que esta maravilla sobrevivía en mi piel junto a ella  
que ahora me tocaba de otra manera, asustada y feliz, curiosa  
y tímida,

Anda, entremos al agua,

¿Estás loco?, ¿dónde dejaste tus cosas? ¡La cartera! ¿Dónde  
está tu cartera?,

La vida es esto y yo hago burbujas de luz,

La poética era yo. Sal de allí, por favor,

¡Ja!, la vida es esto y hoy me baño de resplandores,

y entraba y salía, con prudencia, cierto escrúpulo. También es  
verdad que ya no soy el de antes, las cosas me cuestan mucho  
esfuerzo cuando ella me sorprende con cosas de nuestra buena  
memoria,

Como quisieras quisiese, como pudieras pudiese,

Como soñare soñaremos,

Como ilumines iluminaré,

otra vez, nuestros juegos de voz, mundo antiguo que resucitaba  
las viejas palabras en el Milwaukee de la triple proeza, preludio  
de una noche de luna muy leve. Por fin se quitó las botas, las cal-  
cetas, sus pies eran como luminarias, sus dedos como lámparas,

¡Ja!, no que no reías, sonrisita,

y ella nunca se quitaría los pantalones para convertirse junto a  
mí en un momento perfecto. Las aguas de aquel lago anónimo  
permanecían en la piel el tiempo suficiente para concluir que  
uno asiste a un partido de béisbol, a cualquier hora de cualquier  
estadio de nuestro viaje, con la esperanza de lo insólito.

Decidimos Cincinnati (*yes!*). En el bar del hotel bebimos mojitos, escuchamos música de Tom Jones por accidente, y ahora soy yo, me siento mal, demasiado alcohol, la luminosidad del agua fría, quizás, o una nueva desconexión en los callejones de mis ligamentos. Dos días en cama mientras ella se entretenía pagando cuentas, verificando saldos en su tableta, y comíamos en la habitación, y solo una triple matanza sin asistencia, cuando el parador en corto o el segunda base han atrapado un voladito al interior o una línea a media altura y los corredores han respetado la señal: entonces toca con el pie sobre la segunda y recibe de frente al que ha dejado la primera base..., solo esa triple matanza, distinta y superior a la que vimos en el Miller Stadium, salida de un solo guante, hubiese opacado nuestras risas más luminosas, durante la noche del lago.

Mi intención era, además, acercarme a Massachusetts. Hacía años que no tenía noticia de viejos amigos, quería saludarlos, sentir la presencia de los buenos de mi historia, y la decisión entre recordar el partido de los Cerveceros o el lago sin nombre era más bien simple, aunque, bueno, allá que cada uno decida lo que mejor le parezca para construir los calendarios de su propia memoria.

Para mí estaba claro. Pero, ante todo, respeto...

Cuando abrí los ojos, escuché una ambulancia. Me sentí como en una pesadilla a la velocidad del sonido, atado a una camilla a cien kilómetros por hora. Además de la enfermera, a mi lado había una mujer de ojos cerrados, y otra vez reconocí la sirena, los sobresaltos simultáneos sobre la carretera, y quise preguntar algo en un inglés que se atoraba entre las heridas de mi acento irremediable,

¿Dónde está mi mujer?,

Ella está bien, no le pasó nada. Va con mi marido en otro auto. Nos siguen al hospital, no haga esfuerzos, por favor, y me aplicaba su mano sobre la frente. Calculaba con el aliento la distancia entre su brazo y el mío, otra vez llevaba su mano de mujer titubeante hacia mi rostro cubierto con gasas (¿o eran vendajes?), y la dejaba allí con una dulzura de madre a toda prueba o de abuela a toda prisa. Después, me dijo su nombre completo,

Ila Heimer, mujer de Jo Heimer, los únicos que se detuvieron en los suburbios de Cincinnati, y estaba ciega desde hace muchísimo tiempo. Nos habían asaltado, ahora lo recuerdo, ya no teníamos ni auto ni ropa, varios hombres, en un área de descanso que se desviaba de la autopista principal, y todo fue culpa mía al reconocer ese acento andaluz que unas veces parecía caribeño y otras el eco de una España diferente. Venían de Granada, eso decían,

Como García Lorca, les respondí, y eran muy jóvenes. Allí, a la mitad de una carretera que les servía de refugio, fumaban yerba, picoteaban whiskey, y nosotros permanecíamos con el bastón sobre el asfalto, observando, sentados sobre una banca de madera en la hora de aquella tarde, ya casi era de noche, mientras uno me pidió un cigarro y yo los había dejado en el auto,

Ahora vuelvo, no tardo, les dije, amable, casi fraterno. Reconocí el semblante de mi mujer, la angustia heredada de una vida protegidísima, el temor a que algo se rompiera porque ella creció en un paraíso de seguridades y no, nadie tiene la culpa de nacer donde lo hace (me repito en algunas cosas, lo sé, pero es que soy el que soy entre mis verdades más elementales). En todo caso, lo malo es el silencio, ese silencio que guardamos para que la realidad suceda

sin nosotros, y aunque tantas veces se lo dije, ella siempre me dejaba sin argumentos,

¿Y por qué no escogiste Tanzania como exilio? Claro, es tan fácil poner en entredicho una vida color de rosa cuando es esta forma de vivir lo que buscabas. Más aún, es esto que somos en Quebec lo que te autoriza para cuestionarme sin temor a las consecuencias,

y debo confesar que una parte de mí se sentía humillada en tales instantes. Ella sabía tener razón cuando defendía la nacionalidad de su destino, esa geografía de hielo cuyas protecciones exageradas a menudo provocan una perenne minoría de edad. Pensaba en silencio todas estas cosas cuando reconocí su semblante de preocupación mientras abría la portezuela para buscar mis cigarros, y alguien me tomó por la fuerza, y mi bastón salió volando, y luego fue un golpe vidrioso, un cataclismo de esquiras en el rostro, mi cabeza de añicos entre los añicos, y ahora la ambulancia, Ila la ciega, los paramédicos, el hospital, mi cara que sigo sin reconocer en la memoria de mí. ¿Cómo calcular la duración del instante en que no se pueden recordar las coordenadas de nuestras facciones?

Tres días de hospital nos ofrecieron un descanso. Tanto tiempo habíamos estado sin separarnos casi para nada, y durante los médicos y las enfermeras de Cincinnati solo nos vimos durante las improvisadas horas de sus visitas, cuando aparecía acompañada de los Heimer, ya un poco mayores, setenta largos, o algo así, amables, amenos, muy amistosos en la insistencia de sus invitaciones,

Se quedarán en casa mientras la policía encuentra su auto,  
¿Y si no lo encuentran?,

No se preocupen, allí podrán descansar y contactar a su familia. Supongo que tendrán los seguros en orden,

miré a mi mujer, ella siempre fue la responsable de las cosas que nos han hecho sobrevivir en los estados de pérdidas y ganancias. Poco a poco fui descubriendo la forma en que Ila la ciega caminaba por la vida, los atajos que tomaba para permanecer en el tiempo, muy dentro del *ahora-mismo* en el que nos había recogido durante las áreas de descanso de la autopista. Reía con gestos de otras risas en cada una de sus explicaciones, era una mujer con una voz salida de otra parte cuando a los ocho años se le apagaron los ojos, para siempre,

Aunque yo sí sé lo que es el azul y conozco los melones. Lo raro es que solo me recuerdo con cara de niña, con mi piel transparente y mis blusas de aquella edad, y era eso: Ila la ciega era la viva memoria de otra época, un calendario que nunca cambió la infancia de su vejez. Seguía siendo la niña que se había visto a sí misma en la otra cara del tiempo, y al cuarto día nos llevaron a su casa en los suburbios de Cincinnati, y todo fue subir y bajar, lomas y pequeñas colinas sembradas de un césped perfecto, idílico, diríase que geométrico.

Vivían en un castillito de muchas habitaciones desde el cual se observaban los jardines de un club campestre. A la distancia, los campos de golf, las piscinas sin gente, los techos de falsas hojas de palma, todo eso daría una imagen de frescura al balneario durante las estaciones más cálidas. Venían del dinero y no se preocupaban por nada, los Heimer, por nada de nada, y aún tenían dos hijos en casa y ya eran abuelos de una chica lindísima cuya fotografía, siempre diferente y cada vez más bella, habitaba en todos los cuartos de la residencia. En la ida o en la vuelta de cualquier recámara, era tan linda esa nieta, y se llamaba Colleen, cara limpia en todos los portarretratos. Colleen, origen gaélico en el nombre, según pude entender,

quería decir *niña* o *mi niña* en la lengua de los montañeses (bueno, él habló de los *highlanders* y yo supongo que quiso decir esto mismo de aquí mismo), y no, no fue difícil integrarnos a la historia de Ila la ciega y de Jo el judío. Él era hijo de askenazis, nacido en Chicago, y en su biblioteca dominaban los estudios del *Zohar* y la *Cábala* y una biografía de Maimónides que me picó la curiosidad y pronto aprendimos a sentirnos bien en casa de los Heimer, aunque a mí me inquietaba solucionar las cosas menudas, la pérdida de mi bastón, cumplir con las recomendaciones del hospital, cambiar a diario los vendajes, por ejemplo.

Camino a una farmacia, le hablé a Jo el judío de nuestro viaje. Los empleados de la eficiencia y el color de los mostradores invitaban a ser felices en medio de cualquier enfermedad, y le conté además de la enfermedad de mi mujer, del viaje a México, del sueño de recorrer todos los estadios posibles camino a Cabo de Dios mientras elegía un nuevo bastón para el trayecto,

¿Y no les da miedo?, ¿solos en el camino? Ya vieron lo que sucedió. Pudo ser peor. Debían sentirse afortunados,

Afortunados, supongo que sí. Y también extravagantes. Con una mala suerte un poco distinta nuestra enfermedad nos devolverá otra imagen en el espejo, quiero decir, que tal vez esto que ahora somos nos ayude a creer en la posibilidad de llegar a ser otra cosa,

¿Nuestra enfermedad?,  
silencio, y, claro, no era tan difícil resolver la situación, bastaba un poco de sentimiento en la voz,

Su enfermedad la vivo como algo propio, Jo. Ya ve usted, yo también necesito un bastón que no necesito y a veces la acompaño con ejercicios que me tienen sin cuidado porque al estar ella como está me exige estar siempre junto a ella,

Yo podría arreglar una visita al estadio de los Rojos, sin gente, sin partido, a la hora que quieran,

¿Cómo?,

Amigos de amigos, es muy simple para mí,

Pues por mí, encantado, aunque será cosa de ella. Ya la conoce usted un poco mejor, con esa educación que le impide molestar a nadie. De hecho, solo estar aquí me ha sorprendido mucho. Nunca hubiera creído en su disposición para recibir tanta amistad de su parte. Con ustedes ella es alguien distinto, créamelo,

Todo es cosa de Ila, es ella la que sabe ver las cosas mejor que yo,

y reímos, tanto y más, en el camino de regreso de una farmacia donde además aprovechamos para entrar a uno de sus bares favoritos. Sin embargo, lo mío seguía siendo el asombro, abrir la boca frente a su vida de privilegios en los suburbios de Cincinnati, porque en Jo el judío habitaba ese acento de suficiencia que siempre he detestado, el tono de voz de quien domina el mundo con sus opiniones: si se tiene dinero, se puede tener razón a cualquier hora del día. Triste reconocerlo. A pesar de todo, nada de lo visto me parecía insulso o digno de desprecio cuando pedí una Corona y un vaso de agua y él manifestaba su admiración por mí y la policía había telefoneado ayer y mañana tenía que ir al hospital para que me retirasen los puntos de sutura. Una cicatriz, otra más, en mi vida, rodeando la ceja, y tendré que aprender a recordarme como antes del robo, ser otro momento de mí, como Ila la ciega desde la continuidad de sus ocho años,

Por lo menos me dejará pagar estas cervezas, Jo,

No es necesario, aquí yo bebo gratis,

Nada es necesario cuando nada significa, y esto significa algo para mí,

y Jo el judío guardó silencio, sonrisa en las manos y paz en sus piernas cruzadas. El verano no tardaría en llegar a Cincinnati, y de nueva cuenta sospeché que la ciudad será bellísima con sol, desbordada de turistas, con alegrías de juventud en las cercanías del club campestre.

Debe considerarse, además, que cualquier ser humano en mi posición tenía el derecho a negociar sus odios más antiguos hacia las oligarquías del gran capital. Y debe aceptarse, asimismo, que cualquiera en mi lugar podría comprender que la sabiduría o la tolerancia también son fruto del cansancio, y yo estoy tan cansado, exhausto de haber llegado tarde a todas mis convicciones. No puedo detestar a los Heimer, quizás solo al sistema que hace posible la concentración desmedida de esperanzas en un solo sitio, en una misma historia, en este matrimonio ejemplar compuesto de dos seres capaces de celebrar a su manera nuestro paso por su vida y era cierto, la policía había dejado un mensaje al regresar de la farmacia. Habían encontrado el auto, abandonado en un estacionamiento de Walmart, a cien millas de Cincinnati,

No se preocupen, mañana veremos la forma de recuperarlo,

y reímos, otra vez. Ila la ciega antes que nadie, con esa carcajada de niña que aprendió a conjugarse con verbos de lo intangible, ver y luego mirar, distinguir antes que observar, y no quedé muy mal con la cicatriz, me lo dijo ella misma, con su tacto filosofándome el rostro,

Desaparecerá con el tiempo,  
insistió, igual que el enfermero de mi última visita al hospital,  
las mismas palabras.

Y no importa que ya nadie tenga tiempo para acostumbrarse a la novedad de mi rostro, ni siquiera yo mismo.

Reímos, otra vez, cuánto y más durante las noches siguientes en que no hablamos de béisbol para no importunar a nadie.

## Parte alta

Las oficinas lo son porque lo dice un anuncio en la puerta del décimo piso: NOTICIERO DIGITAL BILINGÜE.

Su interior, sin embargo, parece la geografía de una burocracia lejana. Impersonal, cubículos mínimos, estilo sin distinción que se acerca más al abandono de una bodega sin vida que a una agencia de noticias. No hay escritorio en la recepción, y los pocos visitantes entienden que somos, si acaso, la extensión de un mundo virtual, algo que solo puede funcionar entre laberintos numéricos, pero nunca fuera de ellos. Aquí nadie mira hacia atrás y nadie piensa en el futuro porque somos esto: seis cubículos, seis mesas de trabajo de regular tamaño, igual número de pantallas y muchos, muchísimos papeles, aquí y más allá, cajas prehistóricas en el corredor o al entrar en los despachos, y no es suciedad lo que se aprecia, aquí o siempre más allá, sino fastidio (la sordidez de lo material también es hija del cansancio). Hace rato que quiero escribir sobre la forma en que una agencia de noticias trastoca los diálogos con el tiempo, y apenas he tenido mollera para garabatear dos o tres notas mínimas, cavilaciones de la brevedad que aún encuentro, casi por accidente, en el cuadernillo, una detrás de otra, como en un telegrama de ideas que más se parece al secreto de una

pócima maravillosa que a reflexiones de la seriedad sobre el periodismo digital,

- a) Hace olvidar el porvenir del lector,
- b) Abrevia su memoria,
- c) Cambia los contenidos verbales,
- d) Confunde los calendarios del anhelo,

y mi pequeño escritorio tiene el encanto de varias tazas de té abandonadas y muchas carpetas dejadas allí para mejor ocasión. Lo miro todo, así, con la sospecha de que es ahora o nunca, ahora o nunca desde hace tres días y mi mujer también estará sintiéndose así, construida en el ahora o nunca de su cuerpo mientras busco en la multitud de cajas, revuelvo las cosas, paso documentos de unas a otras, escojo fotos envejecidas, desbordo la basura del cesto metálico, hojeo un catálogo de Victoria Secret (no es mío, lo aclaro..., no sé qué hace aquí), ignoro copias de gastos y resoluciones contables, leo como de pasada cartas de agradecimiento de algún personaje que se dejó entrevistar hace un par de años, me deshago de las tarjetas de Navidad que nunca supe tirar después de cada diciembre.

He conseguido reciclar cuatro cajas. Ahora mismo desalojo los estantes de mi librero donde casi no he reparado en las últimas carpetas, desecho una tras otra sin cuidado, salvo las más recientes (lo dicho, trabajar en una agencia de noticias polvifica la memoria: qué feo verbo, *polvificar*, y qué más da). Siento tristeza y extravío, nadie puede imaginar lo transitorias que son las cosas después de una condena a muerte, y tomo el teléfono, marco a casa, nadie..., el número de mi mujer, tampoco..., ella estará sintiendo lo que yo, ordenando la vida con cartones obsoletos, recordando las mil papeletas de lo pendiente, asistiendo a los fragmentos de jornadas que ya no importan. No está en su trabajo, tal vez salió temprano,

yo también terminaré pronto, antes de que Jean-Marie llegue y me interrumpa, porque quiero sentirme libre para decir lo que tengo que decirle,

No entiendo lo que te pasa. ¿Cuánto tiempo estarás de baja médica?,

él es tan predecible, me ha dicho justo lo que imagino,

No lo sé. La semana próxima veré al especialista. Supongo que iniciaré tratamientos,

¿De verdad no sabes cuál es el problema?,

y le insisto que no, y prometo informarle de todo hasta que ambos sepamos lo que se debe hacer o lo que se me puede pedir. Me mira con compasión, incrédulo, deslavazado (qué fea palabra *deslavazado*, sea por Dios), me mira queriendo alejarse del minuto en que hablamos de todo y de nada,

La columna de mañana, al menos, ¿podrías dejarla hecha?,

Por supuesto. Quinientas palabras antes del mediodía, le doy la mano cuando me da gusto comprobar que tiene un acento ajeno al Montreal de cada día. Mi mujer solía bromear con el asunto, que de dónde sacaba yo tales expresiones (*ah bon !*), que en lugar de trabajar lo mío eran dar paseos por el Sena en el Polo Norte, así se refirió siempre a mis años junto a Jean-Marie, amigo de presencias fraternas, y yo nunca he conocido a nadie tan solidario, capaz de caminar con zapatos prestados a toda hora, Jean-Marie, aunque al principio desconfié de sus aires de superioridad, muy francés, así era él, nacido en París o los suburbios, no estoy seguro, y yo solía recordárselo a toda hora con todas estas letras,

*Chauvinista* es un galicismo en cualquier lengua, Jean-Marie,

Un poco de gratitud hacia la forma en que hemos enriquecido los diccionarios universales, por favor,

y nos hemos acompañado con esta broma durante años. Algo sospecha, y además están las cajas, el orden de mi escritorio, la extraña limpieza de los cajones, este abrigo listo para entrar en el invierno. Como despedida, me ha pedido seguir el asunto de Ayotzinapa en todos los periódicos que me salgan al paso,

Solo eso y tu columna semanal, por favor,

y regreso a mi cubículo, abro la pantalla, miro mis notas, leo versos al azar. Desde mi cuadernillo copio un borrador, algo de lo más reciente, creo haberlo escrito antes de ver al doctor Gagnon, qué duda cabe,

«Autorretratos de hielo» (1817): Nombres de doble filo,

Lo sabemos muy bien, Montreal es una isla con una gran diversidad de países y de historias en sus calles, de lenguas y también de culturas en todos los domicilios. Sin embargo, uno de los momentos que mejor definen la experiencia del desarraigo tiene que ver con los bautizos políglotas. Aquí los migrantes han provocado un caleidoscopio de matrimonios cuyos hijos construyen combinaciones lingüísticas que trascienden la regularidad de las ortografías. Dicho de otra manera, una vez superadas las diferencias culturales del sentimiento amoroso, los nuevos ciudadanos de la isla de Montreal duplican sus raíces en la diversidad nacional de los apellidos.

La cuestión se presenta simple y compleja a un tiempo: ¿cómo nombrar a esos hijos híbridos que alguna vez realizarán viajes a las semillas ancestrales? Sin otro propósito que redactar ambivalencias en actas y certificados de nacimiento, en la isla de Montreal es frecuente la elección de vocablos neutrales, esos que lo mismo suenan bien aquí que en China —nunca mejor utilizada la voz popular—. La tendencia se apuntala en las apócopes, pues nada como las contracciones o los diminutivos para que los bautismos monosilábicos crucen todas las fronteras

mientras, paulatinos, se arraigan con frescura en esta ciudad universal: Max, Lee, Fritz, Stef, Sam, Nick, Mia, Rox, Luc..., y me he distraído con los hijos que nunca tuvimos. No fue falta de ilusión sino cosas del destino, esos relojes biológicos diluidos entre los cálculos fallidos de nuestro matrimonio. Alguna vez pensamos en la adopción internacional, sobre todo después del terremoto en Haití, cuando en los telediarios se informaba de la urgente necesidad de hogares para los huérfanos de aquella hora. Como siempre, lo dejamos en el olvido, como si ambos hubiésemos adivinado este futuro que ahora somos en el aserrín de nuestros cuerpos.

Están los nombres de fonéticas indecisas que, a pesar de su extensión silábica, pueden pronunciarse sin distinción en español o en francés, en húngaro y en italiano. Yvette, Anais, Heli, Alec,

y otra vez me distraje, cosa de pensar en hijos posibles para soltar la rienda de la dualidad con que pudimos llamarlos. Fueron muchos los pleitos que nos ahorramos a la hora de decidir entre Pablo y Paul, entre Georges o Jorge, Lucie o Lucía, Helena o Hélène, Jacques o Santiago, y Xavier solo hubiese sido Xavier, y así hasta terminar la columna con una historia de abreviaturas,

Al final, solo en el germen de las brevedades se argumenta el triunfo de una sola letra en la necesidad de nombrarnos. En efecto, en la isla de Montreal, donde habitan todos los migrantes del mundo, la escritura de lo que somos apela a la economía de palabras para documentar nuestros sueños: la b de Betty está ligada a la b de *bondad*, la C de Clara es el principio de una *caricia*, la o de Omar funciona en los *ojos-cerrados-al-dolor*, y me río, me río de mí y de mis frivolidades, cuánto me burlo de lo que soy en este renglón. Quizás, puede ser, tal vez siempre representaremos la simpleza de una primera letra confundida con

los accidentes ortográficos de la realidad, y es dicho carácter el que ha de darle fonética a nuestros sueños. Esto se debe, sin duda, a que las abreviaturas nos ponen a salvo de las lenguas ajenas así como de los contenidos unívocos de cualquier nombre, y no, esto no me gusta nada, y entonces golpeo el teclado (en otro tiempo ya hubiese roto una resma de hojas mal mecanografiadas), y meto la mano en mi cansancio, y ahora o nunca, me repito, y regreso al párrafo, borro casi todo el asunto de las siglas y ahora o nunca es posible que las abreviaturas nos alfabeticen la posibilidad de ser muchos nombres en uno solo. Suena un poco mejor, aunque no mucho mejor, y echo la silla hacia atrás, busco unas monedas en el abrigo y bajo a comprarme otro café sin preguntarle nada a Jean-Marie que recorre los periódicos europeos porque es necesaria la sintonía en la información (política de la empresa), y a veces creo que mi columna solo busca darle reposo al lector para que respire aire fresco en la pantalla antes de lanzarlo de nueva cuenta en caída libre a la información, porque todo es tan falso en los titulares numéricos, también en casi todas las notas que los acompañan. Lo que interesa es entretener antes que hacer sentir, tantas veces lo he creído así en el silencio del ascensor, cuando bajo a comprar el café de las once y media y sobre la rue Peel hay un grupo de esquimales que se divide las ganancias del día, pordioseros del otro lado de los vidrios empañados, al abrir la puerta del edificio,

Una moneda,

Por favor,

Buena suerte,

con las caras malheridas de frío, me lo han vuelto a decir, una moneda al revés, por favor, al derecho, buena suerte entre murmullos, o todo al mismo tiempo. Bondad eterna en la mirada, ebrios y sonrientes, vacíos de todos nosotros, rumbo a la

cafetería parecen estatuas que se mueven, la decoración de una miseria necesaria para que alguien se sienta mejor entre sus triunfos profesionales, alguien como yo que se levantó temprano del otro lado de la vida, que se afeitó sin prisas, que se calzó las botas de leñador y que se subió al metro entre las indolencias de su propia vanidad. No sé cómo funciona la mente ni el recuerdo, nunca lo he sabido (ya no me interesa), pero esos esquimales me han revuelto la memoria cuando ahora mismo recuerdo los síntomas compartidos, los vasos y las tazas que mi mujer y yo hemos roto durante las semanas previas al diagnóstico. Gracias a esa torpeza común pude salir ileso de sus reclamaciones... Y lo mucho que aquellos accidentes me hubiesen costado en otras circunstancias,

Perdón,

y la pelirroja, empleada del cuarto piso, quiere acercarse a una de las mesas del otro lado del mostrador. Debo levantarme un poco, cederle el paso en la cafetería, decirle que no,

No hay problema, señorita,

y ya está, lo siento mucho, otra vez se me ha escapado el expreso de la mano. La gente me mira, la cajera frunce la jeta, Cris el armenio no está para defenderme, el lugar huele a reproche y yo no sé qué decir, a quién reclamar, por dónde escapar del instante, huir de un minuto que se traspapela en otras situaciones parecidas, a tantos otros percances que ahora entiendo y que llevan un nombre impronunciable, aquí y allá, en mí y también en mi esposa, y miro el rojo de su pelo, y su saco sastre, manchado, me disculpo, le ofrezco una servilleta, cosas que pasan, señor, responde, y lo siento tanto, de verdad, señorita, no se preocupe, y allá afuera el frío,

Por favor,

Buena suerte,

Una moneda por suerte buena favor,  
y cierro los ojos, no sé, no sé cómo terminará todo. Yo, ella,  
este *nosotros* que comienza a desaparecer de nuestros cuerpos  
cuando los esquimales discuten, algo se arrebatan, uno se tam-  
balea, los veo a través de las vidrieras, los otros lo arrastran,  
entro al edificio, lo tiran del abrigo mientras yo le hablo en voz  
alta al espasmo de un músculo que sigue temblando sin mí en  
la puerta de cristal,

No, por favor, ahora no,  
y fijo la mirada en el silencio de mis sacudidas. Y no, nadie  
sabrán nada, es mejor así.

A las cuatro tengo que estar en el bar Ludik. Esperaré al Nica,  
platicaremos un rato, un par de cervezas, jugaremos a los anun-  
cios detrás de la barra, construiremos campañas publicitarias  
para cada espécimen que atraviese el umbral. Días hubo en que  
fueron treinta los eslóganes (así se escribe, ni modo, y qué fea pa-  
labra, *eslogan*) inspirados en la fauna más lúgubre de la ciudad:  
estudiantes marginales, artistas incomprendidos, psiquiatras  
descifrando soledades, nacionalistas sin argumentos, viudas de  
conversación remota, jamaicanos con sombreros patrios, algún  
sobreviviente del bombardeo en los Balcanes escribiendo haikús  
en las mesas del fondo, y nosotros dos, el Nica y yo, escondidos  
en el español de las carcajadas que los otros provocan con sus  
rostros exóticos. Hoy el lugar está casi vacío, y siempre queda  
la conciencia social, la revolución heredada, América Latina,  
buscar un tema en las dictaduras de otra década o analizar el  
México de los asesinatos de cada día, y entonces confirmo que  
aquella historia de mi madre se la he repetido muchas veces, sin  
darme cuenta la he ido corrigiendo frente a él, le he puesto polvo

de ángel, chaquira y lentejuela. Ella es mi literatura personal, mi madre, al charlar con el Nica, qué duda cabe,

Reconoce la diferencia entre una Uzi y un cuerno de chivo, de verdad. Increíble pero cierto, una mujer de ochenta años que distingue las granadas de los rifles de asalto. La han querido extorsionar un par de veces. Le hablan, conocen su nombre, la amenazan con el secuestro de alguno de mis hermanos. Y así, como si nada, le piden dinero. *Secuestro exprés* le llama la gente, hazme el favor, Nica,

¿Y la policía?,

La policía,

y miro hacia la calle, hacia esa oscuridad adelantada que anuncia las largas noches invernales. Alguna vez he sacado los cálculos de un sol que nunca está donde debiese. Perdemos casi dos minutos diarios de luz hasta el veintiuno de diciembre en que la claridad se restituye a cuentagotas y los destellos se hacen más largos o cada vez menos breves, y dudo un instante, multiplico. ¿Dos o tres minutos diarios? No importa la precisión de nada, ya ni siquiera llevo la cuenta de los diecisiete tragos de cerveza que el Nica necesita antes de comenzar a hablar de los sandinistas y su revolución, lo conozco de sobra, lo escucho, once, doce, treces, y asiento, y suspiro, y arrugo la frente en el momento indicado. Poco a poco su memoria se ha convertido en un antifaz, en su desilusión mejor conocida, en la mentira que lo sostiene,

Cuando los verdaderos revolucionarios nunca pudimos volver a casa, jodido, me gusta verlo llegar a las historias de aquella guerra, siempre después de haber hecho una rápida escala en la cocina de su pueblo,

Mataría por un gallo pinto, jodido, tajada con queso, eso es comer,

y también recuerda la guitarra armada, los combates en León, la traición de Edén Pastora. Me lo sé de memoria, lo dejo seguir y lo dejo ser, un plato de vigorón mientras encadena su hambre con el día de febrero en que aterrizó en Montreal, cuando Reagan amenazaba con la invasión a Nicaragua y el frío aquel escarchaba el aliento, congelaba los apellidos,

Anda, Nica, no te pongas así, háblame de mujeres, quince, dieciséis, diecisiete. Yo sé beber sin que nada se me vaya de las manos. Y hoy quiero sentirme igual que siempre, monótono, amigo de mis amigos, capaz de nunca dejar de ser el mismo en el Ludik. Después, las primeras elecciones en Managua, y tuvo que irse del país cuando los seminarios y las casas religiosas comenzaron a cerrar por orden de la nueva junta militar, y terminó sus estudios de Teología y de Filosofía en una universidad local, no estoy seguro. ¿La Universidad Laval? Y aunque me lo ha dicho tantas veces, eso es lo único que he olvidado, de verdad,

No es lo mismo, jodido, estudiar a Dios y pensar el infinito en una lengua en la que nunca soñarás, que acentuarlo todo con tus propias angustias. Mataría por un gallo pinto, no jodás, y el guaro de por allá es otra cosa, y se había ido llenando el estómago de añoranzas mientras yo he venido al día siguiente a las notas de mi cuadernillo para descubrir que lo sabía sin saber que lo sabía. No sé cuándo lo escribí, pero aquí leo con claridad que tenía que hablar con el Nica, decirle adiós en la costumbre del Ludik. Y así ha sido, ayer me despedí de él para siempre, estoy seguro, no lo volveré a ver, no sé por qué, y nos hemos acompañado, vacíos de palabras y de revoluciones, hasta el metro Sherbrooke.

En el andén vuelvo a distraerme. Fue necesaria la mala suerte de mi enfermedad para comenzar a reconocer los años desperdiciados queriendo que me amara, que cada minuto estuviese lleno de esa garantía que nunca encontré: saberme el hombre de su vida, el hombre de cada día de cada siglo de todas sus vidas posibles, y qué fácil es hacerse sabio con esta enfermedad entre el pecho y la espalda, un par de estaciones más, valdría la pena un simulacro de desahucios en la historia de todos los habitantes de la ciudad, una clase intensiva de esclerosis lateral amiotrófica para triunfar sobre la soledad, o solo acudir a las estereotipadas canciones de Serrat para sentirnos vivos de otro modo: hoy puede ser un gran día, plantéatelo así, y luego convencerme de que los curas de mi pueblo llevaban razón con aquello de que estén atentos (hijos míos), no vaya a ser que el patrón llegue por la noche (queridos hermanos), y todo lo demás de sobra conocido.

En la oscuridad de una última parranda junto al Nica, esta fue una de las pocas cosas que pude guardar en la memoria. Buscando a tientas la certeza de no haber perdido el tiempo, ayer en Ludik, hoy en esta página, cada minuto nuevo está lastrado de urgencias (¿o de inminencias?... no lo sé..., después lo pensaré con más calma), y al salir de la estación del metro, un poco ebrio, es verdad, he pensado que el invierno adelanta las horas de todo, mira que terminar una juerga con el Nica a las once de la noche, ni la Cenicienta, y me ajusto la bufanda, busco mis guantes en el interior del abrigo, salgo a transitar el hielo, entro en la noche para competir con el granizo. Ya llegué, ¡ya llegué!, quiero gritar en la soledad de la calle en la que apenas se hacen visibles los bordes de las aceras, el instinto me guía con voces que no le pertenecen a la noche, y no, no quiero volver a casa, no quiero subir los seis pisos en el ascensor, no abriré

la puerta con las precauciones de una limpieza que impone no manchar las alfombras con los zapatos del invierno. Supongo que se habrá ido a la cama, ahora mismo estará pensando en su propio dolor, sintiendo la frustración de la enfermedad, creyéndose singular, no importa, de verdad, no importa que sus malestares no me hereden un poco de compasión, y en el frío de cada esquina tartamudeo una conclusión de melodrama: estuvimos hechos el uno para el otro, siempre y para siempre, el uno para el otro.

El ansia de alcohol me empuja en dirección contraria. Doblo en la rue St-Hubert, hacia los bares vietnamitas que jamás cierran en la isla de Montreal. A menudo bromeo a solas con los nombres en los neones, sílabas de niño malcriado, y al final termino en la barra de mampostería del Saigón-la-lá y yo hace tiempo que me he acostumbrado a la vulgaridad de los azulejos, a su iluminación exagerada, como si la cantina viviera en una Navidad sin fin, como si sus dueños hubiesen estudiado mal las formas de nuestra felicidad antes de decorar un bar decembrino todo el año. Y tal vez lo mismo pueda decirse de toda la ciudad, mundo de migrantes que analiza la prosperidad local para repetirla con su propia historia, con su propio rostro, con su manera de vestir, de maquillarse, de comer: así es como han abierto restaurantes libaneses decorados con el disfraz de los platillos boreales, las librerías españolas que simulan la eficacia del mundo editorial norteamericano, los mercados latinos que decoran sus vitrinas con las caras felices de un *quebeco* acostumbrado en un afiche a nunca regatear los precios de nada. El Saigón-la-lá es todo esto durante la tercera noche del resto de mi existencia, mientras busco a Than detrás de la barra, siempre impecable en su piel morena y en su sonrisa de amigo a ciencia cierta, a pesar de sus problemas de dicción,

demasiados requiebros de cada palabra, acento fracturado, así sobrevive Than en el francés de todos los días,

¿Lo de siempre?,

me dice sin darme tiempo a responder, y me coloca una Tsingtao. Botella verde, es una cerveza traída de contrabando hasta esta noche en que Than debería ser más atento, mirarme con un poco más de compasión (a lo mejor ahora mismo es lo que hace) y reconocer que soy un borracho distinto tras el ruido de un billar que nunca se duerme. Miro las paredes y los cuadros, los arrozales de aquellas vidas deshechas por la guerra, un Buda de espigas en una pintura rodeada de mandalas, y más luces, porque aquí ya siempre será Navidad, y otra cerveza, gracias, y entre todos los ojos rasgados de la madrugada nadie me mira, no doy curiosidad sobre la barra, todos me conocen, algunos incluso sabrán mi nombre, soy alguien inofensivo, uno más que los reafirma en la filosofía de creer que Montreal siempre será insuficiente para quien no haya nacido aquí. Es cierto, nunca he creído que los desarraigados terminen de pasar, pero yo lo que necesito es hablar con Than, no sé si entenderá por completo lo que pueda decirle, solo quiero que alguien me escuche, ahora mismo eso me basta,

Se me antoja un cigarro. Anda, te compro uno, y él me lo ofrece, me habla a gajos, suelta palabras a medias, así es Than,

¿Problemas mujer?... , busca otra,

Sí, claro, para ti todo es tan fácil,

Ustedes occidentales y monogamia. Amar diferente, todas eternas una hora, y entonces recuerdo las pocas ocasiones que quise ser infiel, cinco que fueron solo tres. Con Madinatú la guineana lo había intentado y siempre hubo accidentes en el camino, nunca se

logró el negocio, mientras las otras fueron arrepentimientos antes de llegar a nada, una en el metro a la que dejé ir viva y otra que recibió una larga carta de perdón: yo soy el problema, le escribí, tú eres bellísima, y la dejé en un sobre cerrado con la secretaria de su oficina, unos pisos arriba, en el trabajo.

Sea como sea, lo cierto es que hoy Than está de palique. Le salió lo merolico, comió payaso, y no sé si es la cerveza, esta cerveza, o todas las que ya traía en el cuerpo desde que salí del Ludik, pero en este momento solo quiero que el mundo tenga razón, que este mundo hecho de despedidas me fuerce a aceptar que soy la cáscara de mis células, semilla que ya no producirá raíces, ni aquí ni en Cabo de Dios, y tengo ganas de vomitar, el baño, la puerta a tropezones, Than y los demás hijos de Ho-Chi-Minh se doblan de burlas, estallan de carcajadas, chinguen a su madre, chinguen a su reputa madre, y vuelvo en mí, ya estoy aquí, otro cigarro, ya me siento mejor, rejuvenecí diez años, no te preocupes, Than, que ya estoy bien,

    Mi problema fue sentirme *quebeco* en español,

    No entiendo,

    ¿Has dejado de soñar en vietnamita?,

    ¿Por qué?,

    Porque mi problema no son las muchas mujeres que pude tirarme sino haberlas deseado en mi propia lengua, parpadea, mirada complaciente, guarda silencio, no, él no entiende nada. Este ya va camino al registro de los tontos, eso es lo que dicen los ojos de Than al escucharme. A pesar de todo, sigue allí, aquí mismo, y nunca me ha juzgado (al menos no en lengua cristiana), y quizás lo sospecha: he venido a despedirme, a decirle que en el Saigón-la-lá he aprendido a embriagarme de otra forma, que estoy aquí porque necesito agradecer algo, agradecerle un poco de algo a alguien sin saber por qué. En fin...

Than nunca hablaba de regresar a casa, a su centro del mundo. Era un niño, casi adolescente, cuando salió arrastrándose de su país.

Tal vez jamás se fue de Vietnam, siempre estuvo allá durante los meses de invierno y de toda esa música oriental que llena el ambiente del Saigón-la-lá, sobre la rue St-Hubert.

Mañana... No, hoy mismo rescataré algo más de la noche en que tomé la decisión de regresar a Cabo de Dios, con o sin ella. Quizás primero debería tomar apuntes de las formas en que puedo convencerla, algo bueno se me atravesará en el camino, y la inspiración en piloto automático hará el resto.

Busco y rebusco. Garabateo cosas, dibujo arbolitos sin sentido, pirámides chatas, coloreo un búho con la misma tinta azul de sus perfiles, borronéo una mano sin uñas. Así es como sucedo desde el primer día de mi condena, tal vez bastaría comenzar a escribirlo para que termine de ocurrir. ¿Escribirlo en español? ¿Escribirlo en francés? De nuevo la dinámica de las dudas, ese ha sido mi calvario, las dudas bilingües, y me levanto de la cama, vaya resaca, no me importa la hora, las diez, casi las once y ayer Jean-Marie pareció entender de lo que iba el asunto. Un baño, el metro en ayunas, nadie por la oficina, la suerte de mi lado, solos yo y mi alma, y entonces me entrego al odio de mirar en la pantalla que la mujer de Peña Nieto tiene una casa imposible hecha de muchos millones de corrupción y la *telepresidencia* de la *telerrrepública*, México, una basura reinventándose con sus propias mentiras, y los desaparecidos siguen presentes (así lo pienso) en todos los periódicos del mundo, en España lo mismo que en el *New York Times* cuando le preparo una nota breve a Jean-Marie y termino los «Autorretratos de hielo» con un tema nuevo, me parece fresco, digno de una cruda como

la mía: la universalidad de las cervezas en Montreal, porque debe aceptarse que en nuestra ciudad el migrante acude a las melancolías del alcohol con la memoria de sus propias botellas (casi digo batallas), y marco su número, nada..., otra vez, yo nunca he sabido hablar con las máquinas, mi mujer lo sabe bien, y a pesar de todo le dejo un mensaje en la contestadora, y la esperaré en casa,

Siento haber llegado tan tarde y en esas condiciones. Te quiero,

y corto con un sentimiento de culpa que había olvidado. Hago la bitácora del día (de lo que queda del día), bajaré por un café con Cris el armenio, tomaré notas de lo que sigue, volver a México, pasaré al supermercado, ahora sí, pollo en salsa de cilantro, arroz con elote, frijol negro y guacamole, sus platos preferidos, confirmar mi cita con el especialista para la semana próxima y sigue nevando, lo miro por la ventana. Ir por ese café, primero que nada, apenas es noviembre, buen Dios, y tanto tiempo libre sugiere visitar las webs de la enfermedad, no, aún no, es muy pronto (o ya es muy tarde, ya para qué), y cierro la pantalla, tomo el abrigo, mi gorro de lana, la bufanda, mañana será mi último día, ella no contesta, ojalá responda, qué casualidad, mañana cumplía un año más de trabajar en la agencia.

Primero fui velador en un centro comercial. Después trabajé como lavaplatos, en la cafetería del municipio, y un día los del Consulado del Uruguay me contrataron de *milusos* (de factótum, para los entendidos en palabras domingueras). Traducía documentos, despachaba en la recepción, recibía llamadas, tomaba recados en varias lenguas, compraba los almuerzos, llevaba y traía gente del aeropuerto, tantas cosas de tantas cosas, hasta que cambiaron al personal y asumió el cargo un funcionario de muchos poemas, lector autorizado de Benedetti

y de Sabines, de Onetti lo mismo que de Rulfo, qué suerte, y yo allí, de *correveytráeme* con lecturas tan gemelas: Dios bendiga a Dios y a Sabines, morir es hacerse tierra y tierra con trabajo, siempre más versos después de la hora de salida: no te quedes inmóvil al borde del camino, no te salves y lo demás, y vaya si era un hombre bueno, lleno de una poesía salvadora que me dio de comer durante varios inviernos de libros prestados, y su mujer me hizo su chofer sin licencia, y sus hijos me veían como el amigo mágico que los llevó a conocer las tarántulas del insectario y la torre inclinada en el Estadio Olímpico. Se llamaba Manolo, a veces le servía de alcahuete (todo debe cotejarse), mi embajador don Manolo, y yo era su sombra inseparable durante las madrugadas de alcohol y mucho frío, así le decía cuando asaltábamos el Bar Sarajevo los jueves de barra libre, música de cíngaros, mi embajador don Manolo, cantos de por allá, un acordeón que recordaba a Kusturica, y fueron días amables, apenas tres o cuatro años antes de su nueva misión en Indonesia y no lo volví a ver, ya era mayor, terminó su vida en Oriente, mejor no pensar en eso. Por aquella época conocí a Jean-Marie y poco a poco me convertí en su informante, todo acerca del sucio mundillo de los diplomáticos latinoamericanos (redundancias aparte): los chilenos y la resaca de Pinochet vivían su limbo particular, los cubanos eran redesconfiados, y los salvadoreños, hijos egoístas de sus violencias más calculadas, y así seguí, poniendo nombres sobre la mesa de Jean-Marie, proyectos de intercambio, solicitudes de cooperación, nombramientos, visitas presidenciales, muchas entrevistas, muchísimas, todas las que él quisiera menos con los mexicanos,

Con esos mejor ni hablar, Jean-Marie, te roban la cartera al primer estornudo,

y fue todo tan natural, entrar a trabajar en su agencia, aquí. Qué casualidad, mañana cumpliría años en esta profesión cuando aquel funcionario, mi embajador don Manolo, partió para Indonesia y las cosas estuvieron siempre muy claras entre nosotros, así me lo decía, nada de amistades a largo plazo, nada de añoranzas por anticipado, solo versos y mucho alcohol y a vivir lo que toca y vestirse de etiqueta para la buena memoria y yo nunca he conocido a nadie como él, tan bien parapetado contra cualquier despedidas.

No, no debería tomar notas de nada de esto, ¿a quién le interesan mis mejores años en el *Sarajevo*?

DETALLE: hacer una lista sobre la factibilidad del regreso a México y redactar una hoja de ruta para convencerla.

## Parte baja

Antes de aterrizar en Nueva York, los Heimer nos convencieron de que era lo mejor, esperar unos días más en su casa, y luego volar a la gran manzana,

Para no exigirle demasiado al cuerpo, y nos entregaron los boletos de avión, la reserva en un hotel cerca de Times Square y las instrucciones para seguir en tren hasta Boston. A tal día y a tal hora, alguien de su familia, o algún empleado de los amigos de sus amigos, haría el viaje desde Cincinnati y nos entregaría nuestro auto, y era demasiado, así lo sentíamos, una generosidad ditirámbica cuando nos llevaron al aeropuerto en una tarde que tenía cara de día de campo porque ya se presentía junio en el aire tibio de las terrazas del club campestre.

Antes de subir al auto, camino a la emoción de la despedida (debo confesarlo, me encariñé con esa gente), compartimos un desayuno con las memorias del día de ayer. Jo el judío había organizado una cena para decirnos adiós en un restaurante de lujo. Nos arreglamos para la ocasión, yo con una pajarita sacada de su guardarropa y mi mujer con unos aretes increíbles, también prestados, imitación zafiros, o quizás eran de verdad. Nos habían hecho sentir tan bien durante todos esos días, imposible

dejarles algún regalo como despedida, y la sorpresa fue total cuando nos estacionamos en una zona reservada del parque de los Rojos y Jo el judío nos pidió seguirlo por un pasillo de verjas metálicas a prueba de miedo. Códigos de seguridad en cada puerta y la noche era fresca, bajamos por unas gradas hacia el vacío de las oficinas del estadio y los sensores de luz producían la magia de ver que nuestros pasos iluminaban el metro siguiente, una y otra vez. En silencio, me dejé llevar por el adolescente que nunca he querido dejar de ser, este hijo de mí mismo que me regresa, más allá de los buenos modales (y de las enfermedades, si se me permite), a la edad que ya no soy: caminar y alumbrar, avanzar y descubrir, y entonces me negué a seguir pensando este instante para vivirlo dos veces a oscuras y para iluminarlo dos veces sin palabras cuando comenzamos a subir por un pasadizo que nos llevó a los vestidores de los Rojos, otra puerta más, un recodo de hierro tapizado de publicidad, Gatorade, y una última leyenda en el corredor que buscaba ser filosófica,

Pensar en la victoria es pensar en ROJO, y yo lo hubiese dicho de otro modo. Ante la adversidad, o cuando te sientas inevitable, o si acaso te caes de la vida, levántate en ROJO, aunque supongo que a todo esto le faltaría la vena mercadotécnica, el júbilo publicitario de las felicidades más engañosas.

Pero ya estábamos allí, aquí mismo. Yo de la mano de Ila la ciega, mi mujer daba el brazo a Jo el judío. El estadio parecía un fantasma de concreto, un socavón en el silencio de la noche, sentíamos la soledad de la grama bajo los pies, el cielo sin estrellas, sentíamos también una oscuridad sin nombre porque nada de esto podía estar sucediendo cuando comenzaron a encenderse las luces. Creímos que nos esperaba un mundo vacío, las

butacas con el asiento bocarriba, tal vez la juiciosa sordidez de las cosas deshabitadas, y la sorpresa no fue conocer el interior de un parque de ligas mayores sino sentir que cada una de las lámparas, como en una marea eléctrica, se encendía con un nuevo aplauso (así como el eco de mis zapatos había provocado vida en los pasillos un poco antes), porque el diamante lucía un lleno total para el partido de la noche. Otra lámpara volvía a la vida y se desgranaban nuevos silbidos de exaltación, luz y gritos y alegría, y la ola de entusiasmo ya nos desbordaba cuando su bastón se conjugó con el mío y el capitán de los Rojos le entregó a mi mujer una chamarra oficial con un gorro, a mí una pelota firmada, y entonces ocurrió lo mejor de lo mejor: ¡comenzó a llover!..., gracias a Dios..., y tuvimos que regresar a los vestidores (al *dugout*, dicen los que saben), refugiarnos entre los jugadores de Cincinnati que nos ignoraban con amabilidad y un policía nos acompañó hasta la salida de la noche en que no vimos un juego histórico, veintiún lanzadores rivales comieron chocolate, se hartaron de abanicazos, tragaron viento, quiero decir que se poncharon. Y antes, mucho antes de esa noche en que debimos asistir a una cena de despedida, antes de conocer los laberintos del Great American Park de Cincinnati, nuestro pequeño auto estaba intacto,

Queremos salir hacia Nueva York lo más pronto posible, habíamos dicho, varias veces, durante los últimos días. Ella poco a poco regresaba al ejercicio de la solemnidad, a la política de no aceptar regalos de nadie, ningún obsequio de ninguna parte, lo suyo siempre ha sido una autosuficiencia rayana en el misticismo. Nos ofrecieron ocuparse de todo, llevar el auto a una agencia, cubrir los gastos, pagarle a una persona para que nos lo entregara en Boston mientras nosotros visitábamos Manhattan, porque antes, mucho antes de que Jo el judío me

prestara la pajarita azul turquesa que vestí durante el diluvio de aquel estadio hecho de aplausos, los días previos al aguacero de un juego que no vimos, yo había comenzado a entender que nuestra permanencia en Cincinnati implicaba el riesgo de que unos y otros, o unos a otros, comenzáramos a sentirnos habilitados para la cizaña, siempre es así (incluso en el amor, perdón por decirlo): el primer contacto es genial, y el siguiente ya un poco menos, y en la cadena de momentos que se va formando se asiste al desgaste de las cercanías humanas. Además, tenía yo algunas dudas sobre Jo el judío que pasaba largas horas dedicado a mi mujer, horas llenas de horas llenas de horas en una soledad en la que no cabía nadie más, y sacaban libros, y escribían sobre hojas que no mostraban a nadie o dibujaban en sus papeles mientras resolvían laberintos a solas porque Ila la ciega siempre me impidió dar un paso más, entrar en la biblioteca familiar, interrumpirlos, y fue genial, eso sí, ver un estadio iluminado de aplausos, aunque todo haya durado un segundo eterno.

A pesar de mis inquietudes y de mis intuiciones, y a pesar de que parecía feliz entre los papeles de Jo el judío, lo más prudente fue anunciar nuestra partida. En ella triunfaría la costumbre de la soledad, esa sabiduría suya explicada siempre con voces de buena educación o de un respeto exagerado.

Algo había cambiado antes de abrazarnos, los cuatro, en el aeropuerto. Ellas dos con lágrimas en los ojos, él y yo con un gesto extraño. No era una despedida trillada de adioses conocidos, sino la ternura de un cumpleaños fuera del tiempo, cuando Jo el judío sacó un libro de la guantera,

Te cambiará la vida,  
me dijo, y leí el título al botepronto, *Toward a Meaningful Life*.  
Él sabía (porque lo sabía) que no me interesaba ese género de

literatura porque mi vida ya no estaba para lecturas así, y al desabrocharme el cinturón de seguridad, frente a una azafata que exhibía con orgullo la plaquita con su nombre sobre la blusa (se apellidaba Kalamity, lo juro), dejé ese libro en el asiento del avión para que nadie pudiera imaginarme derrotado entre las páginas de un texto que no me atreví a tocar.

Y antes de abordar este avión del que ahora desembarcamos, mi mujer también recibió un regalo, muy útil, por cierto, de parte de Ila la ciega: otra tableta digital, mínima, flexible, ligera. Las mujeres son así, habitando el terreno más fértil de las cosas prácticas, y la guardó en el abrigo de los Rojos que ya casi nunca se quita mientras yo agradecía la buena suerte de no haber perdido mi gorra de los Expos, ni antes ni después del día en que nos asaltaron, camino a Cincinnati.

Sobre las calles de Nueva York, muy cerca de las avenidas que conducen en línea recta a Times Square, hay un hotel en el que todo es un lujo útil. Se trata de una elegancia nutrida de su propia eficiencia, algo así como la decoración necesaria que busca solucionar lo imprevisto en cualquier situación. No hay ni un solo elemento en el mobiliario que no haya sido pensado para servir y adornar un pasillo, un vestíbulo, el antepecho de la ventana de nuestra habitación en el piso catorce, donde la mesa de noche también es un minibar y el escritorio sirve de apoyo al televisor y el televisor cubre una parte de los ventanales cuyas cortinas anuncian, mientras protegen, una mesa bajita que lo mismo es un banco que un taburete o una otomana, ideal para descansar los equipajes. Y cuando algo parece un capricho sin consecuencias, como los edredones de nuestra cama, tales cosas vuelven a su sitio para calentar el cuerpo durante el frío de la noche, como todos los edredones del mundo.

Nos sentíamos bien, y yo sugerí descansar un poco. Más tarde bajaríamos a caminar, pediríamos algún folleto y cenaríamos algo por allí, por aquí o un poco más lejos, y enseñada nos miramos a los ojos, en el ascensor camino a la calle: Montreal estaba demasiado cerca, era imposible no pensar en el regreso, reinstalarnos en nuestros hábitos de la rue Rosemont mientras el tiempo terminaba de pasar en nuestros cuerpos que hoy pretextan entusiasmo por el partido de mañana en el nuevo Yankee Stadium. Un sueño, un verdadero sueño, y caminamos tranquilos hasta Central Park, reímos de Donald Trump que no aceptaba ser un calvo como cualquiera en los anuncios luminosos (se peinaba como en oleadas para terminar cubierto de vergüenza, como el doctor Gagnon), y vimos los espectáculos callejeros, aquí y acullá, y al salir de la catedral de Saint Patrick recordé las viejas lecciones de la fe en Cabo de Dios: entrar por primera vez a una iglesia para solicitar tres gracias, tres anhelos que serán concedidos por la Divina Providencia. Más tarde, aún durante nuestros paseos, nos acercamos al Rockefeller Center y a mí ya me pesaba un poco la jornada cuando las distribuidoras de periódicos anunciaban el restablecimiento de relaciones diplomáticas entre Cuba y Estados Unidos, y era obvio, la historia de tantos desencuentros tenía que resolverse con el triunfo más lúcido de la Revolución cuando distraje con *pretzels* lo mucho que ya no me interesa la política internacional, y entonces propuse regresar en taxi, cenar en el hotel, y hasta mañana.

Yo también arrastraba los pasos. Me parece increíble, he aprendido a disimular el ritmo de mi cuerpo, y resultó muy curiosa la noche de aquella cena, cuando uno de los meseros, rostro nacional (*ay-Jalisco-no-te-rajes*), hizo el servicio de nuestros platos y nos dio gusto vivir un poco de vino ante la mirada

de aquel hombre de ojos grises, frente quebrada de arrugas,  
palabras en mi lengua materna y piel clara,

¿De dónde es usted?,

le dije, en un idioma cargado de veintiocho años de ausencia,

De México, señor,

Pero es usted de Jalisco, ¿verdad que sí?,

Del meritito San Miguel el Alto. Allá donde las mujeres  
primero muertas antes que parir un pendejo,

esto último lo dijo escondiendo el susurro, y luego se disculpó  
con mi mujer por la vulgaridad y yo estaba encantado, alegre,  
dicharachero (cuánto hace que no usaba esta palabra),

Mi madre también nació en San Miguel. O sea que yo,  
de tonto, nada de nada,

después nos presentamos con solemnidad. Comparamos nues-  
tros apellidos, los nombres, las risas, las sorpresas. Sacamos  
la cuenta de los años y de las épocas antes de levantarme de  
la mesa para darle un abrazo de primo hermano, de pariente  
que también tuvo que irse del pueblo, y qué amable, qué gentil  
era este hombre, porque nuestro parentesco resultó cierto, tan  
cierto como las historias de una familia común en nuestra  
conversación sobre San Miguel el Alto o como la torpeza de  
mis movimientos,

¿Se siente bien?, señor,

me dijo, después del abrazo. Aún no se atrevía con el tuteo  
cuando comenzábamos a repasar los nombres de las dieciséis  
hijas de nuestro mismo abuelo, don Macedonio, que se había  
robado a una abuela repetida, mamá Gloria (que en paz descanse  
y en gloria esté) durante la Revolución. Él ya era capitán y lo  
habían herido en Celaya y ella tampoco quiso dejar de soñar  
y huyó del pesimismo familiar para cuidar a los mutilados de  
aquella guerra en un pueblo del bajío y yo siempre he creído

que uno hereda la sangre tanto como los sueños, también las utopías tienen explicación genética, muchas cosas somos desde la biología, y se sintieron tan revolucionarios, los dos al mismo tiempo, llenos de una justicia concreta, orgullosos de ser necesarios para construir un tiempo diferente, él con un brazo casi de paja, tendrían que amputárselo, y ella jovencita, mujer de mucha educación que aprendió a regalar alcancías con una moneda de oro a todos sus nietos, al mesero de aquel hotel y a mí que no podía creer nada de esto en un hotel de Nueva York. Ya era una mujer de muchas sombras y de demasiados olvidos, aquella abuela común, cuando yo la conocí, justo el día de mi séptimo cumpleaños, y en el momento en que mi esposa terminaba su queso napolitano, el segundo bostezo fue señal de que el día estaba por venirse abajo frente a este mesero que podía certificarme, ahora mismo y aquí mismo, que mi madre y la suya, separadas por una década verdadera, eran y se hacían tangibles mientras nos alargábamos en la charla para pedirnos disculpas por no haber tenido nunca la curiosidad de conocernos, porque muy joven mi madre tomó el camino de Cabo de Dios, hacia el golfo de México, para casarse a escondidas con mi padre, y porque muy tarde la suya había comenzado a hablarle de nosotros, de esa parte de la familia de la que nunca se volvió a saber porque nosotros vivíamos tan del otro lado del país,

Subamos, por favor. Después, si quieres, puedes bajar y seguir hablando con el señor,

Estaremos varios días por aquí, ya habrá tiempo, mujer, y luego vino otro abrazo de lealtad, de fidelidad hacia algo que no se nombra porque no se entiende. Tuvo la gentileza de acompañarnos hasta el ascensor, el primo hermano de Nueva York en San Miguel el Alto. En el vestíbulo tomé un *USA Today* en el que volví a reconocer a Obama y a Raúl ofreciéndose

un saludo militar, recíproco e imaginario en el montaje de la fotografía, y supe que era bueno estar aquí, en la certeza de un periódico capaz de construir noticias sin analgésicos, porque los diarios y los noticieros de aquel día seguían el detalle de las consideraciones históricas del gesto, sin triunfalismos y también sin falsos pudores.

Después, la serie entre Yankees y Orioles. Resultó insípida, aunque me gustó muchísimo el nuevo estadio mientras seguía con atención el ritual del himno, los saludos al adversario, los aplausos que escurrían de los sectores más altos del parque cuando el juez central alzó la voz con el reglamentario grito de *play-ball...*, ah, y debo reconocer que los Heimer saben vivir: nos eligieron un par de butacas en un sector de privilegio, arriba del vestidor local. Lo demás fue vaivén de calles y de multitudes y al final decidimos no regresar al estadio, pasear entre los turistas, entregarnos a la felicidad ocasional de algún puesto de comida si el tiempo lo permitía y yo no volví a cruzarme con aquel primo accidental antes de salir hacia la estación de trenes, quizás porque tenía miedo de mis propias emociones.

Cuánto extraño poder escribir, rescatar en un renglón algo de todo esto, pensar en el papel lo que significa encontrarse con la parentela durante los desarraigos. Si pudiera, creo que escribiría que aquel primo hermano hizo brotar en mí cosas que por simples se hacen complejas, y lo más seguro es que mi mujer esté analizando los determinismos de cualquier existencia, todo es cosa de los mantras y de los karmas y de los chacras (a veces le da por explicarme lo que significan esas cosas y yo hago como que la entiendo), porque nada sucede sin un propósito, todos somos el azar provechoso de las coincidencias, casualidades dispuestas y organizadas antes de nosotros. Pensar así,

siempre se lo he dicho, es aburrir el destino, es quitarle a Dios su empleo mejor remunerado.

Nos hace falta el auto, la dimensión mínima de unos asientos en los que podríamos recuperar la cercanía de nuestros cuerpos. Puede que sea mejor así, sin la preocupación del volante. Además, me gusta viajar en tren, todo es de otro tiempo, tan espacioso, cuando ella apaga la luz en la mesa de noche (que también servía de minibar) y programa la televisión para quedarse dormida en menos de sesenta minutos,

Buenas noches,

Buenas noches,

le respondo justo cuando da inicio un documental sobre la filmación de *The Silence of the Lambs*. Pensé en despertarla para recordar juntos tantas cosas en otra lengua y ya casi cerraba los ojos cuando Anthony Hopkins, qué viejo se ve, hablaba con los periodistas: nunca creyó que una película así se convertiría en un clásico y a mí su personaje me pareció siempre una extensión natural, aunque invertida, del héroe americano. Me gustaría discutirlo con el Nica, psicoanalizar el significado de todo esto, y lo último que recuerdo es la vigilia de mi argumento imaginario preguntándole al Nica por qué, ¿por qué los gringos no fueron capaces de producir héroes optimistas en el fin del siglo? Abrí los ojos y allí seguían, las voces originales de las entrevistas y el recuerdo efímero de haber visto la cinta allá en Montreal, junto a mi mujer.

Cambié mi posición sobre la cama, me encantan las sábanas limpias en los hoteles de lujo, y mañana veré si me atrevo a decirle que estoy exhausto, que ya no puedo más.

Y suspiré largo, sin pudor.

Marla y Pauline estaban allí, de pie en los andenes de la North Station, esperándonos. Era como si los otros pasajeros supieran algo que nosotros ignorábamos, sus prisas eran distintas, inexplicables, enviaban un mensaje de urgencia, cuánta urgencia, para salir sin demora. La sala de llegadas se quedó vacía, los empleados del área de comidas se apresuraban en sus labores de caja y había policías, muchos policías, tantos que la estación en aquella hora de la tarde se acercaba más a la vida de un cuartel que a la bienvenida en los abrazos de Marla, siempre tan alta, altísima, parlanchina con su acento bostoniano, y de Pauline, dulzura de persona, callada, diligente, mujer de su mujer. Fuimos sus padrinos de anillos durante uno de los primeros matrimonios homosexuales que se autorizaron en Massachusetts, cuando por fin se aprobó una ley que ambas habían esperado desde la primera guerra del Pérsico, durante la administración de Bush padre a quien yo recordaba mejor en Panamá, la invasión, Noriega refugiado en la Nunciatura, las primeras planas de los *marines* otra vez pisando nuestra geografía emocional y en Quebec se organizó una marcha por la paz que llegó hasta Boston: autos, amigos, caravanas, todos vestidos de blanco, cerca del puente Charles, canciones de John Lennon en un parque cuyo río me pareció muy humano (al alcance de mis pasos, quiero decir), *all-we-are-saying* y lo demás, y el colectivo LGBT, que por error se había entrometido en nuestras protestas por la invasión, se quedó entre nosotros hasta concluir la jornada.

Fue allí donde las conocí, a la vera de un río hecho de militancias que se traspapelaban. Supe de inmediato que Marla y Pauline eran distintas, diferentes en sentido contrario a las diferencias, buenas de otra manera, íntegras y capaces de defender su felicidad confundándose entre los cientos, miles,

quizás decenas de miles que pugnábamos por una forma nueva de política sin los ejércitos del egoísmo pisándonos los talones, centinelas del miedo globalizado, *guardacárceles* empeñados en el triunfo del pensamiento único cuando Bush padre entró a Panamá para limar las rebabas o reducir las astillas de su propia escoria. Ambas encontraron entre nosotros un ambiente festivo, inesperado, tropical, y no me dio vergüenza permanecer junto a tantos homosexuales (bueno, al principio un poco: yo vengo de pueblo chico), y en lo imprevisto de aquella hora ellas también exigieron sacar las manos del canal, paz con dignidad en América Latina, ¡ya basta!, y en la estación de trenes ya solo quedaban los policías y un último *janitor* apresurado sobre los mármoles del suelo,

¿Qué pasa?, ¿por qué no hay gente?... ¿Cerraron la estación?,  
¿Cómo están?,

nos respondieron mirando nuestros bastones, contagiadas de una urgencia sin explicaciones.

Era distinta la soledad de Boston, nada que ver con Detroit. Por cierto, nunca volvimos a mencionar a Ioanna, aquella rumana tataranieta de los nombres repetidos, y en el estacionamiento nos reconocíamos en el eco de los pavimentos, ningún auto, solo esa camioneta suya mientras explicábamos el detalle de los bastones con padecimientos de fantasía, sobre todo mi mujer: una hernia discal producto de un esfuerzo romántico, lesiones en el coxis después de un salto de amor en paracaídas, averías de cama larga en su clavícula. ¿Cómo decirlo? Detroit era la crudeza de un abandono distinto a las calles y a las avenidas de la ciudad que ahora descubríamos y cuyos cruceros llegaban hasta nosotros como en un catálogo del miedo, escenario de puertas cerradas, ventanas a media luz, comercios de letreros moribundos, como si las casas hubiesen

sacado los pies del agua ante la inminencia de una riada o de un maremoto, como si el tiempo se midiera en la capacidad de sus habitantes para contener la respiración porque Boston era una región acechada, un mundo que celebraba con tristeza el séptimo aniversario de un psicópata fuera de serie, asesino impensable de cosas impensadas,

Un desgraciado, un verdadero hijo de perra,  
esto último lo dijo Marla (en inglés, claro está),

Alguien muy enfermo, capaz de un espectáculo degradante. Siempre regresa en los primeros días de junio, ahora se disputaban la explicación, y mi mujer estaba extasiada de curiosidad, tanto o más que yo, porque del otro lado de las ventanillas la vida existía en su decisión de no existir. ¿Cómo decirlo? Boston callaba con un silencio hecho de muchos silencios,

Yo digo que es un hombre, esto no puede salir de la mente de una mujer. Imposible,

Ya te he dicho que los crímenes no aceptan categorías genéricas,

Pues yo digo y diré siempre que solo a un hombre desquiciado se le puede ocurrir lo de asesinar muñecos, osos de peluche, cosas así que aparecen colgadas en las ramas de los árboles, en parques o estacionamientos, siempre cerca de alguna escuela primaria,

El *psicópata de los muñecos*, así le ha llamado la prensa. Es de dar risa,

y se cruzaban en las palabras, se robaban el derecho a los argumentos, Marla y Pauline. La primera vez tuvo lugar hace siete años, por estos mismos días, el caso había sido comentadísimo, una revolución mediática, televisión nacional, Anderson Cooper (Larry King salió del aire hace un par de años, recuérdese), psiquiatras, columnas, mensaje presidencial llamando

a la calma y el FBI señalaba que no, que en esta ocasión ya no se repetiría la desgracia porque la ciudad estaba vigiladísima, sin un solo rincón libre de cámaras o de patrulleros, explicaba Marlapauline con voz empalmada de voz, pero siempre triunfaba por triunfar la astucia del criminal,

Inventamos bombas atómicas y aviones supersónicos para que un lunático venga y nos ponga en evidencia, y tuve mis dudas antes de celebrar el comentario de Paulinema-rla, y enseguida guardé silencio. Frente a un jardín de niños en el sector de Harvard, la primera vez, tres ositos, un soldado de madera, el tigre de *El libro de la selva*, una muñeca de pelo rizado y qué más daba si solo eran juguetes, artefactos diseñados para el ejercicio de la ternura, es cierto, pero solo juguetes, y Marlapauline recordaba sobre todo el año, ¿el tercero o el cuarto?, en que la crueldad del psicópata alcanzó cotas de escándalo, aristas de lo inaceptable, cuando las figuras habían comenzado a perder los ojos, desprendimiento de dedos, amputación de pezuñas, incluso Hulk había sido cercenado, torturado y envilecido, y siempre sucedía en junio, ahora mismo, de un momento a otro,

Uno de estos días, antes de una semana actuará otra vez, ya lo verán,

Mil disculpas, no era nuestra intención incomodarlas. Supongo que algún contratiempo habrá sido el venir a la estación,

No se preocupen. Es un toque de queda voluntario, como un estado de sitio que nosotros mismos hemos exigido. Aunque, claro, la condición humana, ya saben, siempre hay gente que aprovecha el momento para abandonarse, para no respetar las reglas del juego: faltar al trabajo, ausentarse de un aula, disculparse en la oficina,

Y el béisbol, ¿también se ha suspendido?, me atreví a preguntar, a media voz,

Para nada. Todo lo contrario, la ciudad solicitó a los Medias Rojas que se respetara el calendario de juegos. Además, así la gente puede distraerse mirándolo en casa,

¿La gente no va al estadio en estos días?,

Muy poca, ¿por qué?,

y entonces fue mi mujer la que explicó los pormenores de nuestro viaje y lo mucho que nos gustaría conocer el Fenway Park, y sí, por fin me atreví a decirlo en voz alta,

Estoy cansadísimo,

era verdad, sentía que ya no podía más. Me urgía estar a solas con mi mujer, hablar con ella, negociar algo que me liberase de la fatiga acumulada y luego dormir veinticuatro horas de un solo tirón. Recuperarme de todo, de los tropiezos, de los traqueteos, de los médicos en Cincinnati, y pasó un cuarto de hora infinito antes de llegar a casa de Paulinemarla, en los suburbios, muy cerca de un río cuyo nombre puedo recordar ahora mismo, Merrymack, muy bello, y todos habíamos cambiado tanto desde nuestro último encuentro. ¿Cuándo fue? Hace cerca de nueve años, ya casi una década, buen Dios, cuando acababan de adoptar a otro perro y en todo este tiempo su amor *homoerótico* (esa palabra me la heredaron ellas, que conste, hace tantos, tantísimos años ya) las había hecho más idénticas en sus diferencias. Marla era alta, delgada, firme y de pecho seco mientras Pauline tenía complexión mediana y tendencia a las carnes, y, sin embargo, en ellas había una forma distinta de ser las dos al mismo tiempo, eran como una versión duplicada que exigía lo antecedente para reconocer la derivación. Mi espíritu nunca supo pensarlas por separado, nunca la una sin la otra, tanto que alguna vez su forma de amar me pareció un buen ejemplo de eternidad acompañada.

Dos de sus primeros perros se llamaban Cerebus y Bissou. El tercero fue un labrador cojo que había sido adoptado en una campaña nacional para salvar animales, alejarlos del matadero institucional que año tras año sacrifica a miles de mascotas, y era de color negro, muy simpático, porque Marlapauline se había hecho madre experta en la adopción canina durante la primera semana de junio, mientras Boston seguía cautivo de sus propios miedos, y le faltaba una pata trasera, la derecha, y daba un poco de risa lo bien que un perro era feliz más allá de todo lo que no podía hacer: correr, saltar en un día de campo, nadar por instinto en el Merrymack cuyo nombre puedo volver a recordar ahora mismo,

Solo el año pasado, en los centros oficiales de control animal, perdieron la vida en América cerca de veintidós mil perros. Eso sin hablar de gatos, hámsters (*hámsteres* también se oye muy mal, ¿no es cierto?), lagartos y otras mascotas del género, nos seguía explicando, Marlapauline, cuando ya estábamos instalados, con gran alivio de mi parte, en la sala de esta casa que nunca cambió. Porche de madera blanca, fachada muy estilo Massachusetts. ¿Cómo decirlo? Ladrillo que respeta la tradición de los frontispicios en Nueva Inglaterra,

¿Quieren beber algo o descansar?,

A mí me gustaría dormir un poco, y el perro recién adoptado (aún no tenía nombre) me acompañó en la siesta, en el cuarto de las visitas, mientras yo iba y venía, de la febrilidad a la somnolencia y de la fatiga a la vigilia.

## Parte alta

1. Comprar un libro de viajes, tal vez las playas de Croacia, algún resort en Varadero o en Dominicana. Provocar conversaciones, el sol, su enfermedad, mi deseo de permanecer a su lado. Voz tranquila. Cara limpia. Tal vez noche de pescado en mantequilla con ajo (lo detesto), *chardonnay*, espárragos salteados. Improvisar.
2. Directo al grano: comprar boletos abiertos y decir que todo es posible. Viajemos mientras se pueda (atención: vaciarse de tonos catastróficos).
3. Gotear comentarios como si nada se hubiera roto desde su diagnóstico. ¡Viajemos! Aún podemos beber un poco de este mundo, juntos, siempre juntos. Marqués de Cáceres o un Trapiche de Mendoza (pensarlo). Quizás sea mejor dejar que pasen más días, mirarla de reojo, vigilarle hasta el aliento, leerla de pies a cabeza. Que sea ella quien señale cómo y cuándo debo aplicarme a pasar el mensaje sin ser visto.
4. Acudir a sus amigas (no estoy seguro).
5. ¿Su familia? Su hermana menor, tal vez.
6. Practicar el mensaje subliminal por la vía del cine nacional: rentar algo de Alfonso Cuarón o de González Iñárritu. Buscar el DVD de *Amores perros*, regalárselo. ¿*El laberinto del fauno*?... Ya

salió *Gravity*. Algo de Gael García Bernal, *Y tu mamá también* (mirar en línea lo que hay disponible).

7. Regresar a su lado por la noche. Mirar juntos el último noticiero. México está tan de moda con sus muertos, desde Calderón. Hablar un poco de mi familia, los amigos que nunca salieron de aquel infierno, historias del encierro de mi madre allá en el puerto: ya ni siquiera oye misa en la parroquia de sus padrenuestros, la pobre.

8. Por correo electrónico, pedirle a algún amigo que me simule el envío dos boletos de avión, de regalo. Sorprendernos juntos, increíble, ¿y luego?...

9. Proponer la locura de un viaje por tierra. Viajemos, comprar un auto, vámonos de pueblo en pueblo, Boston, Nueva York, Washington, y así hasta pasar por Atlanta, evitar Florida, un poco de Luisiana, Houston, la frontera, México en línea recta y cruzar Tamaulipas hasta llegar a Cabo de Dios. Aventuras. Reencontrarnos uno frente al otro sin escapatoria (a lo mejor resulta contraproducente). Los mapas, los destinos, los atajos, perdernos juntos, improvisarnos de *freeways* y de *highways*, mujer.

10. Siempre y sobre todo, pensar en ella. Y siempre y sobre todo, decírselo: será lo que ella decida, lo mejor para ella, lo que ella desee, con o sin viaje.

11. Atención: nunca utilizar la palabra México (o Cabo de Dios) más de una vez cada tres días. Mucho cuidado.

12. Importante: comenzar a hablar en español todo el tiempo, a toda hora, hasta en el baño. Poner música de Silvio Rodríguez más a menudo, quizás algo de Concha Buika. Hispanizar las rutinas con música caribeña, sobre todo Joe Arroyo, *ma non troppo*.

13. Si las nevadas aprietan, extrañar el sol en voz alta. Repetirme en el *ojalá-pudiéramos-pasar-una-semanita-en-Cuba*, de perdido en las playas de Cabo de Dios. Prudencia. Día en la playa, noche con los amigos que queden vivos por allá, sería genial, y entonces escucho una discusión a todo pulmón en el café, se gritan cosas en portugués o en catalán. Voz con los labios entrecortados, se alzan los puños en una mesa, esa pareja no deja de insultar a un hombre que responde a todo desde un rincón alejado. Y lo peor que podía pasar acaba de suceder, la pareja se ha levantado, se dirigió hacia donde yo estoy (¿o era un dialecto italiano?), siguieron de frente y ahora mismo los dos hombres se arrastran por el suelo y la mujer se ha quedado sola y los observa, grita, patalea, y ellos siguen golpeándose, se decían cosas que nadie entendió cuando Cris el armenio saltó sobre el mostrador con el mandil en la mano y una jarra de agua helada y escucho el golpe de los cubos de hielo al caer sobre las patadas y los puñetazos y no supe cuándo, cómo, por qué terminé involucrado, abrazando al marido de la ofendida, que la violencia no será nunca la respuesta, que sin duda él era un mejor hombre que los insultos del otro, así dije, y en dos minutos llegó la policía, tomaron los nombres, se llevaron a los rijosos, citas en el juzgado (a las que no asistiré, por supuesto) y entrevistas con el oficial de guardia en la prefectura (a las que tampoco asistiré, por supuesto),

Ya me voy, Cris, gracias por el espectáculo,

Dos días más de esto y me quedo sin clientes. Antier tú, y hoy estos. Si sigo así, adiós negocio, me grita cuando estoy por abrir la puerta y el golpe de invierno me cierra los ojos mientras ya vuelvo a ser mis dudas. ¿Qué es lo que me ha atado a este infierno congelado durante años?, ¿soy una parte real, concreta, fehaciente de todo esto? Entro al

metro, sigo pensando, me desquicio, no estoy en ningún sitio y sin embargo busco los teléfonos públicos por todos lados, para hablar con mi mujer,

¿Quieres cenar algo especial?,

¿Dónde estás?,

En la estación Peel. Ya voy a casa. De verdad, ¿no te apetece nada en especial, mujer? Yo paso al supermercado, lo compro y lo preparo todo, no te preocupes,

Me apetece que hoy no vengas a dormir. Quédate donde quieras, en un hotel, donde la noche te lo pida. Mañana hablemos,

¿Estás segura? Oye, ¿no te parece un poco injusto recomenzar las ausencias forzadas? Si es por la borrachera de anoche...y me vi de regreso a la presencia del Nica, frente a una cerveza que no había planeado. La necesitaba, supongo, al menos distraerme un poco, y al salir no sentí nada salvo la nieve bajo mis pies porque la tarde ya no tenía sentido. Yo era un hombre libre hasta mañana para hacer lo que quisiese mientras la noche temprana de Montreal crecía en las prisas de la demás gente. Salir del centro antes que nadie, se leía en la cara de todo el mundo, y yo allí, parado, mirando ese desfile de abrigos y bufandas. No, no iría a buscar al Nica, todo lo esconden esos chaquetones: los últimos días de un embarazo, la forma en que un cuerpo puede sentirse agitado después de correr hasta la estación, qué duda cabe, el invierno nos convierte en disfraces de nosotros mismos, mentimos detrás de los abrigos, el frío es una molestia que no lamentamos porque nos aleja de los demás, nos pone a salvo de los otros hasta mayo (a veces hasta mediados de junio).

Me pareció de mal gusto regresar a las mesas de Cris el armenio, y enfilé hacia la rue Sainte-Catherine. Me instalaría

en otra *tarde-noche* de libros, comería en un tailandés, o todo lo contrario, no lo sé, aún no lo sabía, y caminaba con la mirada en el suelo, sintiendo el frío bajo los zapatos, abriendo camino por el punto ciego de las aceras, allí por donde nadie transita, por donde se acumula la virginidad de la nieve. Volvió a pensar en el alma, mejor no pensar en nada, no recordar que ya era noviembre, ser el día de cada día, solo eso, día tras día, y entré a la librería donde el guardia de seguridad me reconoce con la amabilidad de los muchos años de nuestros saludos. Indio o esrilanqués (¿cuál será el gentilicio de los nacidos en Bangladesh?), y por todos lados observo la desaparición de los títulos, los anaqueles han sustituido las portadas de otro tiempo con los objetos más raros: cobertores de diseño exclusivo, portarretratos, globos terráqueos, pisapapeles de bronce, abrecartas con motivos medievales, plumas de madera fina, diminutos paquebotes nadando en botellas horizontales, y me entretengo pensando que poco a poco hemos dejado de tocar las palabras con las manos, ahora somos el tacto de las frases en la frialdad de un aparato que no huele a nada, ni siquiera a tinta envejecida. Peor aún, asociamos las abstracciones de una pantalla con autores que nunca pasarán de mano en mano porque muy pronto lo leído será una misma tarde, el mismo llanto, un sabor repetido, un instante mecánico, las cosas que se me ocurren, porque al abandonar los accidentes físicos de una página cerrada de golpe en cualquier sitio, al salir o al entrar en el metro, por ejemplo, seremos tan parecidos en la uniformidad de todos los libros electrónicos. Qué más da el ajeteo, qué más dará el tiempo y el escenario si un texto digital se ha hecho imperturbable en todas las manos (esto bien hubiese valido una columna para Jean-Marie).

He cedido a la tentación de buscar un asiento en la sección de biografías. Sacar mi cuadernillo, tomar notas, tal vez hojear las cartas de Van Gogh. Entro y salgo de las fechas, deambulo por esas despedidas cuya ternura es difícil de explicar, y Lee Masters me arraiga hasta la última hora de la noche en una de las mesas altas de Chapter's que mira hacia la rue Sainte-Catherine. La nieve sigue cayendo mientras recuerdo haber buscado muchísimo este libro que nunca llegó a mis manos, la vida de Lincoln, ni más ni menos, hace cerca de ocho años anduve como loco en las librerías de viejo, bibliotecas universitarias, sitios web (detesto Amazon, son unos ladrones) y cuarenta páginas me han bastado para comprender que aquel esfuerzo valía la pena: nadie como los poetas para desempolvar los áticos de la historia, y enseguida evoco a William Carlos Williams, diga lo que diga Platón que ya no está entre nosotros para defenderse, y a mi lado se hablan en una lengua que no conozco, levanto la cara, frunzo el ceño, son extranjeros hasta en el respeto, sin duda, y ella me sonrío y a la distancia compruebo que nunca he tenido valor para imponerle al mundo mi necesidad de mí, el apremio para exigir que sus bullas y sus engranajes se detengan en lo que yo soy, y ahora se acercan, los siento venir, ya están aquí, hora de hacer sociales en otra lengua, así es como lo pienso en el instante del renglón,

Buenas noches,

Buenas noches. Disculpen, ¿qué idioma hablaban en voz tan alta?,

y recalco las últimas palabras mientras sonrío en inglés. De todos modos, sé que ya había perdido el camino de regreso hasta Lincoln porque casi dan las diez y yo aún no sé dónde pasará la noche,

Farsi. Somos de Irán,

¿De visita?,

Hace siete meses que llegamos. Aún estamos descubriendo la ciudad,

¿El primer invierno?..., no se preocupen, yo hace casi tres décadas que camino por todo esto y aún no me acostumbro. Nací en México, pero yo no tuve la culpa, y me he repetido otra vez en mi broma de costumbre. Ella me ofrece un gesto amable (qué educada), y en él solo hay un poco de extravío (según San Andrés, el que tiene cara de tonto, y lo demás...).

Sarah y Mahmoud. Venían de Teherán.

14. Caminar la transparencia: ábrete de capa, confíesale todo. Suplicar la locura de hacer nuestra nuestra muerte, nuestro nuestro instante impredecible... Conjuguar nuestras angustias y también nuestras deformidades en progreso, y entonces, por fin (o por primera vez en tantos años), estar juntos, ser y sernos. Desterrarnos de la desmemoria de nosotros, dejarla olvidada en Montreal y salir corriendo hacia el sur, siempre hacia el sur de algo diferente. ¿Diferente? Morir paralelos en la seguridad de no saber cuándo nos habremos vestido solos por última vez, cuándo tomaremos la última ducha sin más brazos que los nuestros. Combinarnos de atrofas, contagiarnos de espasmos, hacernos el espejo invertido de nuestras incertidumbres o mirar por la espalda (¡y despreciarlas!) hacia las clínicas de un futuro que no puede ser el nuestro, un futuro que aprenderemos a desafiar de otra manera. Sí, hacer nuestro el episodio que nos mate: una caída, parálisis a la mitad de cualquier acera, bajarse de la vida en el tumulto más arriesgado, en el crucero más peligroso, siempre con el anhelo de un día siguiente entre los ojos, mañana, nunca hoy sino el día que viene. Convencerla.

¿Recordará las muchas veces que se lo dije, que era sensiblería barata aquello de vivir cada instante como si fuera el último minuto de vida? En silencio construir la seguridad de que en cualquier aliento reside una garantía por lo venidero. Certeza de garantías, explicárselo, comenzar a ser inminencias repetidas, las vísperas después de la víspera, y cara a cara arraigarnos en el día anterior al último día... Lugar común al servicio de nuestros metabolismos: la noche siempre anunciará bellezas. Habitar los apremios de la mejor manera, ¡eso será lo nuestro, mujer! Y nunca perder la compostura, ser sabio a toda hora, fuerte, íntegro, estamos juntos en esto, mujer, siempre lo estuvimos, mujer, y a descansar un poco porque mañana nos espera el día de mañana, mujer,

«Autorretratos de hielo» (1818),

y mi última colaboración podría dedicarla a los antifaces del amor intercultural, a las terapias que enseñan a permanecer unidos más allá de la diversidad étnica, lingüística, religiosa. Respetar el límite, quinientas palabras, ni una más, y en un solo golpe de voz escribí que, a la mitad de todas estas avenidas, en la costumbre de los muchos grados bajo cero la provincia de Quebec siempre oculta un poco de lo que somos: el color de la piel, la estatura del alma, la forma de los rostros que nos dan la mano entre la espesura de los guantes y las edades, los suspiros y las bufandas.

El antifaz acostumbrado de cada invierno nos hereda un insólito estado de lucidez en el que nos reconocemos distintos, disimulados, casi subrepticios. Al cobrar conciencia de los escondites de nuestros abrigos, entendemos uno de los primeros desafíos del migrante: conservar vigente la lengua de sus desasosiegos, sean ellos de orden meteorológico o de carácter sentimental. Dicho de otro modo, a la mitad de un invierno que

dura tantos, ¡tantísimos estornudos!, sentimos la urgencia de ponernos a salvo de todas las traducciones que el desarraigo le impone al tiritar del cuerpo y de las añoranzas. El frío glaciar de Quebec hace pensar que, si acaso el peso de nuestros abrigos debilita la identidad de lo que somos, la cultura que nutre la idea del amor —o la del sufrimiento— es, quizás, lo único que permanece intacto entre las celliscas.

Trascendida una primavera siempre tardía, aparece un verano que nos reafirma como ciudadanos de un mundo de amores interculturales. Sí, en la isla de Montreal la excepción es una regla, y conforme avanza el sol de mayo hemos de corroborar la mixtura de los afectos. Sin idealizar los internacionalismos del amor por la vía de una sensibilidad sin consecuencias, aquí los enlaces se construyen más allá de sus orígenes, y entonces ellos son todos los orígenes. De hecho, por estos rumbos los amantes multiplican la variedad de los pasaportes mientras exhiben un cosmopolitismo que se hace efectivo en los abrazos. Tanto es así que la ciudad y la provincia cuentan ya con psicólogos especializados en el estudio de la *transculturalidad* de los sentimientos, y a nadie sorprenden las clínicas y las terapias que coadyuvan en la conciliación de las distintas naciones del corazón, porque en Montreal se asiste a la hibridez cotidiana de las ternuras.

Los matrimonios interculturales han transformado la ciudad en una muy especial galería de hijos políglotas. En cada escuela de la isla convergen muchas lenguas, habladas casi todas al mismo tiempo. Tengo amigos nacidos en Quebec que han unido sus destinos a personas venidas de Cuba, Polonia, Etiopía, Vietnam o México. Sus hijos —y mis tres hijas (aquí mentiría un poco para darle fuerza poética al texto)—, representan una generación que, al tomar conciencia de la pluralidad de sus

orígenes, se siente autorizada para hablar de la universalidad del amor, sin sentimentalismos de melodrama ni clichés de telenovela. Al final, ese crucero de querencias y de atracciones los adiestra en silencio para el ejercicio de una nueva identidad: ser *canadiense-cubano-polaco-etíope-vietnamita-mexicano* en viaje constante a otras raíces, a sus nuevas lenguas maternas, a lo intrínseco de todas esas formas de amar que seguirán pasando en cada uno de nosotros más allá de nuestra capacidad para entenderlas, y por primera vez en muchos años me atreví a exceder el número de palabras y a enviarla sin correcciones, así, tal y como fue cayendo en la pantalla durante mis últimas frases de la noche (allá que Jean-Marie se ocupe de quitarle y de ponerle, que mucho hago yo a estas alturas del partido).

Salí a fumar un cigarrillo. Los esquimales se han ido de la vacía sordidez nocturna en el centro de la ciudad, menos catorce grados centígrados, y regresé a la oficina para tomar algunas notas más sobre esto y aquello, terminar de escribir la columna y dormí mal, sobre la dureza de la alfombra y con el olor a papel viejo en el alma porque las cajas enviaban la respiración. No era la primera vez, cuando el triunfo de los socialistas en Francia toda la oficina trasnochó, aunque esto es distinto. Sí, ya todo es tan distinto...

También he mirado foros de discusión y varias páginas electrónicas dedicadas a mi enfermedad, a nuestra enfermedad, y hay miles, millones de cosas en muchas lenguas. Detesto la concisión de Wikipedia, ignorancia enciclopédica en estado puro, y le he enviado un correo en tres lenguas, una por cada palabra, *te quiero mucho*, antes de apagar la luz porque no he querido mirar nada más en YouTube, aunque la tentación de seguir navegando ha sido grande y ahora me levanto temprano, antes de que alguien

llegue a la oficina, y recojo el abrigo del suelo, tomo el teléfono y confirmo la cita de mañana con el especialista mientras imagino la cara de sorpresa de alguna secretaria al registrar la hora de mi llamada. No pasa nada, aquí basta con cumplir los rituales de la puntualidad para estar en la lista de los buenos.

Sobre todo, él pasaba los días en la esquina de la rue Christophe Colomb y la Mont-Royal.

Era delgado, por el hambre más crónica de su cuerpo, o porque siempre fue así, estirado, tieso, casi transparente. Su barba lo mismo parecía sucia que mística cuando te miraba con una ternura incomprensible, como si detrás de cada párpado escondiese el secreto que le ayudó a sobrevivir el frío de tantos años, y me ofrecía siempre uno de sus cigarros, y el Nica me reclamaba, aceptar algo de un hombre así, tan necesitado, tan ajeno, tan miserable en un mundo cuyas abundancias exageraban los rasgos de su indigencia. Yo sí conocía su nombre, y al principio me sorprendió el acento de su español, aprendido por accidente, pasaba por sevillano lo mismo que por gringo jubilado y había llegado a Montreal en los años sesenta, cuando las migraciones de haitianos eran apoyadas por el gobierno provincial. Alguna vez me lo explicó así, durante las pocas palabras que intercambiábamos, junto a las monedas que dejaba en sus manos, que por aquel tiempo fueron muchos los isleños que se habían quedado en la ciudad, ya con papeles, sin miedo a nada, sin más sueño que salir de aquí, pronto, algún día, en cuanto fuese posible, porque así es la vida, ¿no es cierto?, cualquier sitio florece en la memoria si te ha permitido soñar algo, de lo contrario, lo mejor es cambiar de aires para no morir en él como un autómatas, para no transformarnos en la pronunciación hipócrita de nuestras propias palabras, ¿no

es cierto? Al principio, los inviernos justificaron su forma de ver la vida: algún día saldría de aquí, caminaría rumbo al sol, regresaría a la ciudad donde había nacido, Cap-Haïtien, en el norte de la isla, pasando por Gonaïves, cruzaría el charco y miraría otra vez las calles de Port-au-Prince, se embarcaría de polizón en cualquier paquebote y volvería a la inocencia de pasar sus noches mirando pasar los días, y dejaría de tocar puertas ajenas, y nunca más sería necesario medir el tiempo, y después, claro, llegó el amor cuando menos lo esperaba, un amor extraño con una mujer nativa (palabras suyas, que conste) que le había cortado los sueños tras el nacimiento del primer hijo, después otro, y así hasta que no supo volver a soñar con soñar y se quedó varado en ese bulevar, con el alma mirando más allá de las explicaciones, más allá de todo lo que le hiciera entender que haberse quedado era lo correcto.

Nunca pude escribir su historia. Me parecía tan difícil sostener la lógica de las palabras en la línea recta de un renglón, organizar las oraciones en el horizonte calculado de un párrafo cuando lo cierto es que lo había ido conociendo durante los inviernos de nuestras conversaciones mínimas, y aun llegué a pensar que le faltaría el respeto, que algo de él se perdería para siempre el día en que yo decidiera convertirlo en texto, en tinta, en sintaxis que avanza. También es posible que solo fuesen mis miedos los que me hacían hablar así (ya voy otra vez a cuestionarme), porque tal vez nunca supe vencer el escrúpulo de creer que mi cuadernillo predestinaría su vida en una dirección equivocada. Me sucedía muy a menudo, con muchísima gente, por eso solo garabateo notas sueltas mientras sigo pensando en el haitiano de aquella esquina, rue Mont-Royal y Christophe Colomb, ese que me enseñó palabras en *créole* venidas de un mundo donde la vida sucedía entre los contratiempos de la

pobreza y cuya muerte leo ahora mismo en las pantallas del metro, anunciada entre las estadísticas de la indigencia local que hoy lo exhiben como el tercer fallecido desde que la onda polar azota la ciudad con temperaturas inéditas desde los años cincuenta. Lo reconocí, era él, ahora mismo, cubierto con una manta de aluminio, enseguida arrastrado, una camilla, varios paramédicos y las redes sociales ya lamentaban su muerte, inundaban las miradas de la ciudad con fotografías a su lado, toda una institución urbana el haitiano de la buena cortesía: la sonrisa de siempre se apagó en la rue Mont-Royal, cosas así, y más fotos: la bondad de su presencia será un ejemplo luminoso: hasta siempre Señor Sonrisa, y ahora el mentiroso del alcalde, desde una gordura comparable con el tamaño de su hipocresía, hablaba en conferencia de prensa para señalar los operativos de rescate de los *sin-domicilio-fijo*, mendigos y pordioseros y demás humanidad que sufre entre nosotros,

¿Alguien sabía su nombre?,

preguntaba el propio alcalde al lanzar una campaña para conocer la identidad del muerto antes de fundar un organismo comunitario en su memoria. Se abrirían dormitorios dedicados a la gente sin futuro en las calles del frío, y yo dejé pasar varios trenes a esa hora mirando la noticia repetida, una y otra vez las mismas imágenes en los andenes de la estación mientras entretenía mis titubeos con los apuntes de mi cuadernillo. De cuando en cuando levanto la vista, ahora mismo, bufandas, razas de aquí y de allá, el orden de la hora, la entrada y la salida, el azul de las puertas y de los vagones, botas posmodernas, impermeables, mochilas, espaldas, mujeres que saben sacarse partido a pesar del disfraz obligatorio del invierno y yo trasapelado en estas páginas, buscándolo, estoy seguro, algo había escrito yo en alguna parte: morirá de pulmonía, no pasa el

año, averiguar el número de los servicios sociales, me prometí hacerlo, no sé cuándo, el año pasado, tal vez, y lo dejé solo. Lo olvidé, no cabía duda, mejor ya no pensarlo.

Se llamaba Polycarpe, conocía su nombre, y hoy he recordado su final anunciado entre mis cosas.

## Parte baja

Por supuesto que nos habíamos seguido viendo. Ellas visitaban Montreal y era divertido, las veladas en nuestro piso de la rue Rosemont, bajar caminando al Plateau, beber en las efímeras terrazas del verano boreal, comer algo en *La Barraca*, el parque La Fontaine, el viejo puerto, los museos, las librerías bilingües, tantas cosas... Sin embargo, la vida no había dejado de suceder, y entre los trabajos de cada quien, las urgencias de todos nosotros, las mascotas que fueron llegando a sus vidas y la edad de nuestras edades, cada vez fue más difícil el intercambio de los viajes y de los regalos y habían pasado demasiados años desde la última vez.

La noche siguiente, Marla y Pauline nos invitaron comida china, siempre en casa. Sopa de *wonton*, rollos vegetarianos, arroz frito, pollo general Tao y *dumplings*, muchos, deliciosos, todos en la mesa hasta las diez de la noche en que volveríamos a mirar las noticias y yo comí bien, tenía hambre, un poco de vino, me sentía mucho mejor ahora y las veía de reojo, se hablaban en secreto y aún no se sabía nada del criminal y ahora Marlapauline o Paulinemarla ya estaba enterada de todo, era obvio, de nuestra decisión de ir a México, de la enfermedad de mi mujer, de mi gesto de amor *heteroerótico* (¡chúpense esta

mandarina!) al embarcarme en una avalancha de estadios y de carreteras para estar a su lado. Al instante sospeché, en la mesa de los *dumplings* inacabados, que lo mismo nos había sucedido a nosotros dos: habíamos terminado por reproducirnos en el otro incluso con la distorsión muscular de nuestras muertes, pero eso solo yo lo sabía cuando ya era medianoche y dimos un breve paseo con los perros. Claro, ellas nos acompañarían al estadio de los Medias Rojas, querían estar cerca de nosotros todo el tiempo que fuese posible,

Mañana comienza una serie contra los Piratas,

Además, los precios se han venido abajo. Lo mucho que una ciudad pierde con un psicópata suelto. Variables inesperadas del libre mercado, qué risa. Supongo que la entrada será libre,

y no supimos celebrar la ocurrencia de resumir la vida con estados de pérdidas y ganancias. Marlapauline y Paluinemarla, junto a mi mujer, todas ellas en un mismo golpe de voz, cerraron las discusiones sobre el psicópata cuando regresamos a casa y los largos minutos que ambos necesitábamos para ponernos los pijamas, yo fingiendo parsimonia, ella fingiendo autonomía, me dieron la oportunidad para explicar mi cansancio,

De verdad, siento que ya no puedo más, mujer,

Sé que casi todo el esfuerzo del viaje ha venido de ti, pero yo no quisiera detenerme. Sigamos un poco más, por favor,

¿Adónde si todo está tan lejos? Además, ¿ya viste cómo recuperar el auto? ¿Qué sigue a partir de Boston?, ¿un partido en Filadelfia después de cuántas horas de viaje?,

Hablaré con Ila y con Jo. Me ofrecieron llevar el auto hasta el fin del mundo si era necesario. Dame la oportunidad del Pacífico, vayamos directo a San Francisco. Hablaré con

ellos para recoger el coche en algún aeropuerto de la costa oeste, por favor,

y reconocí en su voz, otra vez, el espíritu de impunidad que tanto me persiguió durante la primera hora del diagnóstico. Quizás era verdad que ya nos parecíamos demasiado, una gota mojada de gotas (decía mi madre), costumbre repetida en la imitación de los abrazos, calca de una prudencia cuyo pudor nos sirve de modelo para hablar con el mundo en silencio,

¿Qué tienes que ver tú con el Pacífico?,

Confía en mí. Dame ese gusto. Después, ya veremos.

Un avión hasta Texas, recuperar el coche o lo que nos salga del sueño,

¿Qué tienes que ver tú con el Pacífico?,

y levanté la voz, insistí, siempre en español, y ella se deshacía en explicaciones y ahora está llorando en su propia lengua. Nunca me había sentido así, tan culpable, y bajé la mirada, y bajé la guardia, y bajé de mí con un aire de niño que regresa de sus malas acciones,

Entre tus frascos y remedios, ¿no tendrás alguna vitamina que me levante la moral, mujer?,

aunque yo lo que quería era fumar, sentarme en los escalones del porche para vivir mi pijama al aire libre. Quería sentir la dureza de la madera bajo los pies y la vejez de las cosas, acariciar un perro feliz y contrahecho, reírme a solas de un mundo que analiza las finanzas de un asesino de juguetes, y en el tercer jalón del cigarro decidí que no importaba, ya nada importaba, ni quedarse quieto ni seguir adelante, ni ser honesto ni todo lo contrario.

La noche siguiente estuvimos detrás de la tercera base en un parque casi vacío. Luego, vivimos una semana de encierros voluntarios antes de salir hacia el aeropuerto sin haber

conocido el final de aquella historia tan irreal. Nadie podría recuperarla en ningún libro para explicar que sí, que aquello fue cierto, muy cierto en el Boston que yo prefiero recordar lleno de marchas y de multitudes entremezcladas, desbordado de gritos y proclamas, y cuánto daría porque alguien lo hablara en un congreso de psiquiatras, en una película de realismos exagerados, siquiera en alguna mala novela, como fuera y donde fuese pero que alguien reconstruyera la historia de un psicópata sin consecuencias cuando el vuelo a San Francisco también iba casi vacío y yo escogí una ventana en primera clase,

¿Qué tienes que ver tú con San Francisco, mujer?,

Confía en mí,

insistió al entrar en el bullicio de un aeropuerto muy entretenido, en fin, un aeropuerto como son casi siempre los aeropuertos a cualquier hora del destino.

Durante lo que quedaba del día guardé silencio y ni siquiera he vuelto a preguntar por nuestro coche, seguro como estoy de que es mejor así. Además, cualquier negociación o argumento serían inútiles y yo no quería pensar en nada cuando miramos el Golden Gate a la distancia y el conductor del taxi venía de Bulgaria y en California las cosas parecen más cercanas, nítidas en su posibilidad de haber sido parte de España, una extensión casi evidente de lo mexicano que por aquí nunca se perderá por completo. Nada de esto vino a mi espíritu entre celebraciones patrióticas sino cubierto de un pasado que por aquí sigue pasando, y el hotel es bonito, en el centro de la ciudad, pequeño y acogedor, alfombrado, con espejos en los pasillos y arañas de vidrio iluminando el cielo raso del *lobby*. Tiene dos pisos y nuestro cuarto es el último allá arriba y hemos tenido que esperar al botones, y, ahora que lo pienso, nunca volvió a ponerse su gorra de los Expos y yo sigo aquí, acostado en el

flanco de una cama matrimonial, interminable, enorme, mirándola dormir. Su chamarra de los Rojos en perfecto juego con la cachucha, también de los Rojos, todo lo depositó con orden sobre la luna del tocador. Y tengo sueño. ¿Qué horas serán? Y la vida allá afuera, y ya, ya me siento mejor, un poco mejor, lo juro.

Esta ciudad transpira dinero, está impregnada de un singular olor a riqueza. Me gustaría poder explicar mejor sus abundancias, pero no puedo. Por cierto, el búlgaro del taxi nos exigió diez dólares más de lo acordado y yo he vuelto a recordar mi vida en la isla de Montreal, mis horarios de oficina, y en la media tarde de San Francisco me deslizo al sueño, quizás Jean-Marie tenía razón, Gigantes o Atléticos, son tan inmorales las propinas, no estoy seguro de nada, ¿cuántas estrellas alcanzará la noche en este hotel de lujo?

Más tarde saldremos a comer, el barrio chino está a un par de calles. Esos campanillazos anuncian a los tranvías que pasan, que suben, que bajan cerca del hotel, y pensar que estamos tan cerca, ya muy cerca de México...

El nuevo estadio de los Gigantes me parece, me parecerá siempre un monumento hecho de mar. Desde nuestros asientos, en el extremo izquierdo del último nivel, observamos, seguiremos observando la bahía con un olor a espuma y a cerveza a lo largo del partido, y de vez en cuando algún carguero nos saluda y más tarde un buque-tanque también saludará a todo el público con un rugido de motores acompañado de los eructos metálicos de sus sirenas. Siento, siempre sentiremos que ese césped nos llega cargado de un verde muy tropical y al final me da gusto, me dará tanto gusto esta blanqueada sobre los Nacionales de Washington, ¡5-0!, mientras vuelvo a mirar hacia allá, toda la noche miraré hacia la intermitencia de las luces en la botella

gigantesca de una Coca-Cola, diseñada para saciar la sed de cuarenta mil personas, casi frente a nosotros, detrás de las últimas gradas del jardín izquierdo que parecen casi llenas, bueno, todo el parque me parecerá rebosante porque recién hemos llegado de Boston (no creo necesario explicar aquí lo del vaso medio lleno a punto de derramarse con la memoria del vaso medio vacío). Es un mundo de almas que aplauden y que seguirán aplaudiendo hasta el final, frente a la bahía que se desborda, también niños y niñas, una y otra vez todos se desbordarán de felicidad porque puede ser que mañana el equipo local amanezca en el cielo de su división, sí, amanecerá líder tras esta victoria sin errores, inapelable labor del cuadro, atrapada en el jardín central para el libro *Guinness*, y al caer la noche regresamos al hotel y sentiremos ganas de tomar el ferri durante el único juego que hemos visto y que veremos en esta ciudad porque a partir de mañana ella quiere arrastrarme, y terminará por hacerlo, hacia uno de los distritos de la ciudad que parece conocer bien, muy bien, no sé cómo ni por qué.

Lo que más recordaré del estadio será el guante, también desmedido, a un lado de la Coca-Cola universal. Y no quiero lamentarlo, no, ya nunca más lamentaré su falta de ternura ni la vida de sus secretos. Siempre fue así y así será hasta el final, y aunque durante los últimos años haya logrado sujetar mis propias inseguridades, verla tan dinámica en una ciudad ajena me hace pensar en lo mucho que una persona, aun la más amada, permanece y permanecerá con una sombra de anonimato hasta que la extrañeza de alguna situación, algo como nuestro viaje al fin del tiempo, nos permita descubrirla, mirarla, entenderla mejor. Y, otra vez, sobre la cama del hotel, no dejaré de pensar en mañana, cuando tomaremos un taxi a Nob Hill para descender en el verano, el día más cálido desde que salimos de Montreal,

y me gusta el sol de la costa, este sol que se adhiere a la lucidez de mi esposa mientras caminamos, primero al paso de nuestra curiosidad, después caminaremos buscando la dirección de un café *underground*, nombre japonés: Akira, logotipo diseñado con bambús, mesas y sillas que imitan una casa de té, aire limpio y empleados de ojos rasgados casi todos,

¿Qué hacemos aquí, si se puede saber?,

Esperamos a alguien, no debe tardar, suele ser muy puntual,

¿A quién?,

y me sorprende, me sorprenderé tanto de no hacerle más preguntas durante un cuarto de hora. Me repetiré en el café expreso y compraré una galleta con azúcar glas y corazón de mermelada que compartiré con ella, y mi bastón ya es muy mío, ya siempre será tan mío, la empuñadura reconoce la forma de mi mano y la contera alivia poco a poco (y paso a paso) las asperezas de cualquier banqueta, y regresaré a la mesa frente a la ventana, al sol del mediodía, a la paz del instante, a un sitio sin prisas donde ella espera con su libreta a un desconocido que no llega, ¿hombre o mujer?, no debe demorarse, ya no debería tardar mucho,

¿Te acuerdas? Las comprábamos en la estación de trenes, en Bonaventure. No las había vuelto a ver,

No son las mismas,

Cuestión de probarlas. Anda, mitad y mitad,

Ya casi es la hora,

y después de repartir la galleta beberé a sorbos mi segundo café. Tiene que ser así, ese es el truco, muy despacio para que lo amargo se tranquilice con el azúcar, un matrimonio perfecto, así es como lo hacíamos en la estación Bonaventure. Es cierto, no saben igual, quizás ya nada volverá a saber igual entre nosotros y en el

distrito de Nob Hill dominan los pequineses, aquí solo he visto y siempre veré perros en miniatura y ahora pasa un adolescente, doce, trece, catorce animalitos lo arrastran sin convicción hasta desaparecer en una esquina, entre ladridos de romper cristales,

Buenas tardes,

Mucho gusto, mi marido,

Encantado de conocerlo,

y ese hombre, bajito, también japonés, se sentará en nuestra mesa, respetuoso. Sesenta, setenta años, quizás un poco más, difícil saberlo, canoso, ropa impecable, y nos habla primero en inglés y luego ya solo nos hablará en francés, sin acento, limpio, prístino entre los diptongos,

Por respeto hacia ustedes, creo que es mejor así, nos dice y nos dirá siempre lo mismo, como un sonsonete necesario que anuncia los puntos y los apartes de su voz. Al terminar mi café intentaré recordar que me ha dicho su nombre y su apellido, todo de un solo golpe, y yo solo soy capaz de rescatar un par de sílabas mientras pienso que nunca podré recordarlo de otra manera,

Señor Katsuo,

y saldremos a caminar, los tres juntos, ellos dos siempre delante de mí. Observo, no puedo dejar de hacerlo, hasta el fastidio observaré el detalle de sus sandalias de bejuco, tan orientales, la ropa sencilla, esa camisa de lino, sin arrugas, y ella le habla, le hablará todo el tiempo con un respeto inesperado, fórmulas de la cortesía y códigos de la deferencia que yo ignoraba y que me serán inútiles en lo que me queda de vida porque no pienso, no pensaré nunca más en volver a la isla de Montreal, y las calles están muy limpias, y el sol se conjuga con los pedazos de brisa que llegan del Pacífico, y los pasos peatonales viven protegidos por semáforos que parecen

respetar el ritmo de personas discapacitadas, como nosotros (o solo como ella..., la verdad es que ya no importa), y no me parecerá extraña la cultura de la precisión en esta parte de la ciudad habitada por gente como el señor Katsuo que se deja tomar del brazo, parecen viejos amigos, él y mi mujer, y al paso de los días lo que más llamará mi atención serán los pocos autos que circulan en las avenidas, tan anchas, tan limpias, tan bien hechas,

Aquí es. Pasen ustedes. Por favor, dejen los zapatos en la entrada,

Como en Montreal, entrar siempre descalzos a las casas ajenas,

otra vez me atreveré a interrumpirlos, y al unísono voltean, voltearán en todo momento hacia mí, amables, casi cristalinos. Por cortesía, celebrarán mi comentario con una sonrisa mientras él abre una segunda puerta, tela de gasa y bastidor de pino, todo muy limpio, y entonces descenderemos, primero ellos, luego yo, un sótano, no, un subsuelo, tampoco, es un estudio subterráneo, largo como un túnel sin fin, extenso como el fondo de una botella interminable, como si hubiese sido diseñado para representar el infinito, para remedar un telescopio de dimensiones incalculables con el que se descubrirá un cielo también inaccesible, progresivo, siempre un poco más allá del momento en que se mira y yo lo miraré todo de reojo, los dos sofás blancos, enfrentados, muebles que simulan un paréntesis creando una primera atmósfera, aires de antesala (detesto los vestíbulos), alfombras de palma tejida, adornos de madera, mínimos, algunos taraceados, y poco a poco debo entender y entenderé que el señor Katsuo es un artista, pintor de árboles, bueno, lo suyo es un mismo árbol reinventado en mil cuadros distintos, un tronco que cambiará el color de sus

formas aunque nunca el instante de sus líneas, y sentiré deseos de pasar frente a todas estas pinturas, un árbol único y plural, idéntico y múltiple, siempre de unos treinta centímetros de alto por unos veinte de ancho, marco transparente de madera virgen con su marialuisa (con su *paspartú*, diría mi mujer), un bosque ajeno e imprevisible, muchas hojas, del piso al techo, metros y más metros de ramas que no asimilaré, ni en el reflejo de su extrañeza ni en la extrañeza de sus semejanzas cuando mi mujer seguirá hasta el fondo, muy al fondo del estudio, y se sentará en un banco, casi de pie, y entonces tengo valor, por fin tendré el valor de hacer la pregunta,

¿De qué se trata?,

y después recordaré que el señor Katsuo hablaba en francés por respeto hacia nosotros, y que no entiende el español. Cada uno de los diez días venideros repetiremos el ritual del Café Akira, dos expresos, galleta de azúcar glas de buena memoria en la estación Bonaventure, geografía de perros mínimos que ladran entre la agudeza de sus chillidos, y desde la primera visita mi mujer le dejará dos fotografías, las sacará de su libreta: una fue tomada durante los años de su escuela primaria, y en la otra reconoceré la edad de mi primer recuerdo de su rostro, en aquel *pub* irlandés,

¿De dónde sacaste esas fotos?... así es como te recuerdo,

Difícil decirlo. Es del tiempo en que nos conocimos, no te parece,

Sí, bastante, por eso te lo pregunto. ¿Dónde tenías todas esas fotos? Yo nunca las vi en casa,

Siempre estuvieron allí, y solo era cosa de querer encontrarlas,

y siento el comentario como un reproche. Sí, lo sentiré como una queja sin sustancia, aunque ahora me sonrío, es feliz, parece feliz

en el instante en que intuyo que el señor Katsuo me pedirá que vaya a dar un paseo porque quiere trabajar sin interrupciones, y ella me prometerá ver juntos el cuadro cuando esté terminado,

Antes, aun a mí me molesta que nos mires. Es como si el cuadro no pudiera nacer entre las presencias ajenas, y no sé si la entiendo, no sé si podré entender alguna vez algo de todo esto,

Hay cosas para las cuales el ojo no está preparado, y hay otras que aún no están preparadas para llegar a la conciencia, ha dicho el señor Katsuo, con ese francés que tanto nos respeta,

Comprendo,  
repetiré, lo repito ahora mismo durante diez días consecutivos,  
Comprendo, Comprendo, Comprendo, Comprendo,  
Comprendo, Comprendo, Comprendo..., Comprendo, Comprendo,

y por la tarde de todos aquellos días nos atreveremos a subir a los tranvías. Vida de turistas otra vez, alguna galería de arte, calles con sabor español, a veces el barrio chino, la marina, paseos tranquilos sin pensar en los Atléticos de Oakland porque nos basta, siempre nos bastará haber visitado el parque de los Gigantes y en el penúltimo día sentiremos ganas de conocer la prisión de Alcatraz, las celdas, los comedores, los torreones electrificados, esa sordidez hecha de cemento tan brutal, una isla sin salida cuando entramos a la biblioteca y descubrimos el promedio de lecturas de cada reo, y después olvidaré cuántos libros leía un recluso por año (¿sesenta, setenta y cinco?), y el guía nos hablará de la película de Clint Eastwood, y sí, claro, algunas escenas vendrán a mi memoria porque otra vez la vida parece confabularse en las coincidencias cuando lo único que recuerdo de aquella cinta es el convicto de los pinceles que se amputó los dedos de la mano ante la prohibición de seguir pintando, pero

ni una sola vez lo traeré a colación, ni en Alcatraz ni en el barrio chino, tampoco en los parques arbolados de San Francisco que nos regalarán varias tardes de paz y de silencio.

No, nunca será el buen momento de hablar sobre el señor Katsuo. Mañana es el día, mañana todos asistiremos al final de aquel lienzo después de repetirnos una última vez en el ritual del Café Akira, logo y enseña de bambú, mesas bajas, madera que recuerda las casas de té, dos expresos exactos en el tiempo de la espera mientras recorremos la misma Nob Hill que nos llevará a su estudio, una puerta exterior, una segunda puerta de tela blanca, casi transparente, ligera, engastada con ciencia en su bastidor de madera, y bajaremos, ellos dos por delante, yo un poco más atrás, bromas de cortesía, sonrisas de compromiso, y en esta mañana de nuestra despedida no será necesario que yo salga. Puedo esperar aquí, esperaré allí mismo mientras el señor Katsuo retoca, mira, se concentra, sonrío, sonreirá hasta el final,

Creo que ya está, esto es todo,

y ella dirá que se siente muy emocionada, y me llamará con un grito interminable desde el otro lado del estudio,

Ven, por favor,

Sí, ya llego,

y desde mi bastón me parecerá recorrer la espesura de un bosque ordenado de cuadros. Todos del mismo tamaño, cuadrícula forestal en la blancura de las paredes, troncos parecidos, pero de un color distinto, estaciones que van y vienen mientras visten y desvisten las mismas ramas y a veces ese mismo árbol va disfrazado de carnaval y tiene hojas azules, rojas, malvas, negras, magentas, y en otras lo que domina es un prisma de tonos otoñales, amarillentos, tristes, ocre, casi dolorosos,

Ya llego, ya casi llego,

porque ella me espera, me estará esperando, allí, por la espalda del caballete. De repente, estirará su mano, y juntos recordaremos siempre el instante en que ya casi podemos observarlo todo para comprender que el árbol de su rostro vino a San Francisco para suceder de otra manera mientras poco a poco entenderé que las fotografías utilizadas por el señor Katsuo han hecho que la pintura sea perfecta a su manera, porque todas las edades de mi mujer, todas sus genealogías posibles, su niñez y su adolescencia y la juventud del día en que la conocí, y aun el minuto exacto en que entramos a este lugar, todas están pasando, siguen acaeciendo, continuarán sucediendo en este lienzo que no es otra cosa sino una suma de tiempos que se entreveran, épocas compaginadas en sus ojos verdes y ese rostro blanquísimo y el cabello gris que también es negro y a veces un poco castaño. Y entonces siento, sentiré que tengo que salir de aquí, pronto, regresar al hotel, volver atrás en este viaje a ningún lado porque ya no estoy seguro de querer llegar a México, porque aquí mismo y ahora mismo comprenderé que de todos los futuros posibles solo hay uno que escribe nuestro nombre con raíces, y guardaré silencio porque quizás yo ya he cambiado los árboles de mi nombre allá en Quebec. Y me invadirá la vergüenza de haberlo sentido así, en una forma tan vulgar,

Estás hecha de cortezas, mujer,

¿Te parece?... yo prefiero pensarme cultivada con hojas que se renuevan,

Sí, claro, las hojas, tus ojos, el verde que parece azul, y nos guardaremos la sorpresa para más tarde mientras ella deposita una tarjeta en las manos del señor Katsuo que ahora le devuelve las fotografías de marras.

Todo había sido planeado así. Ella lo había arreglado de esta manera, y en nuestra última noche en San Francisco he

aprendido a no preguntar nada, nunca más, será lo que será hasta el final, ¿el final de qué?, no lo sé y no importa, no, como tampoco me importará regresar tarde al hotel, cenar un *entrecot* con guarnición de verduras, terminar una botella de Cahors antes de subir a la habitación donde guardaremos silencio, un silencio pautado de ramas, prudencia casi vegetal al buscar la ropa de dormir y encender el televisor. Las malas noticias del día, incendios forestales en los bosques de California, más asesinatos en México, y la maleza de nuestra respiración que se duerme, párpados abiertos un último instante, y mi alegría más oculta será no volver a tomar un avión, nunca se lo he dicho, ya nunca se lo diré, ni a ella ni a nadie: volar me quita el sueño, me empuja hacia tiempos que no entiendo con una velocidad que permanece en mí mucho después de haber aterrizado.

Por los altavoces, el conductor del Greyhound calculó ocho horas y cuarto de trayecto. Entramos a Los Ángeles con la exactitud que promueven las autopistas americanas, y al salir de la estación el taxista ingresó en su pantalla los datos de nuestro hotel en Pasadena, y ni antes ni después subíamos por la rampa de huéspedes mientras el precio del viaje fue de treinta y siete dólares y setenta y cinco centavos, justo la cantidad de dinero que traíamos encima, ni un centavo más ni un centavo menos. Las reservaciones habían sido hechas días atrás y nuestro cuarto en el décimo piso nos esperaba como si fuera de veras nuestro, como si siempre lo hubiese sido, y al entrar las llaves de nuestro coche debían estar esperándonos en el escritorio de la habitación, y allí estaban. Caía la tarde cuando debía caer y fue así como comenzamos a sentirnos perfectos, puntuales, pertinentes incluso en nuestra ropa de verano, mangas cortas y estas cachuchas que se justifican, sin duda, en la fuerza de un sol

que todo lo quema en California. Por si fuera poco, la serie de los Dodgers iniciará mañana por la noche, como si el calendario de juegos conociera el ritual de nuestros últimos meses de viaje: nunca mirar un partido en la inmediatez de la llegada, primero descansar, cenar como Dios manda, quizás buscar un centro comercial ahora que recuperábamos la movilidad de nuestro auto y dejar el estadio, cualquier estadio, para el día siguiente. Además, ella salió del baño en el momento indicado, cuando yo acababa de decidir que no vería la televisión,

Bajemos al restaurante, me estoy muriendo de hambre,

Sí, yo también. Siento que exploto en mis ganas de comer,

y entendí, como siempre, que hablaba francés en español. Sin embargo, en esta jornada de inesperadas sincronías, hoy no era necesario corregir nada porque lo dicho (y aun la vida de nuestros silencios) poseía la transparencia justa y la claridad suficiente para seguir adelante, y luego salimos al pasillo.

Al oprimir el botón del ascensor, no podía ser de otra manera, las puertas se abrieron de inmediato. El interior, hecho de cuatro espejos y barandal dorado, nos permitía mirarnos de frente por la espalda sin necesidad de calcularnos, sin aplicar ningún esfuerzo en la búsqueda del otro porque viéramos hacia donde viésemos nos encontraríamos exactos, puntuales, disciplinados en esta hora de coincidencias en la que incluso era posible verse cara a cara e ignorarse, tropezar con la humanidad del otro en la veracidad de los caminos distintos, y al entrar al restaurante del hotel se desocupó una mesa junto a un jardín arbolado, frente a una piscina de gran lujo, y tampoco fue necesario esperar a nadie porque el *maitre* vino a nuestro encuentro y el mejor sitio del mundo hoy sería nuestro. Era un lugar que cuidaba su elegancia en la limpieza de los detalles, la

mantelería, los cristales de las copas, el ramillete de flores, el juego de cubiertos, y otra vez supimos que vestíamos para la ocasión, con la frescura indicada y la ironía conveniente gracias a nuestros bastones y a nuestros gorros deportivos en esa hora de un aire que refrescaba la piel con generosidad, y no miramos alrededor, no era necesario, porque todos los ojos nos seguían con una curiosidad calculada, sabían adivinar que veníamos de otro mundo, cercano y extraño al mismo tiempo mientras los aperitivos eran cortesía de la casa: una jarra de sangría, jamón serrano, melón dulce, delicioso, rábanos coronados de queso azul cuando el mesero sospechó nuestra alegría, antes, mucho antes de mirarnos, y enseguida nos explicó las especialidades del día,

Salmón a la mantequilla y milanesa napolitana,  
y todo siguió así en esa noche,

Para mí la milanesa y para ella el salmón, por favor, porque hacía tanto, tantísimos años que había deseado volver a comer esto que ahora daba en el blanco de mis mejores antojos mientras ella también celebraba su plato favorito. El *maitre* nos envió el *chardonnay* que tantas veces compramos en la felicidad tranquila de nuestras viejas costumbres, allá en Montreal, y otra vez fue la precisión en el postre que yo casi no probé pero que ella disfrutó por partida doble, ni un bocado más ni un suspiro menos, lo mismo que las dimensiones de este jardín que nos permitió una caminata a la medida de nuestros cansancios antes de regresar a la habitación para decidir que mañana saldríamos un poco,

Necesito comprar algunas cosas,  
no sé, cosas tuyas que hoy no nos harían falta porque el dentífrico de cortesía debía estar allí, y allí estaba, así como el enjuague bucal. Y el primer bostezo, y la energía que se requiere, que hoy

necesitábamos los dos, para meternos en la cama, cobijarnos un poco, para sentir la sincronía de un parpadeo, llegaría exacta en el minuto en que nos quedásemos dormidos.

Era el unísono del sueño y del agotamiento y de la enfermedad, aunque al amanecer ya nada fue así. Quizás sea mejor decir que aquel mundo volvió a ser y a existir en la impuntualidad de sus hábitos desde que entramos al centro comercial, aquí, frente a esta tienda del *99-Cents Only* donde recordé mis primeros intentos en el desarraigo, cuando busqué en Los Ángeles una nueva vida, todo a noventa y nueve centavos, como tantos otros han hecho al dejar Cabo de Dios, siempre, todo el tiempo, en especial ahora que México ya es un *narcoestado* (hay que decirlo con sigilo, darle palabras en voz baja, no vaya a ser la de malas...). Allí estaba yo en otro tiempo, entre artículos a bajo precio, pidiendo trabajo, productos venidos de China (qué duda cabe), sin documentos, mentiras del hambre, casi lo logro durante la entrevista en unas oficinas del otro lado de la ciudad, sentado, controlando los nervios sobre una mesa que hacía ver de frente la enormidad de un letrero, todo el muro, amenaza en color rojo que imponía miedo mientras la señorita de la administración se había llevado mi *green card*, comprada por treinta y cinco dólares en Huntington Park, lo tengo tan presente, lo mismo que una licencia de conducir que parecía legal, treinta dólares más, y yo sudaba, leía y releía ese mensaje que resumía sus advertencias en un inglés hecho de leyes sin lugar a dudas,

Presentar papeles falsos es un crimen federal. Implica una pena de cincuenta mil dólares y hasta cinco años de cárcel, o ambas cosas,

y cuánto tardaba la señorita, me había dejado solo, sentado en la mesa, las letras de frente, exponiendo el pellejo por un trabajo de esclavos. Era lo que había, entonces,

Se trabaja con lo que hay, y no con el viento, así decía mi madre, de seguro lo dice todavía, a mis hermanos y a sus nietos que nunca supieron dejar Cabo de Dios. Por miedo o por resignación o por lealtad a una idea de país que yo ya no poseo y que quizás ya es muy tarde para recuperar. Pagaban cuatro ochenta y cinco la hora, cuando California ya era lo que siempre ha sido, el estado más rico de la nación, y Los Ángeles la ciudad más mexicana y más española de Norteamérica, y mi esposa ha entrado a una farmacia, cosas de mujeres, me dijo en voz alta, y aquella señorita regresó casi una hora después, el sudor temblaba en mi aliento. Intenté una cara de normalidad, tranquilizarme, como el enfermo que apela a su edad más avanzada para gritar en silencio,

Ya para qué, ya para qué quieren matarme, y la señorita de recursos humanos, igual a mi color de piel, nombre parecido y apellido deletreado con mis propios dejes, reconoció el desamparo de mi rostro. Cuando un ser humano corre tantos riesgos, por hambre o por necesidad, todos nos hacemos tan iguales. Tiene su costado poético, aunque, bien mirado, el asunto también tiene mucho de temeridad. Siempre, la dualidad de las opciones en nuestro paso por el tiempo: el heroísmo de las urgencias, los prohombres de la pobreza, la valentía del desheredado, y allí seguía yo, de pie frente a las cajeras del *99-Cents Only*, recordando, recordándome sentado, tratando de ocultar mi miedo, la primera vez que intenté dejar México, cuando ella regresó con aquellas credenciales en la mano,

Hay un problema con sus papeles, señor. No lo encontramos en el sistema,

¿Perdón?,

El número coincide, pero no su nombre, señor,

No puede ser. Este año soy elegible para la ciudadanía,

El sistema no se equivoca. Creo que lo mejor es contactar al servicio de inmigración y aclarar el malentendido. No se preocupe, aquí lo esperamos, señor, y lo repitió más de una vez,

No se preocupe, señor,

y enseguida escribió su nombre y su teléfono en una tarjetita. *Chicana* hasta la pared de enfrente, y sí, estoy seguro, lo sabía, y además sabía que yo lo sabía, quiero decir, que nos estábamos mintiendo, por compasión o por prudencia, y me levanté pesado, me excusé por el malentendido, prometí regresar pronto, todo era un error, disculpe usted, cuando vi a mi mujer con una bolsa de plástico y su bastón y algo ha cambiado en ella detrás de la blancura de su rostro. Poco a poco ya no es la misma desde la enfermedad, ella es una mujer extranjera que me convierte también en el extranjero de mis propios recuerdos, alguien que hace más extraño el recuerdo de mis primeros días fuera de México, un par de meses antes del fraude del ochenta y ocho, cuando Cuauhtémoc Cárdenas lo ganó todo y lo perdió todo y yo fui y volví, de Cabo de Dios a Los Ángeles, de Los Ángeles a Cabo de Dios, convencido de que no quería que los hijos que nunca tuve viniesen al mundo entre las dictaduras del egoísmo, como mi padre y el padre de mi padre. Algo mejor podríamos tener en común yo y esos hijos que no llegaron, otra forma de destino, una felicidad menos quebradiza, una armonía hablada sin complejos. Y por eso, solo por eso, estoy convencido de que este acto de amor que mi mujer me ofrece, venir a México para vivir su enfermedad a mi manera, me condena a la reconciliación, a firmarles tratados de paz a las banquetas

y a los bulevares de mi puerto de vidrio (así lo llamé siempre, y a quién le importa). Asimismo, me exige desembarzarme de muchas cicatrices, curar las llagas de mi primer regreso de Cabo de Dios a Los Ángeles, de Los Ángeles a Cabo de Dios. Ella, que nunca pudo entender las mentiras nacionales ni la forma en que los gobiernos se transforman en vida criminal y persecución, en exilio y asesinatos (en Quebec estas cosas solo suceden en los diarios, en el noticiero de las diez, en las conferencias académicas tal vez), sí, ella me obliga a negociar, a ser resignación y conveniencia del retorno.

Algo había cambiado en su semblante desde las sincronías de ayer, cuando subimos al auto y paseamos largo por el centro de Pasadena. Puede que todo sea culpa mía, porque en este mediodía soy yo quien se desfasa en la memoria de la primera vez que vine a California, de Cabo de Dios a Los Ángeles, sin trabajo, espalda mojada, *99-Cents Only*, con mucho miedo, todo a noventa y nueve centavos, y luego de Los Ángeles a Cabo de Dios, mientras ella sigue conectada a esa inercia de casualidades que nos ha entregado un paréntesis mínimo, un remanso de perfección, un *impasse* que ya no se repetirá, nunca, ni en las autopistas venideras ni en los estadios por descubrir, aunque al mediodía hemos vuelto a sentir un hambre simultánea. Nos detuvimos en un negocio de comida rápida, hamburguesas y *milkshakes* y papas fritas, pero esto, claro, no puede interpretarse como conexión de nada, ni siquiera vale como argumento de casualidades.

Productos venidos de China (qué duda cabe).

## 6

### Parte alta

Me dejó un par de entradas en la mesa del recibidor.

Hay una película sobre la vida de Stephen Hawking, *The Theory of Everything*. Ella sabe lo mucho que detesto el cine biográfico, mejor será negociar la paz, nunca respetan la verdad de la historia, y no nos hemos cruzado en el metro camino a casa, aunque todo esto tiene que acabar pronto (esta indecisión mía, quiero decir). Iremos a mirarnos en las salas del Forum, allá donde aún sobreviven las películas en inglés, al menos eso hice triunfar entre nosotros: que las cintas de nuestras escapadas estuviesen en su lengua de origen, francés en francés, Hollywood sin doblajes ni traducciones mientras recuerdo aquel pleito... Ya vivíamos juntos, para entonces, y *The Silence of the Lambs* había sido traducida por imposición del gobierno provincial y lo curioso que me pareció escuchar a Jodie Foster con acento casi bretón, muy sensual frente a la voz del doctor Hannibal Lecter, él por su parte articulando un francés importado de Austria o de Hungría porque el popular asesino no podía ser nativo de París, como la heroína, porque solo los buenos de cualquier película (esto siempre queda bien decirlo así) gozan del derecho a su lengua materna.

Fue en el Quartier Latin. Discutimos tanto el acento de Anthony Hopkins, que una semana después miramos la misma cinta en el original de sus pronunciaciones. Sentimos un miedo nuevo, la inminencia de los asesinatos y de las escapatorias que nos engañaban sin el artificio del doblaje, y vivimos como nadie la intensidad de aquel par de horas, el maniático de la prisión, el loco suelto, y la volvimos a ver varias veces en el Forum. Era delicioso mirar al FBI reconociendo la inteligencia de sus enemigos, sin duda una de nuestras cintas favoritas, y al final terminamos en aquel *pub* irlandés, besuqueándonos entre los tragos amenos de varias Guinness oscuras. Habíamos recuperado nuestras coincidencias mientras nos jurábamos nunca más mover de su lugar la lengua de ninguna película. Después fuimos resolviendo lo impensable de las cintas extranjeras, y aun sugerí tomar en cuenta las familias lingüísticas, porque si venían del portugués debíamos verlas en francés, si la versión original era italiana, lo mismo, y en el caso del alemán iríamos al cine con subtítulos ingleses (recuerdo aquella cinta sobre la guerra, qué actuación, vaya historia, y salimos satisfechos porque las frases que acompañaban la imagen no distraían las ganas de que la cosa terminase bien, el anhelo sincero de que aquel amor superase tanto dolor y tanta muerte). Los filmes hispanos eran nuestro campo neutral, y lo que llegase del lejano Oriente lo decidiría la cartelera del día cuando reparo en que los boletos de *The Theory of Everything* son para esta noche, y que seremos la vida de alguien que se nos parece con el antifaz de un francés de artificio, porque iremos al Quartier Latin y no al Forum, y lo entiendo, claro que lo entiendo, ella necesita (tal vez también yo) preparar el camino con parsimonia, reposarse un poco antes de cada descubrimiento, porque el condenado

a muerte tiene derecho a ritmar los suspiros y a hilvanar sus titubeos como mejor le convenga.

Yo también sospecho que ella sospecha de mí. Estoy seguro de saberla segura de mí. Tal vez sea mejor no darle más vueltas al asunto, solo estar aquí para ella, derrumbarme a su lado mientras procuro que su caída sea menos dolorosa, menos abrupta, y tengo tanto sueño, las palabras escasean al mediodía después de comer a solas en casa. No puedo evitar la vigilia de mis párpados, divagar por las geografías de la nada más total porque también es cierto que mucho de lo que somos es una repetición de lo que nunca pudimos dejar de ser y que la tristeza de hoy la hemos ejercitado en otros momentos, es como un desconsuelo acumulado que no puede ser otra cosa en las palabras porque sus angustias debieron resolverse hace mucho, hace tantísimos instantes y tantísimas resignaciones. No estoy seguro de saber explicarlo, cómo decir que uno puede superar cualquier predeterminación solo si se aprende a nombrarla con voces distintas. Si un día nos hemos quedado solos, al nombrar esa soledad con la memoria de las palabras, y nunca con la sorpresa del desaliento, hacemos más ardua la tarea de sobreponernos, y lo mismo vale para los momentos de felicidad, esos que al heredar una forma de ser celebrados pierden varios centímetros de franqueza..., era de esperarse, que ahora me diera por la filosofía..., desde luego que no descubro aquí el hilo negro, alguien más ya lo habrá dicho de mejor manera en algún manual de superación personal, alguien en otra tinta, en otro minuto, en otro evangelio, alguien que tal vez escribe ahora mismo que yo soy su reflejo, su *antimundo*, su único espejo posible en la ciudad, o alguien que no sabe explicar a las claras (como yo mismo ahora mismo) que somos las caídas que se sumaron a nuestros caminos mientras cancelábamos la

novedad de las sílabas, y, sea como sea, hoy tampoco ha sido necesario ponerse de acuerdo para encontrarnos en el café, sobre la rue Berri.

Ella siempre supo llegar antes de tiempo a cualquiera de nuestras citas. Y allí estaba, sentada, amable, la mirada fija en ningún sitio, y me saluda con la mano, el rostro firme, una mujer del frío, y le sonrío a través del cristal, siempre sólida, aunque el mundo se venga abajo,

Qué guapa estás, mujer,  
traía ese vestido que tanto me gusta. Negro, arriba de la cintura, cuello redondo que resalta el tono intenso de sus ojos y de su piel blanquísima, y la parte de la falda en color marrón jalonado de figuritas irreconocibles, como grecas, jeroglíficos o manchas de leopardo,

Gracias. Tomemos algo, tenemos tiempo, ¿quieres?, y pediría mi expreso largo con la costumbre de agradecer en español a las cajeras mientras miraba los postres, la tarta de ruibarbo y el hojaldre de manzana. Tantos y tantos sabores vine a conocer en un mundo de mil calorías a la menor provocación de un antojo, y no, no quería romper la memoria de un café largo, solo un café largo. Entre las galletas de naranja con jalea hoy solo podía ser el de siempre, regresar ligero a la mesa para recordar que, a pesar de todo, ella no sabía nada porque yo había decidido que nunca lo supiera (esto me lo repetía a toda hora, para no ceder a la tentación de hablarle, ni a ella ni a nadie), y hemos charlado despreocupados, quince minutos, las noticias de aquellos asesinatos siguen a la orden del día, hablábamos de Ayotzinapa, y sentí que la idea del viaje daba sus primeros frutos a pesar del miedo que nos provoca la palabra *México*,

Si gustas, podría informarme de algún boleto, no sé, un par de semanas, quizás un poco más. Jean-Marie me ha ofrecido

que envíe mis colaboraciones desde donde yo quiera. Podríamos despejarnos un poco de todo esto. Habla con tu doctora, y el ambiente del café sobre la rue Berri se hacía denso, sobrecargado de estudiantes que aprovechaban los descuentos del martes para ver los últimos estrenos. Había un poco de música fuera de lugar en el ambiente, y esa fue la última vez que escuché algo de Eddie Palmieri en Montreal, y la verdad es que no lo estaba disfrutando, pero era él, estoy seguro, ¡nada menos que Eddie Palmieri!

¿Nos vamos?, ya casi es hora, anda. Esto me fastidia un poco,

Sí, a mí también,

los murmullos se habían transformado en bullicio, y me costaba escuchar su voz. Tenía que acercarme a su boca para pillarle las palabra, y la sentí tan cerca, podía tocar su aliento, olerle la mirada, como en los años de nuestro bilingüismo más íntimo, cuando las bromas de un beso en francés daban paso al esperanto de nuestros gemidos (así lo decíamos, y a quién le importa) hasta terminar desnudos, ella muy agitada desde su lengua, yo buscando un cigarrillo para fumarlo en español sabiendo que aquellas libertades del tabaco solo estaban permitidas después del amor, y caminamos hacia la puerta, tomados del brazo. Sin reproches en el cuerpo, nos entregamos a la costumbre de anudar la bufanda por el lado equivocado del frío, ella desde adentro del abrigo, yo a la inversa para que la ventisca no pudiese penetrar en mi cuerpo, y después le sugerí cenar en el *Taj-Montreal*, las samosas, el *tandoorí*, el pan *naan*, aquel platillo de jengibre y berenjenas (¿cómo se llamaba?), o lo que quisiera si aún tenía energía después de la película,

Después veremos. Ahora no tengo hambre,

y en ese instante el día nos refrescó el optimismo. Me sentí ajeno a los dolores que ya no sentía, y me ofrecí la posibilidad de que lo próximo no fuese una extensión de Polycarpe, ni de la noche en el suelo de mi oficina, ni de las llamadas telefónicas que me alejaban de su vida. Todo me parecía transparente, la media calle tomados del brazo, nuestra imagen de pareja que sabe negociar con sus cicatrices para convertirse en esto que ahora somos: una acera tranquila rumbo al cine, habitantes de una edad amena, rutina de rostros que se pertenecen más allá de la nieve.

¿Hasta dónde la realidad del clima organiza nuestras formas de amar?

Quizás hoy el invierno se haya puesto de mi lado.

DETALLE: investigar. Tal vez existan estadísticas sobre la profundidad de las relaciones humanas y su vínculo con los días de sol (buscar maneras de redactarlo en la columna. Aunque suene a lugar común, decir que *el sol de la edad conduce a la soledad*).

Yo era el único sobre la barra que seguía el partido de los Expos en las pantallas de aquel *pub* irlandés. Bueno, los otros también, para eso habían venido (era obvio), aunque ninguno guardaba silencio ni llevaba la cuenta de las entradas o de los errores, solo yo. Me gusta imitar el movimiento de la mano derecha del ampáyer central, detrás del plato, hacia arriba, describiendo un vuelo de paloma que se cierra en el aire para señalar el *strike*. Igual de intenso es el grito de *out*, con una mano hacia delante y la otra que se desencadena con violencia en posición paralela, hasta que todo culmina con la sonoridad de un golpe en el pecho del juez. Yo era el único que lo veía, estoy seguro, lo recuerdo muy bien, como si fuera ayer: cada detalle, las estadísticas, los

turnos al bate, las jugadas posibles, las señales ocultas, sin duda solo yo me ocupaba de los porcentajes en la última entrada de un partido en el que San Luis daba cuenta del equipo local, una blanqueada, mientras imaginaba los titulares del día siguiente: *Nuevo fracaso por catástrofe: San Luis 8-Montreal nada de nada, Sigamos soñando que los Expos aprendan a jugar*, y la cosa comenzó a cambiar con un cuadrangular en solitario que arrastró mis aplausos vacíos. Luego vinieron dos sencillos, un doblete que impulsó la segunda carrera y enseguida otro *vuelabardas*, muy callejono, allá, detrás de la tercera base y alguien en la barra quiso festejar mi alegría y el bar en pleno comenzó a mirarme sin desprecio porque otra vez se habían llenado las bases, todo era Esperanza ahora mismo, en ella que aún no me decía su nombre (no lo hizo hasta dos semanas después), y en mí que comenzaba a enviar señales imaginarias, tocándome con dos dedos el antebrazo, luego el codo, o el hombro, o la frente, y el bateador emergente tan solo fue capaz de un elevado al interior del cuadro y aún nada para nadie con dos fuera y la casa llena y qué decisión, buen Dios, traer a un toletero zurdo de la vieja guardia, estómago enorme y a paso lento dejó pasar dos bolas, miraba hacia el juez con un gesto de ten cuidado, hijueputa, hoy nosotros somos los buenos de la noche, otra bola, y esto puede costarte la vida, hijueputa, y mis aplausos junto a ella, su olor a gloria y a bicarbonato (así me lo pareció) en ese cabello que le caía entrecortado sobre los hombros, color castaño, y no, no podía ser, ojos verdísimos, porque esto era un final de hacer historia: *Montreal excelso, Delirio en la casa de los Expos*, otro titular posible en caso de que el último bateador conectara como sabía: *Nunca como hoy, Expos del alma, Grandes a pesar de todo, Montreal 9 y San Luis ¿qué te crees?*

Bebimos un par de Stellas y supe que preparaba su examen de grado para integrarse a la barra de abogados. Era la época en que aún sonaba bien decir que yo trabajaba en un consulado sudamericano, labores de traducción sobre todo (era cierto, aunque nunca hubiese podido explicarle que lo mismo enviaba cartas a la Cancillería en Ottawa que me lanzaba a comprar cigarros para los diplomáticos), y al final se concretó aquella derrota histórica de los Expos, entraron varias carreras sucias y luego un elevado al jardín central con dedicatoria para los fotógrafos de la ciudad, ¡atrapadón!, y terminamos hablando del heroísmo de las cosas menudas, y ella respondía con clichés de buena educación,

El heroísmo no está en triunfar sobre la oscuridad, sino en arrojar luz a los instantes, y habíamos bebido más de lo necesario (Guinness negra, creo que ya lo dije). Aquellas palabras habitan la primera memoria que tengo de su voz, y era cierto, tan cierto que la vida es un anhelo de hazañas, de llegar a explicar nuestro paso por el mundo en términos de un triunfo continuo sobre las adversidades. Heroísmo más que amor, heroísmo ante el amor, heroísmo incluso frente a la enfermedad, a la mitad de un caso imposible en su oficio de abogada o entre las voces más complicadas que a diario traducía yo en el consulado,

Todos vivimos en ese lado de la realidad, en el afán de los hechos heroicos. Por eso explicamos la vida de esa forma: épica y desafiante, áspera en la felicidad e intransigente de condenas,

¿Me dejas tu número?,

le dije al salir, embargado del heroísmo de las cervezas que arrastraban mi voz indescifrable en aquel septiembre. Hace tantísimos otoños invernales de todo esto, y nunca la llamé, aunque seguimos viéndonos en la coincidencia por la que

trabajábamos cada fin de semana en el *pub* de la rue Bishop, cerca de Concordia, casi esquina con el eterno bullicio de la Sainte-Catherine, y nadie supo nunca lo mucho que nosotros perdimos cuando los Expos se fueron de la ciudad y ahora están en Washington y yo a veces me resigno a mirar otros partidos, a los Medias Rojas sobre todo. Pero ya no es lo mismo, ya soy otra forma de silencio sobre la barra, aplaudo sin pasión (y sin heroísmo) y me ofrezco a la compañía de los despistados cuya soledad es remedo de triunfos en cualquier viernes,

¡Belleza en la derrota, Expos!,

decía el único titular que recuerdo de aquel partido, durante las osadías de nuestras primeras charlas en el momento en que ahora pasamos frente a una tienda deportiva. Las vitrinas exhiben, camino al cine, la camisola oficial enmarcada y firmada por los peloteros de la última temporada de los Expos, durante el partido de despedida en el Estadio Olímpico.

Heroísmo significa estar en lo venidero a pesar de la mala memoria. También dijo algo así, aquella vez.

Hay que reconocer que Stephen Hawking parece tonto en el doblaje francés de la pantalla. Felicity Jones, eso sí, cumplió con la obligación de un rostro bello, vestuario de época, abnegación a toda prueba, y la historia nos arrancó resuellos sincronizados durante los primeros temblores musculares y las caídas iniciáticas del personaje. Luego vino la urgencia de los tratamientos que duelen más allá de las palabras, la inutilidad de los bastones y la inminencia de una compasión generalizada. Hemos soltado alguna lagrimilla paralela en el momento del diagnóstico, y además hemos sido las carcajadas simultáneas ante las destrezas sexuales que la enfermedad permite, y la música no es mala, la ambientación está bien lograda, lo mismo esos trajes, el calzado,

los autos, los edificios de aquella década en una pantalla cuyo mensaje parecía muy claro: el espíritu se las arregla para seguir adelante, para solucionar tropiezos y reconstruirse de ilusiones en cualquier circunstancia (lo sé, se oye mal, pero esas fueron las palabras de mi mujer), y hacia el final celebramos al unísono que la historia llegase hasta nosotros con episodios de un amor casi cotidiano que iba mudando de piel entre las infidelidades de Hawking, macho alfa cuya fuerza de voluntad supo cambiar de mujer desde su silla de ruedas.

A mi lado, sin atrevernos a la vieja costumbre de las manos enlazadas, la descubrí lanzándome una mirada que no he sabido explicar. Quizás me decía que lo sabía todo, o tal vez solo estaba exigiendo empatía, que la defendiera de imágenes premeditadas, y el desenlace, gracias a Dios, ha sido muy *kitsch*: un inválido atrapado en el lugar común de su Esperanza envejecida, y el clímax fue decepcionante. Si al menos la cámara se hubiese concentrado en el silencio de las galaxias que un paralítico puede intuir, entonces nos habríamos unido al aplauso que inundó el *Quartier Latin*, vaya bullicio en francés, murmullos que abandonaban la tranquilidad de su propia orilla sin entender la raíz de las cosas vistas, y en silencio he deseado que la sala de cine fuese una prisión para que todos tuviesen el tiempo de repensar la escena que remató la cinta. Fue una buena idea poner esta barrera lingüística entre la película y nuestros cuerpos, y acaso en un par de días regresemos al inglés de la versión original. ¿Fue cierta la simultaneidad de hoy? Allá en el Forum, mientras le pregunto si tiene hambre,

Sí, comamos algo aquí en el centro,

¿En McKibbins o vamos a la India?,

Decídelo tú. Algo rápido y regresemos a casa. Tengo un par de correos que me gustaría enviar antes de mi cita con el

especialista. Sobre todo, tengo que llenar los formularios de la baja médica. ¿Cómo lo llevas tú con Jean-Marie?

Bien, mujer. Creo que me las arreglaré para pasar más tiempo en casa,

y su rostro tenía un acento diferente. Parecía una mujer del pasado, alguien que había ido a recuperar todas sus felicidades precedentes para llegar a este momento sobre la rue Sainte-Catherine con voz nueva, con una máscara que la iluminaba mejor después del ritual de una tarde de cine que no ha cambiado el color de nuestros miedos, y comimos cruzando los platos, como en los viejos tiempos, más samosas, me sentí satisfecho, completo, una cerveza a medias, ¿cómo decirlo?, me sentí casi total en una jornada tan parecida a lo que nunca quisimos dejar de ser.

Por cierto, no he dicho nada todavía sobre mi propia cita de mañana.



## Parte baja

En las puertas del estadio nos enteramos: el juego ha sido dedicado al silencio, es decir, a las estrellas del cine mudo (ah, *la-la-land!*...). Se ofrecían grandes descuentos a quien viniese disfrazado de Buster Keaton o Charlie Chaplin, aunque también llegamos a ver una muchedumbre con los anteojos de Harold Lloyd y uno que otro Gordo y uno que otro Flaco, casi nunca juntos, sombreros de bombín, zapatos bicolores de otro siglo y esas corbatas mínimas que caen del pecho como guirnaldas del blanco y negro. La tarde me parecía genial y nosotros recibimos una camiseta conmemorativa que de inmediato nos hemos puesto para no alejarnos del día en que el parque de los Dodgers guardaría un silencio sepulcral durante nueve entradas, pasara lo que pasase nadie debía abrir la boca, para nada, bajo ningún motivo, sin excusa ni pretexto, así lo anunciaban las pantallas gigantes que mantenían la cuenta regresiva,

Faltan doce minutos y treinta y seis segundos para el silencio,

Faltan doce minutos y treinta y cinco segundos para el silencio,

y advirtieron al público con palabras de urgencia en las bocinas del estadio: era necesario ocupar sus asientos, por favor, damas y *gentlemen*, estar preparados, *ladies* y caballeros...,

Falta doce minutos y treinta y tres segundos para el silencio,

mientras mirábamos el espectáculo, qué más podíamos hacer, tuvimos que pedir ayuda para encontrar nuestras butacas. Tranquilos, fascinados en la parte del fondo, hacia el jardín derecho, muy arriba de todo, eso fue lo que conseguimos, nos sentamos junto al poste que separa el juego legítimo de las bolas equivocadas.

Se cantó el himno nacional y todos aplaudieron durante el lanzamiento inaugural, honor que correspondió al Toro Valenzuela. Ya muy entrado en años, qué bárbaro, nada que ver con mis recuerdos, ahora tan delgado, y en forma paulatina fuimos entendiendo el silencio. Era divertido estar allí, y al principio más de uno cedió a la tentación del grito o del aplauso durante un triplete que casi se convierte en jonrón de campo y un par de veces hubo que reiniciar el cronómetro que medía nuestra capacidad para estar callados entre películas y personajes que casi nadie conoce. Todo se debía a la campaña para romper un nuevo récord, hacer historia sin historia, jugar a las cosas importantes, tener algo para recordar, construir memorias con el artificio de lo extraordinario, así son los americanos, dispuestos al presente sin contenidos y al pasado sin consecuencias, trabajando para que la realidad parezca insólita desde lo insólito y no desde lo inesperado (aún no lo tengo claro..., lo pensaré después, a ver si logro comprender el asunto), aunque me pareció fantástico sentirme parte del momento en que todas esas figuras de Charlie Chaplin impusieron su euforia sin aspavientos, en la parte baja de la sexta, después de un lanzamiento que dejaba la cuenta llena,

¿Qué harías tú, mujer: uno en base y uno retirado?,

Bateo libre. Todo por el todo,

así era siempre, mi mujer, así fue siempre, extrema, urgida de cataclismos que arreglaran el mundo, y desde las filas superiores alguien nos mandó callar. Hablábamos bajito, en español, imposible que nuestros susurros pudiesen escucharse y perdieron los Dodgers y ganaron los Cardenales cuando el último bateador local levantó un voladito al jardín central y la elasticidad del número cuatro destapó una ola de aplausos, por fin, muchedumbre de alaridos, y nos vaciamos en un río de gritos y de silbidos porque habíamos superado todas las previsiones: tres horas y doce minutos con seis segundos de silencio y los Laurels y también los Hardys, juntos o por separado, comenzaron a dirigirse a las puertas de salida, caminaban y aplaudían, no dejaban de hacerlo, nosotros tampoco, mientras permitíamos que la demás gente saliera, primero ellos, después nosotros, mejor no arriesgarse al empujón o al tropiezo de los bastones, y un grupo de mujeres, también vestidas en blanco y negro, crinolinas grises, zapatos puntiagudos, maquillajes de escándalo, pasó en fila india por nuestros asientos y aún esperamos un poco más para que las gradas inferiores tuvieran tiempo de abandonar el parque. Rodeados del día histórico de un juego sin par, sumados a una felicidad sin palabras, queríamos seguir allí, aquí mismo, ponernos de acuerdo sobre el paso siguiente porque necesitábamos darle un sentido de dirección (o de etapa final) a nuestro viaje, instalarnos en el espíritu de víspera, de casi el destino, de inminencia eterna. Invasión del entusiasmo que preludia el inicio de una jornada memorable, ella dijo que

Yo siempre he querido conocer San Juan Capistrano,

Entonces, ¿nos vamos derecho a San Diego?,

Sí, pero sin prisas. Carretera junto al mar, paisajes tranquilos. Y luego de San Diego, tal vez Tijuana,

¿Estás segura? Dicen que es peligroso. Además, ¿qué se nos ha perdido a nosotros en Tijuana? Lo mejor sería tomar el camino a San Diego y enfilar hacia Phoenix, y levanté un poco la voz, estaba cansado de sus sorpresas, quería estallar, exigirle explicaciones,

¿Qué puede importar? Ya te lo he dicho antes, ¿de verdad importa?,

y sus palabras me trajeron de regreso a la tranquilidad de los desafíos y a la evidencia de los miedos que aún me habitan. Ir a Tijuana, uno está hecho de sus propios ecos, dicen que Baja California es un estado sin ley, porque nos han construido con verdades irrefutables, ¿cruzar la frontera?, y las hablamos sin entenderlas. Tantas cosas que no conozco son indudables más allá de mí, también más allá de ella, porque la palabra Tijuana evoca siempre un instante de peligro que ya no quise discutir,

¿Y dónde dormiríamos?,

No te entiendo...,

Sí, al llegar a Tijuana, ¿dónde dormiríamos?,

No sé, ya se verá. Aún nos falta San Juan Capistrano y San Diego. Si quieres, lo discutimos al llegar allá. ¿De verdad importa?,

Extraño nuestra casa, mujer,

Yo también, pero solo un poco,

y guardamos silencio, ahora un silencio diferente, ajeno a Chaplin, silencio de añoranzas, distinto al estadio de los Dodgers o solo silencio de melancolías. Cualquiera en mi situación hubiese sentido lo mismo, el mismo miedo, este maldito miedo que uno siente antes de trepar al muro de la memoria para ver del otro lado y comprobar que lo vivido sigue allí, detenido, cautivo de

sus viejos significados, ¿Tijuana?, ¿Baja California Norte?, y el estacionamiento del estadio era un hormiguero de luces y de autos y de bocinazos y no lo puedo creer, no podía creer que hubiese sido yo el primero en decirlo,

Extraño Montreal, mujer,  
y después de la medianoche regresamos al hotel, aún en silencio.

Los días siguientes fuimos ternuras paulatinas, calculadas, bien medidas en su capacidad para dar en el blanco. Ella se acercaba a mí para provocar consentimiento, y yo respondía con una caricia si acaso requería un poco más de descanso antes de seguir adelante. Teníamos prisa y Los Ángeles nos sirvió de nuevo punto de partida cuando agosto ya casi era septiembre y el viento del Pacífico acompañaba el ritual de dos enfermos capaces de mirarse en el mismo espejo para entender que no había tiempo que perder. Además, las series divisionales estaban a la vuelta de la esquina, con algo de suerte podríamos llegar a Texas antes del clásico de otoño, y el camino a San Juan Capistrano fue amable, y al llegar reconocía cada vez más los signos de lo hispánico: la arquitectura, los ladrillos, los nombres del padre Kino o de fray Junípero Serra en las autopistas, la indicación en letreros ocasionales de que México ya estaba por allí, tan del otro lado de cualquier suspiro,

Valdría la pena irnos de inmediato a San Diego. Podemos comer aquí, si lo deseas, pasear un poco, y caminar hasta el atardecer,

estábamos en una placita, a un paso del mar que escuchábamos en las pérgolas de un centro comercial, limpio, casi escenográfico a esa hora del mediodía. Aún sin clientes en el orden de los letreros, reconocí una tienda de electrodomésticos, una boutique de lencería fina, impresiones a color en alta velocidad,

y todo, todo se repite tanto en el capitalismo salvaje de las carreteras americanas,

Caminemos hasta sentir olas en la frente, ¿quieres?,

Lo mejor será regresar, mujer. No te preocupes, más adelante buscamos un buen sitio para mirar el mar, y volví a entretenerla, porque California es un nombre rescatado de los libros de caballería, ¿sabes? Arriba del coche, nos hemos distraído con las estaciones de radio, dislocando verbos, contaminando palabras, así es el *espanglish*, y cuando los conquistadores llegaron a esta parte del mundo impregnados de mucha magia, pensaban como el rey Arturo, ¿sabes?, amaban y morían sintiéndose la extensión de un libro de maravillas, California, hechizos y encantamientos y dragones luminosos y cárceles de vidrio y en la radio anunciaban *problemas-de-colecciones* mientras yo quería explicarle lo mucho que mi lengua había seguido sucediendo en una frontera hecha de tantos dobleces, ¿*Colecciones?*,

Piensa en inglés y trata de adivinar, mujer, que no es tan difícil,

No entiendo,

y ahora el Pacífico se había convertido en una inmensa base naval. Increíble: portaaviones, acorazados, barcos salidos de cualquier película entre todas estas olas de una guerra interminable. Era terrible la verdad de ese ejército, existía en las playas de una modernidad inalcanzable, todo tan distinto a las arenas de Cabo de Dios que yo no había vuelto a ver, allá, en Tamaulipas, cuando la pantalla de su tableta anunció la proximidad de nuestro hotel y otra vez teníamos prisa, como en Los Ángeles, mientras el verano ya casi era otra cosa y el viento del mar se conjugaba con el primer minuto de una nueva forma de oscuridad. En la lejanía de las colinas de San Diego descifré mansiones

diseñadas para contemplar el océano a toda hora, y en la radio solté un aplauso de gusto cuando Silvio cantó su estrofa más submarina, tan digna del momento en aquella carretera,

*Estoy buscando una escafandra, al pie del mar de los murmullos...*

o algo así. Tararéé, me distraje un poco y ella volvió a ignorar las posibilidades de la música en otro idioma, para ella solo Aznavour y Francis Cabrel y yo quise recordar la primera vez que pasé por San Diego, y no pude. El localizador de la voz numérica anunciaba una salida inminente que la distrajo de su libreta, no importa, ya no importa, porque los españoles pisaron California con la convicción de ciudades mágicas por despojar, ¿sabes?, tesoros por descubrir, princesas por desengañar, y en silencio quiero convencerme de que está muy bien que así haya sido porque en esta parte del mundo la vida se reconcilió con la fantasía (aunque hubo tanta muerte de por medio, también es cierto), y no, ella ya no me escuchaba, ya nunca estuvo allí, aquí, ahora mismo en este minuto hecho de carretera y de libros de caballerías.

Tampoco importa que jamás se haya interesado por mis pláticas. A lo mejor tenía razón, mi erudición es tan inútil, y al llegar a San Diego es ella la que habla, con orden y detalle, sobre San Juan Capistrano, su fundación, las golondrinas que siempre regresaban para la Fiesta de San José,

Tiempos hubo en que nadie podía ver el cielo, y los habitantes del lugar ya no lo soportaron, se quejaron por la mierda llegada del aire del viento de las nubes de aquellas migraciones. A veces resulta tan americana, parece un alma que interroga las sorpresas conocidas para exhibirlas como prueba de que toda geografía posee un lugar reservado para lo inaudito (qué fea palabra, pero así es como lo siento ahora mismo: *inaudito*), hasta que la hecatombe de lo urbano acabó con aquellas

aves y un rarísimo sentimiento de culpa ecológica hizo pensar que no era posible, en *espanglish* puro no era posible que San Juan Capistrano se hubiese vaciado de mierdas tan provechosas.

Las horas detrás del volante, en autopistas de letreros repetidos, me habían fatigado demasiado. Y el hotel de San Diego era uno de los más aburridos e impersonales que tantas veces habíamos visto a la orilla de la carretera: serio, gris, estilo cajón de hierro con papel tapiz sin dibujos y de recámaras luteranas, casi sin imágenes, o calvinistas, y nunca supe por qué un lugar así era posible en California, región hija de la fantasía, ¿sabes?, cuando decidimos que no teníamos claro lo de Tijuana y quisimos darnos tiempo, todo el tiempo del mundo para volver a concluir que no importaba, otra vez nada importaba sino el camino, el viaje por el viaje mismo, la velocidad de cada día más allá del destino.

Esto último lo pensamos en lenguas distintas (supongo).

Quizás imagino cosas y nada de esto está sucediendo. Nada sino el trayecto, la carretera que domina una jornada convertida en distancia recorrida y en horizonte a la vista.

Con la mirada cruzamos las cercas electrificadas. Parecía un campo minado, una zona de guerra, y luego fueron kilómetros y kilómetros de púas, como en los alambres de aquella cinta, la de Steve McQueen, el campo de prisioneros que primero leí en *Selecciones*, el túnel por donde todos escaparían, la gran guerra en Alemania, y que luego vi junto a mi hermano en un cine de Cabo de Dios. Allí estaban, al final de todo esto, las arenas movedizas prefabricadas para proteger los distritos del odio, y allí estaba también ese muro enorme, de concreto y hormigón, ensamblado con gran ciencia y arrogancia para dejar en claro que salíamos de California sin haber asistido a ningún juego de

los Padres y que ya casi llegábamos a Tijuana por el otro extremo del río Bravo. Al cruzar el puesto migratorio, un último policía americano entregaba una hoja con los peligros del otro lado de la frontera: teléfonos de emergencia, direcciones consulares, consejos prácticos en caso de ser objeto de robo o secuestro, recomendaciones ante la eventualidad de un atentado, tirarse al suelo, posición fetal, abrir la boca, brazos al pecho porque los carteles de la droga se habían hecho tan eficaces en el uso de las granadas y los cuernos de chivo, de las uzis y las bazucas que mi mujer seguía leyendo, sorpresa en voz alta, cuando le suplico que tire ese papel,

Por favor, no me dejas pensar. Además, lo sabíamos, todo esto siempre lo hemos sabido, ¿no es cierto?,

¿No te interesa, siquiera, conocer los sectores más inseguros de la ciudad?,

Me interesa llegar al centro, buscar un sitio para comer, mirar gente, hablarte un poco de todo esto..., no sé, explicarte que México es algo más que cualquier miedo. Tantas veces quisimos venir juntos, aprovechemos el momento, mujer.

Le hablaba queriendo que mis escrúpulos no fuesen reales. Desde nuestro primer día en San Diego estuvimos de acuerdo en recorrer la frontera, primero por el lado mexicano, tomar el camino hacia el golfo de México, después regresar al lado americano, ese era el plan: ir de Tijuana a Mexicali, y yo le agradecía, por fin, no enfrentarme más a su vida secreta, ya no, todo parecía claro entre nosotros, por fin, y de Mexicali cruzaríamos a Estados Unidos y luego avanzaríamos un pie aquí y otro allá, manejaríamos en zigzag, iríamos del orden a la desesperanza que nos invadió desde que vimos aquella barda, de la certidumbre de las autopistas en inglés a la sensación de peligro en carreteras y terraplenes vividos en español.

Tejeríamos los puestos fronterizos, uno aquí y uno allá, e hilaríamos las noches, unas veces en California y otras en Sonora, amaneceríamos en Nuevo México o celebraríamos desayunar en Ciudad Juárez, comida de verdad, y después llegaríamos a Phoenix, miraríamos un juego y continuaríamos el vaivén hasta donde la energía lo permitiese, sin correr riesgos innecesarios. También sería posible dar escapaditas a lugares de interés, aquí o allá, y cuánto reparo nos provocaba el desierto cuando planeamos recorrerlo de noche por el lado americano: nos abasteceríamos de agua después de dormir a pierna suelta durante la víspera y cruzaríamos donde pudiéramos, sanos y salvos, sin tentar nunca la mala suerte en las desorganizadas arenas del lado mexicano.

Además, otra vez me preocupaba el color de mi pasaporte. No mucho, hasta eso, solo un poco, tenía los visados en orden, la frontera siempre es así, una inercia de escrúpulos inmemoriales cuando se ha sido niño en Cabo de Dios, Estado libre y soberano de Tamaulipas, donde muy pronto supe que Texas era una tierra de gigantes con ojos azules, personas de tres metros de altura, inmortales con estómago repleto cuando ella me ha preguntado por el origen de la palabra,

*¿Tijuana?*,

y tengo que quedarme callado,

No lo sé,

era verdad, no lo sabía. Nunca he conocido la semilla de muchas palabras, y desde que tengo uso de razón así es como lo digo: no es que ellos sean mejores, en Texas, sino que comen a sus horas y yo tendría cinco, seis años, no más, en el centro del puerto, durante las banquetas de mi primera infancia, cuando pasó una camioneta, enorme, con una familia de güeros desabridos (así les dijimos siempre). Gigantes de pelo amarillo que habían

perdido el rumbo y se detuvieron frente al portón de nuestro vecindario, sobre la calle de las Hibueras, y ese hombre tan inalcanzable, eran verdad sus más de seis metros de estatura, abrió la portezuela, se puso de pie, y todos, todos, todos y cada uno de los hijos de aquella hora, en esa edad en que las cosas llegan para quedarse, seguimos hablando durante siglos de la tarde increíble en que un monstruo de piel transparente nos dirigió la palabra en una lengua que no entendíamos. Otra vez me preocupa el color de mi pasaporte, y yo nunca dejé de pensar en las hijas, en sus rostros asomándose por las ventanillas, también de piel traslúcida, tengo los visados en orden, una cosa es entrar por Vermont y otra muy distinta es salir de México, y era increíble su forma de ser bonitas, las niñas del gringo de los diez metros, y estoy preocupado por el color de mi pasaporte,

Que chulas ni que chulas, dibujadas de tan chulísimas..., se siguió diciendo de aquella camioneta, toda la vida, por la calle de las Hibueras abajo. Y vaya uno a saber lo que *Tijuana* quiere decir sentados en su plaza de Armas la primera vez que conocí a un gringo en Cabo de Dios y mientras decidíamos convertirnos en las bisagras de un deambular ambidiestro por ambos lados de la frontera. Queríamos sentirnos como los clavos de una puerta que anuncia dos cosas distintas, tan dispares, tan irreconciliables, abismos del *hastaaquí* y también infinitos del *unpocomásallá*,

De seguro es de origen indígena, seri, yaqui, tepehuán. No lo sé, mujer, así le dije, sabiendo que se entregaría a la curiosidad de su pantalla, que no tardaría en regresar a Wikipedia de cualquier pregunta innecesaria o al *Google* de cualquier respuesta inesperada.

Lo entendí, por fin. En este veintidós de agosto de los corrientes, con toda exactitud, siendo las tres y doce de la

tarde en la plaza de Armas de una ciudad hecha de miedo, bancas pintadas de verde, tráfico en las esquinas, desorden de taxis y de autobuses multicolores, niños pidiendo monedas, limpiabotas sin clientes posibles, seis muchachas en el color rosa de sus uniformes escolares, vendedores ambulantes que me permitían comprar cigarros de uno en uno, sentado en un instante al que había soñado regresar durante veintiocho años... Entendí que solo entre las sombras de lo que somos es posible reconocer lo que nunca dejaremos de ser, porque en la exactitud de esta plaza ella también se parecía muchísimo a una de las hijas de aquel gigante perdido que levantó su cara del otro lado de la ventanilla, era una camioneta enorme, aquí, frente a la catedral, en las campanadas de la tarde de Tijuana, y entonces comprendí también lo que siempre había amado en ella: su correspondencia indudable con los rostros de aquel minuto en Cabo de Dios, la transparencia exacta con que mi mujer se había integrado a una forma de belleza que siempre creí inaccesible y que lo hubiese sido (o casi) si la vida nunca me hubiese desarraigado de la calle de las Hibueras a la que nos dirigíamos mientras nuestro auto también llamaba mucho la atención, estacionado sin problemas en una esquina donde algunos chiquillos, curiosos, ahora varios adolescentes, incluso un par de hombres mayores, seguían deteniéndose, tomaban fotos con sus teléfonos queriendo entender ese coche mínimo, la placa de Quebec, su diseño exterior hecho de velocidades en miniatura.

Aquel instante estaba impregnado de desorden. Bullicio de motores, músicas sin escapatoria y hacía tanto que nada de esto era parte de mí, me sentía extranjero entre mi ropa y mis zapatos durante la primera jornada en Tijuana, incluso me percaté de la vergüenza con que caminaba. No era el bastón

sino comprobar que me había alejado demasiado de todo esto con mi corte de cabello, mis mezclillas, los reverberos de mi camisa celeste y tenía un poco de hambre, y me atreví a dar el paso, buscar un restaurante del agrado de mi mujer mientras quiero terminar de llegar, a Tijuana, a México, a Cabo de Dios, a alguna franquicia de comida rápida, el *Sanborns* de costumbre, las parrilladas de la eficiencia, algo así, y ya siempre será verdad el esfuerzo que realicé para levantar la voz después de tantos años de ausencia,

Tengo hambre. ¿Te parece si nos vamos a comer?, y ella se había entregado a la manía de fotografiarnos, en ese día de agosto. Yo no tengo *Facebook*, ella mira el suyo todo el tiempo, desde que salimos de Montreal, aunque ha sido necesario estar aquí para que su tableta, convertida en obturador, sea también la ofensa de su curiosidad frente a todos estos niños, los hijos de los niños de los hijos de la calle de cualquier época, esa es la única eternidad posible en el país de mi memoria, la pobreza, y siguen rodeándonos, me gusta y me duele su risa de sinceridad, su confianza, la ternura que llevan puesta estos niños que hoy deben ser los hijos de los niños de los hijos de la calle de cualquier miseria heredada,

Se me acabaron las monedas, les digo a los que se me acercan en una plaza de jardines desvencijados, entre hombres y mujeres que entran y salen de la iglesia un poco más allá. Hay movimiento bajo un letrero fosforescente que corona los cajeros automáticos de un banco español, del otro lado del bulevar. Y entonces entiendo que ella y yo seremos los nuevos gigantes de una memoria parecida y distinta a la calle de las Hibueras (nunca se sabe, todo es posible, quizás en el instante en que lo pienso ya nunca seremos lo que se olvida), y ojalá ninguna de estas miradas que se sientan

junto a nosotros en la banca, y que nos tocan, y que nos piden siempre otra moneda, sí, ojalá que ninguno de ellos se vaya de aquí, y al final de nuestra comida, arracheras, guacamole, papas rellenas, tortillas de maíz hechas en el minuto del antojo, y un café expreso, ella decidió que está feliz de haber llegado a México mientras me inventa etimologías para *Tijuana*,

Nombre de la mujer más bella que jamás existió y en cuyo honor la ciudad aprendió a ignorar los muros de la vergüenza. Muchos hombres de su época decidieron permanecer en ella, poblarla, inventarla, vivir en ella, «junto a ti, Juana», que al paso de los siglos derivó en la forma breve de *Tijuana*, Baja California,

Norte,

la corrijo sabiendo que no me hará caso, porque la península tiene dos estados,

Baja California Norte y Baja California Sur,

y es de mal gusto lo que acabo de hacer, lo sé, interrumpir dos veces los fantaseos de mi mujer con las geografías de la realidad. Todo es culpa de esta parte de mí que se resiente cuando alguien ha tenido una buena ocurrencia y yo no he sabido celebrarla porque la historia de Juana, ciudad de una mujer que jamás existió, esa figuración debió ser mía, salir de mí cuando caía la tarde y tomábamos la polvosa carretera rumbo a Mexicali con miedo a tantas cosas el día en que por fin, por fin he vuelto después de casi treinta años, y ahora sonreíamos otra vez con ironía frente a esas bardas de novela distópica, por la espalda del espejo nos burlábamos de ellas, pintarrajeadas y violadas tantas veces en un español cargado de rencor en los grafitis, insultos como frases póstumas, burlas en *espanGLISH* salidas de la ortografía más incierta de cualquier migrante,

¿Quién tiene la culpa de todo esto, mujer?,

No se trata de culpas, tonto, sino de fracasos en el amor, me lo ha dicho en el argot de Quebec. Quizás necesitaba hablarme con el francés más suyo, ponerse a salvo de aquel muro que seguía provocando tristezas, y ya solo faltaban cien kilómetros de autopista, y nuestro auto se portó bien en ese instante de frágil oscuridad que tanto se parece al amanecer, luz y noche en un minuto indeciso, penumbra y aurora reconciliadas en el fundido de las horas, ahora sí, ahora ya casi no, cuando la última claridad de la tarde se parece tanto a la primera hora del día.



## Parte alta

Al parecer, no hay medicación regular ni aconsejable.

Alguna aspirina ocasional, analgésicos, placebos. Comer bien, caminar lo que se pueda, mantenerse activo, someterse a terapias paliativas. Todo lo argumenta con pelos y señales este cartapacio que más se parece a la folletería de las agencias de viajes que a la explicación médica de mis padecimientos. También, se incluye la historia de la enfermedad: fotos y testimonios y cuadros estadísticos y recursos del Ministerio de Salud y una entrevista con alguna celebridad en el ramo y yo lo he botado camino al café de la rue Mont-Royal, para que nadie le imponga nombres extraños a mi cuerpo. Ese será mi nuevo destino, ir nombrando las cosas según me lo pida el día de cada día,

Hola, Eme,

¿Cómo está hoy?, ¿con frío? Esto apenas empieza... De aquí hasta abril,

y sonreímos, por supuesto, yo desde mi rostro de recién venido de las malas noticias y Eme detrás de esa nariz que se hace invisible en la dignidad con que la lleva. Estoy seguro de los días y los años que ha gastado tratando de convencerse que no le importa, ella es algo más que su nariz, nadie puede llenarla de compasión, claro que no, y quizás todos estamos detrás de

la cara de Eme, queriendo proteger nuestras doctrinas más decisivas antes de que alguien las señale con el dedo: mentirnos como es debido en cada parpadeo, mentirnos hasta olvidar las imposturas, hasta que los antifaces se confundan con nuestra forma de nombrar el mundo. Sencillo y difícil de explicar, y mi silla del fondo está vacía, no hay tiempo que perder, hoy tengo algunas ideas para la columna, y será la última o una de las últimas, estoy seguro,

También un vaso de agua, por favor,  
y me he sentado en mi lugar de siempre porque el negro de los dibujos aún no llega. Más tarde me hablará del último terremoto en Nepal, dirá que no es cierto, eso tampoco es cierto, maniobras de los rusos, bombas atómicas detonadas bajo tierra para que la gente abandone sus propiedades y así dejar el camino libre,

¿Por qué?,

La explicación es simple: petróleo,  
y ahora se explaya, con la misma vehemencia de hace un par de semanas,

Todo ha sido un montaje para entrar sin resistencia en un país que, al parecer, cuenta con grandes reservas,

Ah, ya entiendo. Entonces los huracanes y los sismos y los tsunamis y los incendios y todas las catástrofes naturales tienen un fondo económico, ¿verdad? Bueno, y qué me dices del invierno, aquí tenemos nuestra propia tragedia nueve meses al año, y recuerdo a Polycarpe. Distraigo mis ojos del instante y tomo mi cuadernillo, hojeo sin rumbo, repaso apuntes, deambulo garabatos. Recorro algunos versos sueltos, de Neruda, de Sabines, de Huidobro, porque me gusta dejarlos extraviados, aquí y allá, para que me sorprendan, así, como hoy: la luna es para comerse a cucharadas, mientras unas hojas después he comprendido lo

que debo hacer: será que iba a ser muda cuando Dios le dio esos ojos. Sin embargo, aún debo esperar, acompañarla mañana con el especialista, y luego tomar una decisión.

Me pregunto si alguien como yo tendría el valor de tirar todo al basurero si no contase con las certezas gemelas del cuerpo de mi mujer:

Ríete de la noche, ríete del día, de la luna, ríete de las calles...

Alguna vez tuvimos la ocasión de mirar a los Yankees en el Estadio Olímpico. Eran días de un lleno a reventar, y lo preparábamos con júbilo adolescente. Reservar los boletos, recibirlos por correo, desempolvar los gorros y las mezclillas, dos cervezas detrás de la tercera base, y es posible que todos los inicios estén marcados por la aventura de un viaje a la niñez, quiero decir, que en cualquier historia de amor haya un instante dedicado a mostrar nuestras infancias. Cada uno elabora el artificio de su primera memoria, la adorna, la embellece, le da las mejores etiquetas, y, hoy que lo pienso, tal vez sea cierto, muy cierto, aunque los arranques de lucidez me van dejando exhausto cuando en el estadio todo era bullicio, gritos preliminares, mi sueño cumplido de asistir a un juego de los Yankees (aunque le voy a los Medias Rojas, que conste).

Yankees vs. Expos. Enseguida de las alineaciones, los jugadores formados en el diamante, vinieron los dos himnos nacionales, y las pantallas gigantes proyectaron imágenes que nos hacían existir como actores y espectadores al mismo tiempo. La historia del Caribe podía reconstruirse en el terreno de juego así como en las gradas del estadio: cubanos en el jardín central, dominicanos en la caja de bateo, algún venezolano y varios puertorriqueños en la alineación, y un solo nicaragüense

sobre el campo, y *cubanos dominicanos nicas boricuas* dispersos en los alrededores de nuestras butacas.

Después regresábamos a casa disfrazados de felicidad, sin importar el resultado. Y resulta extraño, tan extraño... Ahora que recuerdo aquellas noches no sé con exactitud cuándo fue la última vez que vimos un partido de los Expos antes de que se fueran de la ciudad. Porque se los llevaron para siempre, comencé a garabatearme de viajes posibles, a borrar el sueño de recorrer todas las geografías del béisbol en América del Norte. Tal vez, si fuese posible, establecería una nueva ruta de Santiago para peregrinos del jonrón (me gustó verlo escrito así, en esta página de mi cuadernillo, a pesar de lo ridículo que suena), con lugares por visitar, casas y edificios históricos en las cercanías de los estadios, sitios de interés asociados a la raíz misma de un juego que me acompaña desde Cabo de Dios, cuando asistía a los partidos en ese Parque Alijadores que nadie cree posible cuando lo cuento en voz alta: el jardín izquierdo estaba atravesado por dos rieles, y de vez en vez el partido debía detenerse para dar paso a los trenes de carga que llegaban o que salían de los muelles (es verdad, nadie podría escribir algo así, juro que es verdad, imaginar que una cosa parecida es posible en la civilización de la pelota).

En la liga mexicana también abundaba una enciclopedia con la historia de la región. *Chicanos* en las paradas cortas, *boricuas* y *panameños* en los jardines o en las cajas, *dominicanos* detrás de la primera o de la tercera, y nunca estuve seguro si los partidos eran lo que podían llegar a ser o si los peloteros solo querían parecerse a las noticias de lo que sucedía en los campos americanos. Cuánto me gustaba mirar un poco más allá, los barcos que llegaban a los muelles de Cabo de Dios con sus chimeneas, sus sirenas interrumpiendo una base por

bolas, la silbatina en las gradas, las mentadas de madre más memorables, los puentes del navío con figuras humanas que nos descubrían con sus binoculares cuando los Yankees (me gusta más el uniforme de los Reales de Kansas City) venían a jugar series de tres o de cuatro partidos en la isla de Montreal, con luces que de repente se apagaban en la séptima entrada para escoger el mejor beso en el público, y nosotros nunca nos atrevimos a nada de eso, y la cámara abierta, y la pantalla a todo fulgor, y un cañón de luz enfocando los rostros gigantes de una pareja enamorada, allá, muy cerca de la primera base.

Vaya forma de besarse, se ametrallaban, se acribillaban de labios, aún lo recuerdo. Hay bocas que besan treinta minutos por segundo, diría otro poeta.

15. (y última). Mi cuadernillo alguna vez fue muy claro al soñar vacaciones, esas que nunca llegaron a suceder entre nosotros: viaje a un carnaval de parques de pelota. Solo tocaríamos ciudades con estadios de béisbol, universos donde la gente supiese ser niña en un grito, siempre menores de edad en el llanto o en el aplauso. Sabremos adónde ir, qué decir, cómo actuar (o cómo sobreactuar, así lo escribí) lo vivido sin inspirar reproches por la falsedad o por la insuficiencia de nuestras reacciones.

Un viaje al corazón de cada juego nos permitiría no claudicar en la última de las complicidades que nos va quedando. Podremos imitarnos en la celebración de algo fuera de nosotros sin lamentar nuestra condición... Otra vez, otra vez, otra vez todo esto es absurdo, absurdo y sublime en un solo río de palabras cuando vuelvo a la reticencia de mis mejores días, porque no basta que mis apuntes hayan coincidido con la realidad para que mi cuadernillo funcione como profecía, como la única clarividencia posible en este momento (sin duda,

imaginaciones mías, y nada más). Resulta muy curioso percibir el fin del mundo con anhelos de otra época, como si mi biología se aferrase a la orilla segura de los sueños incumplidos de toda una vida. Tal vez la cercanía de lo irremediable haga mirar hacia el otro lado del presente para imponerle a lo vivido el balance de lo anhelado. De una u otra manera, en esta última opción, escurrida y descubierta entre versos sueltos y algunas frases para «Autorretratos de hielo», creo sospechar eficacias, una huida posible de la enfermedad, aunque deberé considerar ciertos DETALLES que la impunidad de mi muerte sugiere.

Primer DETALLE: sacar provecho de los bancos y cajas populares. Aceptar todas las líneas de crédito que nunca necesitamos en la sencillez de nuestras vidas, y salir con bombo y platillo a la caza de partidos de béisbol. Coche nuevo, ojalá un Jeep, acepto un Volvo, ropa de marca, un buen GPS para localizar lo que se imponga, y cheques de viajero, y dos o tres tarjetas bancarias que nos abran las puertas de todo. No sé si el plazo de nuestras muertes coincidirá con el trámite de los pagos, las cuotas, las mensualidades, pero ella siempre ha sido audaz a la hora de los cálculos y de los presupuestos. Supongo que no saber hasta dónde podemos llegar con el engaño distraerá la ignorancia del día, la hora, el instante en que cualquiera de nuestros movimientos será un viacrucis sin regreso. Acepto, además, que puede ser arriesgado, y en esto veo la raíz de mi silencio: no debo hablar nunca de mí hasta que el camino a un partido de béisbol me lo exija, no mostrar nunca ninguna señal de malestares, solo imitarla en la discreción o en el pudor de su enfermedad para resolver las urgencias de la mía. Hasta que ya no pueda ocultarlo, hablaré de mí.

Otro DETALLE: su honestidad en lo que concierne al dinero. Ya entiendo, yo me entiendo... La tarea más ardua no

será desentendernos de los anuncios clínicos de una muerte parecida, sino convencerla para sacar provecho de nuestro historial financiero sin sombra de sospecha. Explotar todas las bases de datos de todos los bancos de todo el país. Convencerla de que nadie sospechará nada porque no hay nada que sospechar. Lo que siempre nos han querido prestar en vida, eso aún nos pertenece en el desahucio (quiero decir, en su desahucio).

Variable oculta: hacer un cálculo somero de lo que costará todo. El coche, la ropa, los hoteles de lujo, las comidas a todo sol y las noches a mejor sombra. Mejor establecer un cálculo de montos y de porcentajes. Si acaso es necesario, ofrecerle una puerta de salida que incluya un pago mínimo mensual para cada tarjeta o para cada banco. Las transacciones en línea facilitarán las cosas, estemos donde estemos y hagamos lo que hagamos. Nuestros ahorros alcanzan para cubrir cuotas mínimas durante veinte meses, o más o menos. ¿Improvisar por instinto?, y entonces cierro mi cuadernillo, tengo que llegar a casa, escribir las cuentas alegres de nuestro desamparo, hablarle a ella de las transacciones que iremos realizando en el camino para no levantar polvo y explicarle que no debe preocuparse por mí, mentirle con la verdad, el futuro no me importa, y ya veré más tarde cómo arreglar las deudas de nuestra locura.

Último DETALLE: construir un circuito de parques de béisbol que nos acerque a México. No será difícil, empezar en Washington y terminar con un partido de los Rangers de Texas (digan lo que digan, Texas es el nombre cambiado de una voz española).

Me voy...



## Parte baja

Tres veces quise regresar a México, y cada intento estuvo ventilado por la mala suerte. En 1994 quise visitar a mis padres en Cabo de Dios, presentarles a mi mujer, que la conocieran, pasar algunos días en la playa, sobre todo en Semana Santa, y aquel viaje se vino abajo porque los zapatistas se habían levantado en armas y de improviso Chiapas concentró la idea de México en la voz de mi mujer, a veces tan anacrónica, tan fuera de la historia, y yo no supe convencerla, hacerle ver, explicarle que la situación era muy distinta, que Chiapas era una geografía del otro lado de Cabo de Dios. Sin embargo (hay que decirlo), su miedo era legítimo, México es México y yo nunca pude adaptarme a esa forma tan suya de leerme, tan total, tan absoluta, tan abarcadora: para ella el mundo del que yo vengo es indivisible, y no cupieron negociaciones de buena voluntad porque cada noche Radio-Canadá seguía informando sobre los bombardeos ordenados por Salinas de Gortari a zonas pobladas, los desplazamientos demográficos, los destacamentos militares, las tropas, los tiros de gracia contra los alzados, y el Subcomandante Marcos se puso de moda en la isla de Montreal, camisetas estampadas, la pipa y el pasamontañas, perdido en

el horizonte de su mirada, y al final perdimos el dinero porque la agencia de viajes no quiso reembolsarnos.

Cada vez que pienso en aquella hora, cada vez que el nombre de San Cristóbal de las Casas llega a mis manos, he desarrollado esta especie de superstición. Allí comenzó todo, todo fue culpa mía (aunque nadie me lo creería, desde luego), y cuánta gente se hubiese salvado sin aquellas ganas mías de volver, sin mis anhelos de los sabores de la huasteca, del pipián y las cecinas, de los frijoles refritos y el queso cuajado, de los molotes y el zacahuil y las tortas de la barda y la ensalada de palmito que resultaron inútiles cuando quería convencerla y se lo decía, una y otra vez,

Todos los días te llevaré a un restaurante distinto en Cabo de Dios, y eso que mi madre tiene la mejor cocina de mar de todo el golfo, mujer,

¿Cómo puedes pensar en comida?,

y tenía razón, porque Chiapas sigue siendo un nombre que resume dolores. No supo lo mucho que me urgía sentirme en casa para sufrir lo de Chiapas como Dios manda. Y porque nunca lo habría entendido, dejé de insistir, guardé para mejor ocasión la promesa de mis calles natales y del primer cuadro de la ciudad reflejando mi acento, desistí en la ilusión de hacerla callejear por el puerto, a un par de manzanas de la vieja estación de tranvías que nunca más dio servicio por culpa de sus líderes sindicales, o de la mala política, o de la pésima administración (o de las tres cosas al mismo tiempo). Quería presentarle a mis amigos de infancia y dar paseos en la playa y organizar lunadas en aquel año que nunca dejó de pasar entre nosotros ni de repetirse entre las quejas de mi mala suerte (¿tenía que dejar de ser mexicano para salvar vidas ajenas?..., así comencé a pensarlo).

Hace doce años pude volver a convencerla. Valía la pena realizar el viaje porque mi padre cayó enfermo. ¿Enfisema?, se fue en dos semanas, y no lo volví a ver, y los funerales se realizaron con la economía y eficiencia de mi madre, todo a mil por hora, sin demoras ni lamentos. Es lo que hay (así decía ella, recuérdese), y es lo que hubo ese día, y ella y mis hermanos se lo tragarón todo a toda prisa, sin demoras ni lamentos, insisto, como si aquella viudez y aquella orfandad tuviesen la urgencia de convertirse en memoria, así es mi madre y así son mis hermanos, sin demoras ni lamentos, y yo juré no volver a planear un sueño, jamás ceder a la tentación de México, y nunca más desde el año de mi llegada, cuando lo del fraude del 88 (luego vino el de Calderón, que fue peor), me entregué a la ensoñación de nada que tuviese que ver con escapar de los inviernos de noches que duran nueve meses entre las escarchas de la rue Rosemont, allá en Montreal. ¿Diabetes?, parece que sí, al decir de los médicos, los niveles de azúcar los traía por las nubes, sudaba turrónes, mi padre, y yo solía bromear con él por teléfono, reírme de sus manías de niño empalagado,

Eres un peligro en las plazas públicas, jefe, donde te sientes se suben las hormigas, frunciría el ceño, seguro que sí, y guardaría silencio desde la ronquera de una voz hecha de tabaco. ¿Enfisema?, ¿diabetes?, o todo al mismo tiempo: cigarros de dulce, nicotina al merengue, melaza con alquitrán, y resultó imposible conseguir un boleto de última hora en el aeropuerto, los vendían a precio de oro y había que esperar allí, sentado en una sala llena de otros como yo, deudos de una muerte internacional, transfronteriza, más incomprensible aún que las muertes domésticas. Me inscribí en la lista de espera, quizás diez, doce, veinte horas de aeropuerto sin garantías de nada, veinte o treinta horas en que volvería a

pensar que todo fue culpa mía, si al menos no hubiese querido regresar al puerto, un muerto más al zurrón de mis culpas después de los muchos que llevo a cuestas tras el levantamiento en Chiapas, cuando nos amanecimos con el Año Nuevo de que México era el embuste que siempre fuimos, el olvido de San Cristóbal de las Casas, los indígenas de por allá marginados de cualquier felicidad cuando me juré, una y mil veces, ahora sí, jamás de los jamases volvería a pensar en el regreso porque fue imposible encontrar un asiento en los aviones de aquel julio.

Por favor,

era mi respuesta cuando ella me lo sugería. Le suplicaba que por favor no habláramos de aquello que ahora me resulta tan cierto, aquí, ya casi en Mexicali donde hay un hotel que imita el lujo americano. Pintura blanca e impecable, entrada especial para autos de doble rodada, rotonda estilo del viejo Oeste, cantera rústica, mitad mexicana y mita otra cosa, fuente con un borbotón de agua que llega hasta el primer cielo de la noche, como los *géisers* (ella sabe lo que pienso de plurales así, *eslórganes, géiseres, gánsteres*), y decidimos dormir allí mismo, en las afueras de la ciudad,

Mañana será otro día,

así le decía frente a cualquier problema. Era como una señal, el mensaje cifrado de mis certezas, la seguridad de que todo saldría bien al día siguiente de nuestros veinticuatro años de matrimonio después de que no supe conservar vivo a mi padre (buen tema para los «Autorretratos»: La muerte transcultural), cuando el ejército de Salinas continuaba su genocidio indiscriminado en la selva de Chiapas.

Así sucede cuando algo se nos mete entre ceja y ceja y yo hice de mí una voz extraña para no reconocer la tercera ocasión

de mis augurios, durante el año de la fiebre porcina. Cientos de contagiados, otra vez muchos muertos durante los días en que la Ciudad de México se canceló de vida en todas las colonias, para siempre o solo hasta nuevo aviso, y se realizó una campaña para promover felicidades puertas adentro, cautivos de la higiene bajo llave, reos de aquel pánico que luego recibió un nombre menos al alcance de la memoria: virus H1N1 o algo así que también se debió a mis anhelos de caminar por las Hibueras abajo, ver a mi buen amigo Marco Tulio que había enfermado del otro lado del río, entre las barcazas de gran lujo sobre el río Pánuco, en el sector adinerado de los atracaderos de Cabo de Dios, a la orilla del agua, muelles de película, embarcaciones importadas, jardines de tarjeta postal, y los catamaranes, y las lanchas deportivas, y los motores fuera de borda, por allá vivía Marco Tulio esperando un trasplante de riñón y nos escribíamos a menudo y me hizo prometerle que lo visitaría ese mismo año, durante la peste, y ya volvió la burra al trigo, ¡esta película ya la vi!, ¿sigue Juan con calentura?, otra vez lo mismo de lo mismo, genio y figura (y lo demás que todos conocen) por culpa de mis ganas de volver: Chiapas muriendo en la muerte de papá, él por su parte heredando mi mala suerte tan suya a los contagiados de la fiebre alfabética.

Nunca más dejé madurar mis impulsos de regresar a la casa de mi madre. Todo era culpa mía cuando entramos al hotel La Estancia que ofrecía servicio al cuarto, y yo lo que necesitaba era un buen vaso de vino mientras ella ordenaba una cena completa,

Fajitas y queso fundido con chorizo, por favor,

Por Dios, es demasiado. Ya es muy tarde para una cena tan pesada, mujer,

Y una botella de *merlot*,

y ahora entiendo que la mayor dificultad no ha sido ella sino mis miedos, tantas angustias, demasiados muertos. Esta enfermedad me ha inspirado el *qué-más-da*, el valor y la entereza del *ya-ni-modo* mientras terminábamos de cenar y optábamos por ignorar las emociones del día, tierra adentro de la memoria, entre los rincones de un país que comenzó a suceder sin mí justo el año del primer fraude (cuando lo de Cuauhtémoc Cárdenas, porque hubo otros peores, como el de Calderón..., lo siento, no puedo dejar de repetirlo). No, yo no hubiese querido revivir ninguna de estas memorias en el viaje, nunca más recordar cerca de mi mujer cada una de las tres ocasiones en que maté a tanta gente sin saberlo,

¿Te parece si mañana cruzamos la frontera y seguimos el viaje por el lado americano?,

Mañana será otro día, mujer, otra vez, así era como le decía cuando, además, quería manifestar mi desconcierto, mi confusión, este deseo de que todo saliera bien. Y ah, no, eso sí que no, de los veinte mil muertos que comenzaron a morir cada año, cuando México se convirtió en un *narcomundo*, juro que nunca volví a tener nostalgias suficientes para llegar a tanto. Y de los cuarenta y tres estudiantes, no, tampoco entonces, Ayotzinapa ya es otra cosa, y aunque los últimos horrores del tiempo mexicano se me van de la memoria, llevo la cuenta exacta de los minutos transcurridos en el horario de nuestra enfermedad (aquellos asesinatos en Guerrero sucedieron antes de ver al doctor Gagnon, estoy seguro), y casi al apagar la luz nos decidimos por Phoenix, un estadio a la mitad del desierto, en Arizona, presenciar algún partido entre los arenales de un parque con aire acondicionado, sonaba bien.

Es posible suponer que fue la melancolía, esa que nunca perdí y que me mantuvo vigente en la idea del regreso. Sí, puede

ser que la añoranza de Cabo de Dios haya sido la causa de tantos desaparecidos, quién pudiera decir cuántos, desde que México comenzó a morir muchas veces todo el año.

Además, yo nunca me hubiera atrevido a llegar hasta Mexicali si no fuera porque ya no importa, de verdad, ya casi nada importa (quizás tampoco para ella).

El *balk* es una decisión complicada. Es una regla que hace del juego algo sutil, cuando el lanzador sostiene el pie en la barra del montículo y ha iniciado un movimiento hacia el frente, en dirección a la caja de bateo, y ya no hay marcha atrás, aunque se tenga hombre sobre las bases, porque cancelar el movimiento es infringir la ley de los diamantes. Además, están las formas de interpretar el *balk*, la precisión del juez, esa mirada de lince de los demás árbitros (quise decir ampáyeres), y lo común es penalizar con una base por bolas y el público siempre termina enterándose de la infracción en las pantallas gigantes, en esas repeticiones de lo minucioso, y de Mexicali a Phoenix la distancia es de trescientos noventa y tres kilómetros cuando miro el aparato localizador y al amanecer nos hemos enterado de que el desayuno en La Estancia no estaba incluido en el precio de la habitación. A pesar de eso, por un momento hemos querido permanecer aquí, en los suburbios de una ciudad mexicana, en las arideces de un paisaje lleno de olvido y basurales, así es Mexicali, se parece mucho a Tijuana, y tampoco supimos entender la dureza de los noticieros en el televisor del restaurante, la muerte en el norte del país, aquí mismo, donde hemos desayunado frente a una media hora de imágenes que hablaban de asesinatos, secuestros, crímenes de odio, un mundo en descomposición, qué duda cabe. Mejor voltear los ojos al café, al pan con mantequilla, y no atender las reacciones del alma.

Me hubiese gustado bajar a Puerto Peñasco. Seiscientos once kilómetros, antes de regresar a los desprecios de la barda fronteriza, y desde allí buscar un camino seguro rumbo a la Sierra Tarahumara, en Chihuahua, para hablarle de aquel mundo de pies ligeros: eso sí lo sabía, el significado de la palabra tarahumara, *rarámuris* de pies ligeros, y visitamos un poco el centro de Mexicali sin bajar del auto, mirando letreros, cotejando geometrías, comparando reflejos, copias distintas de cualquier ciudad hispánica y con algo de tristeza recorrimos el descuido de las fachadas y de los sotabancos, de las paredes y las aceras, no sé, resulta tan evidente y al mismo tiempo tan complejo, el abandono que Mexicali proyecta en la forma en que la gente va tomando la vida aferrándose al sueño de creer que alguna vez, quién sabe cuándo, en un futuro siempre por llegar, las cosas serán distintas.

Seguimos dando vueltas a la plaza central. Yo no tenía más el volante, ella ha querido saber lo que todo esto significa, manejar en la cuadrícula de unas calles con pocos avisos, conducir sin semáforos, mientras yo me divertía ingresando distancias en la pantalla del localizador,

Hasta la Ciudad de México, son solo mil ochocientos doce kilómetros,

Estás loco,

Y a Cabo de Dios, bueno, eso varía. Podemos tomar la ruta americana, o desde aquí atravesar Sonora, Chihuahua, Nuevo León y el golfo de México. Si llegamos con vida, claro está, serían dos mil quinientos veintiséis kilómetros de carretera,

¿Hablas en serio?,

¿Acaso importa?... ¿no eres tú la que habla de atrevimientos desde que salimos?,

Sí, pero yo quiero que las cosas sigan sin importar en la seguridad de llegar a Cabo de Dios, y no pude reír más, me sentía injusto, extraño en el minuto en que decidí mirar otra vez el menú de opciones en la pantalla para retomar nuestro camino a Phoenix. Los Diamondbacks jugaban una serie trascendental contra los Bravos de Atlanta, la temporada pasaba por un momento de indecisión y cruzar la frontera americana no fue tan complicado, sino fastidioso. Nos bajaron con amabilidad en Calexico, una pareja de lisiados, eso pensarían los oficiales de migración al ver la ligereza de nuestros equipajes, y hacía un calor horrible, hombre y mujer con bastón, matrícula extranjera, y el camino era un desierto irremediable, un vértigo de resolanas y de sudores secos, lo mismo al pasar por Yuma, asfalto sobre la arena y viceversa, siempre abismos horizontales, anuncios luminosos imitando el penacho de las tribus comanches, letras en colores navajos, logotipos de restaurantes apaches, cosas así.

El Chase Field era una broma de imposibles. Un estadio de béisbol con aire acondicionado, vaya disparate, una estructura de hierro que recordaba los ángulos rectos de un puente gigantesco o de un teatro sin medida (qué difícil resulta describir ese diamante), y en el fondo hay una pantalla gigante que se alquila para peticiones matrimoniales, felicitaciones de padres orgullosos a la hija recién graduada: ¡¡*Congrats, Mary-Joe!*!!, religiones en campaña contra el pecado nefando, los mejores deseos para los jubilados del mes, anhelos de que algún enfermo recuperase pronto el aburrimiento de su buena salud, en fin, mensajes de magia plural, luminosos y multitudinarios, íntimos y contundentes, y todo eso al mismo tiempo,

Me gusta esa parte del espíritu americano, su desprecio por el ridículo,

Creo que lo entiendes mal. Han decidido que no hay felicidad a solas, sobre todo en una ciudad hecha de calor a la mitad del desierto, así pensaba ella, y era normal. Hija como era de un mundo a mil grados bajo cero, la prudencia de su moral solo podía tener raíces meteorológicas. Yo la entendía, claro que la entendía rebién cuando regresamos al hotel, en Phoenix, mientras seguía adelante con las explicaciones del *balk* en la recepción, esa jugada tan irregular que nos pone a prueba: algo sabíamos de aquello pero no queríamos reconocer que solo por sospecha, y nos instalamos en la discusión con un humor de mucha frescura, sin revanchas del odio, y ya en nuestra habitación nos presentimos ajenos a los juegos de poder que tantos años sostuvimos y que nadie ganó, o que ambos perdimos (qué cursilería..., mejor cambiar el tema),

El lanzador debe mandar una señal con el tobillo. Si se mueve o cambia la posición, se señala la infracción,

¿Hay un juez que los vigila?,

Esa es la gran cuestión, mujer: ¿se puede controlar hasta ese punto el desarrollo de un partido? Yo creo que no,

Yo tampoco,

Por eso siempre verás el ritual de la discusión, el manejador que sale disparado del *dugout*. Pierde el control, insulta y se hace expulsar. El lanzador también grita, humillado, mientras el receptor desaprueba con la careta levantada, y esa fue la ocasión ideal para mostrarme, como siempre, inútil de conocimientos, intrascendente en mis sabidurías que más hacen pensar en el ocio que en la inteligencia. ¿Para qué sirve conocer las filigranas del *balk*? Quizás sea esa la razón de que un deporte así llegue a gustar tanto, la pelota que va y que regresa en la intuición de los reglamentos, cuando lo visto es

apenas una superficie mínima, la punta del iceberg (aquí sin plurales necesarios) de la condición humana. Las miradas que le aplicamos a la vida están hechas de un afán de triunfo sobre los otros, los otros que habitan como fantasmas entre las letras más breves de la palabra *ley*, aunque también es cierto que allá en Montreal esto es algo más bien extraño, allá no nos invadió nunca la filosofía del abuso mientras no puedo dejar de pensar que camino a Phoenix ella casi perdió el control del automóvil. No importa, de verdad, no me importa, y un raro sentimiento de compasión se instaló en los kilómetros (ahora eran millas) que nos quedaban por delante cuando se le fue todo el color de la cara, una palidez de muerte, derrapó un poco en el acostamiento, sacó el pie del acelerador y nos salvamos de milagro,

Tranquila, no pasó nada. Tranquila, tranquila, apaga el motor, por favor... ¿Quieres seguir o prefieres que yo maneje?, y al día siguiente regresamos al segundo partido de la serie. Volvieron a ganar los Diamondbacks y a mí lo que de verdad me interesó fueron los treinta y tres mensajes de un amor repetido, ahora mismo, en esa pantalla de luces al alcance del aliento, imágenes que coronaban los jardines hasta tocar el último cielo de una noche sin nubes,

Cásate conmigo, Kim,

Eres única y quiero ser tu reflejo, Kim,

Sueño con una vejez de arrugas en tu nombre, Kim, yo las iba traduciendo en voz alta, las memorizaba en el español de mi butaca, y vaya con la tal Kim. Por supuesto, olvidé algunas mientras mi mujer también tomaba notas en el francés de su libreta insoportable,

Que toda hora sea tu puntualidad, Kim  
y tres veces más la petición tan aplaudida,

Cásate conmigo, Kim de mi alma,

y al final, la mejor de todas (al menos para mí),

Seamos el abrazo de un cuerpo nuevo, Kim, y no tuve el valor de preguntarle por su mensaje preferido. Aún somos los rescoldos de algún pudor antiguo, ese escrúpulo que durante tantos años nos puso a salvo de nosotros mismos. Vivir con tanto miedo en el amor tiene una sola ventaja: atravesar las edades de nuestro destino con la certeza de que pudimos ser mejores.

Me hacía falta volver a sentirme así. Aquí, allí, en el refugio de una butaca detrás de la primera base, en el aplauso, en la mente concentrada en la estrategia, en los corredores siguiendo las señales, en las ganas de una cerveza clara, por favor, que sean dos, muchas gracias, y este es uno de los parques que más me ha gustado, más que el viejo estadio Miller, lo cual ya es mucho decir.

Mañana concluye la serie. Ojalá podamos volver al Chase Field.

Entre Phoenix y Cabo de Dios hay, según se vaya o se venga, dos mil cuatrocientos ochenta y siete kilómetros. Milímetros más milímetros menos, y no creo que ella quiera volver a conducir, o mil quinientas cuarenta y cuatro millas, pulgadas más pulgadas menos.

## Parte alta

Hoy la he acompañado a su cita con el especialista.

El mismo consultorio, enfermos nuevos. Nadie me ha reconocido salvo la secretaria *precadavérica*, y bajo la mirada, y me disfrazo de otro, sí, es la misma, tan anciana y tan bien vestida, tendencia años sesenta en la ropa, ¿qué envejeció más rápido, el estilo *vintage* de su falda o sus gestos bisabuelos, la pulcritud añeja con que viste o la amargura de su rostro? Al salir, en el frío de nuestros pasos rumbo a la estación del metro, reconozco el bote de basura, allí sigue mi carpeta, idéntica a la que mi mujer ella lleva en las manos, y desvió los ojos hacia ningún lado, por precaución, y un poco por cansancio, también. Si lo hubiera sabido, quiero decir, si ella conociera mi situación también se habría deshecho de todos esos papeles creyendo que yo los traería a casa, y al suponer que lo mío pudo servirle de apoyo he vuelto a sentir culpas. Quizás le estoy robando su derecho natural a tirar todo a la basura, a permanecer unos días más en la normalidad de lo que nunca creímos dejar de ser, y al llegar a casa se ha encerrado en su cuarto. Decido comenzar mi columna, por distracción, acaso como ejercicio de una vida de cuyos hábitos heredo la ocasión de no pensarme, de no comprobarme precedero, porque no, no puede ser cierto

que después de todo esto no haya nada más (cuánta negación en tan pocas palabras).

Apenas si he visto mis correos. He pensado un título para el artículo, «Autorretratos de hielo» (1825): Distancias y militancias, y hace un buen rato que quiero redactar algo sobre las protestas y las marchas en la isla de Montreal, más allá de las reivindicaciones de lo evidente y de las pancartas de ocasión. Aquí los reclamos viven un doble fondo de significados y ella ya debe estar acostada, es tan temprano, en fin, y la idea de una columna así (sin abrir mi cuadernillo para evitar *traspapeleos* con el futuro) llegó hace un par de semanas, al bajar por la Du Parc junto a Ahmed el egipcio, nuestro vecino. Nos gustaban mucho las caminatas de viejos amigos, arreglar el mundo desde la rue Rosemont hasta los cafetines frente al río cuando él me habló de los territorios ocupados por Israel y ahora se lanzaba a una crítica feroz sobre Anwar el-Sadat porque, frente a uno de los edificios más altos del sector, antes de llegar al viejo puerto, habían pintado una enorme bandera palestina. Días después, cerca de la estación Jean-Talon, descubrí el grafiti de una barda apoyando las guerras de liberación en la India, eso sin olvidar que ayer la Revolución cubana siguió vigente entre los contenedores del reciclaje municipal, sobre la rue Mont-Royal: ¡Hasta la victoria siempre! Eran demasiados parpadeos, no podía seguir ajeno a este cosmopolitismo de la militancia (así fue como lo pensé), aunque fue necesario participar en la marcha por los estudiantes de Ayotzinapa, mirarme entre banderas mexicanas pintadas de negro, acompañar los símbolos del dolor, las gigantografías de los desaparecidos, la frustración, la rabia del grito, para comenzar a existir en estos renglones,

¡Vivos se los llevaron, vivos los queremos!,

y me sentí desbordado de mi propia lengua, tanto que la claridad de la emoción me envió en ida y vuelta hasta Cabo de Dios. Después de dos horas marchando sobre la rue Sherbrooke, llegamos al edificio del Consulado de México. Un cordón de policías antimotines, parecían astronautas azules, resguardaba el sitio, y algunos empleados menores, reconocibles por sus corbatas de tinterillo, disparaban fotografías hacia nosotros con sus teléfonos celulares, al más puro estilo de los achichincles del miedo y de los matones a sueldo en el México de siempre. Se entregó un comunicado a la gente que pasaba, también a los reporteros, y asistimos a una *performance* con las fotografías en alto: una mujer disfrazada de Llorona y otra de Catrina repartieron corazones de papel ensangrentado a los transeúntes, en español y en francés (también en inglés, *but of course*), y en la acera de nuestros insultos se voceó la lista de los desaparecidos.

Fue allí donde nació la urgencia de relacionar todos y cada uno de los instantes en que la isla de Montreal se entrega al ejercicio universal de la protesta. Aquí, a la mitad de códigos postales hechos de nieve, todos venimos de otro siglo, somos hijas e hijos de violencias anteriores, de guerras limítrofes o golpes de Estados que siguen pasando en el invierno de cada invierno, de sueños de justicia que nunca llegan pero que no desaparecen de nuestras miradas, y me tomó menos de una hora explicar en el teclado que uno de los instantes que mejor aprovecha el recién llegado al Polo Norte para volver a casa es, sin duda, su memoria política,

Todos y cada uno de los nuevos ciudadanos del frío arrastramos el desgarró que apuró nuestro exilio. Para bien o para mal, dicha herida nunca perderá las contundencias de su acento natal. Basta caminar por las calles escarchadas de la ciudad políglota para integrarnos al azar de las manifestaciones, desde

venezolanos exigiendo transparencia electoral hasta tunecinos celebrando una primavera sin dictadores. A veces, se puede caminar entre las consignas en una barda contra la ablación en África, y, en el interior de la misma jornada de reproches, regresar a casa entre banderas y cortejos tristes por Ucrania o Haití.

Montreal es un remolino donde todas las inquietudes son posibles, y es dicha globalidad de activismos la que engendra un polimorfo sentimiento de justicia. Nadie juzga, pero nadie ignora. Diríase que todos vivimos al acecho de las malas noticias para predecir —con gran puntería sociológica— una marcha contra la dictadura de Bashar al-Ásad, o para entender el desfile de los armenios exigiendo la oficialización de su genocidio en la memoria del mundo,

y allí seguía yo, buscando en noticias que me permitiesen llegar con naturalidad a la descripción de los normalistas desaparecidos. Un par de minutos más, nunca exceder las quinientas palabras, y he enviado el texto a Jean-Marie acompañado de un saludo muy breve en el que informo que todo saldrá bien,

Echo de menos la oficina, ¿cafecito mañana? Comamos juntos, algo sencillo, donde tú decidas, yo invito, y de inmediato recibí su respuesta, maniático del trabajo, trabajando a estas horas, así fue siempre Jean-Marie. Me pidió dejarlo para la semana próxima, pues seguía catalogando las reacciones por el nuevo aniversario de *Charlie Hebdo*. Sonaba demasiado francés en su mensaje, y me dio gusto imaginarlo tal cual, atrapado por la necesidad de distraer el invierno (me habría hecho bien saber que les hacía falta en la oficina).

Porque aún no tengo razones (ni valor) para despedirme de nadie, he retomado mis excursiones al Saigón-la-lá. Las cosas irán imponiendo una lógica que aún desconozco, y yo no sé si será

cierto, que la vida es más sabia que nosotros. Sospecho que se trata de un eufemismo para seguir adelante en la construcción de lo que venga, y, aunque tal vez nada de esto sea nuevo para nadie, estoy seguro de todos los libros y de todas las terapias que se han escrito con las ideas que me invaden en el hielo de noviembre, al entrar en el bar. Al fondo, cosa extraña, la electricidad navideña de Than está fuera de servicio, todo parece un poco misterioso, huele a cilantro, y el sitio tiene aire triston, ajeno, como si se hubiese aclarado el sinsentido (perdón, casi utilizo la palabra *ridículo*) de tantas lucecitas decorando una felicidad tan mentirosa. Él, sin embargo, está allí, con esa camisa ligera que nunca se quita, sea cual sea el frío del día,

Buenas tardes,

no dijo nada, guardó silencio empinado sobre la barra para exigirme respeto, mientras yo me repetía en el saludo,

Buenas tardes...,

Estoy ocupado,

¿Una cervecita?,

Más tarde,

¿Por qué?,

Estoy ocupado. Suficiente. Más tarde...,

y siguió sin levantar la cara de sus papeles, siempre sobre la barra. Intenté un último asalto, mi cerveza bien valía la pena, tenía un par de horas antes de la cena y el camino al supermercado lo resolvería en pocos minutos y yo estaba aquí por la fuerza de la costumbre, para defender el derecho a mis rutinas, porque ya he entendido la mejor filosofía para vivir lo que viene: todo como siempre a pesar de todo. Levantó la cara, un rostro de infancia y de abandono, así se concentraba el alma de Than en sus ojos rasgados. Alejándose un momento, sacó una cerveza

del refrigerador con movimientos casi mecánicos, sin ofender, pero sin agradar a nadie,

Aquí no. Siéntate otro lado, y debí comprender, o siquiera sospechar que el momento de la escritura exige torbellinos de soledad. Escribir es interrumpirse entre la tinta y el mundo, es imponerles oasis de renglones a las arideces de la realidad (todo esto lo supuse con otras palabras, pero mejor no complicar las cosas y decir que así fue como lo pensé en ese momento), y tomé la cerveza, me dirigí a una mesa cercana a la puerta, había vuelto a fumar y me apetecía la combinación perfecta de tabaco y alcohol, y al desabrochar el abrigo, mis guantes cayeron al suelo del Saigón-la-lá. Con escrúpulo pasé la mano por mi cuaderno de notas. Hoy no quería abrirlo, de verdad, hoy no, casi todo estaba claro en mi decisión de partir, con o sin ella.

Than vino a fumar junto a mí, más tarde, y a pedirme ayuda. Necesitaba una carta para su hermano mayor, Tran, que vive en París, que está muy enfermo, que se quedó solo. En casa se quedaron sin nada durante la guerra, y su hermano había emigrado a Francia, y yo no estaba para repasar una historia que ya conocía (pedazos de tiempo hablados con pedazos de voz, así me repetía Than su historia...: y qué cruel puedo ser a veces). Sin embargo, hoy el asunto parecía distinto, ajeno a la parsimonia de los monosílabos, como si la brevedad de cada frase, ahíta de una memoria que yo conocía de sobra, quisiese significar algo más, un mensaje nuevo, un eco distinto y para qué negar negando mi curiosidad en el instante en que Than me vuelve a suplicar que le ayude, porque estaba muy enfermo, reumático, el hermano mayor, ya muy cerca del final allá en París. Tran había tenido varios hijos, unos vivían en América, otro en Singapur, pero nadie sabía nada de ellos,

Hermano mayor también alcohólico,  
y volví a negarme con una broma de mal gusto,  
Yo no sé escribir vietnamita,  
Estúpido. Esto serio,  
Yo también. ¿Cómo quieres que la escriba?, ¿en francés  
y con silencios en español?,  
Estúpido,  
me repitió con un brazo sobre la puerta, abriéndola de golpe,  
echándome del lugar,

Disculpa. Nunca te había visto así. Hagamos así: yo te hablo la carta y tú la escribes en tus hojas. Nada de corregirme mientras lo hacemos. Ya más tarde tendrás tiempo para cambiarle lo que quieras,

Habla despacio, estúpido,  
y esa fue la primera y la última vez que Than supo insultarme con ternura, aunque preferí ignorar su invitación a la camaradería, encender un cigarrillo, y comenzar. El ejercicio no tomaría más de media hora, sin contar las distracciones, porque yo nunca había asistido a este salto tan extraño de mi voz. Cada palabra se iría convirtiendo en alfabeto de lo impensable, en frases irreconocibles, y en un instante mínimo, como preparando las ideas, cerré los ojos y me imaginé vendiendo abecedarios manuscritos, vocales sueltas, cartas posibles, en los mercados de Laos, de Camboya, de Burma, de Tailandia, sobre todo en las avenidas que ya nunca conoceré de cualquier ciudad de Vietnam, sentado en el arroyo de los días de mercado como un sabio de trazos extranjeros, ofreciendo la caligrafía castellana en los nombres que quisiesen descubrirse en la *no lectura* de un papel escrito a precio de regalo. Volví a disculparme y le dicté una carta con todos los años y todas las nostalgias vividas

en el Saigón-la-lá mientras abría mis ojos a los cuadros y a las fotografías clavadas en la pared,

Siento mucho tu actual condición, darme cuenta de que el tiempo y la distancia crecieron demasiado entre nosotros desde que dejamos nuestro pueblo. Si algo me fuese posible cambiar en esta vida, cancelarí­a todos los diccionarios de la ausencia (y aun los sinónimos y los ecos..., aunque esto lo sentí muy fuera de lugar y preferí no decirlo). Nunca debimos nombrarla, nunca debimos aprender a escribir nuestra familia con tanta distancia.

También quisiera saber decirte que tú eres y has sido mi único Vietnam, pues solo gracias a ti aprendí a ser nuestro mundo, a darle fuerza y vigencia a su nombre en Canadá. Recuerdo con gran sentimiento tu voz sobre el piso en que dormía madre, nuestra madre siempre cansada y siempre a la espera de un esposo que la guerra se llevó y cuyo lugar supiste escribir con la paz de tu bondad. Recuerdo sobre todo tu voz, hermano del alma (creí necesario que Than lo dijese así), cayendo sobre nuestros sueños, cuando hablabas de mundos sin miedo, cuando nos contabas las historias del arroz de todas las felicidades (era increíble la velocidad de Than, su mano sobre los signos, sus párpados sin aprobar ni desaprobar nada, esos ojos tan suyos durante la carta en que me despedía del Saigón-la-lá), tu voz en las noches de lluvia o de metralla sabía sembrar sonrisas en nuestros rostros porque la escribías con la dulzura de los refugios. Entrabas en nuestra incertidumbre y la convertías en fiesta de cumpleaños, en noche tranquila, en día cotidiano y en sueño sin sobresaltos.

Muchas veces me he sentido unido a ti, yo aquí, tú en esa ciudad del otro lado del mar, mientras cocinaba la sopa del día. Sabes ya que uno de mis hijos lleva tu nombre, y que es él, él mismo, con tu rostro repetido, con tus inteligencias y tus

serenidades, quien ha hecho suya la costumbre de las comidas en nuestra casa de Montreal. No, no lamento que así sea, no lamento nada, ni la guerra, ni la muerte, ni el día en que la vida decidió que Vietnam ya no era posible y tuvimos que cambiar el país de nuestras palabras. Por una de esas raras confusiones a las que el mundo acude para heredar sus certezas, hoy incluso agradezco lo vivido porque pude conocer un espíritu como el tuyo. No te molestes conmigo, hermano querido, si te insisto en que este mundo es un lugar amable para la vida, a pesar de todo.

Recuerdo también las muchas veces que nos explicaste que somos los más grandes desconocidos de nuestros espejos. Son los instantes de dolor los que iluminan el rostro de lo que nunca creímos llegar a ser, solías decir (y descubro que Than me está mirando con gestos nuevos. Sin dejar de escribir lo que dicto, quiere saber de dónde recojo palabras para un hermano que se muere, para ese Vietnam que yo solo entiendo, si acaso, a trasmano... Para él es imposible que alguien tan distante y tan distinto pueda llegar hasta donde la mirada de Than me dice que sigo llegando),

Ya está. Lo demás puedes hacerlo tú mismo,

¿Otra cerveza?,

Tengo que irme, otro día,

¿Regaña mujer?,

Así soy yo,

y salimos a la puerta, fumamos bajo cero, casi es diciembre y el tiempo ya no tiene remedio hasta el año entrante. Hablamos por hablar, él y yo, Than traduciendo mis palabras a un idioma que no conozco, yo tratando de apresurar la tarde,

Dime, ¿cómo termina carta?,

Diciendo que Vietnam fue un mejor recuerdo gracias a él,

y Than me deja solo, aquí, no quiere perder esa frase. Que nada se le vaya de las manos, y se apresura, y ya regresa, camisa de manga corta, papel en la mano. Con alfabetos lejanos, está pensando en la palabra *arroz*, en transcribirla tal y como él la conoce, con granos de letras blancas, con sabores abiertos sobre la página (supongo que quiere escribirla con la sazón de su propia ortografía), y entonces intuyo que la historia de cada uno tiene un punto débil, un verbo que nos resume, porque somos la palabra que a diario buscamos entre los demás,

Tengo que irme. Nos vemos después. Oye, y deberías abrigarte. Un chalequito siquiera mira que salir en mangas de camisa,

Espera,

De verdad, se me hace tarde, Than,

Espera, estúpido. Algo para ti,

y regresó con un manojo de cilantro. Lo había olvidado, tal vez él tampoco lo recordaba hoy. Quiero decir, el ritual del cilantro fresco, sus regalos de costumbre para decirme, hoy más que otras veces, lo mucho que me aprecia, y quizás ahora mismo ese hermano de nombre parecido esté dictando cartas en mis reflejos, misivas concentradas en una sola palabra, y tal vez esa palabra sea *cilantro*, y al redactarla del otro lado del tiempo, en la soledad de una calle en París, Tran hermano de Than (y viceversa) sintió que debía regalarme el manojo de mi última visita a las mesas del Saigón-la-lá antes de seguir mi camino a la cena de esta noche, al supermercado de siempre, a la limpieza y el orden de los pasillos, a la música que organiza los antojos porque hoy prepararía, después de mil promesas, la cena histórica que tanto le gusta a mi mujer,

Una lata de tomates verdes,

Ajo y cebolla,

Sal, hierbas finas, queso crema,  
Arroz de acompañamiento, pimienta roja,  
Elotes,

Frijol negro y queso griego, rallado (rallado o rayado, ya no me acuerdo...),

las botellas de *chardonnay* las compré hace un par de días. Doblo la lista en el bolsillo, también totopos, un poco de guacamole para abrir boca y de repente estoy discutiendo, no es posible, hay que ver, una señora manoseando el pan recién horneado,

No es posible,

le repito, tono firme, no es posible, ceño fruncido. Al enfrentarla sé que me traiciono, sé que abandono una de mis convicciones más íntimas: tocar los alimentos, acariciar la comida antes de que la vida entre en el cuerpo. No puede ser (no puede ser que me moleste tanto mirar lo que yo también fui), y la jamona se defiende desde sus cien años de cuerpo, y ya no se trata de lo mucho que claudico sino de tener razón, levantar la voz porque hoy quiero tener razón, y lo peor llega entre la nieve, camino a casa, todas estas bolsas, casi resbalo, temblores mínimos, espasmo muscular, rigidez de huesos, cómo duele. No pasa nada, botas para la ocasión, y al abrir la puerta mi mujer está frente a la computadora, enfundada en una gorra de los Expos,

Vaya, qué sorpresa,

y con descuido confirmo mi cuadernillo en la bolsa del pantalón. No es posible que haya podido leerme, ni ahora ni nunca, porque nada de esto ha sido escrito así, aunque sea cierto.

En mis notas sin orden algo habré dicho de aquellas vacaciones imaginarias. Muchas veces hablamos del asunto, sobre todo durante el año de nuestros primeros encuentros, frente a las cervezas en aquel *pub*. A menudo aún me extraña mirarnos en las fotografías de los juegos de aquel tiempo, vinieron los Cardenales

a Montreal y fuimos juntos, lo recuerdo bien, cuando aún estaba yo en condiciones de escuchar todos los tragos del Nica, saber de las revoluciones que se quedaron para más tarde en América Latina, y el secreto está en marinar el pollo, sal al gusto, limón, mucho limón, pimienta blanca, salsa de soja, mostaza, cebolla rallada (insisto: ¿rayada?). Después, los tomatillos en la licuadora, ajo y el cilantro de Than, todo o casi todo, y guardará un poco para el guacamole, el arroz será rojo y siempre con elotes y chícharos y no creo que le moleste un poco de música, Ibrahim Ferrer: dos gardenias para ti, con ellas quiero decir y un vasito de tequila para abrir boca y tal vez a ella no le venga mal un *alipús* (palabra que resucito a la menor provocación del recetario nacional), y se lo ofrezco a gritos desde la cocina,

¿Algo de beber?,

No, gracias,

Cenamos en una hora, y ya sale un guacamole de antología,

y nada me impide repetirme de tequilas, mejor una cerveza. Otra vez el estribillo de Ibrahim: dos gardenias para ti que tendrán todo el calor de un beso mientras frío el arroz y busco la tabla para picar el pollo: ponle toda tu atención porque son tu corazón y el mío, el pimienta verde, no lo olvidé, gracias a Dios, y poco a poco la tarde se va haciendo un instante de parsimonia, paz inesperada acompañada de olores, equilibrio que sube por la estufa hasta la sonrisa, hora de agregar el agua, el ruido de la licuadora y su cachucha, ¿qué quiere decirme?, ¿por qué hoy esa cachucha?,

¿A qué se debe el gorrito?,

No lo sé... Quería sentirme lejos de todo esto,

Te entiendo mejor de lo crees, mujer. Dime, ¿has pensado algo nuevo? Quiero decir, ¿alguna idea o sugerencia?, ¿algún capricho digno de recordar?,

Sí, pero te lo digo más tarde, después de la cena, y nada de esto me ha sucedido antes, por eso es por lo que necesito buscarme, verificarme entre mis apuntes. Hemos comido y reído, cantamos con José el Francés y Niña Pastori con ritmo gitano, y ahora hacemos el amor, desnudos de apremios, como tantas veces otras veces, sin la expectativa del dolor venidero entre músculos que se apagan, triunfando sobre nuestras extremidades mientras suspiro debajo de su cuerpo que no ha perdido suavidades, y no, aún no se ha quitado esa gorra de la cabeza y vuelvo a sonreír, ella también, cuando le digo que marcaré un doble de terreno.

Pasamos la noche con otra botella de *chardonnay*. Como nunca, me ha permitido fumar en el dormitorio, disfrutar del minuto con una copa en la mano, su cuerpo atravesado sobre la colcha, mi nunca en su ombligo, la media luz de la ventana, el invierno allá afuera y fue allí que lo supimos, casi en silencio. Saldríamos corriendo a Cabo de Dios con un plan de dar envidia, con una locura de veras nuestra (eso te quise ofrecer siempre, mujer, mi más honesta inmadurez para que te sintieras libre de todo, incluso del miedo a la muerte). La ruta, claro, nos la indicaría la próxima temporada, abriendo con un partido en Toronto, eso sí, después Boston, luego los Mets o los Yankees, también Washington para sentir a los Nacionales como cosa propia, Pittsburgh, Filadelfia, Baltimore, y seguiríamos bajando hasta Texas por Kansas City que nos recibiría con los gritos que aún pudiéramos gritar (redundancias necesarias del instante), y volvimos a hacer el amor, y no es posible, nada de esto me sucede como yo lo hubiera escrito durante un viaje a los abrazos

cuando decidimos celebrar la felicidad restante de nuestros cuerpos en cada estadio,

Tú te ocuparás de todo, o casi todo, mujer. Yo estoy negado para las cosas de lo práctico, lo sabemos bien, y no, ella tampoco ha abierto su carpeta médica, sigue allí, vigilándonos sobre la mesita de noche, junto al despertador.

Tantas cosas por organizar, y tantas más por descifrar.

Poco a poco, que no todo es soplar y hacer botellas, así es como tal vez aún lo diga la gente de Cabo de Dios cuando necesita armarse de paciencia.

Lo que más detestaba era que Jean-Marie me sugiriese, con una voz que ignoraba nuestra amistad, temas para la columna. Aunque hoy yo estaba para perdonarlo todo: el acento de sabio consumado y esos requiebros de gabacho que se toma demasiado en serio todas las cosas, porque aún no sé cómo decirle que a partir de la primavera dejaré mi puesto en la agencia. Se trata de una renuncia que no sé explicar,

Me tomaré un descanso,

y sus consejos van y vienen cuando me siento en mi escritorio. Saco la cuenta de los próximos cien días, pasar la Navidad en familia (con la familia de mi mujer, quise decir..., yo no tengo a nadie por aquí), y me he prometido no detestarlos demasiado, ya no guardar este rencor hacia la forma en que reaccionan al español de mis acentos. Aunque la memoria de tantos desaires me sugiere la palabra *comemierdas*, no son tan malnacidos después de todo, y luego, vivir el fin de año en casa, sin amigos, sin gente alrededor que por accidente pueda reconocer la lentitud de nuestros pasos (aún imperceptible, supongo), el tiempo que nos toma lavar la vajilla, el temor a que las copas se nos caigan, y todo esto, por supuesto, procuro esconderlo. Desde

hace tiempo utilizo siempre el mismo vaso de agua, como cosas repetidas y sencillas, algo de fruta, queso, pan, cualquier trozo de lo que sea o un poco de yogur y estoy perdiendo peso, debo poner atención, aunque mi dieta se ha hecho más sana en el secreto de mi cuerpo.

Como de costumbre, el treinta y uno hablaremos a casa de mi madre. Saludaremos por videollamada a quien se deje, a mis hermanos, a los sobrinos, a los primos ocasionales o a los vecinos más fieles, esos que nunca olvidan enviar un abrazo en cada enero. Cabo de Dios es así, un pueblo que se hizo ciudad pequeña sin saberlo, y le prometo a mi mujer hablar con voz de buena memoria, ser las plazas en las Fiestas de Abril en Año Nuevo, poner cara de carnaval, usar palabras de mucha ilusión, y entonces anunciarles la visita. Tal vez en agosto, para el año que viene, quizás en julio, y ni mi madre ni nadie más lo creará posible después de tantos años. Otra vez una promesa vacía, pensarán, y porque no tendré ánimos para convencerlos, solo insistiré en lo esencial,

Queremos pasar tiempo en el puerto. No sé, un par de semanas, tal vez un mes o dos, aún no lo decidimos, y todos celebrarán nuestras palabras, estas mismas que nos han escuchado tantas veces pero que ahora espolearán el costado más sensible de mi familia. Y tomo nota de todas estas cosas, así, con estas mismas voces, para que tal vez, tal vez, siempre tal vez, lleguen a producirse de la misma manera, respetando mis Esperanzas caligráficas mientras leo las sugerencias que Jean-Marie ha preparado. Tampoco estoy para grandes discusiones, ya negociaré con él lo que se imponga porque su letra exagerada abarca ambos lados del papel, incluso ha escrito en los márgenes con su tinta de artrítico, y ahora los cuento, uno, dos, tres, cinco, diez, veinte, treinta, casi son cincuenta los temas

en el gran total de lo que me sugiere. Cincuenta columnas que yo no sabré sacarme de la manga, es una exageración.

A mediodía bajamos juntos al Vasco da Gama. Comimos en este sitio tan agradable, hacía un buen rato que no me la pasaba tan bien, de verdad, entre la segunda copa de anís y el mejor expreso de la ciudad, con estas meseras de acento uruguayo que me reconocen, que me sonríen sin necesidad de propinas, que se quedaron en Montreal por amor o por gusto o solo por necesidad. Me hablan otra vez de Montevideo con ese aire de satisfacción cercano al orgullo (perdón, casi digo *nacionalismo*, pero ninguna de ellas merece la palabra), y me cuentan de la Ciudad Vieja, de Colonia, de Punta del Este, de Carmelo, sobre todo de Pepe Mujica que acaba de dejar el cargo,

Un hombre genial. Como esos ya no hay en ningún lado. Yo hasta le he escrito una carta para pedirle que no se vaya. Si no hay más remedio, que por lo menos acepte ser mi abuelito, dice una de ellas, y reímos, todos juntos. Hacía tanto que no me sentía tan bien, y sobre la rue Peel el frío sigue vigente, y Jean-Marie, que pocas veces esconde la militancia o el acento, entiende que no vendré más a la oficina, esto es un disfraz de despedida o algo por el estilo, no está seguro, algo ha querido preguntarme sin saber cómo hacerlo. He sido muy precavido a la hora de hablar y no, no está seguro de nada, de nada más allá de lo evidente,

Mi mujer, quisiera ocuparme de ella, le repito, casi se me va de la boca un *hasta-el-final* interrumpido por un ligero temblor de músculos en el rostro. Nada para preocuparse, y me levanto de la mesa, el sitio casi se ha vaciado, y le insisto a Jean-Marie que hoy me toca pagar a mí,

Tú solo deja la propina, por favor,

y lo sé, yo sé lo mucho que destrozó su filosofía más vital. La propina es un disfraz del egoísmo, trasladar al cliente la obligación de un sueldo digno, convertir al camarero en mercenario, asestarle un golpe deshonesto a su amor propio, sí, la propina es una carnada, un cebo que lo aleja de la política de lo bien hecho por lo bien hecho, eso es lo que Jean-Marie me ha recitado durante los cafés con Cris el armenio y mi última broma en el Vasco da Gama, con ese par de uruguayas a las que siempre recordaré de la cintura para abajo y el espíritu bocarriba, me sabe a victoria final, a triunfo en *extra innings* con un cuadrangular que llegó para romper el empate. Y pago la cuenta, aquí siempre un poco elevada, y él deja un billete menor y me sonrío porque hoy Jean-Marie también estaba para perdonarlo todo, hoy, para perdonármelo todo cuando nos despedimos en la entrada del metro.

DETALLE: mirar las agencias de automóviles. Jeep o Volvo. Pensarlo. Hacer la lista de las despedidas (siempre silenciosas). Procurarme la próxima temporada de juegos y CALENDARIZARME. Buscar en librerías de viejo algunos mapas carreteros,

Una moneda,

Por favor,

Buena suerte,

y la mirada de los esquimales me recuerda que tengo frío, mucho frío, y que mi oficina me pertenecerá hasta el día de mi partida. Así me lo ha prometido Jean-Marie. Tal vez él conozca mejor que yo el dolor que me hubiese provocado entregarle las llaves y las tarjetas magnéticas del edificio.

Y entonces regreso a mis notas y cruzo la palabra ~~calendarizarme~~ para escribirla también en MAYÚSCULAS, no sé por qué.



## Parte baja

Me siento mal. La cabeza me estalla y se me cae el aliento. El cuerpo es una voz quebradiza, vulnerable, frágil. Mi piel parece de hojalata, los músculos se romperán con aspavientos de cascarón, parezco un vaso de cristal que se cae de la mesa, de cualquier mesa, cuando se sabe que al tocar el suelo las cosas ya nunca volverán a ser como antes. Ahora solo vale acudir al lugar común de las esquirlas, decir que me caigo y escribir que me rompo y presentir que me quiebro en mil pedazos, aunque el *otro* que es como yo, ese *tú* que vive en los dolores paralelos de mi mujer, debe de estar padeciendo los mismos anhelos de acabar pronto con todo esto, de abandonarse para siempre en un rincón de Phoenix.

Quizás el estado de Arizona sea el último capítulo de una locura que no ya no daba para más. Por la noche, el malestar se adelgaza hasta desaparecer, cuando el sol se tranquiliza y nos declaramos listos para regresar al Chase Field, último juego de la serie, el mismo asiento, los mismos lugares. Algunos empleados nos reconocieron al recoger nuestros boletos en las taquillas especiales del estadio, y es increíble cómo la vida busca rituales para repetirse y declararse por fin de veras nuestra. Todo resulta

más fácil en la fotocopia de las cosas conocidas mientras leía, otra vez, la pantalla gigante del estadio.

Se ofrecía una cena íntima para dos en el mejor restaurante portugués de la ciudad. Casa do Povo. Durante el receso de la octava, la pareja ganadora tenía que bailar con el corazón en el cuerpo (así se anunciaba, con letras bilingües, en inglés y también en español), y esa tonada de Billy Joel es irremediable, siempre me ha hecho pensar en la primera vez, *mi* primera vez, allá, en aquel cine de Cabo de Dios hasta donde Sara me había seguido. Tenía un apellido de muchas sílabas que se me va ahora mismo de las manos y de la memoria, un veintitrés de diciembre, antes de la Navidad en que mis padres me obsequiaron por primera vez cosas de hombre: era un reloj de bolsillo, comprado de contrabando en un barco alemán en la zona de los muelles, y Sara (¿cómo se apellidaba, buen Dios?) andaba siempre detrás de mí cuando llegó la canción de Billy Joel en el Chase Field mientras yo ya lo sabía, que después de aquella película mi vida cambiaría porque al día siguiente el tiempo ya era, ya sería otro. Era un reloj metálico, cuadrante azul sobre carátula blanca, números romanos en las horas y yo sentí su hombro junto al mío, el de Sara y también el de mi mujer que quería bailar, ahora mismo, durante aquella película en Cabo de Dios, *Stand by me* o *Risky Business*, tampoco lo recuerdo, hablo de la película, y después puso mi mano en lo de ella, en eso que ahora descubriría gracias a Sara: su ropa interior (era un apellido compuesto, como llegado de otro siglo, Suárez de *Noséqué*, algo así que aún me hace fruncir el ceño al querer recordarlo), sus bragas y su sexo adolescente, húmedo, extrañado, quiero decir, esa fue mi primera idea de su cuerpo cuando todo pasó demasiado rápido y mi mujer se puso de pie durante la canción, el bastón colgando de su sonrisa, y me invitaba, ya de ya, ahora

mismo, a levantarme de mi asiento para bailar con ella porque a Sara le gustaba mucho la música de Billy Joel.

Era su gurú musical, su monseñor de los ritmos, su ideal de vida. Lo cantó diez mil veces en la secundaria hasta que aquella melodía terminó por inscribírselo en el alma y se hizo deje de su propio acento (Sara *Suárezdelascancionesdebillyjoel*, así comencé a recordarla o así fue como terminé por olvidar su apellido). Me sentía ridículo, de pie, levantando mi bastón yo también, sonriendo hacia ella que hacía unos movimientos de bisabuela que regresa de la vejez para recibir una ovación de orgullo, porque allí estábamos, los dos, en nuestro lugar de siempre desde hacía tres partidos, capturados por la luminosidad de la pantalla, el Chase Field a nuestros pies y Sara que me llevó a esa canción de su cuerpo hacía tantos años, a ese rincón oculto de su falda bajo las escaleras del cine, esas mismas escaleras que conducían a gayola (ya nadie lo dice así, ni tampoco se habla de luneta), allá donde las parejas más valientes se atrevían a cosas peores a un lado del proyector que arrojaba imágenes y suspiros hechos de luz y manoseos.

Casi estoy seguro, fue *Stand by Me*. Y la maldita canción de Billy Joel no terminaba de pasar en esta otra pantalla en la que no dejaba de sentirme a todo volumen, yo con mi cachucha de los Expos, ella con su gorro de Cincinnati, en la evidente desmesura de un par de lisiados, de dos disminuidos sin lugar a duda. El parque entero se puso de pie, nos aplaudieron muchísimo cuando un representante del equipo local llegó a nuestros asientos para entregarnos un sobre dorado de papel lustrina con la invitación para una cena completa en el Casa do Povo, todo incluido mientras volvíamos a nuestros asientos, inhibidos, ella más que yo, y yo más que Sara. Sí, yo siempre lo supe, que a partir de aquella película mi memoria comenzaría a

cambiar porque al día siguiente de mi primera vez el tiempo ya era, ya siempre fue otra cosa, con ese reloj que al final se habrá perdido entre las cajas dejadas atrás, cuando viajé ligero al Polo Norte esperando regresar a recogerlo algún día: un obsequio de tiempos detenidos, pequeños cuadrantes azules sobre una carátula blanca, números romanos en cada hora, ignoro el momento final de sus manecillas, ¿cuándo fue que se detuvo el tiempo en una caja olvidada, en un cuarto clausurado, en la casa de mi madre que también se quedó suspendida en un rostro que no veo desde hace veintiocho años?

Estoy seguro de que ella también lo sabía. Sara (Sara *Suárezdelascancionesdebillyjoel*) debió intuirlo tanto como yo, que después de la película no sabríamos mirarnos a la cara, y también estoy seguro de que ella siempre lo supo, también también, porque más de una vez mi mujer me preguntó, con acento de reproche y voz de escupitajo,

¿En quién estás pensando, imbécil?,

cuando una de aquellas canciones de Billy Joel, *Piano Man* o *New York State of Mind*, llegaba a nuestras rutinas, por error o por accidente o solo por descuido. Yo me miraba ojos adentro, me alejaba enseguida de la rue Rosemont para volver a presentir mi mano clandestina en gayola, y era más que obvio, por eso se había puesto a bailar en nuestros asientos tres veces repetidos, aquí en Phoenix, en el entretiem po de la octava entrada: mi mujer quería triunfar de una buena vez sobre mis resabios de otra vida, sobre mis ojos se alejaban de Quebec a la menor provocación de aquellas melodías.

Las mujeres son así, saben leernos en el silencio de un parpadeo, cuando sin querer hacemos viajes a la primera vez de cualquier primera vez. Ni *Piano Man* ni *New York State of Mind*. Eran versos en cascada cuyo título ya no vale la pena recordar,

para qué, porque la cabeza me estalla a esta hora de la mañana, en el hotel, y siento las piernas hechas de barro, soy terracotas a punto de desmoronarme. Temeroso de que un mal viento me convierta en virutas, en los mil pedazos del lugar más común de mis malestares, procuro distraerme, pensar en una ciudad de arenas infinitas, granos de color pálido en los bulevares, calores secos durante los cuatro días que permanecemos aquí después de aquella cena portuguesa. Por cierto, *bife na pedra*, vino excelente, Madeira o algo del género, pastelillos de nata cuando volvieron a ganar los Diamondbacks y ahora estaban a medio juego de convertirse en líderes de su división.

Fue en el Alameda, durante las funciones dobles que se ofrecían en los cines Cabo de Dios.

Yo sugerí un trayecto breve a Tucson. Podíamos salir a primera hora de la mañana para evitar los riesgos del calor en el desierto de Arizona. Pero ella quería, quiso, siempre hizo las cosas a su manera, y dejaríamos Phoenix a medianoche para amanecer en El Paso, cruzar a Ciudad Juárez, esa era la idea, su idea, mirar otra vez el muro por el lado americano a las ocho de la mañana mientras nos reintegrábamos a la tarea de tejer nuestro camino con destinos hechos de intermitencias en la frontera, un paso aquí, otro en México, caminar de aquel lado y enseguida volver a todo esto.

Primero nos ordenaron descender de nuestro auto, con un español ambiguo de amenazas. Después nos hicieron esperar casi tres horas, sentados en una banca oxidada, el sol en la frente, escuchando las conversaciones que salían de una ventana en el puesto de guardia, y al final vino lo más desagradable: nos interrogaron dos oficiales, chalecos antibalas, miradas de desconcierto, armas a la cintura. Uno de ellos, sin modales,

ensuciaba las palabras con sus gestos, hablaba con boca llena de malos augurios, mientras el otro guardaba silencio,

¿Adónde se dirigen?,

A Ciudad Juárez, un par de días por aquí. Vamos camino al golfo de México, a visitar a mi familia,

¿Desde dónde vienen?,

Vivimos en Montreal, en Canadá,

y, dígase lo que se quiera, todavía era cierto, teníamos un domicilio más allá de nuestra decisión de nunca más volver a la rue Rosemont,

No pueden pasar hasta indicar el tiempo que permanecerán en México,

Ahora un par de días. Después, no lo sé, señor, menos de un mes,

y se me quebró el acento, debió ser eso, frente a los uniformes oscuros, placas metálicas, armas y miradas de perdonavidas. De inmediato supieron que mentía, que yo les había mentado al volver a México, porque no estaba seguro del tiempo, cuánto duraría nuestro tiempo en Cabo de Dios al entrar por Ciudad Juárez,

No pueden pasar... Bueno, usted sí, ella no, porque de acuerdo con las leyes de extranjería ella debió tramitar un permiso de internamiento,

Pero si mañana o pasado mañana pensamos retomar el camino por el lado americano,

y ahora mismo el otro cambió el tono. Miraba nuestras edades, los cansancios, llevábamos doce horas de jornada entre bastones (no era justo, se lo dije), y teníamos hambre, mucha hambre, cuando mi mujer quiso pasar al baño, pasillos descascarados, escritorios sin uso, archiveros arrumbados, cuánto hacinamiento de papeles en las estanterías, carpetas en desorden por todos

lados. Pedí permiso para acompañarla y a ella solo le hablaba en francés porque sentía un miedo extraño, un miedo parecido a los policías abusando de su autoridad en Cabo de Dios, cuando las patrullas nos imponían una vida de precauciones y de astucias. Para sobrevivir el asalto de los jenízaros, convenía no bajar la mirada, jamás toser dudas entre las sílabas, nunca dejar que tomasen la delantera en los aspavientos: mencionar amigos en el Gobierno, enchufes con regidores, palancas con algún primo periodista. Sin embargo, este era un miedo distinto, un miedo que hacía temblar de otro modo detrás de esos gestos de *mátalos-callando*, así eran los oficiales de migración, vestidos de negro, ropa blindada, gorras con insignia de gran comisario, pistolas automáticas y yo la miré en francés cuando regresó del baño, con el bastón en la mano. Quería decirle que no se preocupara, por favor, todo esto era un vodevil sin riesgo,

Hay pesadillas que se parecen a ese olor,

¿Y qué esperabas?,

Siquiera un poco de papel,

Peores cosas suceden en la vida que un baño sucio, mujer.

Lo mejor sería regresar a El Paso, ¿no lo crees?,

y cuando el malo interrumpió su propia curiosidad por la lengua de nuestros diálogos, levantó su voz, otra vez,

Estamos muy ocupados. Tienen que dar la vuelta y regresar al otro lado. Pero primero se debe pagar una multa por internamiento indebido,

Calma, calma, por favor. Esto se puede arreglar de otra manera,

dijo el que la hacía de bueno. Entonces adiviné la necesidad de untarles la mano, de bendecir el aceite, de lubricar el día con una mordida de varios dólares, de dejar algo para el refresco o de hacer de tripas corazón, y condescender. Así se decía el año

en que dejé todo esto, aunque, estoy seguro, claro, por supuesto que se siguieron inventando palabras para hablar lo mismo,

Entrar por la puerta grande,  
Contribuir a la grandeza nacional,  
Mojar la moneda con agüita mágica,  
Sacar a pasear a sor Juana,  
Darle de comer al uniforme,

y debo reconocer que quizás me voy quedando corto. Ya no sé medirles el agua a los camotes de la coima, veintiocho años son demasiados siglos fuera de casa, hecho el cohecho, y yo se lo había dicho a ella, fui claro al salir de Phoenix,

Lo mejor es partir el desierto en dos mitades, y dormir en Tucson antes de cruzar la frontera. Pero ella siempre ha querido hacer las cosas a su manera (ya se sabe..., no importa repetirlo), y entramos a Ciudad Juárez veinte dólares después. Era lo que traía en el bolsillo, y un paquete de chocolates Hershey's por repartir. Los oficiales, el bueno y el malo, tuvieron la amabilidad de escoltarnos a la puerta del auto, informarnos que la ciudad estaba en estado de sitio. Convoyes, retenes, helicópteros, tanquetas, un carnaval de divisas militares y de uniformes que iban del gris rata al azul gastado: policías especiales, batallones de infantería, gendarmería contra el crimen, escenas del Hollywood más irreal, agentes de la DEA, cuerpos de élite y también nos aconsejaron un buen hotel, armados hasta los dientes,

Cerca de El Chamizal hay un lugar seguro para dormir donde están hospedados los federales, porque ayer habían llegado seiscientos efectivos más desde la capital. La ciudad era el escenario de secuestros y extorsiones, de seis, siete, a veces más decapitados cada día, de mil feminicidios desde hacía décadas (¿quién puede llevar la cuenta de algo así?).

En efecto, el hotel hacía pensar en las series de televisión. Parecía el último párrafo de un mal cuento, cuando la narración nos lleva al capítulo final de un ejército en retirada, al relato de un dictador que se repliega con todas sus fuerzas antes de salir al exilio porque había soldados llenos de odio en la recepción, en el estacionamiento, en todos los pisos de todas las puertas de todos los ascensores. Un solo botones conducía a los pocos huéspedes, otros locos como nosotros, a sus habitaciones, así lo habría exigido el alto mando, sin duda, cuando se lo supliqué a mi mujer,

Ya no me hables en francés, por favor. Mejor no levantar sospechas, y el botones de saco cruzado, levita de imitación, zapatos de charol, pajarita morada, guantes un poco raídos y piel morena, iba delante de nosotros a paso muy lento.

En el pasillo del tercer piso, mi idea de México se había quedado atrás. No sé dónde, muy lejos de todo esto. De nada me hubiesen servido los enchufes en el Ayuntamiento, los compadrazgos influyentes, los fructíferos amiguismos, no, ninguna de aquellas artimañas era posible en un hotel donde los uniformes de campaña negaban la posibilidad de que un policía de barrio comprase mis mentiras de juventud, esos mismos embustes que me hicieron sobrevivir en una ciudad de otra época, ¿cómo decirlo?, en un país sin gritos de batalla en la puerta de mi propia habitación. Pero ellos seguían allí, haciendo guardia en los corredores, imponiendo sus armas de asalto al último capítulo de un México que durante veintiocho años, seis meses y dos días se había escrito sin mi nombre al acostarme. El cuarto estaba muy limpio, durante veintiocho años, ninguna ventana, seis meses, y ella telefoneó al restaurante del hotel, y dos días, y su español era impecable,

Dos comidas completas. Arroz y albóndigas, sopa de zanahoria, agua mineral y una botella de vino tinto, por favor. Cuarto 301,

y a las seis de la tarde (hora de Montreal..., ella quiso respetar siempre los horarios cambiados de la rue Rosemont) me despertó para cenar. Qué gusto el olor resucitado de las tortillas de maíz y el pocillo de barro con los chiles jalapeños. Bebí una copa de vino, primero, luego agua con hielo mientras ella preparaba la pregunta inevitable:

¿Así es Cabo de Dios?,

No lo sé. Hace tantos años que yo me fui de todo esto, mujer. Hay mil formas de hacerse extranjero en estas calles, y tal vez ya soy una de ellas,

porque estoy *desencanchado* de México (esta expresión cualquiera podrá entenderla, sobre todo después de lo vivido en estos meses). Y no fue el vacío de su respuesta lo que me sorprendió, sino intuir que quizás ya siempre sería así camino a Cabo de Dios. Tal vez nunca más encontraré la medida de las cosas, me presentiré ajeno en los sitios de mi memoria, seré un turista del presente a causa de las lenguas y costumbres que tuve que aprender para que la vida no sucediese sin mí allá en Quebec, o siquiera para que algo de lo que yo había sido hasta el año de mi destierro pudiese ocurrir sin contratiempos en las cafeterías de la rue Mont-Royal donde un hombre de raza negra continuará sembrando sus despropósitos.

Toda ciudad que se respete necesita un loco irreplicable, me distraje, un espíritu aferrado a las peores fantasías del destino. Aquel Mandela del mal olor hacía mirar el tiempo por la espalda del espejo, convencido de que los tifones, los deslizamientos, las erupciones, los huracanes, los terremotos sin par en la escala de Richter, las sequías bisabuelas de hambrunas

heredadas, el planeta hirviendo con efecto invernadero, las lluvias ácidas en verano..., convencido, en fin, de que todas las desgracias de la humanidad se deben a la política: los tsunamis en Filipinas tanto como el Río Bravo el día en que desvió su cauce milenario y se desbordó por el lado equivocado y un poco más de México fue otra vez de ellos, de golpe y porrazo Estados Unidos extendió varios kilómetros más su territorio en aquel accidente que provocó tantas discusiones fluviales mientras mi mujer y yo ya hemos caminado lo suficiente, aquí, en el parque de El Chamizal, entre los jardines que se recuperaron el año en que Kennedy, que dio su brazo a torcer, y López-Paseos (lo siento, pero así le decían), fumaron la pipa de la paz y se dieron la mano en una fotografía histórica a la mitad del mismo puente donde ayer esos agentes, el malo y el gentil, el más humano y el tan desgraciado, uniformes oscuros, cananas, botas de asalto, pistolas automáticas, gorros con insignias de gran mariscal, gafas de maleante, nos dejaron entrar a México y yo añadí una más a la lista de las ochocientas treinta y siete maneras de comprar a un funcionario público, a un miembro de la Policía Federal o a un oficial de migración: chocolates Hershey's en la justa y salomónica repartición del soborno. Y al caer el sol regresamos a Texas, gracias a Dios.

Pasamos una noche tranquila, casi aburrida, en un *No-votel* o en un *Apartotel* (no lo recuerdo), frente al aeropuerto de El Paso. Saldríamos a primera hora de la mañana rumbo a Lubbock, once horas de aridez, así es Texas, demasiada carretera de un solo golpe, y ella me tenía una sorpresa, quería obsequiarme algo... Cuánto me gustaban esos gestos de otro tiempo, hace tanto que no sucedían entre nosotros, casi desde el año en que comenzamos a vivir juntos en la rue Rosemont y llevábamos la cuenta de las cosas que haríamos antes de llegar

a la edad del retiro (incluida esa cocina mexicana salida de la misma revista sueca de siempre). Así es Canadá: la jubilación, la vejez, el final premeditado de cada uno, vaya organización, nunca lo entendí, si lo único que distrae la muerte es el trabajo, las ocho horas diarias que nos alejan, por fin, de la idea del adiós. ¿De dónde..., de dónde viene tanto anhelo de soledad, tanto anhelo por un asilo de ancianos, la rutina del especialista, las sopitas de verduras, las visitas al dentista, los pañales de fin de fiesta, los proyectos funerarios, los sacerdotes del amor al prójimo y otros pasatiempos del absurdo para entretener el abandono? No sé cómo explicarlo, otra vez, simple y difícil, mis ensaladas mentales, callejones sin salida o veredas sin luz, aunque lo cierto es que a mí Texas nunca me ha provocado ilusión. Su filosofía *the bigger, the better* confunde lo inmenso con lo intenso y lo grandioso con lo grandote, y no, Texas no me ilusiona, nada de nada.

Durante las primeras horas, manejé yo. Kilómetros o millas de vértigo horizontal (¿dónde aprendí a decirlo así?). Arenales, arbustos, cactus en el horizonte de la supercarretera, y hacía calor en septiembre, un calor polvoso, sol de arcilla en las axilas y en las corvas cuando llegamos a Lubbock, noche cerrada, y ella tenía hambre, yo solo quería dormir a la menor provocación de cualquier cama, por favor, en el primer hotel que se atravesara, por favor, qué más daba, y ya en pijama ella repitió la pregunta, esa que nos ha perseguido como un fantasma, incertidumbre copiada del mismo minuto de la misma hora de ayer,

¿Así es Cabo de Dios, igual que Ciudad Juárez?,

Es peor, mucho peor,

y ella soltó un esbozo de carcajada porque se ha tomado demasiado en serio aquello de que ya nada importa. Mejor así, y el cuerpo me ha prestado un último instante para suplicar,

Por favor, no más secretos, mujer. ¿De qué se trata Lubbock?,

mientras ella, que parecía feliz, no dejaba de suspirar. Esa fue su única respuesta, tres suspiros amenos cuando al día siguiente han dado las ocho y mi mujer saltó a la ducha sin que yo me diese cuenta.

Me acerqué a la ventana de una ciudad plana y ladrillosa. Paisajes de un verdor triste, avenidas desafiando la curiosidad porque la realidad seguía sucediendo, inacabable, más allá de la mirada. Era un pueblo a punto de comenzar o un mundo al borde de la extinción, según se fuese o se volviese de la necesidad de querer explicarlo, y cualquiera en Lubbock dirá que ningún otro sitio se parece a la tranquilidad de sus horizontes de arena, únicos en la historia universal de la soledad, y ahora levanto la voz en el restaurante de nuestro primer desayuno, aquí mismo, porque yo también puedo ser exageración texana: el invierno no tiene medida en las palabras, allá en Quebec, los termómetros son insuficientes, allá en Quebec, y desde el inglés de mis acentos quiero llegar a las mesas vecinas, que sepan y conozcan los milagros necesarios para triunfar sobre las celliscas, y así continúo, hablando fuerte de los alces y de la miel de maple y del bilingüismo y de los osos blancos y de las auroras boreales que, la verdad de la verdad, yo nunca llegué a ver, allá en Quebec.

La sorpresa había pensado en mí, era cierto. Un auditorio mayor en el centro de esta ciudad donde reservó entradas para escuchar a Noam Chomsky, conferencia magistral, tres horas

sin parar, lleno de bote a bote, aire acondicionado, pantalla al fondo, atril de lujo, micrófono al centro y la impaciencia de su llegada..., Noam Chomsky, ¡nada menos que Chomsky, mujer!,

Sí que te escupiste la mano,

No te entiendo y claro que te entiendo,

y ahora nos hablábamos en francés. Olvidaba lo mucho que por estos rumbos es imposible guardar el anonimato, casi todo el mundo habla o entiende el español. Quizás fue una necesidad de artificio: tener un canal exclusivo, eso quisimos siempre, una calle intocada para existir a solas, aun en el espacio público, a la mitad de un viaje en metro, también en las mesas de los *croissants* de aquel café portugués que no había vuelto a recordar mientras se lo pregunto, en su propio idioma, en la inminencia de la espera, en este auditorio,

¿Cómo se te ocurrió?,

Hablé con Jean-Marie hace tiempo. Me dijo que un buen regalo para ti sería un boleto para oír a Chomsky. La verdad es que yo no lo conozco, y aún me sorprendió su edad y que siguiera tan activo en sus conferencias,

y la audiencia comenzó a ponerse de pie. Todos aplaudían, como en oleadas. Él llegó por un pasillo lateral, descendía, solo, despacio, suelas deportivas, pasos tranquilos, sin anfitriones ni malas sombras alrededor, tampoco guardaespaldas ni damas de compañía, un sabio con cara de sabio que subía por las escaleras laterales hacia el estrado. Vestía una camisa celeste, pantalones claros, carpeta en la mano, sonrisa mayor, y el temblar de sus facciones de abuelo, y el dulzor de su acento tan entrañable, todo invitaba a escucharlo más allá de las palabras. Su cabello, blanquísimo, exigía reinventar la palabra *política*, porque nuestra tarea primordial, hoy en día, era cambiar las nociones de

la democracia. La mayor exigencia de nuestra generación hizo una pausa..., es el tema ecológico, y continuó,

Al paso que vamos, y esto es una verdad científica, en seis generaciones asistiremos a la extinción de la vida en el planeta, y lo sabíamos, todos conocíamos este miedo a mirarnos de frente creyendo que al hacerlo las cosas perturbarían nuestro ritmo de vida. Esa era, de hecho, la solución: teníamos que mirarnos de frente, así lo dijo, de frente de una vez por todas, y desistir, también de una vez por todas, en la dinámica de transformar nuestras verdades más esenciales en argumentos a favor de la economía de mercado,

La naturaleza y el destino no son ideológicos, y ni siquiera nos pertenecen como objetos de estudio o de conocimiento. Las tomamos prestadas para entendernos un poco mejor, y nada más,

y otra vez lo sabíamos, ella y yo, quizás también los demás, que habíamos preferido la teoría social de todas las cosas antes que a las cosas mismas. Mi mujer comenzó a llorar, luego un poco más, y tanto y tanto y tanto que al final supuse que Chomsky era su sorpresa más anhelada antes que un regalo de ternura hacia mí cuando se abrió la ronda de preguntas y ella fue la última que tomó la palabra levantando la mano desde su bastón. Con dificultad, se puso de pie mientras uno de los edecanes, disfrazado con una solemnidad de aerolínea comercial, saco verde y corbata roja, le entregó el micrófono,

¿Usted cree en la esperanza?,  
dijo sin disimular la evidencia de su acento francés en el inglés obligatorio de aquella hora. De haberlo visto venir, de haber sospechado su pregunta, quizás le hubiese prestado una de las mayúsculas que suelo utilizar cuando la nombro, para que mi mujer interrogase a Chomsky con otra ortografía en la Esperanza,

con esta misma palabra que hasta hoy no me ha servido de gran cosa y yo solo quería un cigarro, fumar junto al Nica, contar el número de cervezas posibles en todas las revoluciones que ya siempre perderíamos: pensaba en él, no sé por qué, en él y en los bares de Montreal a los que me hubiese gustado volver, solo por hoy, para presumir que Chomsky inició su respuesta preguntándole a mi mujer algo incoherente desde su atril,

Disculpe señora, ¿cuántos años tiene?,  
el público sonrió,

Este año llego a los cincuenta y ocho,  
y era como si él lo hubiese sabido, que mi mujer tenía un año más que yo. Ya nadie lo nota, quizás porque ambos hemos envejecido de un solo golpe o porque nuestros cuerpos han comenzado a resumir sus futuros. Somos un tiempo apresurado porque todos los porvenires que nuestros músculos pudieron vivir, todas las vejezes que teníamos el derecho a reclamarle a Dios, nada de eso sucedería ya en nuestras biología. Sin duda, nuestros semblantes decidieron concentrar lo irremediable en algo que dio inicio hace once meses, tres semanas y cinco días, en mí, hace once meses, tres semanas y cuatro días, en ella, cuando yo solo quería presumirle al Nica que Chomsky le dijo algo así, una cosa como de truco aritmético, como de manipular cábalas o de jugar con las cifras que a todos nos habitan,

Igual que yo, señora, pero del otro lado de la vida. Sus casi cincuenta y ocho caben en mis casi ochenta y cinco años de edad,

y el público volvió a sonreír. Después, se hizo un suave silencio alrededor de su voz mientras él fijaba sus anteojos en el bastón de mi mujer,

Sí, señora, por supuesto que hay esperanza,

(alguien dígale a Chomsky que aprenda a utilizar las mayúsculas donde se debe) y luego se lanzó a lo estadístico. Un haz de luz lo enfocaba y los altoparlantes eran ecos llegados más allá del silencio,

Sin duda hoy se vive mejor que hace un par de generaciones. Y si acaso es difícil creerlo, pensemos en lo mucho que la seguridad social se ha ido dilatando hasta administrar parcelas del destino que hasta hace muy poco reclamábamos para el ámbito de lo privado. Espero ser claro, señora, y se lanzó a dar ejemplos con los institutos de protección a la infancia, las casas de refugio para mujeres maltratadas, los cupones de alimentación. Descubrí, entonces, algo que jamás podría discutir con nadie, ni siquiera con Jean-Marie, tampoco con mi mujer, mucho menos con el Nica: Chomsky hablaba como americano, era un sabio de por aquí, un alma con pasaporte preciso. Puede ser que adecuase sus respuestas a un público que consideraba poco menos que muy doméstico, el auditorio de Lubbock, la gente de Texas, y otra vez quise regresar al Ludik, al Sarajevo o al Vasco da Gama, pararme a la mitad de la rue Sainte-Catherine a la hora en que el Nica regresaba de su trabajo arrastrando los fracasos de otra época, venido a Quebec como muchos otros exiliados, de Nicaragua, de Guatemala, de Chile, de México, de Argentina, de El Salvador, a veces también de Paraguay, y le daría la sorpresa de mi abrazo, ¿cómo estás, Nica?, antes de presumirle con voz atrabancada que conocí a Chomsky el día en que discutió con mi mujer a propósito de las esperanzas (sin apelar a mis ortografías más personales, como ya se sabe).

Descendió del estrado, la mirada fija en nuestros asientos. Las luces se encendían con lentitud, ahora mismo, y nos pusimos de pie para integrarnos a este aplauso que él no quería

recibir pero que agradecía con gestos tranquilos. Caminó hasta nuestro sitio para saludarnos, una pareja de tullidos, era de esperarse: primero a ella, después a mí, y era un sabio de dar miedo el tal Chomsky, y enseguida fuimos un abrazo a seis manos, los bastones colgando, y era la ocasión que mi mujer esperaba para decirle algo, algún mensaje secreto, murmullo en voz baja, sigilo en francés... Él respondió con un parpadeo de ternura mezclada con algo de solidaridad o de compasión, no estoy seguro, y olía a persona mayor, era un anciano con todas las de ley, y en el camino al hotel regresé a mi erudición más inútil (a mi ociosa sabiduría, así bromeaba ella) para explicarle una y mil veces que sí, que Chomsky era el padre de la gramática universal, claro que hablaba francés, mujer, y no quise conocer lo que le dijo al oído porque gracias a sus estudios sobre el lenguaje lo más probable era que hablase y entendiese muchos idiomas al mismo tiempo, mujer, y después gastó horas de horas encerrada en su libreta.

Al día siguiente de Chomsky, tuve un deseo incontrolable de regresar a Montreal. Le supliqué que nos fuésemos de allí, de inmediato, algo se respiraba mal en el ambiente de una ciudad tan plana y tediosa, sin colinas ni exabruptos, así era Lubbock, o así me lo parecía: un mundo de horizontes infinitos donde nadie puede escapar de las miradas ajenas. Y yo estaba seguro del español de Chomsky, aunque no se lo dije, cuando ya casi llegábamos a Houston.

Autopistas, rampas, letreros, acotamientos, semáforos, pasos a desnivel, anillos de asfalto, todo tan peligroso, todo tan arriesgado. Si la vida supiese lo que nuestro auto significaba en el carril de alta velocidad...

## Parte alta

He vuelto a fumar como chacuaco (así se decía en el pueblo).

Hoy solo estoy para repetir recuerdos, para fotocopiar palabras, mientras espero. Chacuaco. Y tiro la bachicha del cigarro sobre las aceras de la rue Peel, cerca de unos aparadores con llaveros, tazas, imanes, cachuchas, ceniceros. En el interior, postales, camisetas, mandiles, plumas, cojines de viaje, monedas conmemorativas, encendedores grabados, hacía tanto que no entraba a un oasis para turistas, y lo que yo necesito es un mapa con las carreteras americanas mientras descubro la miel de maple, el té de maple, las galletas de maple, ¡jabón de maple! (así se dice en mi pueblo, *maple*, y qué más da). Una guía de autopistas, ya casi no las imprimen, mejor preguntarle a la empleada, eso es lo que busco entre repisas atiborradas con regalos de ocasión: objetos de baqueta, portavasos, abrecartas, sudaderas con el *Montreal* en el pecho, pulseras tejidas con motivos polares, auroras boreales en la miniatura de cuadros y serigrafías. Un pequeño atlas de caminos me ayudaría a planear el viaje mientras revivía la expedición definitiva de mi desarraigo, cuando salí de Cabo de Dios y no me preocupaba saber de carreteras porque todos los caminos del norte llevaban a Canadá.

Abordé un autobús hasta la frontera. Salí del puerto por la noche y amanecí en Matamoros a las seis de la mañana, listo para cruzar el puente, pararme en la fila, hablar con los oficiales americanos, muy parecidos a nosotros, los mismos gestos (Rodríguez, Paniagua, Campa, Olivares..., podía leer los nombres en las plaquitas de sus uniformes), mexicanos bien alimentados, nacidos y criados más allá del río que parecía convertirlos en espectros de una nacionalidad inesperada. En Brownsville abordé un Greyhound hasta Dallas, luego fue Nueva Orleans en la medianoche de marzo, autopistas del aburrimiento, qué duda cabe, y me sorprendía con los cruceros y los pasos a desnivel señalados en MAYÚSCULAS para evitar extravíos, y al día siguiente fue y fui y estuve en Atlanta, mirando la negritud de su terminal de autobuses, la multitud de viajeros, mis desconciertos ante el infinito de los andenes, y cambié de unidad antes de despertar en Washington, con frío, mucho frío, como hoy pero distinto porque aquel era un frío iniciático y hoy es un frío sin remedio. Me descubrí charlando con tres braceros guatemaltecos que se dirigían a Vermont, oriundos de Antigua, ¿conoce usted?, a la pizca de la manzana, y bebían un chinguere barato (así se dice por allá), y hablaban de sus mujeres en la noche de sus asientos, y también daban gracias a Dios por un año más de trabajo. Uno de ellos no tenía dientes, encías descascaradas, sombreros de palma, los tres, y esa fue la primera vez que lo intuí con estas letras: las autopistas americanas están hechas para ciegos, y a Nueva York llegamos después de varias noches de motor en el cuerpo, cuando yo creía no dar para más y atravesamos el Lincoln Tunnel con cara de circunstancia.

¿Cómo fui a parar en todo esto? ¿Era verdad que ya no estaba por allá?, y esperé cerca de cuatro horas el nuevo trasbordo, entre un vaso enorme de café y mi mal aliento y este

pan dulce de precio insoportable. Me levantaba de la banca para estirar las piernas, y era infinita la terminal de Nueva York, paneles iluminando cien pasillos en una red inmensa de galerías, como un gran pulpo de mosaico, conectada por las bandas sinfín de las escaleras eléctricas (parecidas a los dibujos de Escher, aunque no creo haber tenido tiempo de presentirlo así..., no sé..., ya no estoy tan seguro).

Supongo que a la isla de Montreal llegué aún en Nueva York, esperando en esa banca a la que iba y volvía sin cuidar mi equipaje. Nadie hubiese dado nada por el contenido de la maleta, poca ropa y los diez libros que decidí salvar en caso de desastre: *Piedra de sol*, porque este viaje era mi catástrofe verbal, mi desahucio de una lengua, Jaime Sabines y Neruda y César Vallejo y *Don Quijote* (era de cajón) y *Cien años de soledad*. También, *El mundo es ancho y ajeno* y un Benedetti: otra vez no te salves, otra vez no te quedes inmóvil al borde del camino, y algo más que no he olvidado pero que conviene callar. Era mi expulsión de la vida cuando lo de Cuauhtémoc Cárdenas en el fraude del ochenta y ocho, mientras recuerdo que las autotopistas americanas trabajarán en nuestro favor, están hechas para ciegos, qué duda cabe, y mi pesimismo encontró razones suficientes para buscarse un destino fuera de México en ese año. Por cierto, en Nueva York barrunté un Montreal sobrepoblado de exilios, variopinto de desarraigos, inacabable en el colorido de las nostalgias que lo habitan porque en aquella hora de mis descuidos conocí a don Carlos, colombiano, hijo de una época malherida y admirador del gran Camilo (Camilo Torres, por supuesto). Regresaba a Canadá después de visitar a una hermana enferma en la gran manzana, también exiliada, hombre bajito, cincuenta y cinco años, o más o menos, y pasamos el camino

hablando de justicia social y de todos y cada uno de los consejos para sobrevivir el invierno,

Hay que aceptarlo. En Canadá el frío dura diez meses, y lo demás que se diga son maricadas, hermano,

y yo admiraba el paisaje, la bella desolación del blanco detrás de las ventanillas. Tenía miedo de no entender las coníferas que me distraían de un hombre todo solemnidad y todo desparpajo,

Las carreteras acá son tan tontas, añadió al presentirme extasiado en el horizonte de la nieve, y era cierto, en esas autopistas sería imposible perderse. No tropiezas ni con los ojos cerrados, y don Carlos el colombiano repitió las borrascas e insistió en los carámbanos (palabras descubiertas en ese autobús). Tantas voces nuevas pronunció antes de llegar a Montreal, y además habló de su propio destierro, de la memoria de su primera jornada polar, del inicio de otra vida para él, porque yo estaba allí, compartiendo el asombro y el camino y la media tarde de marzo,

Hacía un frío de miércoles, hermano. El viento te escarchaba los apellidos, a principios de los setenta, y por primera vez oí hablar de los nuevos cumpleaños del migrante, porque los recién llegados siempre recordarán su segundo nacimiento. Él aterrizó en un vuelo procedente de Santiago, durante los años de Salvador Allende, cuando Chile se había convertido en el último refugio de todos los perseguidos políticos del hemisferio: había luchado dos o tres años en un ejército de liberación allá en Colombia, fue uno de los testigos de la muerte de Camilo (Camilo Torres, por supuesto), y los muy hijeputas lo habían acribillado en su primera acción revolucionaria, y en la isla de Montreal todo dependía de aprender a no pensar el frío,

La tembladera ataca dos veces cuando la conviertes en palabras, y pasamos por Albany. Coches con cadenas en las llantas, y en un pueblito cercano bajamos a tomar café. Era increíble lo bien que me venía estirar las piernas, me recuperaba con apenas un par de minutos de libertad en las rodillas mientras la nieve del otro lado de las vidrieras lo invadía todo y yo echaba mano de mis explicaciones de migrante recién salido del cascarón: la nieve era tierra transparente cayendo del cielo, azúcar congelada en las aceras, arcilla blanca en los alféizares. Descubrí mis pasos de niño saliendo al exterior, aventurando el frío bajo los zapatos, y recelaba de tantas cosas, tenía un miedo insospechado, un miedo nuevo, miedo a nunca pertenecer por completo los vocabularios de nada de esto, y hacía frío, otra vez, un frío tan atroz como el desamparo.

Después confesó haber estado allá mismo, en Patio Cemento, a la mitad de la muerte de Camilo (no debe dejar de aclararse, otra vez: Camilo Torres, por supuesto). Carajo, se puso verraca la cosa, y como a las ocho de la noche llegamos al puesto fronterizo de Plattsburgh. Oficinas a prueba de inviernos para que nadie titiritase durante la revisión de los documentos y yo fui el último en regresar al autobús con una carpeta enorme, llena de papeles, trámites, sellos por solicitar, entrevistas en las ministerios de la seguridad social, muchas, muchísimas cosas durante la noche de mi nuevo cumpleaños al salir de Plattsburgh y mientras él sobrevivía como guerrillero, cazando soldados, comiendo un arroz inhóspito, a veces plátanos quemados, fumando lo que se pudiera, allá en Colombia, hermano,

El último año de montaña trajo una tuberculosis de matar a tres batallones. La dirigencia decidió que había dado ya todo lo que podía para la causa y era justo y necesario devolverme

a la vida civil. Mi nombre de guerra siempre fue Sam, igual al Sam de *Casablanca*, ya lo ve, qué risa, y ni siquiera toco el piano, prefiero las cumbias o las bachatas. *Play-it-again, Sam*, esa fue la canción que me mantuvo con vida, no sé por qué, y yo estaba un poco perdido en su historia cuando lo sacaron a escondidas de la selva. Lo mantuvieron oculto en un hospicio de barrio pobre, ¿en Popayán?, hasta que lo deslizaron a Ecuador por Ibarra, papeles falsos, otro tiempo, sin duda, hermano, y por la ventanilla ya era noche cerrada cuando arrancó el Greyhound que una hora más tarde me depositó en el mes de marzo de una terminal de autobuses, a muchos grados bajo cero, en la estación de Berri-UQÀM, y hacía frío, mucho frío, tanto como el desamparo.

Fue una especie de retiro espiritual en movimiento. Las casi ochenta horas de viaje que traía en el alma me hicieron comprender la verdadera distancia de las cosas. No sería fácil regresar a Cabo de Dios, y gracias a don Carlos el colombiano, que después siguió su camino a Perú, pasó por Máncora, Lima, Cuzco y Puno (en Arequipa se casó con una *descendiente* de Manco Cápac, decía boquiabierto de carcajadas), gracias a él yo había llegado a Montreal en Nueva York y un buen día corrió todo lo que pudo correr en la medianoche del desierto de Atacama donde lo recibieron los camaradas chilenos en San Pedro. La opción era el exilio, le informaron, Australia, Suecia o Canadá, y, claro, lo último sonaba más cerca, ¿cerca de qué o lejos de dónde?, era un sinsentido, pero Canadá le insinuó el nombre de Camilo y de las montañas a las que nunca regresó,

Jamás pude volver a casa, hermano,

Lo siento,

y fue siempre muy desprendido. Me recibió en su casa la primera noche de mi segunda patria (sí, suena mal, y a quién le importa,

la verdad, ¿a quién puede importarle que lo diga o que lo calle de esta manera?). Los días siguientes quiso acompañarme a las oficinas de la seguridad social, trámites y mis urgencias y más papeleos, y descubrí su verdadera intención, al lado de una mujer bajita, como él, su esposa de Arequipa, enferma de cáncer, piel sin vida, pañoleta de sien a sien, ojos resignados, vestidos de nunca salir de casa, ya no, y tenían una hija que trabajaba en las cocinas del viejo puerto, porque don Carlos el colombiano se había convertido en ministro evangélico, como el padre Camilo pero distinto (ya se sabe cuál, tampoco es que haya muchos), y su nueva revolución pasaba por ganar acólitos para ese culto hecho de un hielo nuevo y ayer averigüé el principio de la temporada: un juego entre Azulejos y Piratas. Todo saldrá bien, las carreteras americanas siempre han sido muy seguras, casi aburridas, y Toronto será nuestra primera escala durante el próximo marzo en que quizás comience a desandar la memoria de mi primer cumpleaños canadiense.

A don Carlos el colombiano no lo volví a ver. Para entonces, ya no creía en Dios. Alguna vez, no sé cuándo ni cómo, me hubiese gustado escribir sus años en la guerrilla, sumar su historia a las miradas de todos los perseguidos por la *guerra sucia* que conocí al llegar a la isla de Montreal. Mejor no recordar al Nica.

DETALLE: regalos de Navidad este año, solo cosas de viaje. Una tableta con GPS. Cojines especiales para el conductor, guantes de piel, gafas con protección ultravioleta. Pensar, pensar, pensar...

Uno de los mejores «Autorretratos» que le escribí a Jean-Marie fue el de los nuevos cumpleaños del recién llegado. Pensando en aquel *play-it-again*, Sam (como bien puede suponerse), lo

escribí de un solo golpe, aunque mejor no distraerse, confesar que las cosas no han seguido un orden natural, febrero ya está a la vuelta de la esquina y yo gasto casi todo mi tiempo tratando de descifrar los adioses que me persiguen.

Solo yo sé que me despido, aunque no siempre habré sido capaz de ocultar mis requiebros en la voz. Algún suspiro largo se me habrá escapado, algo de lo que pienso, vivo y escribo desde octubre se trasminará entre las sílabas de un idioma que, a pesar de tanto esfuerzo, nunca será mío (piénsese lo que se quiera, los verdaderos gritos del alma están en la lengua de los sueños, y yo hace rato que lo sé, sin metáforas ni poesías: a veces despierto con la certeza de no haber entendido mis pesadillas, porque a la mitad del francés de cada noche las cosas cambian de lugar... Y sí, yo duermo, ronco y amanezco en idiomas que no entiendo). Y lo peor no es que alguien como Eme, de quien ya me he despedido unas cien veces por última vez, intuya el adiós definitivo de mis frases, sino la tediosa certeza de que volveré a charlar con el negro de los dibujos que ahora se sienta en mi mesa de la rue Mont-Royal. No deja de recorrer las noticias del día para saber insistir que todo es mentira, ¿cómo te va?, bien, gracias, y la semana pasada volvió a repasar ante mis ojos los atentados y las balaceras en Estados Unidos, incluso desvió su pantalla para mostrarme los rostros repetidos de los policías, de los bomberos, de los paramédicos, de los soldados: se trata de una obra de teatro orquestada por los ladrones de la historia universal, que mirase y lo juzgase yo mismo, porque en el bombazo de Oklahoma había policías de Columbine, el 11 de septiembre sucedía con las mismas ambulancias de la matanza en la Universidad de Virginia, y así siguió, durante la última vez (creo que fue la penúltima) que hablé con él. Yo miraba de

rejo hacia Eme, sin decir nada, y afuera había un mes bajo cero desde hace tantos años.

Lo que de verdad comenzó a provocarme inquietud, fue mi miedo a revelar el embuste de las normalidades que ya no soy. Luego entendí que se trataba de una buena señal, el miedo, porque las angustias de los primeros días habían derivado en el proyecto de un viaje pagado con dinero ajeno. Poco a poco constatamos también la extinción del afán de triunfar sobre los demás, y tal pareciera que hemos nacido a otra filosofía, a la mejor de todas, a pesar de nuestra condición: ya no nos importa tener razón en la vida, ya no habitamos ese fuego que antes nos movía, junto a los demás, a ejercitarnos en el espejismo de las últimas palabras, y también ya hemos dejado atrás los antifaces del juez y el juicio y el jurado que tanto le sirven al mundo para irse a la cama con la tranquilidad de algún deber cumplido. Tener razón, al menos una vez al día, imponernos sobre alguien en el gastado campo de batalla de los refranes, ese era uno de nuestros motivos para seguir adelante, juntos, uno frente al otro, todos estos años, nosotros contra nosotros, nosotros contra los otros, y ahora, desnudos (por fin) del deseo de condenar a nadie, dábamos vuelta a la página, mi mujer y yo, y seguimos adelante allí donde hasta hace muy poco hubiésemos querido imponernos sobre los demás, y acaso también humillarlos.

Bien visto el asunto, ella era la única que podía pensar como yo, la única capaz de reflejarse en todo esto. Y bien pensado, otra vez, yo era el único que sabría reconocer la mentira de su voz cuando decidimos que sería un Smart, ni Jeep ni Volvo, un Smart para dos personas, eso era lo que ella deseaba: lanzarse al camino en un auto diminuto cuando la dejé sola con el vendedor, los trámites, la solicitud de crédito, la verificación de nuestros permisos de conducir, las bases de datos donde el

universo de las finanzas guarda el archivo secreto de cada uno de nosotros,

¿Qué color les gusta? Hay varias opciones, lo mismo que los interiores,

Nos gustaría blanco con vestiduras de piel..., asientos azules si es posible...,

Dejen ver,

y, desde luego, el vendedor asumió un gesto heroico, como de hombre dispuesto a todo en los laberintos de su escritorio. Otra vez miró la pantalla con ceño fruncido, descolgó un teléfono (es un decir, era inalámbrico), volvió a mirar un poco más antes de desaparecer por unas escaleras de las que regresó con cara de sorpresa o de satisfacción o de misión cumplida y yo saqué la mirada del coche en que entreteníamos la espera, mi mujer y yo, mientras nos imaginábamos en Nueva Inglaterra camino a Massachusetts en la agencia de autos,

Si te dan ganas, también tú podrás conducir, lo que quieras y cuando quieras. No pasará nada, y, aun si pasa, no pasa nada,

fue la última vez, el último contrato, el compromiso final que firmamos juntos, mi mujer y yo, con un vencimiento a sesenta meses. Seis por ciento de interés anual con recargos fijos en caso de retrasos, pero la entrega demoraría un par de semanas,

No les importa, ¿verdad?,

Claro que no,

Claro que no,

respondimos al unísono porque nos urgía volver a la sala de exhibición, refugiarnos en la felicidad de figurarnos en New Hampshire,

Apresura, ya, ya casi,

mientras se ajustaba el cinturón de seguridad, y yo era su copiloto exigiendo puntualidades en el camino. Quería ver a los Tigres de Detroit, y cuánto me hubiese gustado asistir al juego perfecto de Billy Chapel en el antiguo Yankee Stadium (después se retiró de los diamantes, aunque fue algún lío amoroso lo que le hizo tomar la decisión de dejarlo todo), y teníamos hambre, mucha hambre, mi mujer y yo,

¿Qué te apetece? ¿Quieres comer algo por aquí? Yo no le pondría ningún reparo a una buena hamburguesa,

Oye, ¿qué nos falta?,

No estoy seguro. Encontré un buen *GPS*, pantalla pequeña. Y ayer compré las dos maletas que nos hacían falta, y entonces me propuso un suicidio romántico. Qué risa, presintiéndonos camino a las series de campeonato, ella me suicidaría a mí y viceversa, quizás en Oakland, cuando los Atléticos estuviesen a medio *inning* de añadir otra estrella en la historia de sus campeonatos. Sí, qué risa, desbarrancarnos en Illinois, estrellarnos en Georgia, morir por mano propia (pero a mano cambiada) en Pennsylvania, mi mujer y yo, y no he sabido descifrar nada más en su mirada, salvo la decisión de irnos pronto de la isla de Montreal.

Estaba lista para la fuga en aquella concesionaria de autos, cuando firmamos algo juntos por última vez, mi mujer y yo...

Y yo la suicidaría a ella, y viceversa. Qué risa.

Tal vez lo sepa todo, o solo es que ha aprendido junto a mí a disimular en varias lenguas.

No regresaré a la oficina, al menos no en horas hábiles.

Ayer pasé muy temprano por el edificio, y me introduje en silencio. El vestíbulo desolado, el escritorio vacío de los vigilantes, el ascensor con rejillas de madera, el silencioso pasillo

alfombrado, los colores sobrios, el letrero de los últimos años, la puerta de mi oficina, todo en su lugar y no quise entrar a mi despacho, era superior a mis fuerzas. Sobre su mesa he dejado un editorial para Jean-Marie, escrito a mano, como en los viejos tiempos, cuando los teclados no nos alejaban de la vida, con tachaduras y correcciones al margen. En un editorial de fondo político, analicé las relaciones entre Canadá y México y me he permitido exigir al parlamento de Ottawa su total y absoluto rechazo hacia Peña Nieto, la obligación de denunciarlo en escenarios internacionales por sus políticas de represión, por los miles de secuestros y desapariciones forzadas. Los intereses comerciales no deben regir la vida de una nación que se llama libre y se autoproclama democrática. Traté de imprimir en la caligrafía un aire de *sálvese-quien-pueda* sin llegar a los excesos panfletarios, e insistí en hacer público cómo las mineras canadienses están envueltas en actos indirectos de genocidio mientras señalaba las hipocresías jurídicas de la administración Trudeau. Me atreví a tocar las llagas de lo ecológico utilizando palabras como *bioaniquilación*, *contrautopía* y *apocalipsis* con el objeto de arrojar luz sobre la responsabilidad de Ottawa al seguir subordinando sus relaciones internacionales a los dictados del capital (vena marxista, allá que Jean-Marie lo corrija). Al final, le he dejado una notita deseándole mucha suerte en lo que viniese después de mí, y el deseo sincero de que la agencia siguiese por el camino bilingüe de la transparencia, y los mayores éxitos para ti y los demás colegas,

Todos estos años me han convertido en una mejor persona. Nunca podré pagar tu amistad y tu presencia. Me tienes, como siempre, a tus amables órdenes por las vías acostumbradas. Recibe este fraternal abrazo hecho de palabras honestas,

así lo escribí, o más o menos, y caminé por la rue Peel a esa hora en que Cris el armenio termina de hornear el pan y las mesas del Presse Café exhiben una tranquilidad histórica. Sin clientes alrededor, lo descubrí cansado en sus labores de las siete de la mañana, limpiando el piso, frotando la barra, separando utensilios en una bandeja, y de inmediato pensé en aquel poema de un autor que aún detesto: en todas las cocinas hay un lugar guardado, un grifo laminado de Esperanzas, o algo así, y entré a darle la sorpresa de mi presencia, ahora, aquí mismo, con el inglés sobrecargado de frío que siempre desembolso al beber mi primer expreso de la jornada. Más tarde vino a mi mesa, mirada lejana, semblante tranquilo, inquieto ante la posible aparición de algún cliente que lo distrajese de nuestra charla cuando le hago saber que dejo la ciudad, Cris, hoy es la última vez que nos veríamos en un buen tiempo, Cris, y el aire de melodrama, y la densidad de mi voz, y gracias a Dios él entiende menos de lo que parece y no quiso cobrarme y la mañana se nos vino encima,

Tengo que pasar a recoger una sorpresa para mi mujer.  
Cúdate mucho,

le dije, porque su teléfono celular nos había interrumpido ya un par de veces. Así era siempre, Cris el armenio, del otro lado del tiempo: bastaba una llamada para alejarse de cualquier charla, y sin pretenderlo fuimos la rutina de compartir este anhelo de que la vida, la vida de la vida de todo el mundo, también la suya y también la mía, no nos resultase tan extraña. Debe ser natural, por supuesto que desde luego que no me cabe la menor duda, el anhelo de un mundo sin injusticias, y debe ser verdad, también, que la biología del cariño es la fuerza que nos nutre mientras en silencio sospechamos que tantas cosas deberían cambiar, corregirse, comenzar a ser en la novedad de lo bello.

Un apretón de manos, y a la estación. Voy sobrado de minutos, claro, y a mi mujer le conseguí la chamarra oficial de los Expos de Montreal, comprada a un coleccionista de Ahuntsic, varios miles de dólares, qué importa, vuelvo a ser un poco mi adolescente necesario, y esta noche la esconderé en el auto y esperaré el momento oportuno, el primer síntoma de su apoplejía, cuando su cuerpo (o el mío) comience a escaparse sin remedio. Entonces se la entregaré. Las tristezas venideras incluirán estos sorprendivos paréntesis..., de nueva cuenta, simple y tan difícil de explicar.

Tal vez todo esto ya lo sabía, aunque hace un buen rato que no llevo ningún cuaderno encima. Ahora me dedico a mirar la ciudad sin escribirla, sin escribir siquiera que tal vez quise escribirlo, y en el metro estuve cinco minutos, solo dos estaciones, suficiente para escuchar el anuncio en las bocinas,

A causa de un suicidio, el servicio sobre la línea naranja se ha interrumpido hasta las nueve y quince de la mañana, y yo sé bien cómo se las gasta la compañía de transporte. Te van dando largas y más largas, tres, a veces cuatro horas de eternidad en las esperas. Mejor pagarse un taxi, o solo caminar un poco y yo quise dejarlo al destino, buscar entre todos estos accidentes la posibilidad de que aquella chamarra extraordinaria llegase a tiempo, o de que no llegase nunca, a las sonrisas de mi mujer. Será el día, hoy mismo, este instante aletargado de interrupciones, el que camine por mí hasta la estación Crémazie, una hora de frío en el cuerpo, quizás un poco más. Hacía sol, un buen día de resolana entre los árboles sin hojas y los comercios del bulevar Saint-Laurent, y mi espíritu ya se había ido, ya no estaba conmigo, me sentía vacío de preocupaciones, y cada tienda evocaba un desarraigo que se me parecía (así lo sentí). Jugué a imaginar las odiseas de los cocineros en los restaurantes

chinos de aquella mañana, los matrimonios arreglados para que los africanos pudiesen obtener sus papeles y trabajar como esclavos en la ciudad, reproduje todas y cada una de las mentiras del refugiado latinoamericano para triunfar sobre la deportación, y en el barrio portugués miré las pantallas gigantes del bar donde muchas veces vi los clásicos del Barça contra el Real Madrid. Y seguí adelante: mueblerías, ópticas, una panadería libanesa, cafés con fachadas de otro siglo, el mercado latino, la pizzería ocasional, los judíos de un comedero para turistas y aquel establecimiento iraní dedicado a la importación de textiles pagados a precios felices en todos los eslabones de la cadena de producción (así se anunciaba). Montreal es nuestra ciudad más extranjera, qué duda cabe, porque en sus códigos postales ha echado raíces el artificio de estar en las nostalgias.

Tenía frío y aún faltaban muchas cuadras cuando decidí doblar en la próxima esquina. Mejor buscar otra estación. Y el suicidio había tenido lugar aquí mismo, entre la gente que desesperaba para abordar un vagón en el metro Mont-Royal, y sentí el absurdo de acercar mi rostro a la camilla de una mujer capaz de mirarnos traslúcida, con ojos de muerte inminente. Era un silencio nuevo, el de todo el mundo, ahora mismo, un silencio distinto a los susurros en las iglesias, no sé, aquel siglo no se parecía a la boca cerrada de ninguno de mis miedos conocidos. Guardé la mirada, crucé las manos, contuve la tos o los estornudos para no pensar en lo evidente: ese suicidio se me parecía, durante los paramédicos de mi última mañana en Montreal.

Ya no estaba para grandes cosas, ni para caminatas, ni para regalos, ni para nada más. Volví sobre mis pasos hacia el frío del mediodía, resbalé cansado en las aceras escarchadas, recorrí el par de cuadras que me separaban de octubre, cuando

por primera vez entré al café de Eme arrastrando una sentencia de hielo en este cuerpo que aún me pertenece.

Dicen que los suicidas resumen una vida de recuerdos en un minuto de velocidades inexplicables, cuando se retiran del tiempo.

Debe ser cierto.

Y también fue la última vez que saludé a Eme..., y sus ojos eran hermosos.

## Parte baja

En ella fue algo parecido, pero siempre tan distinto. La primera vez que decidió permanecer en Montreal fue durante aquel referéndum que siguió moviendo los odios de su lugar: la inquina contra los inmigrantes, los políticos denunciando el voto étnico, ella recibiendo una tormenta de xenofobia en pleno rostro, sintiéndose blanco de insultos que nadie dirigía contra mí, pero en los que se me aludía como víctima perfecta. Sufrió tanto en aquellos días del noventa y cinco, cuando casi estuvimos a punto de partir, aceptar un buen trabajo para ella, en Boston, y yo me las arreglaría, para eso era mexicano, para irme adaptando a lo que la vida trajese. Además, teníamos amigos cerca de Lowell, eso ayudaría, sin duda, y en la víspera del voto independentista me sorprendió la firmeza con que había tomado el teléfono para declinar la oferta y quedarnos aquí, sucediera lo que sucediese, Montreal era nuestra, nuestra ciudad y nuestro mundo, y ella jamás se daría cuenta de que sus decisiones provocaban el dolor de muchos, y optó por quedarse, y Quebec se convirtió en la provincia canadiense que siempre había sido.

Años después quiso dejarlo todo, otra vez. Empezó por partir a casa de su madre, semanas larguísimas en el vacío que provocaban, a veces más de un mes, una mala persona, el buen

ejemplo del mal ejemplo, su madre, con un feminismo que se contradecía, porque lo suyo era la militancia desde las cuentas bancarias,

Así hasta yo, así cualquiera,  
le decía. Era broma, solo broma (lo juro), aunque la posibilidad de obtener un buen puesto como bibliotecaria trilingüe, allá en Vancouver, exigía nuevos argumentos para dejarme y entonces aquellas risas,

Así hasta yo, así cualquiera,  
se convirtieron en reproche. Ella las recordaba por la espalda de la sinceridad, y era broma, yo nunca quise ofenderla (lo juro), aunque su madre fuese tan rara, y mil veces me disculpé por haberlo dicho,

Así hasta yo, así cualquiera,  
y ya se iba, ahora sí, era verdad. Una parte de mí se negó a creer que fuese posible a pesar de que para entonces ella dominaba el arte de anularme, de hacerme a un lado en cualquier circunstancia, incluso se retiró ese anillo de compromiso que tanto significaba para mí (aunque ninguno de los dos creía en el matrimonio), y ahora mismo discutíamos en el vestíbulo del hotel en Houston, lujosísimo, limpísimo, carísimo: mi mujer prefería ir a un parque de diversiones cerca de allí, el *Fiesta Texas*, y yo le respondía con el francés de mi voz más baja,

Pero ¿no te has visto, mujer?,  
y de inmediato pluralicé las desgracias, si estábamos más para dar lástima, mujer, y sentí miedo a ser descubierto en el cuerpo de mis mentiras.

Fue algo innato, regresar juntos a nuestras conversaciones del otro lado del tiempo. Entonces recordé la segunda vez que estuvo a punto de dejar Montreal, cuando pasamos cerca de tres meses alejados, ella en casa de su madre, yo acudiendo

a los teléfonos públicos, subrepticios, desde cualquier sitio y a cualquier hora, en un centro comercial, casi siempre en Place Bonaventure, desde los andenes del metro (era capaz de bajarme del vagón solo para llamarla) o en las cafeterías de la rue Mont-Royal. Dejaba timbrar dos veces y colgaba, mi récord fueron dieciocho llamadas incompletas en un día, ambos lo sabíamos, era yo en esos minutos clandestinos, yo desde algún lugar del invierno queriendo decirle que no sabía decirle que por favor no se fuera, y cuando volvió a casa, a nuestro piso sobre la Rosemont, encontró un sitio ordenadísimo en el polvo que nadie había limpiado durante su ausencia. Quisimos celebrar y solo nos resignamos a nuestra incapacidad para el divorcio cuando en el vestíbulo de un hotel en Houston dijo la palabra mágica, el conjuro más eficaz para revivir la memoria de la segunda ocasión en que volvió a permanecer aquí, quiero decir, allá en Montreal,

Eres un macho ibérico, solo piensas en ti. ¿Qué te cuesta pasar conmigo un buen rato en un parque de diversiones? Pareces abuelito, si la enferma soy yo,

¿Hablas en serio?,

Claro. Además, estoy un poco cansada de estadios. Quisiera llegar pronto a Cabo de Dios. ¿Cuánto falta?,

Serán como diez horas a la frontera. Desde allí, depende de muchas cosas. Otras diez, quizás..., no lo sé..., por el lado mexicano el tiempo corre de otro modo,

Vienes conmigo, ¿sí o no?,

y nunca pude estar seguro de nada en esa segunda vez porque su madre había caído enferma. Una bacteria rarísima, después de sus mil sesiones de acupuntura, algún alfiler infectado, dijeron los médicos, y mi mujer se quedó a su lado todo ese tiempo. Le

amputaron el brazo. ¿Por ella o por mí? Y yo dejé de bromear con mi soniquete de costumbre,

Así hasta yo, así cualquiera, y guardé para mejores días la convicción de que hay gente capaz de renunciar al mundo sin tener un mundo al cual renunciar. Su madre se decía reflexóloga, mujer *new age*, especialista en terapias felices, mística del yoga y de los chakras y de las sílabas sagradas (ommmm, ommmm), filósofa de tolerancias universales, sabia inaccesible de una espiritualidad que nadie salvo ella misma entendía: hay que sobrevivir el presente en la conjunción de otros presentes. Tantas cosas se creía su madre gracias al dinero, gracias a todas esas cuentas bancarias que no le sirvieron para justificar el brazo perdido, muñón de noche de terror, y nunca me atreví a preguntarle, a preguntárselo de frente, a mi mujer,

¿Por ella o por mí? ¿Te quedas en Montreal por ella o te quedas por mí?,

cuando quizás lo había hecho por ambas razones, o solo por ella misma que programó la tableta y se colocó detrás del volante.

Fue divertido mirar la reacción de los demás al llegar a las filas. Padres de ceño fruncido, risas mal disimuladas, compasión las más de las veces, en el Fiesta Texas. Caminamos un par de horas y aun supe sonreír cuando descubríamos la ventaja de nuestros bastones para evitar las esperas mientras uno de los empleados nos acompañó a la rampa de la montaña rusa, todo el mundo en bermudas, y no lo podía creer, de verdad, nosotros en pantalón de mezclilla, ¿subiríamos a esto? Nos quitamos las cachuchas, era una locura. ¿Lo había hecho por ella o lo había hecho por mí? Imposible saberlo. Otra de las mil cosas que ya no importan. Y fue como agonizar en el vacío de una pesadilla, los rieles del vértigo trababan el alma y el aliento, me regresaban

a la idea de Dios, ahora mismo, una tortura inolvidable, y todos gritaban de felicidad, una y otra vez cúspides y abismos, alzaban los brazos a mi alrededor, que se acabase, por favor, y me lo había vuelto a decir esta mañana con la rabia de un tiempo que creíamos superado,

¡Eres un macho ibérico!,

porque ella sabía rebién que aquel insulto resumía mis fragilidades y me convertía en un hombre de cartón. O era porque el verdadero México (así lo definía durante sus enojos: *el verdadero México*) siempre ha sucedido en su cabeza con las noticias del machismo nacional. Los hijos de Cabo de Dios solo podíamos ser *gigolós*, irrespetuosos en el amor, garañones en lengua castellana, y no es verdad, se lo juré un millón de veces, y al bajar ella estaba muerta de risa y yo me sentía mal, desvencijado, pálido, al borde de lo peor y con ganas de devolver el estómago, ya casi, y luego fui lo inevitable sobre el suelo y este regustillo asqueroso permanecía en mi lengua cuando subimos al auto. Ya no conduzco, nunca más lo haré, lo pienso y estoy a punto de decírselo, y sin saber cómo ni porqué he parido esta pregunta que oculta tantas cosas y a la vez dice tan poco,

¿Quieres regresar a Montreal, mujer?,

porque en el bar del hotel, frente a una copa de *chardonnay*, ella, *Perrier* con limón para mí, por favor, he caído en la cuenta de que quizás yo estoy viviendo su tercera vez. Tal vez ahora mismo mi mujer comprende el peligro de soñar con volver a casa, mejor no contradecir el trayecto, no *contradecidir* el destino, mejor no conjugar el posible retorno a Montreal con la frustración de los separatistas el año en que Quebec se preparó para una nueva época, un nuevo país, una vida con pasaportes más sinceros antes de que su madre perdiera el brazo y ella nunca me dijo por qué decidió quedarse para siempre en una ciudad que ya

no era nuestra cuando yo quise seguir creyendo en nuestro viaje, convencerme de que esto era lo correcto: estar aquí, ser el camino, asistir mañana o pasado mañana a un partido de los Astros, descansar en el hotel, desalojarnos de las nostalgias con una cena homérica y olvidar para siempre la rue Rosemont, no fuese a ser la de malas,

Lo que quiero es sentirme segura en tu mundo,

Hace tanto que me fui. Cabo de Dios ya debe ser otra cosa, mujer, aunque no se parecerá jamás a Ciudad Juárez. Es casi imposible,

¿Cómo lo sabes?,

Te hablo solo de lo que siento, sin poder explicarte nada más. Tampoco creo que sea necesario decirte que todos los mundos cambian, que nada permanece intacto en el sitio de nuestra memoria,

¿Por qué me lo dices, entonces?,

Porque todas las ciudades se nos parecen en la forma en que desaparecemos. A su manera, cuando una calle cambia, ella muere un poco en nuestra capacidad de recordarla, y entonces nosotros también morimos para ella,

Pero no te hablo de eso, no me filosofes el agua, por favor. Yo sé que las calles cambian, que todo cambia... Yo solo quiero saber que en tu pueblo podré morir sin miedo,

No seas melodramática, por favor,

Influencias de no sé quién que ahora mismo me ensucia los ojos,

y me siento cansado de hablar en francés. El limón ha borrado los resabios del vómito. Aún es temprano y la he dejado sola mientras salgo a fumar, para estar conmigo, para reconocirme en esta forma de caminar que no sé si se ha hecho mía en lo

irremediable de mi cuerpo o en la imitación del suyo. Y aunque al final de la noche me lo dirá (gracias a Dios en español),

No regresaré nunca más a Montreal,  
por un instante he creído reconocer en su voz ese olor a mentira piadosa a la cual todos tenemos derecho.

En la televisión de la noche se invita a los *fans* de los Astros a desempolvar sus banderas nacionales para el juego de mañana. 11 de septiembre, y ella duerme..., sí, ya está dormida..., y yo he vuelto a sentir una punzada de desconcierto. Nunca la sentí al alcance de mi historia, siempre creí que no terminaríamos juntos, que tarde o temprano el tiempo habría de tragarse lo poco que quedaba de nosotros al apagar la noticia de la llegada del primer embajador cubano a Washington en casi seis décadas,

Hasta mañana,  
y no estoy seguro de hablar o de solo haber pensado estas palabras en un hotel donde nunca más mencionaré el nombre de Montreal, ni de Quebec, ni siquiera de Canadá. Mejor no buscarle tres pies al gato ni mangas al chaleco ni ruido al chicharrón, y en la penumbra de un último suspiro reconozco las inercias verbales de mi puerto de vidrio: para qué dar tanto brinco estando el suelo tan parejo, porque lo que es parejo no es *chipotudo*.

Intento salir de mí. Mirarme desde otra voz para sentirme parte de todo lo que hemos vivido en estos meses. Salir de mí, y cierro los ojos, ser el bullicio que invade nuestros asientos en el estadio de los Astros, la alharaca que celebra el vigésimo quinto hombre retirado en fila durante un partido que pase lo que pase no sabremos calificar con la convicción de lo (im) perfecto cuando el lanzador ha recorrido ya ocho entradas y

un tercio y lo que debió ser la totalidad de una noche histórica se quedará en nuestra memoria de otra manera.

Al fin y al cabo, es un relevista. El abridor no fue él, fue otro a quien le tundieron dos varapalos sin hombres a bordo y el manejador decidió que ya era suficiente y puso en el montículo a este zurdo increíble que ahora nos entretiene con el tejido de lo que nunca será un juego limpio de confusiones. Busco disfrazarme de expectativas, de luces, de miradas, estar fuera de mí para sentirme parte de una vida abierta a otras vidas, y el público nos hemos puesto de pie, y la gente estamos gritando, y el estadio entero pedimos la belleza de un nuevo lanzamiento que impulse la memoria de esta noche mientras los Astros pierden por dos carreras a una y en la cabeza de todos ha dado inicio la discusión: ¿cómo nombrar este juego sin *jit* ni carrera en la historia de un relevista que recorrió como nadie el camino más inesperado de un mal comienzo?

Somos el bullicio de la inminencia, el mundo estamos eufóricos, Houston somos en un aplauso ininterrumpido. Ocho entradas y dos tercios, ahora, la cuenta llena, a un suspiro de la gloria, a un milímetro de lo imposible, a un paso de nunca completar la jornada más absoluta para un pelotero al que siempre le faltará algo para sentirse orgulloso de haber estado aquí, la bola en los nudillos, esperando la señal del plato y enseguida también somos la música de un clavicordio eléctrico y una trompeta de guerra hecha de sintetizadores..., y somos sin descanso en la víspera de una gloria imposible, camino a San Antonio.

En Texas los nombres se parecen tanto al español de cualquier sitio. Y después será ella quien decida dónde iniciar el descenso hacia Cabo de Dios: ¿por McAllen, por Brownsville o por Laredo? Vuelvo a salir de mí, a mirarme desde otro tim-

bre de voz y con otro acento para sentirme parte de un todo, parte de todo, parte de Nuevo Laredo que no conozco, de un Matamoros tan peligroso, de Reynosa que se me pierde en la memoria de una adolescencia marcada por los viajes ocasionales a la frontera. Poner rumbo al sur, dejarse llevar por la costa, al fin Tamaulipas, reconocer alguna playa, no sé, el clima, los humedales, maldecir los mosquitos nocturnos, no sé, presentir el olor a sal que traen las olas en un buen día de viento, barruntar la resolana y las cervezas de mis amigos de aquella edad, de mi primera juventud cuando seguimos recorriendo las avenidas de San Antonio. Me gusta el lugar, no sé, algo tiene que desdeña el orgullo de ser una ciudad texana, es tan diferente a lo que hemos visto y aun a lo que ya no tuvimos tiempo de conocer porque no quisimos ir a Galveston, ni a Corpus Christi, ni siquiera a la Isla del Padre, mucho menos a Dallas.

Y durante los tres días en San Antonio recordaremos el último juego de los Astros. Perdieron a pesar de los veintisiete bateadores retirados en fila por un lanzador descomunal que ya nunca será eterno a causa de un primer tercio sin posibilidad de redenciones, por culpa de un instante que no era suyo y en el que ocurrieron las dos carreras que lo marcarán a sangre y fuego en ese partido que dio inicio con una mujer de razas indecisas, oficial de policía, lo mismo francesa que senegalesa, igual un poco latina que un poco filipina, hija de una víctima de los atentados, cantando el *God bless America* y en la pantalla gigante las banderas se desvanecían y resurgían entre imágenes de destrucción, polvo y desconcierto. El estadio estábamos de pie, fue un minuto tan emotivo mientras yo comenzaba a no regresar a mí, a diluirme en esa canción, a escuchar mi voz fuera de mi voz (no conozco la letra, pero algo tararé del *God bless America*), a sentirme asimilado en un calendario mayor,

en un tiempo supremo en el que toda mi vida es la vida de todos al llegar a la parte baja de la novena entrada y mi mujer había hecho reservaciones en un hotel inspirado en el espectáculo de los rodeos: sombreros, monturas, jáquimas, almartigones, espuelas, ruedas de carreta, terracotas, letreros de otro siglo, cactus de utilería, riendas y cornamentas, objetos de piel que no supe nombrar cerca del río que parte en dos la zona más amable, más turística, más frívola de San Antonio. Eran apenas las cuatro y al estacionarnos seguíamos pensando en cómo definir la (im)perfección de la noche de ayer, cuando el pícher heredó un juego perdido, dos carreras limpias en contra, sin hombres en base, todo estaba por comenzar para él, las nueve entradas, los veintisiete bateadores que se fueron quedando boquiabiertos conforme el partido se acercaba a lo que ya siempre será: una confusa página en los anales del deporte (así lo informará la radio y la televisión, qué duda cabe, aun la prensa escrita de Houston, acaso también la de todo el país).

Allí estuvimos para ser testigos de algo que aún nos quita el aliento. Un juego perfecto y al mismo tiempo un juego perdido, cuando los Astros no supieron remontar esas dos carreras iniciales, apenas un pisa y corre en la tercera entrada y desde allí hasta el último instante nadie transitó por los senderos, mucho menos desde que el relevista (que tanto me hizo pensar en la edad de Billy Chapel al final de su carrera) impuso su ley, los despachó en hilera, dieciocho chocolates recetados, veintisiete caras consecutivas de un mismo enfado, nueve tandas de una perfección que no llegó a mayores porque de nada le sirvió esconderles la pelota, hacerles comer polvo en cada lanzamiento.

La noche entera nos habíamos puesto de pie, otra vez, en septiembre. Aplaudíamos como nunca, empujábamos al pelotero sobre el montículo, le hacíamos saber que confiába-

mos en ese último suspiro trascendental, el tercer *out*, y un alud de bullicios nos desatamos, en caída libre saltamos con nuestros gritos sobre el diamante para comenzar a recordar la perplejidad de lo vivido. Y cómo llamarlo. ¿La perfección del fracaso? Y cómo explicarlo. ¿Un milagro inútil?, ¿grandeza sin consecuencias? Más tarde suplicaríamos en silencio que los últimos bateadores de los Astros no cambiasen la historia del relevista que tomó las riendas de un juego perdido sin saber lo mucho que nos confundiría, lo mucho que nos haría trastabillar cuando volviésemos a pensar la noche en que todo el estadio fuimos la alegría de una derrota que nos persiguió hasta llegar a San Antonio, hace un par de días.

Ella ha decidido seguir el camino de Laredo, y entrar a Tamaulipas por Nuevo Laredo. Nos internaremos en ese mundo trastocado en mi memoria, porque mi idea de Cabo de Dios está hecha de melancolías y de nostalgias, acaso es un espejismo que no sabré transitar con naturalidad, con la franqueza y la transparencia de quienes nunca se desarraigaron de sus códigos postales. Cabo de Dios representa una especie de imagen bifocal que sumará sus trópicos más cotidianos a los glaciares que dejamos olvidados sobre la rue Rosemont, y porque muchas veces hablamos de llegar a sus olas desde Quebec, no sería descabellado admitir que la evocación de su playa hizo más llevaderas las nieves del invierno canadiense. Y por qué no admitir, también, que lo boreal refrescará nuestro futuro en las canículas de mis banquetas natales, y sin pretenderlo caigo en la cuenta de que todas estas sospechas me han preparado para vivir en cualquier sitio, en cualquier lengua y en cualquier clima, cuando mi mujer me lo pregunta, sabía que lo haría, durante la última hora de la última noche en San Antonio,

¿Sigues pensando en Houston?,

Un poco, ¿y tú?,

A mí me gusta sentir que el partido sirvió de reclamo. Aquello fue como una crítica hacia quien solo encuentra maravillas en el triunfo. No sé si lo entiendes. Es más, ni siquiera estoy segura de poderlo explicar en mi propia lengua,

Sea como sea, mujer, ese pícher perdió el juego,

Ya veo que tú eres uno más,

Pero aplaudí hasta el final, pasara lo que pasara, y me mira con frescura, y me redime. Hemos vuelto a conectarnos, como en aquel *pub* donde celebrábamos los titulares de los triunfos imposibles de los Expos, durante la última luz de la última hora de la última noche en San Antonio.

Mañana bajaremos hasta Laredo. Mañana mismo regresaremos a las muchas veces que no supe explicarle el significado de la palabra *Tamaulipas*. Me gustaba enredarla con el nombre de unas flores imaginarias, blancas, diminutas, casi a ras del suelo, miles de ellas, pétalos también blanquísimos, como claveles, mujer, un poco como los claveles aunque de tallo imperceptible, así es la *tamaholipa* (ojalá fuesen verdad, las *tamaholipas*) que tapiza mi mundo, mujer, que cubre las llanuras en dirección al océano, los paisajes de todo el Estado de Tamaulipas, las *tamaholipas*, mujer, como planicies echando raíces en el cielo de los mediodías, como valles que se ponen de acuerdo para germinar con una flor tan rara, mujer, con flecos vegetales, con tallos invisibles, y yo nunca estuve seguro del origen del nombre, *Tamaulipas*. Sí, mañana hemos de contener la respiración al pasar por Ciudad Victoria, capital del Estado, ya casi, en la víspera misma de tres, quizás cuatro, nunca más de cinco las horas de viaje hasta la casa de mi madre que ya nada tendrá que ver conmigo porque yo no he estado a su lado desde hace siglos,

Buenos días,  
me dice, aún soñolienta, y yo sé que escucha mis pensamientos con gestos de cariño. La última oscuridad de la noche se filtra por las cortinas cansadas de nuestro cuarto de hotel, y amanece, está amaneciendo en San Antonio, son casi las seis, ya estamos de pie, sumidos en el espíritu apresurado que nos acompaña desde el inicio de tantas carreteras, y tenemos prisa, la sentimos en el cuerpo, queremos salir cuanto antes, desayunar en el camino, y no sabemos por qué pero es muy grande la urgencia en nuestras miradas, y afuera vive la oscuridad, y yo la dejo conducir, no importa (de verdad: no me importa), y las autopistas tampoco han abierto los ojos, nada ha dado inicio en este día en que la mañana tarda en llegar y es el fervor de los enamorados lo que sentimos en el alma, la necesidad de estar cerca uno del otro en el camino, cuando sospechamos que la felicidad es posible, que ya casi es posible entre nosotros.

Y nunca supimos por qué teníamos tanta prisa por retomar la ruta hacia Tamaulipas hoy.

Supongo que habrá varias formas de decirlo: la mañana nunca terminó de llegar al salir de San Antonio. Era un cielo nublado, una atmósfera de ciclón o de huracán o de borrasca con un viento que golpeaba los cristales del auto, y el terregal ya cubría todas las señales, los letreros, los límites de velocidad, los bordes del acotamiento. Las horas se habían transformado en un agitadísimo reloj de arena al dejar aquella ciudad, y el tiempo ya no tuvo tiempo de avanzar hacia ningún lado.

Apenas llevábamos cuarenta minutos, menos de una hora, ella detrás del volante, ambos aterrados en el asiento. Todo el polvo y toda la arcilla de Texas se nos vino encima al salir de San Antonio en una jornada a vuelta de rueda, y las

carreteras estaban casi vacías, todo el mundo de aquel instante parecía haberlo sabido, menos nosotros,

Detente, déjame conducir a mí, cambiemos de lugar, mujer,

Lo mejor es seguir adelante, como en una las tormentas de nieve, acuérdate,

Lo mejor sería detenernos, arrojarnos a cualquier cuneta y esperar,

sugerí a gritos, y nos sentíamos atrapados en un remolino de arena. Ya no era posible llegar con los ojos más allá del vidrio, un par de metros si acaso. Al principio funcionó, largos minutos rodando en el carril de baja velocidad y camiones ocasionales indicándonos el norte al rebasarnos. Después fue imposible seguir así, a tientas en un terremoto de arcilla, frágiles en un desierto que no conocíamos, muriendo de antemano en un sismo de polvo, entre olas de aire arrastrando dunas y médanos y también muchísima basura.

Además, podría explicarse como un descuido o como algo temerario de nuestra parte: salir de San Antonio sin habernos informado de nada... Todo fue culpa del maldito espíritu de víspera que nos habita desde ayer, el anhelo de llegar pronto a Cabo de Dios, de comenzar a vivir el primer día de otra vida, cruzar la frontera, atrevernos a nosotros, a ser esto que ahora somos en mi propia lengua, por fin y para siempre suspirar en español del otro lado del río. Vimos el vuelo de los matorrales, raíces en las nubes, los reproches del polvo cuando un doble remolque también perdió el control y nos arrojó a la inminencia de otra espera, a la certeza de nuestro auto partido en dos mitades, a la fuerza del viento en nuestros rostros, a los paramédicos, las ambulancias, las sirenas, las velocidades, a mi cadera expuesta, los músculos deshilachados, mi sangre

coagulando sin haber llegado a Tamaulipas, y ella resultó ilesa, y de nueva cuenta fuimos camillas y hospitales, acentos del inglés de por aquí, gracias a Dios está de pie en la integridad de su ropa y en la inquietud de su mirada, y la siento recorrer mi mano, depositar su libreta en este instante en que ya no tengo remedio, en este silencio en el que una tormenta de arena se convirtió en el espejo moribundo de nuestras agonías. Regresa cada día para comprobar que no he podido leer nada, aún no, nada de una libreta que ahora hojea ante mí y en la que poco a poco descubro lo vivido, como en una pantalla reticulada, como en una visión de cálculos perfectos: Toronto, la luz líquida de Milwaukee, y entonces comienzo a desear que vuelva a casa, que sepa encontrar mis cuadernillos olvidados en la rue Rosemont, pero se ha ido, y es de noche (o solo es de noche para mí), y yo aquí, hecho de sangre, yo a unos cuantos kilómetros de un final distinto en Cabo de Dios, yo quizás ya siempre extranjero del estado de Tamaulipas.

Habrà quien sugiera, también, otra posibilidad: ella siguió aferrada al error transparente de pensar que nada importaba. Ni siquiera creyó necesario ponerme sobre aviso de este cataclismo de arena, nada de esto podía ser peor que las lluvias congeladas que tantas veces sobrevivimos en las autopistas de Montreal cuando siento en mi mano de piedra esa libreta suya, los dedos de concreto, y mi mujer volverá para leerme lo que ha escrito en el viaje, me lo ha prometido, uñas de terracota, y ahora la escucho decir que solo quiso darme el gusto final de pasar sus últimos días de vida en Cabo de Dios con la esperanza de que nunca más sospechase de su amor. Fueron tan ciertos los años ciertos de nuestra historia, y que tampoco dudara en volver después de su muerte, que regresara a nuestra casa de la rue Rosemont cuando la enfermedad acabe con ella, allí estaría

esperándome aquella pintura forestal (que ya no veré, ahora lo sé) mientras entiendo que fue en Detroit donde conoció el secreto de un hombre en San Francisco capaz de pintar todas las épocas y todos los bosques en un rostro infinito de asombros. Y con el ceño descompuesto le suplicaré que me hable de su amor secreto por Chomsky, por favor, de la felicidad universal en mi lengua materna, mujer, y ojalá sea ella la que decida que México ya no tiene sentido después de la tormenta, cuando el cielo se nos vino abajo entre los ripios y los escombros de un desierto dispuesto a metérsenos en las arrugas del alma, entre la ropa, bajo la lengua, asfixiándonos la mirada, y ojalá tenga valor para buscarlos, para abrirlos, para mirar entre mis últimos meses de notas y de garabatos las muchas ocasiones en que acudí a un verso para decir que nos amábamos por miedo.

Que los busque, quiera Dios que los encuentre. En la mesa de noche, mis cuadernillos, en los entrepaños paralelos de nuestra enfermedad, al lado de la pantalla, debajo de los cajones, en el salón vacío de nosotros, porque alguno contiene aquella frase de Borges, ¿cómo era?, uno de sus mejores poemas, no es el amor lo que nos une, o algo así que contaba la historia de dos que se amaban desde la decisión de acompañarse. Solo así podrían derrotar los desamparos del mundo (no lo recuerdo..., ni siquiera sé si lo cité como debía), en fin, la historia universal de la ternura en un par de líneas.

Y no es inverosímil pensar que todo llegará a ser verdad el día en que ella descubra las páginas en que decidí estar de otra manera en un cuerpo que se me iba de las manos. Sí, todo esto será cierto cuando mi esposa vuelva al hospital para leerme que nunca quiso otra vida fuera de aquellas semanas en Cincinnati que le anunciaron una jornada de silencio en Los Ángeles, nunca un destino diferente al juego (im)perfecto de Houston mientras

nos reflejábamos en el unísono de mil contradicciones. Y tal vez me está leyendo, cuando abras mis cuadernillos, ahora mismo, o tal vez sea yo mismo quien la escribe, yo el que te hace leerme que me lees en voz alta que me ha escrito tantas cosas en esa libreta suya que ya no puedo sentir, y no sé si lo digo o si solo imagino que lo digo, si lo he escrito o si solo quise escribirlo, así,

¿Me estás leyendo, mujer?,

y en la última hoja de mis borrones también tendrán razón quienes digan que nada de esto pudo ocurrir en la víspera de Cabo de Dios. Es tan triste suponer que lo imposible a veces se parece a lo irremediable,

No te detengas, por favor, mujer, sigue leyendo...

*Ciudad de México, julio 1 de 2018*





## ÍNDICE

1		
Parte alta		15
Parte baja		25
2		
Parte alta		37
Parte baja		47
3		
Parte alta		61
Parte baja		75
4		
Parte alta		91
Parte baja		109
5		
Parte alta		125
Parte baja		139
6		
Parte alta		159
Parte baja		171
7		
Parte alta		187
Parte baja		195
8		
Parte alta		207
Parte baja		225
9		
Parte alta		243
Parte baja		259



*Juego (im)perfecto*  
Javier Vargas de Luna

*Juego (im)perfecto* se terminó de imprimir  
en diciembre del 2025 en los talleres de  
Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.,  
Centeno 162-1, Granjas Esmeralda, CDMX.  
En este libro se utilizó tipografía de  
la familia Minion Pro.  
Se imprimió en papel cultural.



